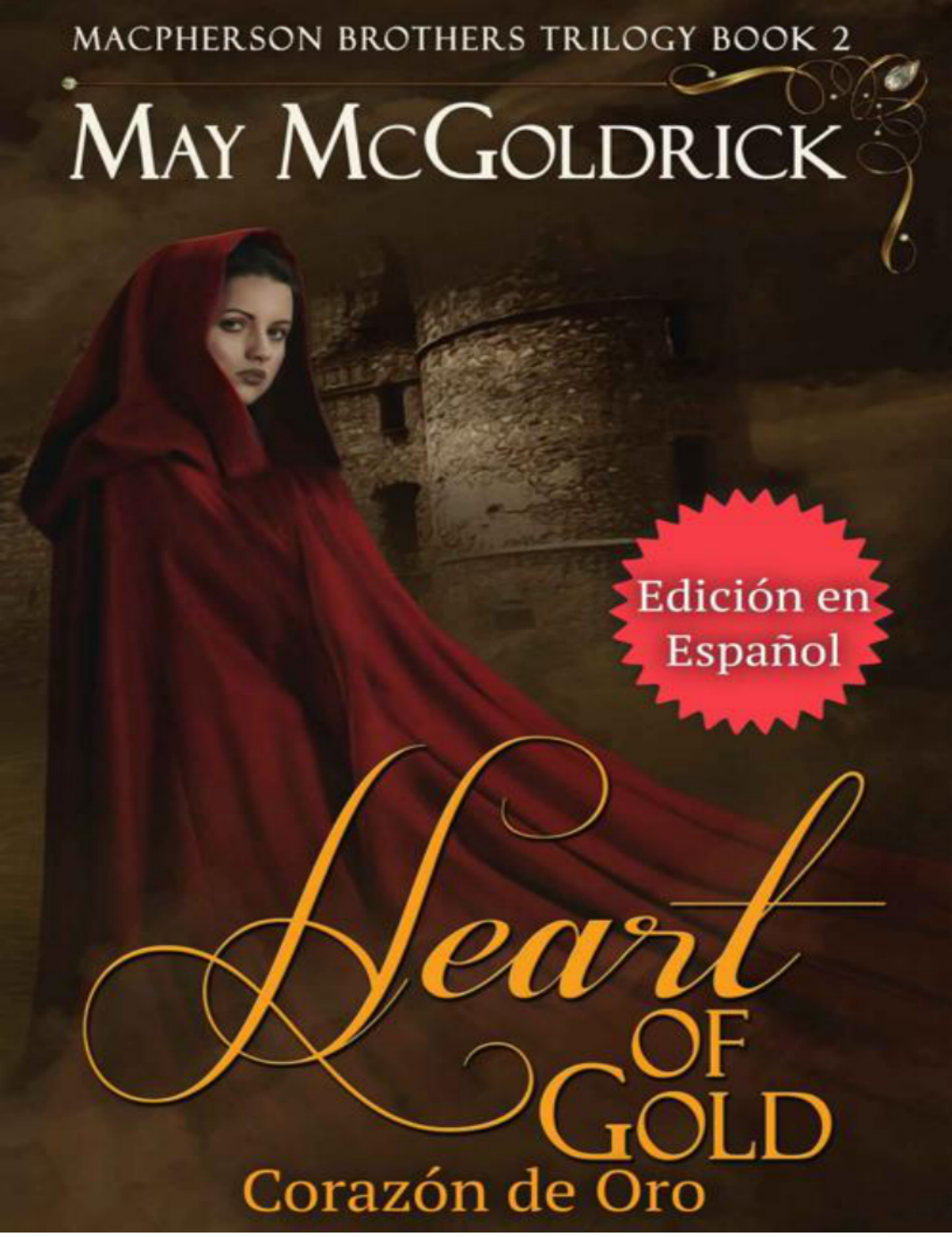
MACPHERSON BROTHERS TRILOGY BOOK 2

MAY MCGOLDRICK



Edición en Español

Heart of Gold

Corazón de Oro

Heart of Gold

Corazón de Oro

May McGoldrick

Book Duo Creative

Derechos de autor

Gracias por leer. En caso de que te guste este libro, por favor, considera compartir las buenas palabras dejando una reseña, o ponte en contacto con los autores.

Corazón de oro (heart of Gold); © 1996 por Nikoo K. y James A. McGoldrick

Traducción al español © 2024 de Nikoo y James McGoldrick

Reservados todos los derechos. Excepto para su uso en cualquier reseña, queda prohibida la reproducción o utilización de esta obra, en su totalidad o en parte, en cualquier forma, por cualquier medio electrónico, mecánico o de otro tipo, conocido actualmente o inventado en el futuro, incluidos la xerografía, la fotocopia y la grabación, o en cualquier sistema de almacenamiento o recuperación de información, sin el permiso por escrito del editor: Book Duo Creative.

Publicado por primera vez por Topaz, un sello de Dutton Signet, una división de Penguin Books, USA, Inc, 1996

Portada de Dar Albert, en WickedSmartDesigns.com

Índice

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Epílogo

Nota de edición
Nota del autor
Also by May McGoldrick, Jan Coffey & Nik James
Sobre el autor

A Leah Bassoff, Constance Martin,
y la memoria de Pat Teal…

Tres mujeres que proporcionaron
las alas que hicieron posible el vuelo.

Prólogo

El Campo de Tela de Oro
La Posesión Inglesa de Calais,
en la costa de Francia

Junio de 1520

LOS DOS CABALLEROS chocaron en una lluvia de chispas, sus lanzas de punta metálica estallaron en astillas.

Los corceles, resoplando, se precipitaron hacia adelante, arrastrando a los hombres unos junto a otros, y Ambrose Macpherson miró hacia atrás por encima del hombro a tiempo de ver a su oponente rebotar sin ceremonias sobre la suave tierra de las listas. Los cortesanos franceses de las tribunas lanzaron un rugido, pero el guerrero escocés no acusó recibo de los vítores hasta que vio a los escuderos del caballero inglés derribado poner en pie al furioso luchador. Ignorando la mirada del campeón derrotado del rey Enrique, Ambrosio se irguió sobre sus estribos y agitó su destrozada lanza ante la ruidosa y colorida multitud de espectadores. Trotando hacia el palco especial donde Francisco I, rey de Francia, estaba sentado junto a Enrique VIII, rey de Inglaterra, Ambrosio levantó su visera y saludó a los dos monarcas más poderosos de Europa.

"Una vez más, bien hecho, Sir Ambrosio", gritó el rey francés. Volviéndose hacia el fornido rey que tenía a su lado, Francisco palmeó el hombro de Enrique Tudor y le susurró confidencialmente: "Éste es el escocés al que deberías haber matado en Flodden, Enrique. No es que pensemos que no lo intentaste, viendo esa cicatriz suya". Francia necesitaba más hombres como Ambrosio como aliados, pensó Francisco para sí. Era raro encontrar cerebro, valor y poder todo en un solo hombre. "Está aprovechando al máximo sus oportunidades aquí, ¿no crees?"

El rey Enrique intentó parecer aburrido mientras miraba a aquel guerrero-diplomático que llevaba todo el mes derrotando a sus mejores combatientes. Enrique estudió las duras líneas del rostro del hombre. Los rasgos del escocés eran lo bastante apuestos, si no fuera por la profunda cicatriz que le cruzaba la frente desde la parte superior del casco abierto hasta el ojo. La marca de un luchador, pensó Henry con cierta melancolía, preguntándose vagamente qué aspecto tendría él mismo con semejante cicatriz. Con un gesto brusco

de la cabeza, Ambrose hizo girar su corcel y galopó hacia las barreras.

"Sí, Francisco", concedió el rey Enrique. "Pero aún tiene que cabalgar contra nuestro hombre Garnesche".

"Ven, Enrique. Con una lanza, este Macpherson es el mejor jinete de Europa".

"No, son palabras vacías".

"Bueno, Inglaterra, tenemos este anillo de oro engastado con un rubí del tamaño de tu ojo que dice que derrotará a tu Garland-".

"Garnesche. Sir Peter Garnesche". Enrique fulminó con la mirada a su regio rival y se quitó un enorme anillo de esmeralda del dedo. "Muy bien. Esta pequeña baratija debería mantener su valor frente al tuyo. Sir Peter descabalgará a este bufón de las Tierras Altas en el primer plato".

Este amigo de Francia es de raza más dura que todos los combatientes de Inglaterra juntos, pensó Francisco. Quizá deberíamos subir la apuesta. Calais, tal vez. No, de todos modos sólo acabaríamos luchando para tomar posesión de ella. "Veremos si este campeón tuyo puede permanecer en su silla de montar mejor que los demás. Si conserva su asiento después de cinco platos, Henry, la apuesta es tuya". Entregando el anillo de rubí al noble que estaba detrás de ellos, el rey francés sonrió irónicamente. "¿Confiarías en nuestro Lord Condestable para mantener la apuesta, o preferirías que uno de los tuyos hiciera los honores?"

Enrique miró al severo Lord Condestable y luego al rostro ancho y pálido de su embajador, Sir Thomas Bolena, que permanecía atento y ansioso junto a su hombro. Encogiéndose de hombros, arrojó el anillo al funcionario francés. "Confiáis vuestro reino al digno Condestable... creemos que se le puede confiar una baratija. Sir Thomas, dile a Sir Peter que se arme".

El cielo azul pálido era cálido, y Ambrosio recostó su cansado cuerpo contra las barreras, sorbiendo agua de un cazo mientras sus escuderos atendían a su montura. Mirando a través del campo abierto hacia las tribunas, pensó en la oportunidad desperdiciada que había sido este mes para cada uno de estos dos monarcas ferozmente competitivos. Una oportunidad perdida para cada país. Estos grandes príncipes habían venido al Valle Dorado para hablar de paz. Para resolver las diferencias que habían mantenido enfrentados a sus países durante los últimos cien años. En lugar de ello, habían pasado el tiempo intentando superarse mutuamente en ingenio y demostraciones de fuerza.

Gracias a Dios por su arrogancia, pensó Ambrose. Gracias a Dios

por la increíble competitividad personal que impulsaba a aquellos dos hombres. Gracias a Dios por el orgullo individual que les había impedido -hasta el momento- llegar a un acuerdo y forjar una alianza que pondría en grave peligro el futuro de Escocia, así como el de toda Europa.

Ambrosio sonrió sombríamente, pensando en cómo aquellos dos reyes se comportaban tan a menudo como dos adolescentes malcriados, tratando cada uno de superar las hazañas y riquezas del otro. De hecho, una vez, a mediados de mes, cuando Enrique había sugerido luchar y había puesto su pesado brazo sobre el cuello del rey francés, sólo un enorme esfuerzo diplomático había impedido que ambos entraran en guerra después de que Francisco arrojara hábilmente al rey inglés al suelo.

Y el caballero escocés tenía que asegurarse de que esos dos rivales siguieran siéndolo. Por el bien de todos, había que mantener el equilibrio de poder.

Ambrosio escrutó los campos fuera de las listas de justas. Las ondulantes praderas estaban cubiertas por las tiendas de campaña y los estandartes de los nobles franceses e ingleses y sus séquitos. Al planear esta ocasión, se habían descartado los pensamientos de gasto. Y todo era por el espectáculo. Cubierto con las carpas doradas y los pabellones reales, erigidos para albergar a los diez mil señores, cardenales, caballeros y damas de cada corte, el espectáculo era visualmente deslumbrante. Así debía ser. Incluso la fuente que había junto al gran salón escupía vino en lugar de agua. Era la diplomacia en su máxima opulencia, en su máxima futilidad.

Ambrosio contempló el espectáculo con una punzada de disgusto, pues sus ojos también se fijaron en los hambrientos campesinos retenidos por los soldados más allá de la gran puerta, en el otro extremo del campo. Los nobles utilizaban tiendas de tela dorada durante estas breves semanas, mientras que muchos de estos hambrientos aldeanos y sus hijos mendigaban comida y dormían todo el año al aire libre. Los políticos son en gran parte hombres ciegos, pensó Ambrosio con disgusto. Y es cierto en todas partes. En Inglaterra, en Francia e incluso en Escocia. Una vez, años atrás, había pensado que lo mejor era distanciarse de la política. Pero por el camino había aprendido que era la profesión para la que estaba mejor preparado.

En apariencia, Ambrose Macpherson era un guerrero sin par y el emisario de confianza de la corona escocesa. Era un hombre de acción y un hombre culto. Aunque educado en San Andrés y en la universidad de París, Ambrose había dominado las artes de la guerra luchando al lado de su padre y sus hermanos en los turbulentos años de disturbios civiles que dividieron Escocia durante su juventud.

Volviendo al lado del rey Jacobo IV cuando la guerra amenazaba con estallar contra Inglaterra, había luchado valientemente junto a su rey cuando la sangre escocesa se derramó en los campos de Flodden. Eso había ocurrido hacía siete años, y Ambrosio había recibido tierras, posición y fama por sus continuos actos de valor y devoción.

Pero eso no había sido todo. Al ser un espíritu libre, Ambrosio había buscado aventuras y desafíos. Eso le había llevado a todas las cortes de Europa. Reconocido en todo el continente por sus logros diplomáticos y su destreza física, Ambrose Macpherson era respetado como un hombre de honor en un mundo de traición.

El sonido de las trompetas de los heraldos devolvió la atención de Ambrosio a las listas. Éstas serían las últimas justas del día y del torneo. Mañana cabalgaría hasta Boulogne, y desde allí zarparía hacia Escocia. Estaba deseando estar en casa para el bautizo de su nuevo sobrino.

Pero primero tenía que cabalgar contra el inglés Garnesche, un adversario temible, pensó Ambrosio. Le había visto descabalgar a todos los caballeros con los que había competido. Era fuerte como un caballo y ágil como un gato. Ambrosio se dirigió hacia su caballo. La última justa del día.

Los dos caballeros se enfrentaron mientras los sonidos del redoble del tambor y los toques de las trompetas llenaban el aire. Peter Garnesche llevaba un manto de tela de oro sobre su armadura completa. Ambrosio Macpherson iba finamente ataviado con satén negro y terciopelo. La hoja afilada de un puñal de las Highlands no podía cortar el calor constante de sus miradas mientras cada adversario estudiaba al otro.

La multitud enmudeció mientras los justadores se dirigían a sus respectivos lados del tiltyard. Al pasar junto a las tribunas, Ambrosio dejó que sus ojos recorrieran las relucientes filas de nobles ataviados con sus coloridas galas. Vio los pañuelos ondeantes de las muchas jóvenes que se habían acercado a su tienda estas cálidas noches. Conocía la forma de proporcionar placer a las que se acostaban con él. Y, hasta el momento, estaba libre del azote de la viruela que corría desenfrenada. Esa reputación había hecho de Ambrosio un cortesano muy popular allá donde iba. Pero últimamente se había aburrido un poco con la selección de damas dispuestas que había. Todas parecían iguales. Demasiado experimentadas y demasiado dispuestas. No había desafío. Ni siquiera fingían inocencia.

Ambrosio sacudió la cabeza para despejar sus pensamientos de semejantes tonterías. Concéntrate, pensó para sí. Aquí estaba, a un

momento de enfrentarse al más desafiante de sus oponentes, y seguía pensando desde la proximidad de su bragueta.

A punto de dirigir su corcel hacia el campo, Ambrose se vio sorprendido por la mirada inquebrantable de una joven que estaba de pie al final de los asientos. Había un aire de poder, de seguridad en su mirada. Demasiado para aburrirse con la selección de las damas disponibles, pensó. Sí, algo de sangre nueva, un espíritu nuevo.

Ambrosio bajó su lanza, saludando a la desconocida doncella, y giró sobre su semental negro.

Isabel Bolena se ruborizó ante la repentina atención del paladín. Y las cabezas que se volvieron en su dirección la pillaron bastante desprevenida.

Como éste era el desafío del rey francés, la reina inglesa levantó su pañuelo, y Ambrosio y Pedro Garnesche esperaron como dos grandes toros, tensando sus ataduras en su impaciencia por librar la batalla. Una vez más los heraldos hicieron sonar sus trompetas, y cuando las notas se desvanecieron, una quietud mortal descendió sobre el patio.

El pañuelo cayó y los dos guerreros espolearon a sus corceles.

Mientras avanzaban atronadoramente por la recta final, Ambrose empezó a bajar la punta de su larga lanza. Con un movimiento que se le había hecho tan familiar como un gesto de la mano, el montañés clavó el extremo de la lanza contra el costado de su pecho con el musculoso brazo. Al ver cómo el caballero bajaba la lanza, Ambrose comprendió inmediatamente por qué el luchador inglés había tenido tanto éxito. La lanza de Garnesche no estaba completamente bajada; la punta metálica apuntaba directamente al visor de Ambrose.

Luchando contra el instinto de alzarse sobre su montura, Ambrosio mantuvo su lanza apuntando directamente al corazón de su enemigo.

Con un estruendo ensordecedor, los dos guerreros chocaron, la lanza del inglés estalló en el hombro de Ambrosio, por encima de su escudo, mientras que el arma del escocés se astilló en el impacto directo contra el escudo protector de Garnesche. Ambrose necesitó todas sus fuerzas para permanecer sobre su caballo mientras pasaban.

El sonido de los vítores de la multitud recorrió el campo mientras los dos combatientes se daban la vuelta y regresaban a sus posiciones, reponiendo sus armas gastadas.

"Hizo trampa, mi señor", soltó el joven escudero mientras le entregaba a Ambrosio la nueva lanza. "¡Bajó tarde la lanza!"

"Sí, pero sólo confirma la reputación del inglés". Ambrose miró tranquilizadoramente al muchacho. "Debería haber esperado esa táctica".

Los dos guerreros se enfrentaron una vez más, esperando la señal. Sonaron los heraldos, cayó el pañuelo y los hombres volaron por el campo.

Nivelando pronto su lanza, Ambrosio se elevó en lo alto de su silla mientras el caballo galopaba furiosamente. La multitud jadeó. A pesar del enorme peso de la pesada armadura, el montañés se mantuvo a sí mismo y a su lanza firmes como una roca mientras el corcel corría hacia el enemigo. De pie sobre sus estribos, el campeón escocés estaba seguro de ser descabalgado por el impacto o decapitado por la lanza de su oponente si sus fuerzas flaqueaban.

Garnesche miró con desprecio a través de su visor al escocés que se acercaba. El tonto estaba acabado.

Un instante antes de que los hombres se cerraran, Ambrosio se sentó con fuerza en su silla de montar. La lanza del inglés apuntaba ahora a lo alto, directamente a su cara. Inclinándose hacia el ataque, Ambrose no se inmutó ante el golpe que se aproximaba.

El impacto de la lanza contra el centro del escudo de su enemigo resonó claramente por todo el tiltyard, mientras que la punta de la lanza de Garnesche pasó silbando junto a la cabeza de Ambrose.

Levantando la visera mientras remontaba a su corcel, Ambrosio dejó caer su arma destrozada y se volvió entre el estruendo de los espectadores para ver al caballero inglés tendido de espaldas.

Maldiciendo en voz alta y con maldad, Peter Garnesche agarró la mano de su escudero y se levantó bruscamente, sin dejar de mirar al escocés.

El cabello rubio de Ambrosio se desparramó libremente sobre sus hombros mientras se quitaba el yelmo. Dejando caer la armadura metálica en manos de su escudero, el joven guerrero se volvió y trotó con su semental hacia las tribunas y el palco real. Sonrió al público inglés, que lo apreciaba a regañadientes, e hizo un pequeño saludo a los franceses que lo aclamaban. Los dos reyes saludaron al campeón, aunque Francisco estaba claramente de mejor humor.

"Éstos son los mejores guerreros, Sir Ambrosio", gritó el rey francés. "Y habéis vencido a todos". Hizo un gesto al Lord Condestable y cogió sus ganancias del puño abierto del ministro. Levantando a la luz el anillo de esmeralda del rey Tudor, lo miró con admiración un momento antes de entregárselo por encima de la barandilla al joven caballero. "¡Debería haber conseguido que Inglaterra apostara Calais!"

Francisco y Ambrosio intercambiaron una sonrisa, mientras el hosco rey inglés miraba sin inmutarse.

Con un movimiento de cabeza, el guerrero escocés se apartó del palco real y condujo su caballo más allá de las filas de cortesanos franceses. Reconociendo la adulación de la multitud aún excitada, buscó entre la muchedumbre. Vio que las mujeres se inclinaban hacia delante en sus asientos, esperando una oportunidad de captar su atención. Pero su mirada las recorrió a todas.

Y entonces la vio. Estaba donde había estado antes. No se había

movido.

Elizabeth estudió la imagen del guerrero. Era todo poder, todo elegancia. Ya había visto suficiente. Estaba lista para empezar. Podía sentir el hormigueo, la excitación en las manos, en la punta de los dedos. La visión de aquel hombre sentado sobre el magnífico caballo, observándola, permanecería grabada en su memoria.

Ambrosio nunca había visto unos ojos tan hermosamente oscuros como los de ella. Estaban clavados en él. Estudiándole. Sintió que su mirada atravesaba su coraza, recorría su cuerpo, lo estudiaba. Se daba cuenta de que lo deseaba. La tendría en su cama. Esta noche.

Desenvainando su espada, Ambrosio colocó el gran anillo de esmeralda en la afilada punta y la extendió hacia la joven y bella doncella.

Elizabeth extendió la mano mientras el caballero colocaba hábilmente la ficha en su palma.

La multitud enmudeció al contemplar el intercambio. Entonces, mil lenguas agitadas se llenaron de cotilleos.

Capítulo Uno

SU MENTE SE ACELERÓ, pero su mano tardó en seguirla.

Elizabeth mojó el pincel en la mezcla de pintura y volvió a levantarlo hacia el lienzo.

"¿Cómo lo llamas?"

"¡La octava maravilla del mundo!" murmuró Elizabeth mientras daba un paso atrás, estudiando su última creación. *El Campo de Tela de Oro*. Ella lo había capturado. La extensión de la ondulante campiña a las afueras de Calais. La grandeza y majestuosidad de las procesiones reales. La humildad sin adornos de los pobres boquiabiertos. El cielo azul y los campos verdes del final de la primavera. Las nubes gruesas y grises que oscurecían el horizonte lejano. Las llamativas libreas de los sirvientes corriendo. La emoción competitiva de la justa. El caballero conquistador. Su mejor obra hasta el momento.

Mary cambió de peso en el sofá mientras se colocaba más almohadas detrás de la cabeza. "¿Puedo ver el anillo?"

Isabel se volvió sorprendida y miró a su hermanastra menor. Era lo último que Mary necesitaba ahora, con la enfermedad que la aquejaba. Por si las llagas de la viruela no fueran lo bastante graves, María había sido incapaz de retener ningún alimento durante la última semana. La que fuera una joven hermosa y robusta yacía en la cama de Isabel, exhausta y agotada. Isabel contuvo su compasión y su lengua. Después de todo, ¿qué podía decirle a esta joven de diecisiete años que ya había soportado más dolor del que otros podrían soportar en toda una vida? La mente de Elizabeth vagó vagamente por pensamientos sobre su otra hermana, Ana, y se preguntó si la menor había sido la fuente del conocimiento de María sobre el incidente de la tarde. Anne, de trece años, era, en gran parte, los ojos y oídos de Mary en aquellos días.

"¿Dónde está el anillo, Elizabeth?"

"Ya no lo tengo".

"Por el amor de Dios, no me compadezcas". María volvió la cara, hablándose tanto a sí misma como a su hermana. "Se apoderó de mi inocencia. Se acostó conmigo. Me utilizó. ¿Y qué si eres tú la que acaba con su anillo?"

"¿Te acostaste con el escocés?"

"No te hagas la graciosa, Elizabeth. Sabes de lo que hablo".

No era ningún secreto que María había sido la amante de Enrique VIII, rey de Inglaterra, en los últimos meses. El asunto había

comenzado inmediatamente después de que María y Ana fueran convocadas a Inglaterra y a la corte por su padre, hacía sólo cuatro meses. Por lo que Isabel había podido averiguar a través de Ana, su padre había animado claramente a María a responder de la misma manera a las insinuaciones amorosas del joven y apuesto rey, y sir Thomas había llegado incluso a organizar encuentros privados en los pabellones de caza, lejos de la corte... y de la reina. Era bien sabido que el rey hacía tiempo que se había cansado de la mujer que no podía darle ningún hijo.

Diez años atrás, tras la muerte de su esposa, Sir Thomas Bolena había enviado a María y Ana a Francia para que se criaran en compañía de Isabel, su hija de una relación anterior. Al crecer juntas en Francia, en la casa que su padre mantenía en la corte de la reina Isabel, los lazos se habían estrechado entre las tres jóvenes hermanas. Isabel, que entonces tenía diez años, sólo era tres años mayor que María. Sin embargo, desde el principio había asumido el papel de tutora y había cuidado y orientado a sus recién descubiertas hermanastras.

Era una alegría tenerlas. De pequeña, antes de la llegada de sus hermanas, Elizabeth había sido una niña extremadamente solitaria. Sin padres ni amigos, Elizabeth había encontrado otras formas de captar la magia que echaba de menos en su vida. La niña tenía un don otorgado por Dios. Isabel Bolena tenía la capacidad de ver y plasmar la belleza en la oscuridad que la rodeaba.

Aún recordaba cómo había sido la noche de la muerte de su madre. Con los ojos secos, sentada junto a la chimenea quemada, había sostenido un puñado de cenizas calientes en una mano y una ramita carbonizada en la otra. Con el palo y la ceniza, los pequeños dedos de la niña habían girado y trazado silenciosa y desesperadamente una línea vital de patrones. De pie y acercándose al cuerpo frío y sin vida de su madre, Elizabeth había tocado el rostro de su madre, tan hermoso en la muerte como lo había sido en vida. Dejó una mancha de ceniza en el pómulo alto.

Isabel sólo había deseado que la ceniza le diera calor.

Pasó el resto de su infancia dibujando en tableros, suelos y paredes, utilizando cualquier tema que encontrara y dejando que su imaginación llenara el vacío.

Años más tarde, empezó a pintar. Mientras Isabel no causara problemas a su nuevo tutor, se le permitía escaparse de la confinada prisión de sus aposentos y pasar incontables horas con los artesanos y los artistas que visitaban la corte de la reina Isabel. A ninguno de los hombres le había importado ni había cuestionado nunca a la niña de rostro brillante que observaba en silencio, con las rodillas recogidas contra el pecho y los ojos atentos a cada uno de sus movimientos. De

hecho, algunos de los pintores se habían interesado por la niña y, cuando ella les habló en voz baja de su interés, le proporcionaron preciosos trozos de lienzo o pigmento para pintar. Había observado a los artesanos modelar sus pinceles, contemplado con asombro la mezcla de pinturas y estudiado la planificación y los pasos de la técnica de cada artista.

Elizabeth había practicado todo lo que había aprendido. Mientras que otros niños de la corte podrían temer y evitar los oscuros rincones de la lúgubre torre del homenaje del castillo, Elizabeth se había refugiado en ellos. Aunque los oscuros muros de piedra rezumaban humedad y frío, la propia Elizabeth irradiaba la brillante vitalidad de la vida. Los atrevidos colores que utilizaba en sus cuadros brillaban con la luz del sol y la calidez. Los vivos detalles de sus obras evocaban sonrisas y buen humor en los pocos que compartían su secreto.

Y entonces habían llegado sus hermanas.

Con el paso del tiempo, las tres hijas de pelo negro de sir Tomás Bolena no habían tardado en atraer las miradas errantes de cortesanos y caballeros de Francia y de muchos países diferentes. De las tres, María siempre había sido la que se había sentido atraída por el glamour de aquella vida de moda. De hecho, algo en la hermana de Isabel siempre había clamado por la atención aduladora de los rastrillos de la corte, pero nunca había ocurrido nada desafortunado. No mientras Mary había estado bajo el cuidado de Elizabeth.

Habían transcurrido cuatro meses desde la partida de sus hermanas. Durante los años que María y Ana habían estado con ella, Isabel había aprendido a disciplinar su impulso creativo. Sólo pintaba cuando el tiempo se lo permitía y cuando sus hermanas no la necesitaban. Tras su marcha, le había costado mucho tiempo superar la soledad que sentía por ellas. Pero con el paso del tiempo, Elizabeth se había encariñado con su nueva soledad. Le dejaba tiempo para pintar. Sin interrupciones, sin nadie a quien criar, calmar o cuidar, estaba saboreando los primeros frutos de la libertad. Pero la libertad duró poco.

De repente, Elizabeth se vio inesperadamente convocada a Calais por Sir Thomas. Al llegar, había encontrado a María enferma y postrada en cama. Su hermana había contraído la temida viruela.

Ella sabía lo que era. El azote de todas las cortes de Europa. Una enfermedad miserable que atacaba primero el cuerpo del amante y luego la mente.

Isabel atendió a María con cariño. No había necesidad de regañar a la joven. Si la sífilis no la mataba ahora, a María le esperaba toda una vida de sufrimiento.

Aunque ella misma siempre había rechazado el atractivo de la corte y sus superficiales habitantes, algo en el interior de Isabel le

impedía condenar a María por convertirse en el interés amoroso del hombre más poderoso de Inglaterra, el hombre que tenía en sus manos el futuro de su padre. Al fin y al cabo, Elizabeth siempre había tenido su talento, su pintura, su vida secreta y sus esperanzas de convertirse en una gran pintora. Aquellos sueños ofrecían toda la pasión que Elizabeth buscaba en esta vida. La hacían independiente, incluso como mujer. Perdida en su arte, no necesitaba a ningún hombre que la cuidara, que la protegiera. Pero María era diferente. Necesitaba atención. Quería glamour. Mientras Isabel se esforzaba por ser la observadora y captar la imagen, a Mary siempre le había complacido ser el objeto, la observada, el centro de toda la atención.

Elizabeth pensó ahora en el precio que estaba pagando su hermana. Cogió el pincel y empezó a pintar nubes que se esparcían por el claro cielo azul.

"Ana me ha contado todo lo que ha pasado hoy en el torneo", susurró María, observando los suaves trazos del pincel de su hermana. "Tengo que advertirte. Es un mujeriego".

"¿Le conoces?" preguntó Elizabeth sin romper el paso.

"Es difícil no fijarse en él. Ese escocés es un hombre apuesto. Pero no te preocupes, hermana. Está limpio. No me he acostado con él".

El golpe de la jarra contra el suelo hizo que Mary se sentara. Miró hacia abajo con timidez, tratando de evitar el ardiente temperamento de su hermana mayor.

"¡Te lo advierto!" Elizabeth dio un paso hacia la criatura acobardada. "Si te vuelvo a oír menospreciarte como hasta ahora..." Respiró hondo para controlar su ira antes de continuar. Las paredes de aquellas tiendas eran demasiado finas para su gusto. "No puedes hacerte responsable, María. Si hay que culpar a alguien, es a ese rey tuyo por haber contagiado esta enfermedad espantosa a una simple niña".

"¿Entonces me crees que es el único con el que me he acostado?"

"Claro que te creo".

Las suaves lágrimas que abandonaron los ojos de María no pasaron desapercibidas para su hermana mayor. Isabel se acercó rápidamente a ella y estrechó a la joven entre sus brazos.

"Henry no. Me odia. Me ha llamado fea. Dijo que no quería ver nunca mi cara enfermiza. La noche antes de que llegaras, fui a verle. Deliraba de fiebre. Ni siquiera dejó que su médico me atendiera. Me llamó..." Mary se aferró al cuello de su hermana y lloró.

"Calla, amor mío. Todo eso es pasado. Todo eso ha quedado atrás. Piensa en el futuro. En un futuro hermoso".

Isabel estrechó con fuerza a María entre sus brazos, sosteniéndola, meciéndola. Sabía que sus palabras carecían de convicción. Se mordió los labios de frustración al pensar en el frío y egoísta rey. Pero todos

los hombres eran iguales en ese aspecto. Nacieron libres para hacer lo que quisieran. Libres para apoderarse de lo que afirmaban que les pertenecía por derecho, pero sin acatar nunca ninguna norma civil.

"¡Oh, Isabel!" lloró María. "¿Qué futuro? Una vez me llamaron la muchacha más bella de Francia. Todos los hombres de la corte pretendían mi afecto. Ya sabes lo popular que era. Ahora mira en lo que me he convertido. Ningún hombre querrá mirarme jamás. Nunca tendré un lugar en la sociedad. Nadie me querrá ni siquiera como amiga. Ya me rechazan. Sólo quiero morir. ¿Por qué no viene la Muerte y me lleva?"

"Deja de decir tonterías, María. Eso no ocurrirá".

"¿Por qué no?"

"Porque la Muerte tiene que enfrentarse primero a mí antes de llegar a ti".

"¿Crees que podrías asustarle como me asustas a mí?" preguntó María con una risita débil.

"¡Por supuesto!"

María cerró los ojos y se consoló en el abrazo protector. Debería haber pedido antes a su padre que trajera a Isabel. Todo iría mejor ahora que ella estaba aquí. Elizabeth cuidaría de ella, como siempre había hecho. Nunca estaría sola. Y mejoraría. Su hermana lo había dicho. Isabel ya había solicitado la ayuda del médico del rey francés para que examinara su enfermedad. El hombre había estado aquí dos veces y volvería esta tarde. La última vez se había mostrado muy esperanzado.

La suave pisada fuera de la tienda separó a las dos. Elizabeth se acercó rápidamente a su cuadro y le echó una sábana por encima.

"¿Por qué no quieres que lo vea?" La joven se detuvo en la abertura de la tienda, observando a su hermana mayor con un mohín en su bonito rostro.

"Ana, no deberías marchar como lo haces con los adultos. No es correcto". susurró Mary con voz débil desde el sofá. "Sabes muy bien que Isabel no quiere que nadie mire sus fotos".

"Yo no soy nadie. Soy su hermana. Y lo que dices es falso. La vi enseñar sus cuadros al duque de Borbón".

"¿Qué ha visto?" Mary se volvió hacia su hermana mayor, sorprendida. Hacía años que Isabel le había jurado a María guardar el secreto. Nadie debía ver sus fotos. Nadie debía saberlo. María sabía que ése era el mayor temor de Isabel: que si la gente descubría sus cuadros, se los quitaran. Al fin y al cabo, no era propio de una mujer joven dedicarse a tales aficiones en la medida en que lo hacía Isabel. María se había escandalizado al ver que algunos de los cuadros de Isabel representaban a hombres y mujeres desnudos. Aunque, a decir verdad, teniendo en cuenta la complexión de algunos de los hombres,

más de una vez había sentido la tentación de preguntar a Elizabeth a quién había utilizado como modelo.

"La vi con mis propios ojos", intervino Ana antes de que Elizabeth pudiera responder. "De hecho, la vi aceptar una bolsa de monedas de oro del duque y dejarle uno de los cuadros".

María saltó de su sitio y se lanzó sobre su hermana mayor. "¡Dios mío! Lo has conseguido. ¡Por fin! Has vendido tu obra. ¿Cuál? ¿Cómo le convenciste para que comprara uno de tus cuadros? ¡Un cuadro de mujer! ¿Cómo te acercaste a él? ¿Cuánto conseguiste por él? ¿Qué te impulsó a hacerlo?"

Elizabeth levantó la vista y captó la mirada de su emocionada hermana. No podía contar la verdad. No toda. Al fin y al cabo, lo había hecho por la propia María. Para pagar los honorarios del médico francés. Pero no podía decírselo.

El duque de Borbón, durante los dos últimos años, había sido un perseguidor persistente de Isabel. Un admirador, cierto, pero Isabel sabía que al duque le encantaba perseguir a todas las jóvenes que rechazaban sus insinuaciones. El noble odiaba que lo rechazaran, y seguramente pensaba que ella también caería rendida a su encanto y riqueza; todas las jóvenes acababan sucumbiendo. Sabía que el hombre tenía muchas amantes. Pero ésa era una situación que Elizabeth no podía aceptar. Sencillamente, no le interesaba convertirse en un adorno, guardado y sacado de vez en cuando para el placer de algún hombre, como había ocurrido con su madre hacía tantos años. Había hecho saber al duque sus sentimientos al respecto. Pero el hombre no se daba por vencido. En sus encuentros más recientes, el duc había sido muy taimado en sus esfuerzos por seducirla. Sus persistentes payasadas y sus patéticas historias la habían enfurecido con frecuencia. Así que ahora Elizabeth pensaba con cierta satisfacción en cómo había podido engañar al joven noble sobre el cuadro. Se había inventado historias demasiado increíbles, pero el duc, por alguna razón, había aceptado su cuento.

"Dime, Isabel", volvió a preguntar María, "¿cómo le convenciste para que comprara tu obra?"

"Mentí. Cree que se ha convertido en el mecenas de un artista de gran talento, aunque aún desconocido. Un artista masculino desconocido. Cree que sólo estaba interpretando el papel de enlace de buen corazón".

"Habría pensado que sería un monstruo celoso ante la idea de que actuaras para otro hombre".

"No veo por qué". Elizabeth suspiró mientras limpiaba y guardaba los pinceles. "Mi relación con el duque nunca ha sido más que la de un conocido inocente... al menos por mi parte. Nunca me he sentido atraída por él y nunca le he provocado".

"¿No? ¿Tengo que recordarte cómo piensan los hombres?" Mary volvió al sofá y se sentó. En este tema tenía mucha más experiencia que su hermana mayor. "No importa lo que digas o lo que hagas. El hecho es, Elizabeth, que no perteneces a ningún hombre. Así que eres presa fácil".

"¡Oui! Conozco los poemas... las mujeres somos la 'tierna presa' de esos chicos desmesurados y 'enamoradizos'. Pues yo no lo soy. Aunque supongo que habré adornado la historia para tenerlo en cuenta. Sí le dije que el artista es un noble tullido con lepra que se esconde en un priorato y nunca recibe visitas." Elizabeth se quitó el delantal y se lo guardó. "Supongo que después de oír esa historia no había motivo para que el duque se sintiera desafiado".

Sin embargo, a pesar de todas sus palabras, Isabel esperaba no cruzarse con el noble francés durante el resto de su estancia aquí. Con el dolor de la dolencia de su hermana, no estaba de humor para tratar con un cortesano persistente.

"Papá te quiere, Elizabeth". La voz de Ana tenía el tono cantarín de una niña que conoce un secreto. Las otras dos mujeres se volvieron hacia ella al unísono.

"¿Padre? ¿Qué quiere?" Elizabeth sólo había visto a su padre de lejos desde que llegó al norte de Francia. Sin embargo, eso no tenía nada de extraordinario. Desde el primer día en que, siendo niña, entró en casa de Sir Thomas, su relación nunca había sido más que cortésmente distante. De hecho, a menos que se debiera a la enfermedad de Mary, Elizabeth no tenía ni idea de por qué su padre la había convocado a ella, una hija a la que siempre había parecido empeñado en ignorar.

"Te lo diré por una de esas monedas de oro".

"Ni hablar, mocosa", dijo Elizabeth secamente, con los ojos centelleantes. Cogiendo con cuidado los lados del cuadro, lo trasladó a la pared trasera de la tienda. "Lo averiguaré por mi cuenta".

"Tal vez", respondió Ana. "Pero aún conseguiré una de esas monedas". En cuanto las palabras salieron de la boca de la muchacha, se inclinó y cogió un par de pinceles de Elizabeth, saliendo disparada hacia la abertura de la tienda.

Elizabeth tardó sólo un momento en darse cuenta de lo que Ana había hecho. Se volvió y corrió tras ella.

"Monstruo malcriado y avaricioso". La hermana mayor persiguió a Ana hasta el brillante sol de la tarde. No había rastro de la chica. Se le daba tan bien desaparecer como aparecer.

Los ojos de Elizabeth recorrieron el escenario que tenía ante sí. Había gente por todas partes. Escuderos y mozos de cuadra, soldados y sirvientes, algunas personas vestidas con galas y otras con harapos. Caballos y perros, carros grises y aburridos y carromatos pintados de

vivos colores. El aire mismo vibraba de acción. La tela dorada de las tiendas reflejaba los rayos del sol. Parecía como si las cuerdas hubieran capturado aquel orbe celeste, sujetándolo. Elizabeth tomó nota mental de ello. Otro toque para su trabajo.

"Tengo que admitir, muchacha, que me siento ofendido".

El suave acento masculino hizo que Elizabeth se volviera lentamente en dirección a la voz. Era el Highlander. Sin poder contenerse, sintió que su corazón se aceleraba al ver al gigantesco guerrero, vestido con un tartán escocés, que ahora se encontraba a sólo un paso de ella. Sus profundos ojos azules se clavaron en los de ella.

Su larga melena rubia caía sobre unos hombros anchos y poderosos. Se erguía como un gran felino, ágil y equilibrado y, pensó ella, dispuesto a abalanzarse.

Ambrosio se quedó de piedra. De cerca era aún más hermosa de lo que le había parecido. Desde la tribuna, donde la había visto por primera vez, la presencia de la joven, su seguridad, sus ojos inquebrantables habían despertado su interés. Pero ahora, al verla así, le sorprendieron los labios carnosos, los pómulos altos acariciados por el sol, las largas pestañas luminosas y los ojos negros increíblemente grandes que le miraban sorprendidos. Fueron sus ojos, negros como el carbón, los que primero captaron su atención. Era más alta que la mayoría de las mujeres, pero incluso con sus ropas poco atractivas y sensatas, era bastante grácil.

"Soy Ambrose Macpherson. ¿Cómo te llamas, muchacha?"

"¿Por qué dijiste que te sentías ofendida?" La mente de Elizabeth iba a toda velocidad. Su próximo cuadro tenía que ser de aquel hombre con falda escocesa. La imagen era demasiado impresionante para no capturarla.

Ambrose sonrió.

A Elizabeth le dio un vuelco el corazón.

"Estabas prestando a este callejón lleno de suciedad más atención que a la justa de hoy". Ambrosio dio un paso hacia ella, dejando pasar un carro de caballos. Notó que ella no retrocedía ante él. Pero vio que un suave rubor se extendía por su perfecta tez de marfil. Mientras sus ojos se desviaban de los de él hacia los grupos de gente que pasaban, los ojos del joven guerrero siguieron recorriendo el cuerpo de la joven. Llevaba el pelo oculto bajo un tocado de aspecto severo, pero por un mechón suelto que le caía sobre la frente pudo ver que era morena. El vestido, descolorido en algunas partes, estaba enrollado hasta el codo y desatado en el cuello. La insinuación de lo que había más allá de la siguiente corbata era tentadora. Tenía la postura y la audacia de una noble, pero la apariencia de una doncella. Ambrosio dejó que sus ojos se posaran de nuevo en sus labios. Eran carnosos, sensuales,

atrayentes.

"Has hecho un combate emocionante". Captó sus ojos clavados en ella.

"Tuve un público apasionante".

"Los creía muertos", se burló Elizabeth. "Seguro que te merecías un recibimiento mejor que el que te dieron".

Ambrose la miró con media sonrisa. La recepción francesa le había parecido bastante entusiasta, al menos entre los miembros femeninos de la multitud. "¿Puedo suponer que te ha impresionado?"

¿"Por ellos"? Prefiero a los vivos. Los muertos no me impresionan mucho".

"No me refiero a ellos". Ambrose frunció el ceño en broma. "Intentaba reconducir la discusión hacia mí".

Esta vez Elizabeth le miró con aprecio. "Tienes buena opinión de ti mismo, ¿verdad?"

Ambrose respondió riendo. Oh, no. No iba a convertirse en un blanco respondiendo a aquella pregunta. La estudió detenidamente y trató de recordar si la había visto antes. Estaba seguro de que no. Ésta era diferente. Hermosa, pero distinta de las demás. Había algo en la forma en que mantenía la cabeza, ligeramente ladeada, con los ojos claros, alerta.

"No te había visto antes. ¿Acabas de llegar hoy?"

Elizabeth no parecía oírle. Era guapo, increíblemente guapo. Pero no orgulloso ni distante. "Podrías haberte roto el cuello en la justa, de pie sobre los estribos como lo hiciste".

"¿Francesa o inglesa?", preguntó. Ella había observado desde la sección francesa durante la justa, pero la tienda de la que había salido hacía unos instantes estaba en el barrio inglés del campamento.

"¿Te hiciste esa cicatriz haciendo una maniobra parecida a la de hoy?" Elizabeth estudió la profunda marca en la frente del caballero. Aunque su pelo rubio suelto cubría parte de ella, era claramente una insignia de honor. Tenía que añadir este toque a su pintura más tarde.

"No estás casada, ¿verdad?", le preguntó. Ella no parecía muy dispuesta a responder a sus preguntas, al menos de momento.

Elizabeth volvió los ojos hacia las actividades del callejón. "Hay mucho más que ver aquí que en el campo del torneo".

"¿Algún amante celoso?"

"Gente de verdad, en su elemento". Escondió una sonrisa. "Es tan interesante observarles".

"¿Vendrías a mi tienda? ¿Quizá esta noche?" Ambrosio extendió la mano y la tomó entre las suyas. Su pulgar acarició suavemente la suave piel mientras se llevaba los dedos a los labios. No llevaba el anillo que él le había dado antes. "Lo haré interesante".

Elizabeth se estremeció involuntariamente al sentir sus labios

contra su piel. Sus miradas se cruzaron. Era tan hermoso y tan abiertamente sensual. Y allí estaba ella, en medio de toda aquella gente, coqueteando con él. No era propio de ella. Además, su padre la estaba esperando.

"Tengo que irme". Retrocedió apresuradamente y, sin siquiera mirar atrás, corrió por el callejón en dirección a la tienda de su padre.

Capítulo Dos

...la raíz, tostada y mezclada con manteca de cerdo, constituye una cataplasma galante para madurar las llagas de la peste. El ungüento es bueno para las hinchazones de las partes pudendas. De hecho, los mejores galenistas sostienen que una vez que los enfermos de viruela expulsan los malos humores acostándose con la virgen, la raíz decoctada curará las pústulas sin dejar ni una cicatriz...

Camararius, *Hortus Medicus*
"Sobre el tratamiento de la viruela"

El escudero ensangrentado cayó en un montón a sus pies.

Elizabeth se sobresaltó, consciente de repente del alboroto en el que se había metido. Había estado concentrada en ponerse presentable ante su padre. Ahora se había olvidado de los lazos del vestido y del estado de su pelo.

Apretados a los lados del callejón entre las tiendas, los espectadores observaban la actividad con los ojos muy abiertos, pero sin intención de involucrarse. Elizabeth pudo ver cómo manaba sangre de un corte sobre la oreja del muchacho. Miró fijamente al joven, que se incorporaba arrastrándose con dificultad, e instintivamente extendió una mano para ayudarle a levantarse.

Una voz llena de malicia tronó desde el centro del callejón. "¡No toques a ese vago bastardo!"

Los ojos de Elizabeth brillaron ante el caballero que se tambaleaba ominosamente hacia ella. "Necesita cuidados", replicó. "Él...

"*¡Tú*!" El caballero se detuvo ante ella. Sus ojos tenían el aspecto vidrioso de alguien borracho o loco. Apartando al escudero de ella, la mirada de Sir Peter Garnesche se convirtió en una mueca de desprecio. Echando al muchacho a un lado, escupió sus siguientes palabras por encima del hombro, sin apartar los ojos del rostro de Elizabeth. "Ve a lamerte las heridas, muchacho. La dama escocesa lo desea".

Isabel miró con repugnancia al enorme guerrero. Como todos los demás, sabía que se contaba entre los amigos del rey inglés, pero también lo conocía como el hombre que, cuatro meses atrás, había escoltado a su hermana María hasta Inglaterra... y hasta una vida de sufrimiento. Se apartó; no tenía ningún deseo de conversar con él.

"Esperad, mi señora", se mofó el caballero, llamándola en voz alta mientras se alejaba. "Quizá tú o tu hermana podáis dar a mi escudero el nombre de un buen médico".

Elizabeth sintió que la invadía un calor espinoso mientras se alejaba a toda prisa de la fea escena. Las risas de los espectadores retumbaban en su cabeza. Algo brutal flotaba en el aire alrededor del hombre como una nube venenosa. Tenía que alejar a María de aquella gente vil. Tenía que convencer a su padre de ello.

Aunque era medio inglesa de nacimiento, Isabel Bolena tenía buenas razones para no sentir ni una pizca de lealtad hacia Inglaterra ni hacia su pueblo. Francia era su país natal y, para Isabel, su hogar.

No es que su infancia hubiera estado bañada por la luz del sol. Tras la muerte de su madre, y antes de que Mary y Anne se unieran a ella, Elizabeth había pasado largos y regimentados años bajo la supervisión sin amor de su niñera inglesa, Madame Exton. A excepción de los momentos en que había podido escaparse con sus pintores, Elizabeth preferiría borrar este periodo de su memoria. Desde muy pronto, esta mujer manipuladora había dado a su joven pupila un mal sabor de las costumbres inglesas, sobre todo en lo referente al uso de la intimidación en la educación de los hijos. Aunque Madame Exton había seguido dirigiendo la casa de Sir Thomas en Francia a lo largo de los años, la vida bajo el férreo gobierno de la mujer se hizo mucho más fácil de soportar una vez que las tres niñas se enfrentaron a ella juntas.

La tienda de Sir Thomas Bolena estaba claramente marcada con el estandarte que representaba el escudo de armas de la familia, e Isabel se detuvo antes de acercarse al asistente que estaba fuera. Pasándose rápidamente las manos por las faldas para arreglar su aspecto, pensó en lo que quería decirle a su padre y se preguntó una vez más por qué la había mandado llamar. Sabía que era un hombre duro cuyas ambiciones le habían llevado a lo más alto del gobierno del rey inglés, pero también era su padre. Y siempre la había mantenido.

Respirando hondo, Elizabeth entró en la tienda de su padre.

"No la conoces, Thomas -replicó Sarah Exton, sin levantar la vista de su labor de aguja-. "No hará lo que tú quieras sólo porque se lo ordenes. Debes someterla a tu voluntad".

Sir Thomas Bolena se detuvo para fulminar con la mirada a su prima y luego continuó su paseo, tirando irritado de su barba gris moteada mientras cruzaba la habitación. "Esto no es un juego de niñas, Sadie. Estamos hablando de la fortuna de esta familia. De..."

Las sombras en la abertura de la tienda le detuvieron, y miró

rápidamente al sirviente y a la joven que entraba en sus amplios aposentos.

La mirada directa de Elizabeth captó la de la mujer mayor. La mirada que le dirigió la prima de su padre era claramente de desaprobación.

"Buenas tardes, señor... señora". Elizabeth hizo una reverencia y se levantó en silencio.

"Ven aquí, muchacha, y siéntate". Su padre hizo un gesto hacia la silla que había junto a la mujer e indicó a su escudero que les dejara estar. El anciano no hizo ninguna muestra de afecto por la hija a la que no veía desde hacía más de dos años.

Obedientemente, Isabel se sentó junto a su supervisora, que ahora estaba inclinada sobre su trabajo, aparentemente ignorando todo lo que la rodeaba**.**

Sir Thomas se paseó por la habitación, observando atentamente los ojos inteligentes y brillantes de su hija, la fuerte implantación de su boca y su barbilla. Igual que la de su madre. Pero mientras Catherine había sido gentil e indulgente cuando le había tocado a él, Elizabeth era feroz y vengativa. Desde que había acogido a la joven cuando murió su madre, a Sir Thomas nunca le había importado estar a solas con ella. Incluso de niña, había sido capaz de convertir su caridad en culpa. Incluso ahora, su sola presencia bastaba para punzarle la conciencia, las heridas supurantes que intentaba enterrar profundamente. Aunque Tomás Bolena había sido quien se había alejado de Catalina, el dolor de perder a la madre de Isabel seguía doliéndole en su interior. Era un dolor apenas contenido bajo las capas de dura piel. Una angustia siempre presente, por mucho que intentara ocultarla.

Elizabeth era alta, su tez clara y sana. No era una belleza voluptuosa, pensó sir Thomas. No como Betsy Blount, la primera amante de Enrique, ni como Mary o cualquiera de las otras.

"No sé lo que él..." El cortesano hizo una pausa, y su irritación se convirtió en auténtica ira. "¡A la mierda! ¿Quién puede entender esas cosas?"

Elizabeth notó el furtivo movimiento de cabeza que Madame Exton le dirigió. Se sentó en silencio mientras su padre se daba la vuelta y se dirigía a la mesa repleta de documentos de aspecto oficial. Sir Thomas levantó una jarra de cerveza y la vació, golpeándola contra la mesa antes de volverse hacia ella.

"Elizabeth, siempre me he portado bien contigo, ¿verdad?"

"*Oui, Sir Thomas*-"

"¡No hables francés conmigo, muchacha!", estalló.

"S-sí, padre", balbuceó ella, sorprendida por la ferocidad de sus modales. Lo miró fijamente mientras él se contenía visiblemente, y

cuando volvió a hablar, su voz era tranquila, controlada.

"Elizabeth, ya es hora de que ocupes tu lugar en el mundo". El diplomático hizo una pausa, volviendo sus ojos negros hacia ella. "La cuestión es que has captado la atención de alguien que te elevará a las más altas cumbres de la sociedad, y harás... harías bien en ocupar ese lugar".

La joven maldijo al duque de Borbón en voz baja. Debería haber sabido que no debía ser sociable con el noble aquella mañana. El hombre había caído muy bajo. Ahora intentaba obligarla a obedecer a través de su padre. No tenía ninguna posibilidad, pensó.

"Padre, tengo que explicártelo". Elizabeth hizo una pausa, intentando reunir las palabras que se le escapaban. "No deseo...

La mirada de su padre la silenció. Estaba de pie ante ella, con los puños en las caderas. "Niña, esto no tiene nada que ver con tus deseos. Tiene que ver con el deber".

"¿Deber?", exclamó**.**

"Sí. Deber".

Soltó las palabras antes de que pudiera detenerlas. "¿Qué deber le debo a un noble infectado de lujuria?"

La fuerza de la bofetada derribó a la joven de la silla y la hizo caer de bruces en medio de la habitación. Sintió un dolor agudo en la cabeza, y luego entumecimiento, zumbidos y el sabor de su propia sangre. Se agachó ante su padre, con la mano temblorosa pegada a la cara.

"Nunca, escúchame, nunca más hablarás de tu rey en esos términos".

"¿Mi *rey*?" Los ojos de Elizabeth se abrieron de par en par, incrédula. Miró involuntariamente a madame Exton en su intento de comprender. La anciana no levantó la cabeza. Las palabras de su padre volvieron a centrar su atención en él.

"El rey desea llevarte a su cama, Isabel".

"¡No!", jadeó la joven, con las manos agarrándose desesperadamente a las faldas de Madame. Las lágrimas corrían por su rostro sin control. "No... me ha... no... sólo me ha visto una vez. Esta mañana, en la justa. Sólo fue de lejos. No puede ser. Ha entregado su enfermedad a María, padre".

"¡Ya lo sé!" gritó Sir Thomas. No había nada que odiara más que a las mujeres histéricas. "No era lo bastante pura. Le gustaba bastante, pero no era lo bastante pura para curarle la viruela".

Madame Exton puso la mano en el brazo de Isabel. "Los médicos del rey le han dicho que debe acostarse sólo con las vírgenes más puras para librarse de la enfermedad". Miró tranquilizadora a la joven. "Será un gran honor para ti y para nuestra familia".

Elizabeth miró horrorizada a la mujer. Hablaba en voz muy baja.

Sin emociones. Sin emoción. Elizabeth podía oír las palabras con claridad. "Es un pequeño sacrificio, Elizabeth. Y como dice Sir Thomas, es tu deber".

"No puedo. No *lo soy*!", exclamó, buscando desesperada alguna respuesta, alguna razón que pudiera detener esta locura. "No soy pura. Me he criado en la corte francesa. He estado con muchos hombres".

La mano de la mujer mayor se cerró bruscamente sobre la boca de Elizabeth, sofocando las palabras que salían a borbotones. "No mientas, Elizabeth. Te olvidas de tu compañía. Si María estuviera aquí sentada pronunciando estas palabras, las habría creído todas. Pero ésta eres tú. La pura e inocente Isabel. La que siempre se ha escondido del glamour y de la tentación. La que se saltó incluso su propia presentación en la corte". Madame Exton tomó la barbilla de Elizabeth entre sus escuálidas manos y la levantó de un tirón. Su voz era tan aguda como el filo de una daga. "Te he observado durante muchos años, hija mía. No malgastes tu aliento con mentiras. Limítate a hacer lo que te digan. Se lo debes a tu familia".

"No tienes opción, muchacha", añadió Sir Thomas. "Y piénsalo, si le das un hijo varón, será mucho mejor para todos nosotros, y para ti".

Elizabeth se puso lentamente en pie. Le temblaban las piernas y se preguntó vagamente si sus rodillas soportarían su propio peso. Pero entonces, la expresión de incredulidad de su rostro se transformó en otra cosa, cuando comprendió la terrible realidad de su situación.

"Pero yo..." Había angustia en su voz.

"No hay nada más que discutir, Elizabeth. Ahora vete y prepárate. Cuando el séquito del rey parta hacia Calais por la mañana, partirás con nosotros". Despidiéndola, se volvió hacia la mesa.

El mundo se había vuelto gris a su alrededor, con sus pesadas nieblas arremolinándose húmedamente en su interior. Su única sensación era el peso turbio que se iba asentando inexorablemente en su mente, en su cuerpo, en su alma misma. "Pero... ¿y María?", preguntó aturdida.

Su padre se giró a medias para responder, con voz áspera y palabras entrecortadas. "Volverá a Kent. Al convento cercano al castillo de Hever. No te preocupes por ella. Vete. Vete *ya*".

Capítulo Tres

"TIENES el poder de crear tu propio futuro".

Mientras Isabel se apresuraba por los callejones iluminados con antorchas que atravesaban el campamento, las palabras de María resonaban en su cabeza. Desde una pequeña loma, miró a través del campo de tiendas el gran comedor que se había levantado con lonas pintadas para que parecieran de piedra. Su glamour era sólo una fachada. Cuando se acercó un grupo de hombres que se movían a trompicones, Elizabeth se tapó la cara con la capa oscura.

"¡Eh, guapa! Eh... ¡ahí va una mujer!"

Isabel se asustó al oír al cortesano borracho y alargó sus pasos. No quería que supieran que tenía miedo. No quería ser su presa. Pero entonces pensó en lo que estaba a punto de hacer.

"Esto es una locura", murmuró Elizabeth para sí misma. Podía oír la angustia en su propio susurro. "¡Me he vuelto loca! El mundo entero se ha vuelto loco".

La joven se llevó una mano a la cara. La hinchazón apenas había remitido. Aún podía sentir el dolor que le había hecho lagrimear los ojos durante tanto tiempo después de regresar a su tienda. Pero no era el dolor físico lo que le había desgarrado el corazón; era un dolor mucho más profundo. Había sido vendida por su propio padre. ¿Cambiada por qué? Para el vil uso de otro hombre.

Cuando Isabel había regresado, María había estado allí, esperándola. Ofreciéndole consuelo, orientación. Venir aquí, a estas horas de la noche, había sido idea de María. Su hermana menor le había dado el arma que Isabel necesitaba desesperadamente. María le había mostrado una forma de luchar contra su padre.

El escudo del guerrero escocés colgaba junto a la entrada de la tienda.

Elizabeth entró.

Hundiéndose más en el agua tibia, Ambrosio cerró los ojos ante el resplandor rojo del brasero de carbón que se había utilizado para calentar el agua de la bañera.

Ella no había venido. Él esperaba que lo hiciera. Pero ya no estaba para vigilar a ninguna mujer. Incluso de una tan fascinante como ésta, pensó, echando un vistazo a la mesa y al anillo de esmeralda que le

había regalado antes.

Tumbado allí, remojando sus magullados y cansados músculos, dejó que sus pensamientos se remontara a los acontecimientos del día, a su importancia política. Volvió a pensar en la carta de falsas promesas que habían firmado los dos reyes hacía poco tiempo.

Era de dominio público en los círculos diplomáticos que Enrique había acudido a esta reunión con la intención de romper la Auld Alliance entre Francia y Escocia. El canciller del rey inglés, el astuto cardenal Wolsey, no había dejado camino sin recorrer en sus maniobras para conseguir algún asidero sobre el rey francés, en su búsqueda de alguna cuña que introducir entre Francisco y los molestos escoceses.

Pero Ambrosio había conseguido desbaratar toda esperanza de confianza real entre los dos monarcas. Pues, en una reunión privada celebrada justo antes de la firma, el noble escocés había conseguido transmitir al rey Francisco la prueba de que su enemigo el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico Carlos esperaba reunirse en secreto con Enrique en Calais. Al oír esto, Francisco había estado dispuesto a enfrentarse al traicionero rey inglés en los campos de batalla. Pero gracias a la intervención del Lord Condestable y de Ambrosio, habían podido contener al monarca francés para que no se enzarzara inmediatamente en una guerra con Inglaterra. De hecho, Ambrosio había conseguido persuadirle de que siguiera adelante con el espectáculo de firmar el tratado con el traidor Enrique, mientras seguía un curso diferente -un juego de espera- y, mientras tanto, intentaba obtener información privilegiada sobre los detalles del próximo encuentro de Carlos y Enrique.

Ambrosio había hecho lo que había que hacer. Según la información de que disponía, enviados secretos del emperador romano se habían reunido con el rey inglés hoy mismo. Ahora dependía de los contactos del Lord Condestable revelar los detalles. Sin embargo, había algo seguro: La Auld Alliance entre Escocia y Francia había sobrevivido al Campo de Paño de Oro. El Highlander había hecho su trabajo.

Ambrosio abrió los ojos y cogió satisfecho la jarra de cerveza que había en el pequeño taburete junto a la bañera.

Estaba de pie justo dentro de la tienda.

"¡Me siento ofendido una vez más!"

Elizabeth ocultó una sonrisa mientras le dirigía una rápida mirada. Conscientemente, volvió a centrar toda su atención en el anillo de esmeralda que había sobre la mesita, y siguió reprimiendo el impulso

de estudiar su cuerpo desnudo. "Eres demasiado sensible para un hombre de tu tamaño".

Los ojos de Ambrose la recorrieron de arriba abajo mientras se desataba la capa oscura y la dejaba caer al suelo, a sus pies. "Hubiera esperado que mi actual estado de vulnerabilidad atrajera un poco más la atención que ese anillo".

"No creo que haya muchas cosas en este mundo que llamen más la atención que esta cosa". Levantó el anillo. La esmeralda captó la tenue luz del brasero y se iluminó.

"Si tanto te gustaba, ¿por qué lo dejaste?" Ambrosio observó sus dedos largos y delgados, la inclinación de su hermosa barbilla. Llevaba el pelo negro como la medianoche recogido sobre la cabeza. Algunos mechones se enroscaban en su perfil perfecto.

Elizabeth podía sentir el calor de su mirada sobre su piel. No se volvió. No podía.

"¿Cómo lo recuperaste?", preguntó ella, aunque ya sabía la respuesta.

Ambrosio contempló a la muchacha. No era una doncella de compañía. Eso ya lo había descubierto antes. Y no estaba acostumbrada a responder preguntas. Hizo la suya. "Tres hombres del Lord Alguacil arrastraron hasta aquí a un pobre cura de pueblo. Le pillaron intentando venderlo para conseguir habitaciones separadas para sus amantes". Ambrose sonrió en su jarra mientras bebía cerveza. Su mirada de reojo fue rápida, pero él la vio. "Creyeron que me había robado el anillo".

"Espero que te hayas asegurado de que arrastren a ese desgraciado hasta el castillo de Guisnes".

"Desde luego que sí". Ambrose hizo una pausa y se puso de pie en la bañera.

Elizabeth le dio la espalda para recoger su capa. Ocupándose de doblar la prenda, intentó ignorar la imagen de él saliendo del agua.

"Pero no antes de hacerle confesar la verdad". Ambrosio se ató la toalla sin apretar alrededor de la cintura mientras se movía detrás de ella. Olía a lavanda y al aire fresco del verano.

"¿Querías saber el paradero de sus amantes?" Sentía su aliento en la nuca. Estaba demasiado cerca. Se inclinó y dejó el anillo sobre la mesa. Elizabeth se encontró de repente luchando contra el impulso de retroceder, de huir. Al fin y al cabo, ¿no había venido aquí para eso? ¿Para perder la virginidad?

"Apenas". Ambrosio dejó que sus labios rozaran la piel de ella. Era tan suave como parecía. Sintió que su cuerpo se tensaba. "¿Por qué le diste el anillo al sacerdote?", preguntó en voz baja.

"¿Por qué le ofreciste tanto oro para que se lo llevara?"

"Así que le has visto desde entonces". Ambrose dejó que su dedo

recorriera seductoramente la espalda de ella. Sonrió al ver el evidente estremecimiento que la recorrió.

Elizabeth aferró con fuerza su capa con la mano. Sabía que tenía que relajarse. Tenía que dejar que aquello sucediera. Debía admitir que le había servido de ayuda obtener algún atisbo de la clase de hombre que era este Ambrose Macpherson... de Fray Matthew. Esta tarde, cuando el sacerdote había vuelto a su tienda con la noticia de la generosidad de Sir Ambrose, Elizabeth había escuchado atentamente su historia. Conocía a Fray Matthew desde hacía mucho tiempo, y le había dado el anillo del rey inglés, sabiendo que muchos se beneficiarían de él. Desde luego, el anillo no tenía ningún valor monetario ni sentimental para ella. Isabel había ganado el dinero que necesitaba para el médico de María vendiendo antes el cuadro. Y aunque sólo fuera por el bien de su hermana, sabía que sería mucho mejor que los ojos de María nunca se posaran en él.

Y entonces el sacerdote había vuelto, diciéndole -ante el asombro de Elizabeth- que el noble escocés le había comprado el anillo. La joven nunca había esperado que el sacerdote se le acercara. ¿Qué habría pensado al enterarse de que el anillo que le había dado como prenda había sido entregado a otra persona el mismo día? Pero ya era demasiado tarde para preocuparse por esas cosas.

Allí sentada en su tienda, abatida y bastante segura del rumbo que iba a tomar, Elizabeth se había sorprendido al oír que el caballero escocés había preguntado por ella. Y luego el sacerdote le había hablado de la generosidad y compasión de aquel hombre.

Después de oír todo aquello, Isabel había estado de acuerdo con María en que ése era el camino correcto, que aquel hombre era el indicado. Al fin y al cabo, nunca volvería a verle. Jamás.

Ambrose levantó la mano y tiró del pasador que le sujetaba el pelo. La masa de rizos negros se deslizó acariciando su mano. Aspiró su aroma celestial y se maravilló de su suavidad sedosa. Le bajó las manos por los hombros, recordando lo que había conseguido sonsacarle al sacerdote. Había tantas cosas que le fascinaban de aquella mujer.

"Teniendo en cuenta su profesión de lenguaraz, tu amigo sacerdote no es muy dado a hablar cuando no quiere".

"Eso es muy curioso, viniendo de un diplomático". Vio cómo sus manos rodeaban su cintura con confianza. Intentó ocultar el temblor de sus propias manos y dejó caer vacilante su capa sobre el banco.

"Así que me conoces", canturreó, con los labios a un suspiro de su oreja. Sus fuertes brazos la estrecharon contra él.

"Por supuesto. Eres el cortesano más encantador que jamás haya empuñado una lanza". Su voz suave tenía un toque de ironía. "Tu nombre está en boca de todas las damas de Francia. Me dicen que por

donde pasas, tus escuderos tienen que barrer a las doncellas desmayadas que quedan a tu paso".

"¿Ah, sí? ¿Y también te sientes un poco mareado?"

"Por supuesto. Bueno, siento algo". Ella miró hacia abajo mientras las manos de él recorrían la parte delantera de su vestido. Subieron suavemente hasta tocarle los pechos. "Pero pensándolo ahora, puede que sólo sea un toque de gases".

"Debemos de estar comiendo de la misma olla". Ambrosio se rió mientras la giraba en sus brazos. Se tensó. Incluso en el tenue resplandor del brasero, pudo ver la mejilla hinchada que ella le había estado ocultando. Inmediatamente se le oscureció el ceño.

"¿Quién te ha hecho esto?", su mano se acercó para palpar el bulto, pero ella apartó la cara, no queriendo su compasión.

"Tuve que abrirme paso entre legiones de mujeres para llegar hasta ti". Elizabeth se estremeció cuando las manos de él le enmarcaron la cara y la volvieron hacia él. Levantó la mano e intentó quitárselas, pero fue en vano.

"Debes decirme quién te golpeó de esta manera". Su voz era aguda.

"Se parece tanto a un caballero", dijo con un suspiro, tratando de aligerar el ambiente. "Pero creo que incluso es demasiado dura para ti. Rotundo. De mediana edad. Con un brazo derecho muy fuerte. Pero puede que aún esté fuera".

Ambrosio la miró con recelo. "Eso no es una respuesta, muchacha".

"De hecho, creo que podría haber sufrido un golpe en la cabeza. Mi memoria es un poco vaga ahora mismo". Elizabeth intentó apartar la mirada, para no tener que mirar sus intensos y hermosos ojos azules. Hablar le resultaba fácil. Pero mirar su atractivo rostro hizo que algo en su interior se ablandara. Tan cerca de él, podía oler su aroma bueno, limpio y masculino. Era muy consciente del pecho contra el que apoyaba los brazos.

"Déjame ayudarte. Sé quién eres". Ambrosio sabía mucho más de ella de lo que el sacerdote había divulgado. Y no se dejó engañar por su lengua rápida. Alguien le había hecho daño y pensaba averiguar quién. El montañés le levantó la barbilla, obligándola a mirarle directamente. "Eres Elizabeth Bolena. Hija mayor de Sir Thomas Bolena, embajador del rey Enrique en Francia. Nacida de Catalina Valmont. Has pasado la mayor parte de tu vida en la corte francesa. No es sorprendente que se hable bien de tu belleza y tu inteligencia. Y, como sabe el duque de Borbón, no eres de las que comparten abiertamente su lecho con cualquiera".

"¿Te ha contado todo esto?", susurró ella. "Me siento halagada, mi señor. Debes de haberte tomado muchas molestias para enterarte de todas estas cosas. La verdad es que no soy lo que se dice 'muy conocida' a este nivel de la sociedad".

"¿Alguien te hizo daño a causa de mi regalo para ti? ¿Por mi atención hacia ti en la justa?"

Elizabeth pensó en el encuentro que había tenido antes con su padre. Era curioso que Sir Thomas no hubiera mencionado ni una palabra sobre la atención que había recibido del montañés en la justa. Él había estado allí y lo había presenciado, como todos los demás. Aun así, negó con la cabeza. "Parece mucho peor de lo que parece. Estoy bien, milord".

"Quienquiera que intentes proteger no te merece, muchacha", Ambrose retrocedió medio paso y la miró de pies a cabeza. Era una joven impresionante, que irradiaba belleza, encanto y algo más. Confianza. Incluso en su estado desaliñado. "Si me lo permites, me encantaría darle al hombre que ha hecho esto unas cuantas lecciones sobre cómo se debe tratar a una mujer".

"Para, por favor". Le cogió la mano con la suya. "No he venido aquí para discutir este... este pequeño percance".

"Entonces, ¿por qué has venido?" preguntó Ambrosio mientras se llevaba los dedos a los labios. Hizo una pausa mientras los besaba suavemente. "¿Has venido a castigarle? ¿Para **vengarte**?"

Le dio la mano y acarició la suave palma antes de llevársela de nuevo a los labios. Le llamaron la atención las vetas de colores de sus dedos.

"Tal vez", susurró ella, enroscando la mano y colocándola en los pliegues de la falda.

"Bueno, ¿hasta dónde debe llevarte tu venganza?" Se acercó a ella y volvió a abrazarla.

"Mi ven..." las palabras murieron en sus labios cuando él se inclinó hacia ella. Sintió que su boca la poseía. A la vez dura y suave, exigente y generosa, seductora y juguetona.

"¿Cuánto necesita sufrir?" Susurró la pregunta, inclinando la cabeza de ella y profundizando el beso. Su boca era suave, flexible, cálida. Su sabor dulce era embriagador. De repente, no podía saciarse de ella. Con un rugido silencioso, le invadió el deseo, el deseo de piel contra piel, cuerpo contra cuerpo. Ambrose sabía que debería importar que ella no estuviera allí sólo porque lo deseaba. Pero, de algún modo, simplemente no le importaba. Sabía que cuando acabara la noche, cuando su pasión estuviera -por el momento- saciada, ella sentiría otra cosa. La próxima vez, vendría con ganas de él.

A Elizabeth le faltaba el aire. Sentía el martillo de su corazón en el pecho. No se lo esperaba. Tan rápido. El beso, la boca de aquel hombre, la estaba deshaciendo, derritiendo. Sintió que se deshacía en su abrazo, que su boca se rendía a la suya, que su cuerpo se amoldaba al suyo. Se puso de puntillas y sus manos rodearon instintivamente su cuello. Sintió más que oyó su gemido de placer cuando su cuerpo se

apretó involuntariamente contra el suyo.

"Dime, ¿cuánto necesita sufrir?" Las manos de Ambrose se abrieron paso entre los cordones de la parte delantera de su vestido mientras sus labios mordían y se burlaban de su cuello, su mandíbula, sus labios.

"¡Sin fin!", susurró.

Capítulo Cuatro

ELIZABETH HABÍA ESPERADO que fuera rápido, doloroso y que acabara de una vez.

¿Cómo era posible? Sus sentidos, ahora inflamados por las atenciones de Ambrose Macpherson, clamaban liberación. Y por lo que podía ver en la neblina ámbar que se arremolinaba en su cerebro, seguía siendo virgen.

Elizabeth abrió los ojos cuando Ambrose le sacó suavemente los dedos de su agarre mortal a las sábanas. Le miró a los ojos llenos de pasión mientras él le besaba la palma de la mano.

"Abrázame, Elizabeth. No tengas miedo. Tócame".

Observó consternada cómo Ambrose bajaba la mano y la dejaba trazar hacia abajo sobre los duros músculos de su abdomen. Sus dedos bailaron una danza de maravilla sobre su piel. Él se separó de ella para permitirle un mejor acceso. Ella se quedó paralizada. Estaba desnudo, se dio cuenta Elizabeth con una sacudida. Y ella también, casi.

Había estado tan consumida por la magia del tacto seductor de aquel hombre, de sus manos, su boca, sus besos, que apenas había prestado atención a sus propias circunstancias. Habían desaparecido... se habían olvidado. Elizabeth sólo tenía una vaga conciencia de sus fuertes brazos quitándole el vestido, levantándola y llevándola a la cama. Después de eso, se había perdido para todo.

Ahora, mirando su camisa abierta, sus pechos expuestos, le arrancó la mano, intentando cubrirse la carne. Pero él fue demasiado rápido para ella.

"No tan rápido". Le levantó las manos por encima de la cabeza, atrapándolas allí con una mano. "Tienes el cuerpo más hermoso de todas las mujeres que he visto. Quiero saborear cada momento. No podemos precipitarnos". Los ojos de Ambrose bajaron hasta los pechos turgentes. A la aurora levantada que invitaba a sus labios. Se inclinó y besó las suaves curvas del valle que había entre ellos. Luego, avanzando, le chupó tiernamente los pezones rosados.

Elizabeth gimió incontrolablemente en respuesta. Le deseaba. La estaba volviendo loca. Pero en algún lugar de su cabeza sabía que tenía que parar. Tenía que detener la danza rítmica que se apoderaba de su cuerpo, tenía que detener el calor líquido que la recorría. No podía seguir adelante.

Ambrosio intentó controlar el fuerte rugido de su corazón. Estaba

perdiendo el control rápidamente. Ella era increíble. Su belleza, su dulce sabor le estaban volviendo loco. Quería tomarla ya. Pero aún más, quería prolongar esta dulce tortura. Por razones egoístas, quería que Elizabeth lo recordara, que recordara esta noche como la mejor noche de amor que había tenido. Ambrose sintió que las manos de ella se zafaban de su agarre y se enredaban en su pelo. Ella tiró de él. Él rodó y la puso encima de él, despojándola de la camisa abierta mientras rodaban.

Elizabeth jadeó al encontrarse mirando al apuesto guerrero. Sus pechos, que aún hormigueaban a causa de sus besos, descansaban pesadamente sobre el pecho de él. Tenía miedo. Miedo de las respuestas de su propio cuerpo. Algo se apoderaba de ella. Algo que no podía controlar. Sus manos recorrían la piel de sus nalgas, se dirigían hacia la unión de sus piernas. En contra de su juicio, de su voluntad, se excitaba con aquel acto de amor. Se avergonzaba de sí misma. Pero no podía negarlo.

Ambrosio no pudo contenerse. Las ondas en cascada de seda negra de Elizabeth enmarcaban su rostro angelical. Sus ojos turbios buscaron su rostro con curiosidad e incertidumbre. Sus labios carnosos, hinchados por sus besos, atrajeron su mirada. Quería esos labios en su cuerpo. Quería enseñarle cosas que su amante francés obviamente no le había enseñado. Qué insensato. La levantó por la cintura.

Elizabeth se incorporó lentamente y vio cómo las manos de Ambrosio le apartaban suavemente el pelo de los pechos. Luego cambió el peso de ella. Elizabeth bajó la mirada al sentir el miembro palpitante contra ella. Palpitando para entrar en ella.

No, pensó presa del pánico. ¡No! Tenía que escapar. No podía seguir adelante.

Todo estaba borroso a su alrededor. Se inclinó bruscamente hacia atrás y, con un ruido sordo, cayó pesadamente sobre los juncos del suelo.

Ambrose se asomó a Elizabeth por el extremo de la cama, sorprendido al ver que la bella desnuda se escabullía hacia atrás, alejándose de él.

Su voz tenía un toque de humor cuando hablaba. "He enloquecido a más de una mujer en mi vida, pero creo que nunca he vuelto loca de atar".

"No estoy enfadada", susurró ella, volviéndose modestamente para ocultar su cuerpo expuesto.

"Toma, muchacha", llamó Ambrose bruscamente, incorporándose. "¡Cuidado con el brasero!"

Elizabeth se puso en pie justo antes de volcar las brasas.

"¿Qué ocurre?" Ambrose se puso en pie, dando un paso hacia ella.

"¡No lo hagas!" gritó Elizabeth, levantando la mano suplicante. "Por

favor, no. Buscó frenéticamente su ropa, agarrando lo primero que encontró. "Lo siento, milord. I-"

"No voy a hacerte daño", dijo Ambrose, con tono tranquilizador. Estaba asustada. No podía creerlo, pero en un instante había pasado de las alturas de la pasión a las profundidades de la desesperación. Tenía que calmar sus temores. "No sé lo que te ha hecho ese hombre. Pero es él. No yo".

Elizabeth tanteó con la camisa de gran tamaño mientras intentaba ponérsela por encima de la cabeza. "¿Qué hombre?" Su cabeza no entraba en la manga.

"Eres joven, hermosa. De hecho, impresionante. Cualquier hombre sería tonto si no te quisiera como suya. Para tratarte mejor".

"No soy una simple rosa sentada, esperando a que la recojan, mi señor. Decidiré por mí misma lo que quiero. Tomaré mis propias decisiones". Maldita sea, pensó, al oír cómo se rasgaba la camisa.

"Entonces, ¿por qué sigues con alguien que abusa de ti? ¿Nadie te ha dicho nunca que te mereces algo mejor que eso?"

La cabeza de Elizabeth apareció finalmente por la abertura del cuello. Llevaba el pelo totalmente revuelto. "Si de verdad te preocupa mi bienestar, debo informarte de que soy bastante autosuficiente".

Los ojos de Ambrosio recorrieron toda su longitud mientras ella intentaba cerrar el cuello abierto. Le sentaba de maravilla su camisa. "Puedes creerte al mando, muchacha. Pero está claro que no lo eres. Mírate. Eres una mujer. Una mujer hermosa que..."

"Eso no tiene nada de malo". espetó Elizabeth.

"Déjame terminar", gruñó, silenciándola con la mirada. "Eres una mujer *terca* y hermosa a la que, evidentemente, no le han explicado la diferencia entre lo que debe tolerar y lo que no. Nunca estarás al mando, Elizabeth, hasta que seas capaz de reconocer esa diferencia y actuar en consecuencia".

La cabeza de Elizabeth latía con fuerza al pensar en todo lo que aún le esperaba. "Simplemente, milord. ¿Podríais decirme en términos sencillos... de qué demonios estáis hablando?"

"Me refiero a ti y a tu amante, mi inglés de cabeza dura-".

"No te atrevas a llamarme así, tú... tú... ¿De qué amante estás hablando?" Dios mío, estaba perdiendo la cabeza. El cerebro de Elizabeth daba vueltas mientras intentaba encontrar algún sentido a todo lo que estaba ocurriendo. Entonces sus ojos se abrieron de par en par cuando su mirada se posó en la imponente excitación del Highlander. "Yo... No importa. Tengo que irme".

"El duque de Borbón. Debería haberlo sabido". Ambrose se agachó, cogió su tartana y se la tendió. "El hombre casi enloqueció cuando le pregunté por ti esta tarde. El muy canalla. No puedo creer que estuviera tan ciego. Era él".

Elizabeth se detuvo, boquiabierta ante el guerrero. ¿Bourbon?"

"Sí. El cobarde de Bourbon. Debería haberle aplastado la cara antes de que te hiciera esto". Ambrose hizo chocar el puño contra la palma de la mano. "¿Cuándo lo hizo? ¿Fue después de que le interrogara? ¿Acudió a ti después de que me marchara?"

Elizabeth miró boquiabierta al noble. "No sé de qué estás hablando, pero no necesito que nadie me defienda. Puedo decirte ahora mismo que mataré, sin dudarlo lo más mínimo, a cualquier hombre que vuelva a levantarme la mano".

"Sí, muchacha. Ese es el espíritu. Y ya era hora".

Elizabeth permaneció un momento más de pie, totalmente confusa. No sabía si la discusión había llegado a su fin. De hecho, ni siquiera estaba segura de haber oído la mitad de lo que habían dicho. Sacudió la cabeza. *Había* perdido la cabeza. "Buenas noches, milord. Elizabeth se volvió mientras se echaba el pelo hacia atrás y se lo ataba con un tanga.

"¿Adónde vas?" preguntó Ambrose. Aunque había algo cómico en verla con su camisa holgada y su falda escocesa hasta los tobillos, con su cinturón enrollado dos veces alrededor de ella, también había algo bastante excitante en la imagen.

"Voy en busca de mi cordura y quizá incluso de la justicia", murmuró Elizabeth mientras se acercaba a la abertura de la tienda. "Y mi futuro. Es mi única oportunidad".

Ambrose se quedó de pie junto a su cama y la observó marcharse. Éste había sido, con diferencia, el encuentro más extraño que había tenido con ninguna mujer en su vida.

Bajando la mirada hacia su miembro aún erecto, Ambrosio pensó en su posible amante, que incluso ahora deambulaba por el Campo de Telas de Oro, ataviado con unas ropas masculinas muy finas, aunque de gran tamaño.

Isabel Bolena era, en efecto, una criatura extraña.

Capítulo Cinco

LOS BORRACHOS que vagaban por el Valle Dorado aquella noche nunca imaginaron que el muchacho escocés que caminaba entre ellos era una mujer.

Desde el gran salón de tela, al otro lado del campo, los sonidos de la alegría y la música rompían en suaves ondas sobre la conciencia de Elizabeth. Vagamente, miró a través de las lomas hacia el resplandor de la hoguera que iluminaba la enorme carpa desde dentro. Con los ojos desencajados, prosiguió su camino entre parejas acurrucadas y hombres que se **tambaleaban en** diversos grados de embriaguez.

Pero mientras caminaba por el callejón iluminado por las antorchas, la atención de Elizabeth se centró en su interior. De repente, fue el ruido de sus propios zapatos al caminar por el sendero de tierra lo que penetró en sus pensamientos.

A veinte pasos de la tienda de su padre, Elizabeth se detuvo en seco. Una oleada de frío la invadió al pensar en lo que le esperaba. Durante el último cuarto de hora, había discutido repetidamente con su padre y había conseguido convencerle de que anulara sus anteriores exigencias. Mañana, Isabel regresaría a Francia con María, donde podría cuidar de su hermana y todos olvidarían lo ocurrido. Mirando la tienda poco iluminada, Isabel se sintió repentinamente flácida y cansada. El problema era que su productivo intercambio sólo había tenido lugar en su cabeza.

Los dos caballeros tambaleantes que ahora tiraban a Elizabeth al suelo ni siquiera lanzaron una mirada a la mujer derribada.

"Mira por dónde vas, muchacho", gruñó con rudeza uno de los hombres mientras continuaban su camino.

Elizabeth miró asombrada sus espaldas en retirada. Levantándose, sacudió el polvo del tartán de los Macpherson.

Miró fijamente la prenda que tenía entre las manos. La falda escocesa. A la camisa informe que le cubría el torso. ¡Muchacho! La consideraban un hombre. Miró hacia atrás, hacia la callejuela ahora desierta, y luego hacia su vestimenta. Se había cruzado con grupos de ellos y ni un alma le había dicho nada. Eran los mismos hombres hambrientos que -en su estado actual, al menos- equiparaban a las mujeres a la carne. ¡Muchacho!

Sacudiéndose el pensamiento que se agolpaba en su cerebro, Elizabeth volvió a centrar su atención en la confrontación que le esperaba. El pavor la invadió ante lo que pensó que podría ser la

reacción de su padre. Pero, ¿qué otra opción le quedaba? Elizabeth miró fijamente al asistente que asentía junto a la entrada abierta de la tienda. El soldado inglés levantó la cabeza y la miró sin comprender. Al no considerar su postura una amenaza, el hombre volvió a dormir con la cabeza.

Elizabeth respiró hondo y se dirigió a la entrada. La suerte estaba echada; debía llevar esto a cabo. Sin hacer ruido, se deslizó entre los guardias y entró en la tienda.

Sir Thomas estaba sentado a su mesa, con una lámpara parpadeando junto a su codo. Tenía ante sí unos cuantos papeles, pero casi todo lo demás lo había empaquetado y apilado cerca de la puerta para su partida al día siguiente. De pie en las profundas sombras, Elizabeth estudió a su padre durante un momento. Fuera lo que fuese lo que su madre había visto en él, tantos años atrás, no quedaba nada que Elizabeth pudiera discernir. Aunque ahora carecía de cualquier atisbo de dulzura o sentimiento, ella sabía que una vez debió de ser diferente.

Sir Thomas era el hijo menor de un rico terrateniente rural. Apenas noble y sin posibilidades de heredar, aprendió pronto que un hombre necesitaba utilizar todos los recursos a su alcance para salir adelante en la vida.

A menudo había oído decir que, en sus años de juventud, su padre había sido un hombre de grandes conocimientos y encanto, y que había utilizado las conexiones de su padre para entrar al servicio del rey Enrique VIII. Conocedor de varios idiomas, había realizado su primera misión diplomática en Francia, donde había conocido y tal vez amado a la joven y bella Catherine Valmont.

El linaje de la noble dama era largo e impresionante, y el horror de sus padres ante la idea de un joven inglés sin dinero en la familia había forzado su ultimátum: si decidía casarse con él, perdería todo derecho a su rango y riqueza. Catalina había aceptado la condición sin dudarlo un instante. Al fin y al cabo, le amaba y eso era lo único que importaba.

Entonces, para sorpresa de casi nadie, Sir Thomas se había alejado de Catalina, pero no antes de haber plantado su semilla.

Catalina Valmont, expulsada por su propia familia, se quedó sola, desamparada y embarazada. Nueve meses después había nacido Isabel.

Para Sir Thomas, el amor era una condición que no podía interponerse en su propia movilidad ascendente. El matrimonio era un contrato que permitía a las partes comprometidas mejorar su posición social. Sin su familia, Catalina no tenía nada que ofrecerle. Así que Tomás se apoderó de una hija de la noble familia inglesa de Howard. Y mediante esa unión alcanzó el condado de Ormonde, un título muy

superior a cualquier cosa que hubiera soñado posible.

El matrimonio había sido un estado sin alegría, pero había producido los resultados que Tomás había buscado: riqueza, posición y poder.

A pesar del glamour, Elizabeth sabía que su padre había pagado el precio. Nunca había sido amado por su joven esposa como lo había sido por Catherine. Y tras la muerte de su esposa en el parto, la familia Howard se había asegurado de que supiera que era un extraño. Que no pertenecía a la familia.

Por lo que Isabel pudo deducir, fue entonces cuando su padre había fijado su rumbo con el rey. Aquel hombre sombrío que tenía ante ella había dejado de lado todo en la vida, aparte de su misión como diplomático y servidor de su rey. Era lo único que le quedaba. Eran palabras que le definían, pues nunca parecía existir más allá de eso. Diplomático y servidor. Fuera de la presencia del rey Enrique, sir Tomás Bolena se convirtió en un anciano hueco, miserable y malhumorado que parecía disfrutar muy poco de la vida.

Las manos de su padre descansaban planas sobre la mesa, con la atención centrada en una polilla que revoloteaba en la base de la lámpara. Elizabeth no podía leer ninguna expresión en su pálido rostro. Tenía los ojos negros y vacíos.

Sin previo aviso, la mano del hombre centelleó a la luz de la lámpara, y su amplia palma se estrelló con un estruendo sobre la desprevenida polilla. Levantando al insecto inerte por un ala destrozada, Sir Thomas inspeccionó cuidadosamente a la criatura. Luego, con una expresión de claro desdén, arrojó el cadáver de la polilla a las llamas, observando con renovado interés cómo ardía y chisporroteaba antes de convertirse en cenizas.

Elizabeth se acercó al círculo de luz.

Los ojos de Sir Thomas se desviaron hacia ella, y Elizabeth le vio dominar una rápida mirada de miedo que cruzó su rostro mientras observaba en la oscuridad el atuendo escocés.

Durante diez años, Tomás Bolena había trabajado para clavar una estaca en el corazón de la alianza escocesa y francesa. Sir Thomas, que había aprendido su oficio bajo los reyes Tudor, había descubierto que los apretones de manos de la diplomacia rara vez eran eficaces sin el filo de una daga visible en la otra mano. De hecho, su posición había exigido a menudo duplicidad y crueldad, y Sir Thomas había demostrado hacía tiempo que era un maestro del oficio. Pero como resultado, Tomás Bolena era un hombre con enemigos. Enemigos mortales.

Elizabeth vio cómo su mano se dirigía directamente a su cintura y a la espada corta que sabía que llevaría.

"¿Quién es? ¿Y qué te traes conmigo?" Su tono era cortante e

imperioso, y su rostro estaba endurecido y sin sangre.

"Soy yo, padre". Elizabeth observó cómo la confusión enturbiaba su expresión severa. "Soy Elizabeth".

Sir Thomas se recostó en su silla y miró al otro lado de la mesa.

"Eliz- ¿Por qué estás aquí, muchacha?" Sus ojos la recorrieron. "¿Qué haces llevando esas asquerosas hierbas?"

Elizabeth se miró la ropa y escondió las manos temblorosas detrás de ella. El miedo la recorrió como un rayo, pero tenía que hacerlo. Ahora, mientras estuviera a solas con él, sin la presencia de Madame Exton. Sir Thomas, a pesar de su astucia, apenas conocía a Elizabeth como para poner en duda su palabra. Pero Madame lo sabría.

"Habla, muchacha", rugió el hombre. "¿Dónde has estado?"

"He estado en el Scot".

Sir Thomas hizo una mueca de desdén. "Has cenado con el diablo. ¿Nadie te ha dicho cuánto odio a toda su raza? Son peores que animales. Son escoria descerebrada que abarrota nuestra tierra".

"He hecho algo más que cenar con él".

La voz del hombre era fría y mortal. "¿Qué demonios has hecho?"

"Ya no soy virgen". Le miró directamente a los ojos. Sus palabras fueron agudas, rápidas y penetrantes. "Ya no".

Jadeó, mirando fijamente. "No. No me mientas". Apoyando las manos en la mesa para sostener su peso, Sir Thomas se puso en pie. "¿Me crees tan simple?" Sin apartar los ojos de ella, **llamó** a gritos a su escudero. "¡John!"

El joven soldado entró a trompicones en la tienda. Sus ojos soñolientos viajaron de su amo al joven escocés.

"Ve a ver a Madame Exton. Dile que venga inmediatamente". Al ver que el muchacho vacilaba y empezaba a desenvainar la espada contra Elizabeth en lugar de retirarse, gritó "Maldita sea, muchacho. Ésta es mi hija. Y no pretendas cumplir con tu deber ahora. Ha pasado por delante de tu cadáver dormido para entrar aquí. Ahora vete".

Elizabeth sintió que el pánico se filtraba rápidamente por su cuerpo. El miedo le punzaba el cuero cabelludo. No le quedaba tiempo. Tenía que convencerle de aquella mentira antes de la llegada de su prima. La mujer mayor sería capaz de ver la verdad. Elizabeth conocía demasiado bien a Madame Exton. No se detendría ante nada. Probablemente examinaría ella misma a Elizabeth antes de creer en sus palabras.

Vio cómo el escudero desaparecía por la abertura de la tienda.

"Mírame", espetó Elizabeth, abrasando el rostro respingón de su padre con su propia mirada implacable. Esperó a que los ojos del anciano se centraran en ella y continuó. "Llevo las ropas de tu enemigo. Acepté su favor tras la justa de hoy. Cientos de personas lo presenciaron. Tú lo presenciaste. Ambrose Macpherson me invitó a su

tienda. Así que esta noche fui a verle. Tus hombres me vieron ir. Todos los hombres de este Valle Dorado me vieron ir. Fui voluntariamente y me acosté con él". Elizabeth hizo una pausa, asegurándose de que cada palabra dejaba su marca. "Perdí mi virginidad. Y me alegro de ello. Lo disfruté. ¿Quieres ver la prueba ahora, o prefieres esperar a que llegue tu querida Sadie? Ambos sabemos que ella tiene mucha más experiencia en el trato con tus hijas. Pero quizá deberías ver primero la sangre de la inocencia perdida".

Elizabeth metió la mano en el cinturón y empezó a sacar un pañuelo.

"¡Alto!" Sir Thomas respiraba agitadamente donde estaba. Tenía los ojos desorbitados e inyectados en sangre. Sus puños se cerraron con fuerza. "¿Cómo... cómo has podido? No eres mejor que una vulgar puta. ¿Cómo has podido desafiarme así?"

"Porque mi pureza no era para que la vendieras. Maldita sea, no *soy para que me vendas*". Los ojos de Elizabeth no se apartaron de su rostro. Si antes su voz había transmitido una calma y una frialdad decididas, ahora mostraba toda su furia. "Hice lo que tenía que hacer. Para salvarme. Ahora no os sirvo ni a ti ni a tu rey".

"*¿Mi* rey?", se enfureció, balbuceando mientras rodeaba la mesa en dirección a ella. "¿Tú...? ¿Con un asqueroso escocés?

"Sí", dijo ella, manteniéndose firme. "Estaba dispuesta a acostarme con tu enemigo antes que permitir que me entregaras a esa cabra sifilítica".

Con un rugido, Sir Thomas se abalanzó sobre su hija, agarrándola por un largo y espeso mechón de pelo cuando ella se volvió para esquivar su ataque. Girando sobre sí mismo, le golpeó la cara contra el borde afilado de la mesa y, cuando volvió a tirar de ella hacia atrás, Elizabeth vio su propia sangre volando en gotas hacia la oscuridad, más allá del círculo de luz.

Sir Thomas la hizo girar en medio de su furia y la miró salvajemente a la cara ensangrentada. Con una mano aún sujetaba a Elizabeth por las crines. "¿Sabes lo que les ocurre a los que me desafían?", espetó.

"Mátame", escupió, con la sangre corriendo en riachuelos por su cara y esparciéndose por la camisa blanca y pura. "Nadie va a detenerte. Mátame". Luchó contra las lágrimas que le escocían los ojos. "Y ahora te digo que acojo con satisfacción esta muerte. Pero, de nuevo, eso no debería sorprenderte. Al fin y al cabo, soy la hija de mi madre. Pero recuerda una cosa. Ella prefería la muerte a estar lejos de ti. Pero yo... anhelo el otro mundo para alejarme de ti".

Los ojos de Elizabeth lagrimearon de rabia. Pasándose la mano por la mejilla ensangrentada, la untó en el jubón de su padre, que la

miraba fijamente. "La gente decía que se había quitado la vida con sus propias manos. La verdad es que la mancha de su sangre, la culpa de su suicidio, recae sobre ti. Y te ha marcado de por vida. Así que adelante. Mátame. Añade otra cadena a las cadenas que te esperan en el infierno. Adelante, asesino. *Mátame*".

Repugnado, Sir Thomas empujó a Elizabeth lejos de él. Se llevó las manos a las sienes mientras intentaba detener el martilleo de su cabeza. Aún recordaba aquel sombrío día, hacía tanto tiempo, en que se había alejado de su amada Catherine. Ella le había detenido junto a la puerta, con una espada en la mano, y le había suplicado que acabara con su vida. Le amaba de verdad. Mirándola a los ojos llorosos, él lo había sabido con certeza. Pero se había limitado a coger la espada de su mano temblorosa y salir por la puerta. Tres años después, su criado la había encontrado muerta en la misma habitación, con las muñecas acuchilladas. Y Tomás Bolena supo -siempre lo había sabido- que Catalina Valmont era la única mujer que le había amado.

Elizabeth se apartó un paso. El dolor y el ardor de su rostro no se acercaban al dolor y la rabia que sentía en su corazón. "Desenvaina tu espada. Mátame donde estoy". Su cuerpo tembló mientras avanzaba hacia él, tratando de alcanzar su espada. "Ven, moriré con una sonrisa. Prefiero la muerte al futuro que planeaste para mí".

"*¡Aléjate de mí*!", gritó, empujándola de nuevo.

Elizabeth tropezó y se enderezó al ver que se abría la puerta de la tienda.

Madame Exton y el soldado se quedaron mirando, atónitos ante el espectáculo que tenían delante. Antes de que pudieran reaccionar, Elizabeth pasó corriendo junto a ellos, empujando a su primo hacia la pila de cajas que había junto a la puerta.

Salió disparada hacia el aire nocturno, corriendo a ciegas mientras sus ojos se adaptaban a la oscuridad.

"*¡Detenedla*!" Elizabeth oyó la histeria en la voz chillona de su prima. "¡Tras ella, tonto!"

Apretando con fuerza la mano contra la herida que tenía en el pómulo, Elizabeth echó a correr callejón abajo. El grito del escudero y los alaridos de Madame Exton resonaron tras ella, pero no se detuvo en ningún momento. Podía sentir la sangre correr por sus dedos, pero no se atrevía a detenerse para atenderla. Volando por el camino iluminado por las antorchas, Elizabeth miró hacia atrás, divisando al soldado que la perseguía. Doblando esquina tras esquina, corrió frenéticamente en dirección a los grupos de tiendas francesas.

No podía dejar que la atraparan. A pesar de todo lo que había intentado hacer, Elizabeth sabía que si la atrapaban, Madame Exton se aseguraría de que los planes de Sir Thomas se llevaran a cabo.

Elizabeth sabía, con una certeza que le hervía en la boca del estómago, que yacería junto al rey Enrique antes de la próxima puesta de sol. Sabía que su tutora se encargaría de ello.

El pánico la invadió al darse cuenta de que el escudero de su padre la estaba alcanzando. Una arboleda más allá de la siguiente hilera de tiendas resplandecientes marcaba la división entre las cortes de los países rivales, pero Elizabeth se sintió débil de repente, temiendo no llegar a las tiendas de más allá. Podía oír la respiración entrecortada del soldado y sus fuertes pisadas acercándose.

Al doblar una curva cerrada, Elizabeth se metió entre dos grandes pabellones. Estaban desiertos, pero ambos estaban demasiado bien iluminados con antorchas como para proporcionarle un escondite. Al detenerse, escuchó los latidos de su corazón, tan fuertes que pensó que seguramente la delatarían. Al oír los pasos del perseguidor, contuvo la respiración y escuchó cómo pasaba. Luego, a la luz de la luna creciente, se abrió paso por detrás de otras dos tiendas hasta que llegó al borde de la arboleda. Adentrándose en las sombras de los árboles, Elizabeth se detuvo para recuperar el aliento.

Evaluando su situación, se miró las manos ensangrentadas en la penumbra. Le dolía todo el cuerpo. Tenía los labios hinchados y doloridos, a juego con la mejilla hinchada que su padre le había regalado aquella tarde, pero lo que realmente le preocupaba era el corte punzante y palpitante que seguía sangrando profusamente. Tendría una cicatriz, estaba segura. Él la había marcado. Su propio padre.

Elizabeth miró al cielo iluminado por la luna. Sus problemas no habían hecho más que empezar. Necesitaba alejarse de aquel lugar. ¿Pero cómo? Todo lo que poseía estaba en la tienda que compartía con María. Todas sus posesiones mundanas, pensó, y su risita burlona se convirtió rápidamente en una mueca de dolor. Lo que significaba sus pinturas. Pero Madame Exton la estaría esperando. Elizabeth estaba segura de ello. La única posibilidad que tenía era enviar un mensaje a Mary. Si conseguía que su hermana se reuniera con ella en secreto. La brasa de una idea brillaba burlonamente en un rincón de su mente.

El sonido de voces elevadas en algún lugar cercano sobresaltó a Elizabeth, y se agachó en la oscuridad que la cubría. Fueran de quien fueran las voces, no estaban lejos de donde se había refugiado. Lo primero que pensó Elizabeth fue en retirarse del bosquecillo, pero entonces una voz familiar llamó su atención. Avanzando sigilosamente entre la maleza, pronto divisó el haz parpadeante de una lámpara cubierta. Siguiendo el resplandor de la luz y el murmullo de las voces, Elizabeth se encontró en el borde de un pequeño claro, y en el centro había dos hombres, uno mucho más grande que el otro. Estaba

hablando, y ella le reconoció al instante. La lámpara les iluminaba débilmente desde un tocón cercano.

"¿Cómo te atreves a interrogarme ahora?" gruñó enfadado Peter Garnesche. "Después de todo este tiempo. Años".

"Entonces, cuéntame lo que se dijo", irrumpió la voz del otro hombre. "No puedes empezar a ocultarnos cosas de repente. Sabemos que tu rey se reunió con los enviados de Carlos. Necesito los detalles".

"No sé lo que se dijo".

"Puedes averiguarlo. No juegues conmigo, Garnesche. Sabemos que tus tentáculos llegan a todos los rincones de ese corte inglés".

"Mis fuentes no me proporcionaron nada. No pude encontrar ninguna información". La voz del hombre bajó hasta convertirse en un peligroso arrastre. "Tendrás que aceptar mi palabra".

"¿Tu palabra?" Elizabeth conocía aquella voz burlona. Era un francés. Se devanó los sesos. De la corte. Elizabeth recordó. El Lord Condestable. El consejero del rey francés.

"¿Dudas de mí?" Garnesche frunció el ceño. "¿Tengo que recordarte que te conviene seguir confiando en mí? Después de todo, ¿a quién más podrías encontrar con un caudal de información tan útil como el que yo te proporciono?"

Elizabeth observó cómo el Lord Condestable estudiaba al gigante que tenía delante.

"Debo admitir que lo que dices es cierto. Hemos podido contar contigo en el pasado. Y sí, te hemos visto degollar a tus propios compatriotas. Naturalmente, eso sólo ha ocurrido cuando te ha convenido. Cuando mejoraba tu propia estatura ante tu rey". La acusación estaba clara en el tono del hombre.

"Sé a qué te refieres". Garnesche le dirigió una mirada amenazadora. "El duque de Buckingham fue un tonto pomposo que habló contra mí ante el rey en la Cámara de las Estrellas. De todos modos, iba a pagar por ello. Tuvo la desgracia de que su derecho al trono fuera tan bueno como el de Enrique".

"Una circunstancia que te complació utilizar para poner su cabeza en la guillotina". La voz del Lord Condestable destilaba cinismo.

"¿Y eso te molesta, de repente? Ganaste más con eso que yo". Garnesche hizo una pausa, pero al no oír respuesta alguna del francés, continuó. "Era Buckingham quien más presionaba en favor de una alianza entre Inglaterra y el emperador Carlos. No hizo falta insistir mucho para que Enrique pensara que ambos estaban aliados para arrebatarle la corona."

La mente de Isabel se remontó al año anterior, cuando la espantosa noticia de la ejecución del noble inglés había recorrido Europa. Había sido la comidilla de todas las cortes de la Cristiandad cuando el rey inglés había encarcelado al poderoso duque de Buckingham, acusado

de conspirar para arrebatarle la corona por la fuerza. Enrique, al carecer de heredero legítimo, era muy sensible a cualquier indicio de revuelta contra su derecho a llevar la corona. Recordaba haber oído los detalles del interminable flujo de diplomáticos que pasaban por la casa de su padre: las acusaciones, los testigos dudosos, el juicio de sus pares, la declaración de culpabilidad a pesar de sus proclamas de lealtad. Lo que recordaba con mayor claridad eran las conversaciones sobre la espeluznante ejecución de Buckingham. Y ahora sabía qué había detrás de todo aquello. Ahora sabía quién lo había provocado.

"Cómo debisteis sonreír al ver el cuello de Buckingham bajo el hacha del verdugo".

"Su condena por traición hizo retroceder dos años la alianza entre Inglaterra y el Sacro Imperio Romano Germánico, Condestable. Era lo que tú y tu rey queríais, y fue lo que conseguisteis. Incluso ahora, el emperador Carlos debe tratar con cautela a Enrique. Y se debe a mí".

"Sí. Se debió a ti". La mirada pétrea del Lord Condestable era inquebrantable. "Pero hemos observado cómo recientemente ha florecido de nuevo tu amistad con el rey inglés, y eso nos hace perder la confianza en tu voluntad de tratar con nosotros. En otras palabras, hay algunos entre nosotros que no confían en ti".

"No generalices, cobarde. Lo que quieres decir es **que** no confías en mí". espetó Garnesche. Elizabeth observó cómo se erguía hasta alcanzar toda su estatura. "Tú y yo sabemos que eres el único que conoce mis tratos en tu nombre".

"No tengo que confiar en ti. Te empleo y te pago para que cumplas nuestras órdenes". La voz del Lord Condestable era fría, su tono rozaba el desdén.

Garnesche hizo una pausa, considerando en silencio las palabras del otro.

Elizabeth permaneció inmóvil como una estatua, totalmente olvidada de sus propios problemas. Por lo que había podido averiguar, la contratación de Sir Peter Garnesche por el gobierno francés no era un asunto a corto plazo. Aunque ciertamente no amaba a Inglaterra ni a su rey, se trataba de una traición de la clase más vil.

"Te he dicho que el rey va directamente a Calais para reunirse con el emperador Carlos. De lo ocurrido antes, no puedo hablar. Pero si deseas que se respeten tus preciados tratados con Inglaterra, será mejor que te muevas con rapidez y evites que se produzca esa alianza."

"¿Qué esperas que haga, atacar a tu rey?", espetó el Lord Condestable. "Sé que eres rastrero, pero te digo que no nos deshonraremos matando a nadie bajo bandera de tregua. Aunque sea el rey de Inglaterra".

"Todo esto es una farsa". Garnesche dio un paso atrás.

"Condestable, estoy harto de ti y de tus quejumbrosas exigencias. Te digo lo que hay que hacer, pero ¿lo haces alguna vez? No, careces de estómago para la acción real. Bárbaro. Inhumano. Bajo. Es todo lo que oigo. Francés, eres un cobarde sin carácter".

"No eres más que un perro que muerde la mano que le da de comer". El noble francés se acercó al caballero inglés y levantó el puño. "Me obligas a ponerte en tu lugar, y yo también me estoy cansando de este juego. No olvides lo que le ocurrió a Buckingham. Traición. Le costó la cabeza. Lo mismo podría pasarte a ti. Pero si la acusación contra él era falsa, la tuya será bien merecida".

"Nadie puede dar testimonio de tal acusación. Nadie sabe..."

"Nadie, excepto yo, traidor. Y con eso basta".

"Henry no te creerá".

"Tonto, has olvidado mis conexiones".

La mano de Garnesche se levantó tan deprisa que el Condestable fue levantado del suelo mientras la viselosa empuñadura del caballero se cerraba sobre su tráquea. El brusco gorgoteo que emitió el francés se perdió rápidamente en su lucha por liberarse.

Agarrando la muñeca de su enemigo con una mano, golpeó la cara del inglés con la otra. Se abrió un corte en el puente de la nariz de Sir Peter, y el Lord Condestable lo golpeó una y otra vez.

Pero el caballero no se dejaba vencer, y Elizabeth contempló horrorizada cómo Garnesche deslizaba con facilidad su daga fuera de la vaina y clavaba la punta hacia arriba, en las entrañas del francés que se debatía.

Incapaz de gritar, el Lord Condestable se retorció en silenciosa agonía mientras el caballero retorcía la espada, arrancándole la vida al noble.

Elizabeth retrocedió un paso al contemplar los últimos momentos de agitación del consejero más poderoso de Francia. La bilis le subió a la garganta al espiar la sonrisa cruel y maníaca que se dibujó en el rostro oscuro y ensangrentado de Sir Peter Garnesche. Estaba loco. Verdaderamente loco.

Retrocediendo de nuevo, Elizabeth miró a su alrededor en la oscuridad. Tenía que pedir ayuda. Cuando empezó a abrirse paso entre la maleza, el dobladillo que arrastraba de la falda se enganchó en la rama astillada de un árbol caído. Pudo ver al gigantesco asesino a través del follaje, mirando a su alrededor mientras bajaba el cadáver del Lord Condestable al suelo. El pánico se apoderó de su corazón mientras limpiaba la sangre de su relampagueante espada en la capa de terciopelo del muerto. ¿Y si venía hacia ella? ¿Y si la encontraba aquí?

Al tirar de la falda, Elizabeth tropezó hacia atrás cuando la tela cedió con un fuerte desgarro. Garnesche giró la cabeza mientras

permanecía sentada, inmóvil y en silencio, entre los suaves helechos verdes. Pero no permaneció sentada mucho tiempo.

El caballero dio un paso en su dirección y Elizabeth se adentró en el bosque, arrastrándose a cuatro patas entre la maleza. Las zarzas y los árboles jóvenes le golpeaban la cara mientras se ponía en pie. Lanzando miradas salvajes por encima del hombro, corrió frenéticamente por el oscuro claro. Los destellos de luz de una luna moribunda se mezclaban en un remolino de confusión con la oscuridad de los árboles que pasaban. El caos se había apoderado de su mundo, y Elizabeth sentía que su energía se esfumaba. Luchó denodadamente por contener los sollozos que sentía surgir en su pecho. Le quitaban la fuerza para correr. Pero siguió corriendo.

No oía nada detrás de ella por encima del sonido de su propio pulso, que latía estruendosamente en su cabeza. Entonces, al volverse para buscar a su perseguidor, Elizabeth se encontró de repente dando tumbos en el aire, sólo para aterrizar con un golpe nauseabundo en la tierra blanda del fondo de un arroyo desviado.

No podía moverse. No podía respirar. Estaba tumbada boca abajo en la negrura de la hondonada. Las hojas cortas y aterciopeladas le rozaban la cara, y sus ojos se iban centrando poco a poco en las lanzas de hierba oscura que se alzaban y limitaban su campo de visión. Tenía una oreja pegada al suelo y le pareció oír los golpes sordos de pasos que se alejaban. Pero, convencida brevemente de que se encontraba en los últimos momentos de su vida, pensó que probablemente se trataba del sonido de su propio corazón que se debilitaba.

No podía morir. Las imágenes de sus dos hermanas parpadearon en su cerebro. ¿Qué les ocurriría? Con un gran esfuerzo, Elizabeth intentó respirar. Dolorosamente, el aire entró en sus pulmones mientras rodaba ligeramente hacia un lado. Se dio cuenta de que tenía el brazo izquierdo extendido por encima de la cabeza. Estaba entumecido, aunque sólo lo supo cuando la sensación sorda de pinchazos y agujas empezó a penetrar en la extremidad, extendiéndose gradualmente y de forma más aguda desde el hombro hasta los dedos. Elizabeth se incorporó lentamente, apoyó la cabeza en las rodillas levantadas e intentó respirar cada vez más hondo. Poco a poco, sus sentidos volvieron a ella, y sólo le quedó la palpitación en el hombro. Al flexionar el brazo, supo que no tenía nada roto, pero se sentía como si la hubiera pateado una mula.

Luego miró a su alrededor. El claro boscoso estaba inquietantemente silencioso y oscuro como la muerte. Pensó brevemente en el Lord Condestable. En Garnesche. Su pánico había desaparecido, pero un frío temor permanecía en la boca de su estómago. Se puso en pie y aguzó el oído en la dirección por la que creía haber venido, pero no se oía nada. Con cuidado, Elizabeth trepó

hasta lo alto del terraplén y **se** abrió paso silenciosamente entre los arbustos hasta que se encontró de repente en el desgastado sendero entre los campamentos francés e inglés.

Un joven paje miró a Elizabeth con curiosidad al pasar. El cielo, al este, acababa de adquirir el profundo azul violáceo que precedía al amanecer, y el aire tenía el penetrante sabor de las primeras mañanas de verano. Elizabeth miró hacia arriba y hacia abajo por el sendero. Algunos juerguistas tardíos deambulaban por él, y ella se quedó un momento indecisa sobre qué camino tomar. Por fin se decidió y se apresuró a bajar por el sendero, mirando por encima del hombro hacia los tejadillos grises del campamento matutino.

Pero sólo había dado unos pasos cuando chocó contra el muro humano que le bloqueaba el paso.

Peter Garnesche estaba ante ella.

Capítulo Seis

ELIZABETH RETROCEDIÓ CONMOCIONADA. Se le cortó la respiración.

Peter Garnesche observó en silencio a la maltrecha mujer que tenía delante. Extendió la mano y le agarró la barbilla. A pesar de que ella respondió con un respingo, la volvió a la luz de la antorcha cercana. El rostro de Isabel Bolena estaba cubierto de sangre. Por el corte de la mejilla, que aún supuraba, estaba seguro de que la herida era reciente. Al mirar la prenda, una mueca amenazadora se dibujó en el rostro del hombre.

"Tendré que acordarme de felicitar al escocés". Garnesche dejó caer la mano. "Es mejor hombre de lo que pensaba".

Elizabeth intentó no volver a mirarle a él ni a su atuendo. En su mente aún podía ver la sangre del Lord Condestable derramándose oscuramente por el suelo. Estaba segura de que el jubón del hombre debía de estar salpicado. Se preguntó si la mano que hacía un momento sujetaba su barbilla también estaría manchada de rojo. El olor a muerte impregnó de pronto el aire.

"Me gusta esto", continuó el hombre. "Humildad al fin de la mayor mojigata de Europa. Nunca imaginé que te gustara lo duro".

Elizabeth dio un pequeño paso atrás, vacilante. Otro grupo de soldados borrachos se acercaba a ellos, abriéndose camino de vuelta a su campamento. De pronto se le ocurrió que el caballero inglés no la había relacionado con el crimen que había cometido momentos antes. Dio otro medio paso atrás, pero la mano de Garnesche salió disparada y la agarró por la tartana, frenando su retirada.

A Elizabeth se le heló la sangre en las venas, y la joven miró rápida y cautelosamente el rostro del hombre. Sus ojos no estaban fijos en ella. Aunque parecía que estaba conversando con ella, su mirada escrutaba los rostros de los que pasaban. Pero los hombres que pasaban apenas les dedicaron una segunda mirada, y Garnesche volvió a mirarla, con un brillo repugnante en los ojos. La sangre se le heló aún más.

"Esto va cada vez mejor". Sonrió con satisfacción, tirando bruscamente de Elizabeth hacia su pecho. "¿Quién iba a pensar que podría recibir una lección del escocés?"

Elizabeth volvió la cara de inmediato cuando la asquerosa boca del hombre intentó cerrarse sobre la suya. En lugar de probar sus labios, la boca de Garneshe descendió bruscamente sobre su corte abierto. Ella gritó de dolor. "Suéltame", susurró entre dientes apretados.

"¿Dónde, guapa?" Sus manos le agarraron bruscamente el pecho a través de la holgada camisa. "No hemos hecho más que empezar.

Elizabeth luchó por zafarse del agarre del hombre. "Soy... soy su sobra, maldita sea. No me quieres".

Garnesche la empujó bruscamente contra un árbol cercano y avanzó tras ella. "Oh, sí que te deseo, zorra arrogante. De hecho, siempre he querido sentir cómo te retuerces debajo de mí. Pero no entiendo por qué he esperado tanto".

"Te matará". Elizabeth se movió rápidamente hacia un lado y escapó del agarre del loco. Girando rápidamente, ahora tenía el camino a su espalda. Pero sabía que su velocidad no era nada comparada con la del caballero inglés. "Pertenezco a Ambrose Macpherson. Me acosté con él. Soy suya. ¿Me oyes?" Ella retrocedió mientras hablaba, pero el hombre continuó siguiéndola. "Te matará si me tocas".

"Es decir, si está vivo después de que acabe con él", gruñó la voz francesa.

El ruido del hombre detrás de ella hizo que Elizabeth se diera la vuelta. El duque de Borbón estaba a un paso, con los ojos encendidos de ira.

Elizabeth se detuvo en seco. Nunca **se había** sentido tan feliz viendo a nadie en toda su vida como en aquel momento. Pero la sombría expresión del joven noble le impidió dar muestras de ello.

"Qué interesante". Peter Garnesche se colocó detrás de ella. "Tanta caballerosidad por una doncella caída".

Isabel se hizo a un lado cuando el inglés puso una mano en su gran espada. Se sintió aliviada al ver que cinco de los hombres de Borbón aparecían de repente detrás del joven. Por un lado, el duque de Borbón nunca viajaba solo, Elizabeth lo sabía por los encuentros pasados. Recordaba que alguien le había contado una vez que varios maridos habían contratado a una banda de combatientes y habían puesto un premio sobre la cabeza del apuesto noble. Por aquel entonces, el duque había empezado a viajar con un séquito.

"Abandonó la cama del escocés. Soy el siguiente". Garnesche miró con desprecio a Elizabeth. "Cuando acabe con ella, te la enviaré. Pero puedo prometerte que no será hasta dentro de bastante tiempo".

Elizabeth empezó a alejarse a pequeños pasos del grupo y en dirección al barrio francés.

Borbón ignoró por completo al inglés.

"Estás hecha un asco, Elizabeth", dijo. El rostro apuesto del francés mostraba dolor. "¿He sido demasiado suave? ¿Es esto lo que buscabas? ¿Un bruto? ¿Alguien que abusara de ti?

Elizabeth temblaba de rabia, de dolor, de miedo. ¿Cómo podía explicarlo? Estaba sola. Nadie la creía, ni confiaba en ella. Podía

contarle a Borbón lo que había hecho el inglés, lo del cadáver del Lord Condestable, pero ni siquiera ellos seis serían rivales para aquel gigante y los soldados que pudiera convocar. Si no conseguían apresar al caballero, él sabría que era ella quien había presenciado el crimen y oído hablar de su traición. Pero ahora no sólo temía por su propia vida. Era la de María y la de la joven Ana. Ambas serían presa de aquel loco vengativo.

"¿Así que no tienes nada que decir?" La voz acusadora de Bourbon interrumpió los pensamientos de Elizabeth. "¿Vas a quedarte ahí y admitir que no has sido más que una vulgar puta?"

Elizabeth miró de un rostro endurecido a otro. El inglés estaba a un paso del duque. A la misma distancia a la que se había colocado del Lord Alguacil antes de reducirlo.

Echó una última mirada al duc. Se le hizo un nudo en la garganta cuando se enderezó ante su mirada furiosa. "No eres nada para mí. ¿Lo comprendes? No tengo que explicarte nada. Déjame en paz". Elizabeth se dio la vuelta y echó a correr. Corrió tan rápido y tan lejos como sus cansadas piernas pudieron llevarla.

El fraile franciscano padre Matthew se sacudió la paja de su hábito gris y se frotó la cara para asegurarse de que estaba despierto. Esto es increíble, pensó, cuando Elizabeth dejó de hablar. Todavía debe de estar soñando.

Bajo el palomar donde estaba sentado, los caballos apiñados en el cobertizo se revolvían hambrientos. Desplegando su largo y larguirucho cuerpo, el fraile intentó ignorar el estruendo de su propio estómago vacío y concentrarse en la historia que acababan de contarle. Aquella pobre niña necesitaba su ayuda, y sabía que necesitaría todas sus facultades para ayudarla. Miró con ternura el rostro atribulado y maltrecho de Elizabeth. Lavarle la sangre seca no había mejorado su aspecto. Le daba escalofríos pensar que necesitaría una aguja para cerrarle el corte de la mejilla. Quedaría marcada de por vida. Fray Mateo conocía a aquella generosa joven desde hacía mucho tiempo. Todavía tenía el oro sobrante del anillo que ella le había regalado en la bolsa, chocando suavemente contra su muslo.

Palizas, un padre prostituyendo a sus propias hijas, traición, asesinato. Era demasiado increíble. Había ayudado a su rebaño de las afueras de París con muchos problemas en sus muchos años como sacerdote -el granjero hambriento que cazaba furtivamente ciervos del rey para alimentar a su familia; el aprendiz que dejó embarazada a la hija del terrateniente; la niña a la que sorprendieron aprendiendo a leer en contra de los deseos de su padre; y mil asuntos más-, pero nunca le habían pedido que se ocupara de asuntos de esta enormidad, de esta magnitud. En silencio, elevó una plegaria al cielo, respiró

hondo y dejó escapar un suspiro.

"Primero, hija mía, debemos decidir si corres algún peligro inmediato". Volvió a sentarse sobre la paja. "¿Hay algo que hayas dejado atrás que pueda conducir al inglés hasta ti?"

Ella negó con la cabeza. "No, no lo creo, fraile". Gravemente, Elizabeth reflexionó un momento. "Nada que tenga que ver con el asesinato".

"Gracias a Dios por tanto".

"Tenemos que avisar a alguien sobre el Lord Alguacil", susurró Elizabeth mientras se levantaba y se acercaba a la ventana enrejada del desván. Se había levantado una extraña brisa, que hacía vibrar el postigo de madera. "Debemos desenmascarar a Sir Peter como el asesino".

"No veo cómo podemos. Al menos no ahora. Sería sin duda el fin de tu vida". El padre Matthew hizo una pausa y luego soltó sus preocupaciones. "No sólo tendrás que vigilar a Garnesche. Piensa en todos sus amigos y aliados de la corte inglesa. No dudarán en creerle cuando diga que le acusas falsamente. Y entonces tú serás su objetivo. Tú -y tu familia- seréis el enemigo. Debemos considerar el riesgo que corren tus hermanas".

Sorprendida, Isabel se volvió hacia el fraile. Al ver la expresión sombría del hombre, tuvo que darle la razón. Después de todo, ¿quién era ella? Era más un miembro de la corte francesa que de la inglesa. Nacida de una madre francesa soltera, criada tan lejos de Londres. Todo lo que había dicho fray Matthew era cierto. ¿Quién la escucharía? ¿Quién la protegería? No podía confiar ni en su propio padre. "Podría enviar un mensaje sobre el asesinato. Nadie tendría que saber nunca de quién procedía".

El sacerdote sacudió la cabeza en señal de desacuerdo. "No sabes mucho de la justicia del rey, hija mía. La muerte del Lord Condestable será achacada, sin duda, a algún mendigo de paso. Cualquier cosa que digas será ignorada en este momento porque el rey Francisco no quiere la guerra con Inglaterra. Así que ningún francés se atrevería a acusar a un inglés del asesinato del Lord Condestable sin pruebas absolutas".

Isabel volvió a donde estaba sentado el fraile. "¿Cómo podemos dejar que la muerte de un inocente quede impune?"

Fray Mateo se movió en silencio, cogiéndole la mano y asintiendo hacia el Valle Dorado.

"Por esa ventana, diez mil hombres y mujeres ricos duermen cómodamente en tiendas hechas con telas de oro. Pero mira más allá del valle, como sé que has hecho, y podrás ver a un millón de campesinos y aldeanos viviendo en la miseria de la pobreza. Aquí estás a salvo, ahora mismo, porque nadie imagina siquiera que alguna

noble se ensucie los zapatos en el estiércol de este establo".

Fray Mateo bajó los ojos y continuó. "Elizabeth, el Lord Condestable no era inocente. Era altivo y brutal e indiferente al sufrimiento de los pobres. Era uno de los peores. Todo lo que hacía era en beneficio de sus compañeros nobles. Creo que no le importaba nada la Francia real, la de los pobres y hambrientos que pueblan cada ciudad y aldea."

Elizabeth pensó en los pocos encuentros pasajeros que había tenido con el Lord Alguacil. En realidad, nunca había sabido mucho de él. "¿Me estás diciendo que su muerte causará más celebración que dolor?"

"Tal vez, querida. Aunque no era un paladín del pueblo, creo que los campesinos de Francia sólo celebrarían su muerte si pensaran que uno de los suyos había cometido el acto sangriento." El fraile le sonrió sombríamente. "Pero tú y yo sabemos que eso no viene al caso. Lo que hizo el caballero inglés fue traicionero y malvado".

Elizabeth juntó las rodillas contra el pecho y apoyó contra ellas su frente palpitante. Ayer, a estas horas, sus problemas habían sido mucho más sencillos. Aparte de pensar en una forma de recaudar dinero para el médico de Mary, Elizabeth había tenido el control. En qué lío se habían convertido las cosas, pensó. "¿Qué voy a hacer?

El padre Matthew se devanó los sesos -y el corazón- en busca de alguna inspiración, de alguna orientación. "Primero debemos sacarte de aquí. Tiene que haber algún lugar en París donde puedas ir. Quizá a casa de tu padre".

"No puedo". Sacudió violentamente la cabeza. "Nunca podré volver. Me estará esperando. Estoy segura de que Madame Exton ya habrá convencido a mi padre de que todo lo que dije no era más que mentira. No puedo volver y esperar a ver a quién intentará venderme después".

"¿Y la familia de tu madre? Seguro que quedan muchos con dinero suficiente para alimentar a todo el país".

Elizabeth se estremeció ante la idea de ponerse a merced de unos desconocidos a los que no había conocido en su vida. Habían arrojado a su madre a la calle con un bebé en brazos. Nunca podría pedirles ayuda. "Jamás. Nunca les pediré caridad. Eso está fuera de lugar".

El fraile hizo una pausa. Esto se estaba poniendo difícil.

"¡El duque de Borbón! ¿Y él?"

"Creo que probablemente acogería a un perro callejero antes que a mí". Elizabeth suspiró en voz baja. "Pero probablemente sea lo mejor. Siempre ha querido de mí algo más que amistad, pero ahora estoy segura de que ni siquiera podemos ser amigos." Aunque lo había intentado a menudo, Bourbon nunca había intimado con ella. Ella nunca lo había permitido. Lo más cerca que habían estado había sido

tras un banquete el verano anterior, cuando el joven duque había intentado disipar sus defensas a besos bajo un cielo iluminado por la luna. Ella había escapado entonces de sus atenciones y nunca había vuelto a permitir que se acercara tanto. Era un amigo y nada más. Pero esta noche, durante aquellos breves pero increíbles momentos en la tienda de Ambrose Macpherson, Elizabeth había probado por primera vez el dulce y vertiginoso néctar de la pasión.

"Tus opciones son cada vez más limitadas, Elizabeth", señaló el fraile, dándole unas palmaditas en la mano. Luego se animó. "¿Y Sir Ambrosio? Parecía interesado".

Elizabeth se ruborizó. No le había dicho al fraile lo interesado que estaba el escocés. También había evitado cuidadosamente contarle lo cerca que había estado de entregar su virginidad. Elizabeth se estremeció inesperadamente al pensar en el hombre que había despertado en ella sentimientos que nunca antes había experimentado. Con qué ternura la había acariciado. Incluso ahora podía sentir sus labios sobre su piel.

"Nunca me has contado cómo has llegado a llevar su ropa".

"Yo... las tomé prestadas". No le había dicho a Fray Mateo que había visitado al escocés antes de ir a ver a su padre. "Los cogí de su tienda. Era mucho más fácil viajar por el campamento vestida de hombre". Bueno, eso era cierto en parte.

El fraile miró directamente a la joven. No le estaba contando todo sobre el Highlander, pero no era en eso en lo que debían centrarse ahora.

"Entonces, ¿por qué no acudes a él en busca de ayuda? Es un hombre generoso y de corazón noble. Y tiene recursos para protegerte de tu padre y de Garnesche".

Si la vida fuera un sueño sin culpas ni consecuencias, el lado de Ambrose Macpherson sería el lugar al que ella iría. Pero el mundo en el que vivía era uno en el que el resultado de semejante fantasía traería sin duda la traición y la infelicidad. Así era el mundo. La mano de Elizabeth se llevó inconscientemente a la cara. No necesitaba ver su herida para saber que estaba desfigurada de por vida. El Highlander ni siquiera la miraría. Ningún hombre querría mirarla.

Y entonces se le ocurrió que esto se ajustaba a sus planes. Bastante bien, de hecho. La joven se enderezó. Contemplando la falda escocesa que aún llevaba, Elizabeth se animó.

"Entonces estás de acuerdo". El fraile dio una palmada, al ver que el rostro de su joven amigo mudaba su expresión adusta.

Elizabeth se puso en pie de un salto y se acercó a un fardo de ropa usada que el fraile había dejado en un rincón del desván. "Iré a Italia".

"¿Quién está en Italia?", preguntó el sacerdote, observando con asombro cómo la joven desplegaba cada objeto y lo sostenía contra su

armazón.

"¡Alguno de estos te servirá!"

"Son el doble de grandes que tú". El santón se puso en pie de un salto, avanzando rápidamente hacia ella. "¿Qué piensas hacer, Elizabeth?"

Ignoró su pregunta mientras seguía midiendo la ropa. "Pero no más de dos veces. Y algunas son bastante... hmm".

"Jovencita..." No le gustó la mirada de ella.

Elizabeth se acercó y puso las manos en el hombro del sacerdote, girándolo hacia la escalera. "Por favor, tráeme un cuchillo muy afilado y un poco de agua".

El hombre clavó los talones en el suave suelo de paja. "No iré a ninguna parte a menos que me digas qué pretendes".

"No te diré nada a menos que vayas y me traigas esas cosas". Elizabeth miró al sacerdote directamente a los ojos.

El fraile permaneció de pie un momento más. Luego, dándose cuenta de que simplemente no tenía corazón para añadir más problemas a esta inocente niña, Fray Mateo cedió a regañadientes y bajó por la escalera del desván, murmurando una queja a cada peldaño de su descenso.

Capítulo Siete

EL HOMBRE NECESITABA que le arreglaran la cara.

Cuando los primeros rayos de luz se colaron por el techo de su tienda, Ambrosio sacó sus ropas de viaje de la mochila de cuero. Envolviéndose en la falda escocesa, volvió a enfadarse al pensar en el abusivo duque de Borbón. Maldito bastardo. ¿Por qué tantas buenas mujeres soportaban semejante trato?

Había permanecido despierto lo que quedaba de noche después de que Elizabeth abandonara su tienda. Sus pensamientos se habían centrado en ella. Ambrose Macpherson había pasado toda su vida sin querer atarse a ningún lugar ni a ninguna mujer. Le gustaba su vida. Disfrutaba de su independencia. Podía ir y venir. Y podía elegir entre las mejores, las más bonitas. A Ambrosio le gustaba probar, tomar y mimar a las mujeres con las que se cruzaba. Pero, como una abeja que se acerca a cualquier flor delicada, le gustaba probar y luego seguir adelante. Al fin y al cabo, el mundo estaba lleno de ellas. ¿Y por qué iba a conformarse con una, cuando podía tener tantas?

La noche anterior, sin embargo, había sido molesta. Ambrosio se obligó a admitir que el mal estado de Isabel había sido la causa. Maldito sea el duque de Borbón, pensó.

El montañés se golpeó la palma de la mano con el puño, y luego hizo un esfuerzo consciente por sacudirse la emoción. Tales pensamientos no hacían ningún bien a nadie. Pero tal vez, antes de partir hacia Boulogne, haría una visita al amoroso duque.

"¡Macpherson!", gritó furiosa la voz francesa desde el exterior de la tienda. "¡Sal, perro!"

Ambrosio se puso rígido, reconociendo al instante la voz del duque de Borbón y el desafío en sus palabras. Cruzó rápidamente la tienda, abrió la solapa y salió a la ventosa mañana. El duque y cinco de sus hombres estaban de pie en el callejón vacío.

Cuando el noble francés vio al escocés, con el torso desnudo y desarmado, salir de la tienda, se desabrochó rápidamente la espada y se la arrojó al criado que tenía detrás. Ya era bastante malo que Macpherson se hubiera acostado con Elizabeth, pero maltratarla de la forma en que lo había hecho era insoportable. Y marcarle la cara. Lo pagaría caro. La rabia que bullía en el interior de Bourbon desde que huyó hirvió de repente cuando el duque cruzó el callejón.

Ambos eran hombres corpulentos, y cuando chocaron en el centro, el suelo tembló con el impacto.

Ambrose conectó sólidamente con la nariz del duc, y la cabeza de Bourbon se echó hacia atrás al tiempo que su puño caía como un martillo sobre la oreja del escocés. Cualquiera de los dos golpes habría derribado a un oponente menor, pero los dos hombres apenas se inmutaron mientras seguían atacándose con una violencia tan repentina y tan desenfrenada que sorprendió incluso a los entrenados luchadores que los observaban.

La furia continuó sin cesar, los guerreros se golpeaban sin piedad hasta que, de repente, el duc yacía aturdido en el suelo, con la nariz aplastada manando sangre. Ambrosio estaba de pie junto a él, con el pulso desbocado latiéndole en el cerebro. "Levántate, cobarde".

Bourbon miró al guerrero gigante a través de una bruma. Se incorporó grogui. "Te mataré antes de dejar que vuelvas a tocarla así".

"Eres tú quien necesita morir, bribón". Ambrosio retrocedió un paso para dejar al hombre espacio para ponerse en pie. No había acabado con él. "¿Qué se siente al probar tu propio tratamiento?

El noble francés se levantó tambaleándose y asestó un golpe en la cara del Highlander. "La cortaste. La has marcado de por vida, animal".

El puño del hombre pasó a bastante distancia de la cara de Ambrose, y entonces Bourbon volvió a quedar tendido en el suelo.

En un instante, el caballero escocés estaba encima del francés. Uno de los hombres de Borbón dio medio paso hacia los dos, pero luego retrocedió ante la mirada amenazadora del escocés.

"¿Cómo que la he cortado?" Ambrose puso su bota directamente sobre el pecho de su adversario. "Eres tú quien la golpea para nada".

Bourbon agarró la bota y tiró a Ambrose al suelo. Echándose encima de él, agarró al escocés por el cuello. "¿Yo? Yo... nunca le he puesto la mano encima a Elizabeth. ¿Me oyes? Jamás. La he admirado y respetado desde que sólo era una niña. Incluso he esperado tener su mano en matrimonio. Los franceses cuidamos de nuestras mujeres, cerdo montañés. No les pegamos".

Ambrose empujó al hombre y se puso en pie de un ágil salto. Al instante, Bourbon hizo lo mismo. De repente, Ambrose tuvo la corazonada de que su adversario decía la verdad. "Vino a verme con la cara hinchada". Se agachó, esquivando otro puñetazo lanzado por Bourbon. "Estaba perfectamente justificado al suponer que fuiste tú quien lo hizo. ¿Has olvidado lo enfadado que te pusiste cuando te pregunté antes por ella? Creí que la habías castigado por mis atenciones".

"Si la conocieras mejor, canalla, comprenderías que no es una mujer a la que se pueda poseer, castigar o utilizar de cualquier forma. Es una mujer con carácter y talento. Pero antes de que te machaque, dime por qué le hiciste eso. Te acostaste con ella. ¿Por qué tuviste que

cortarla?"

Ambrose alargó la mano y agarró a Bourbon por el cuello. "No hice tal cosa, canalla. Dejó mi tienda en las mismas condiciones en que llegó".

"¡Llevaba tu tartán!"

"Así fue".

"¡Entonces admites que te acostaste con ella!"

"Eso no es asunto tuyo", gruñó Ambrose.

"¡Estoy haciendo mi negocio!"

"Nadie te ha dado el derecho". Ambrosio aumentó la presión sobre la garganta de Borbón. "¿Dónde está ahora?"

Bourbon apartó las manos del montañés. "No hay necesidad de que sepas adónde ha ido. La has utilizado como utilizas a todas tus mujeres. Sigue adelante y lanza tu sedal para la próxima captura".

"Te estoy haciendo una pregunta". Ambrose se dirigió de nuevo hacia el francés. "¿Dónde está?"

"Ella ya no te concierne. No creo que lo haya sido nunca".

"¡Escúchame, dandy cabezón!" Ambrose empujó a Bourbon un paso hacia atrás y caminó amenazadoramente hacia él. "Alguien le dio una buena paliza antes de que acudiera a mí anoche. Y me estás diciendo que, después de que se marchara de aquí, alguien le hizo un corte en la cara. Afirmas que tú no lo hiciste. Ahora intenta mover el cerebro de la bragueta a la cabeza y piensa. Todavía podría estar en peligro. Quien le hizo esas cosas podría hacerle aún más daño. ¿Dónde la viste por última vez?"

Los pensamientos de Bourbon volvieron a su último encuentro con Elizabeth, y su ira hacia la Highlander se disipó como la niebla de la mañana. Dios mío, había estado tan aturdido por las palabras que le había oído decir que no había prestado atención a nada más. No sólo estaba con Garnesche; ¡había intentado huir de él! Y se había escapado, recordó.

Ambrosio observó en silencio cómo los ojos del noble se aclaraban, comprendiendo por fin el significado de lo que se decía.

"¿Tienes algo de beber ahí dentro?", preguntó el francés en voz baja.

"Sí". Ambrose asintió, conduciendo a un pensativo Bourbon al interior de la tienda.

Capítulo Ocho

NO TENÍA nada que perder y todo que ganar.

Tuvo que perder su nombre, su identidad, su familia. Y lo más importante de todo, tuvo que perder su pelo.

Ante la atónita mirada de Fray Mateo, Isabel se cortó los mechones de ébano a trozos, hablando rápidamente mientras trabajaba.

Isabel le expuso su plan. Iría a Florencia. La familia Médicis había recuperado el poder y la estabilidad había vuelto a la próspera ciudad del arte y la cultura.

Encontraría un lugar, trabajando como aprendiz, o como obrera si fuera necesario, con uno de los grandes artistas que residían allí. Brillante, el viejo Leonardo había muerto, pero tal vez con Rafael. O con el joven genio Cellini. Tal vez, si el cielo le sonreía, podría conseguir empleo en los talleres del gran pintor y escultor Miguel Ángel Buonarroti.

Mientras hablaba, fray Mateo recordó que su orden estaba construyendo una iglesia en las afueras de Florencia. Isabel le dijo que necesitaría una carta de presentación a los frailes de allí para poder mostrar sus talentos: su habilidad para la pintura.

Viajaría allí bajo la apariencia de un joven, conseguiría trabajo como un joven y viviría como un joven. Podía hacerlo. Elizabeth sabía que podía.

Fray Mateo la miró con ojos incrédulos. Elizabeth habló como si hubiera preparado esta mascarada durante muchos años, y él le contó sus pensamientos. Isabel admitió que lo que él decía era cierto. Ella había soñado con hacer esto, muchas veces. Pero toda aquella planificación, toda aquella preparación, sólo había sido una fantasía. Un sueño maravilloso e inalcanzable.

El fraile conocía muy bien los cuadros de Isabel. A lo largo de los años, ella había trabajado mucho para convertirse en la artista competente que él conocía. Había visto muchas de sus obras y sabía que era buena. Más que buena, admitía. Era excepcional. Había sido un placer ser su cómplice en el suministro a las iglesias de los pueblos pobres de los alrededores de París, durante los dos últimos años, de los magníficos retratos religiosos firmados únicamente "Phillipe".

Como cualquier otro artista, Elizabeth necesitaba un público. Un grupo que respondiera a su elección de temas, a su composición, a sus elecciones de color y a su estilo único e individual. Sin un maestro del que pudiera aprender, las noticias de Fray Mateo habían sido una

herramienta de aprendizaje indispensable.

"¡No puedo seguir viendo esto, Elizabeth!" gritó Fray Mateo. "¡Es antinatural, te lo aseguro!"

El cabello negro resbalaba en sedosas cascadas hasta el suelo del desván.

"Ya casi he terminado", dijo, lanzando una mirada aventurera a su amiga. "Necesito que me digas cómo queda la espalda".

"Pareces un... un chico... ¡Dios me ayude!"

"Vamos, fraile. Te comportas como un cómplice de asesinato".

"Pues así es exactamente como me siento", gimió. "Me siento como si acabara de ayudar a asesinar a una joven encantadora que acudió a mí en busca de ayuda".

"Qué tontería", la regañó con suavidad, poniéndose en pie y arreglándose el atuendo. Se puso una gorra demasiado grande sobre el pelo recién cortado. Al ver la expresión de asombro del fraile, se la quitó por el momento. "Fraile, esto no es nada comparado con lo que está por venir. Sólo estoy empezando".

"He oído todo lo que acabas de decir, Elizabeth. Pero lo que hemos hecho con tus cuadros es muy distinto de lo que pides ahora. Una cosa es coger una bella obra de arte y colgarla en una iglesia para que todos la admiren. Pero cortarte el pelo, vestirte con esas ropas de hombre, viajar Dios sabe adónde... es demasiado... bueno, ¡demasiado drástico! Cuando fomentaba el desarrollo de tu talento en el pasado, mi conciencia estaba tranquila sabiendo que estabas protegida de la exposición. Sabía que no corrías peligro mientras estuvieras bajo el techo de tu padre. Pero esto ya ha ido demasiado lejos".

"Ya veo. Has oído mi plan, pero crees que no debería llevarlo a cabo". Elizabeth le miró desafiante a los ojos. "¿Qué elección tengo, fraile? Siempre me has dicho que debemos mirar más allá de las pruebas de nuestras vidas. Que debemos seguir adelante".

"Supongo que debería haberlo sabido". El fraile puso los ojos en blanco. "¡Ahora estoy a merced de mis propias palabras!"

Miró a su amiga con el ceño fruncido. "Bueno, ¿parezco convincente?"

"Bueno, pareces convincente", murmuró en voz baja.

"¡En cualquier caso, es un buen comienzo!"

Matthew contempló la transformación que tenía ante sí. Elizabeth parecía realmente un hombre joven. Las capas de ropa holgada cubrían sus curvas femeninas, y las trenzas negras caían ahora en bonitas ondas hasta una punta por encima de los hombros. Su rostro magullado e hinchado, ahora un poco más limpio, carecía de los bigotes de un hombre, pero el corte en la cara le dejaría una cicatriz que ninguna mujer cortesana llevaría abiertamente, sin cubrir y sin pintar. Incluso la forma en que estaba de pie. Tan segura de sí misma.

Tan autosuficiente.

"Caminando hasta Florencia. Viviendo la vida de un hombre". Fray Mateo sacudió gravemente la cabeza. "Te lo repito, jovencita. No es natural".

Elizabeth se rió. Le pareció que era la primera vez que se reía en cien años.

El sacerdote se sentó pesadamente sobre la paja, pensando en el viaje que le esperaba. Sopesó sus responsabilidades. ¿Quién necesitaba más su ayuda en aquel momento: su rebaño o su joven amiga en apuros? Pensando en si le sería posible acompañarla, recogió con aire ausente el plaid Macpherson que yacía pulcramente doblado a su lado. Debajo yacía la camisa mojada. Había utilizado el resto del agua que él había traído para lavar las manchas carmesíes de la prenda empapada en sangre. Su sangre, pensó el fraile, sacudiendo la cabeza. Elizabeth le había preguntado si podría devolvérselas de algún modo al noble escocés. Pero, conociendo la generosidad de aquel hombre, fray Mateo se preguntó si no sería mejor regalar la ropa a una familia necesitada.

"Entonces. ¿Crees que si saliera a la calle, vestida así, los florentinos pensarían que soy un hombre?"

Al no oír respuesta a su pregunta, Elizabeth se volvió en dirección al fraile. Estaba sentado con la tela escocesa Macpherson en las manos, el rostro desprovisto de todo color.

"¿Qué ocurre? preguntó Elizabeth, corriendo a su lado.

Fray Mateo le tendió la falda escocesa que había llevado antes. "¿Sabes dónde ocurrió esto?"

Elizabeth se quedó mirando el dobladillo rasgado de la prenda. Faltaba una gran parte de la tela escocesa, y ella sabía exactamente dónde estaba. Levantó los ojos para mirarle.

"En el bosque, justo después del asesinato. Estaba oscuro. Había una rama de árbol. ¿No crees que volverá?"

"Si lo hace, y si encuentra la tela escocesa, seguro que la reconocerá y recordará quién la llevaba". El rostro del fraile era grave. "Y cuando eso ocurra, Elizabeth, vendrá a por ti".

Elizabeth se quedó mirando mientras su corazón se hundía como una piedra en la boca del estómago.

"Eso significa que no tengo tiempo. Tengo que irme". Los ojos de Elizabeth se clavaron en el rostro del fraile. Se retorció la gorra entre las manos mientras luchaba con sus sentimientos. "Pero primero debo avisar a mis hermanas. ¿Les haría daño para llegar hasta mí?"

"Sólo si cree que estás en contacto con ellos".

Debajo de ellos, los caballos del establo se estaban poniendo perceptiblemente nerviosos y activos. Los relinchos llamaron la atención de las dos amigas, y entonces Elizabeth captó el olor que

arrastraba el viento que se fortalecía. Fuego.

Empujando contra la fuerte brisa, Elizabeth abrió la persiana y los dos miraron hacia fuera. Sobre el campamento, al otro lado del Valle Dorado, se elevaba un humo negro que corría por encima de las tiendas. Algo estaba ardiendo, y Elizabeth sintió que un miedo frío le penetraba bruscamente en el vientre. Ella y el fraile intercambiaron una rápida mirada, y luego se volvieron apresuradamente hacia la escalera. Elizabeth bajó del altillo a toda prisa, con el fraile pisándole los talones.

"¡Espera! No puedes olvidar esto", llamó fray Mateo antes de que Isabel pudiera escabullirse por la puerta.

La joven se detuvo un instante y el fraile le entregó el gran sombrero. Ella se lo colocó apresuradamente en la cabeza, tirando de él lo más bajo que pudo sobre sus ojos.

"Tenemos que tener cuidado. Podría ser una trampa", advirtió Matthew, y Elizabeth asintió. Juntos salieron corriendo a la luz de la mañana.

Abriéndose paso entre la horda de campesinos que ya se habían despertado y se movían, los dos se apresuraron a rodear la barrera de empalizadas del campo del torneo. Decenas de pobres seguían apiñados contra la valla de madera que durante el último mes había separado a los campesinos de la nobleza.

Desde luego, no se podía dejar a nadie durmiendo en el campamento, pensó Elizabeth. A pesar de la juerga nocturna, todo el mundo, al parecer, estaba despierto y activo ante el voraz incendio que parecía dispuesto a engullir todo el sector inglés del Campo de Paño de Oro.

Isabel y el fraile pasaron corriendo junto a las compañías de soldados que ya transportaban agua en cubos de madera y cuero. Algunos incluso usaban cascos de acero, cualquier cosa para frenar las crepitantes llamas que la brisa cálida y seca empujaba.

El humo se hizo más denso a medida que los dos se abrían paso entre la multitud de gentuza que se arremolinaba en los callejones. Al acercarse al origen de la conflagración, Elizabeth miró salvajemente a las multitudes presas del pánico que se dispersaban ante las chispas calientes y el humo negro y espeso que envolvía la zona con las corrientes del viento cambiante.

"¡María!" jadeó Elizabeth mientras se abrían paso entre la multitud. Miró hacia la media docena de tiendas en llamas. "Estaba en mi tienda. Ésa es mi tienda". Sus manos intentaron abrirse camino, empujando a la gente que tenía delante. Necesitaba acercarse. Pero la apretaban por todas partes. Alguien le puso un cubo en las manos; estaba lleno de agua. Lo sujetó con fuerza. Un hombre que iba delante intentó quitárselo, pero ella no cedió. Elizabeth sabía que tenía que

llegar al frente. Por favor, Dios, no dejes que la hieran. "¡María!", gritó con todas sus fuerzas. Los gritos de los hombres que se agitaban ahogaron sus palabras. Sintió que la multitud se movía. Se acercaban al fuego, y ella se permitió formar parte de aquella masa en movimiento. Mirando a su alrededor, Elizabeth vio al fraile a poca distancia. Estaban separados, pero él seguía allí.

En un instante se vio bloqueada por un muro de cuerpos humanos a su alrededor, y al siguiente estaba en primera fila, preparándose para arrojar el agua sobre el fuego ardiente. Era su tienda. El calor de las llamas le abrasaba la piel de la cara y el estruendo era ensordecedor. Al arrojar el agua sobre el material en llamas, se acercó un paso y se cubrió la cara con un brazo mientras se preparaba para correr hacia el interior. Encima de ella, podía ver el ardiente techo de la tienda agitándose bajo la fuerza del viento. A su lado, alguien estaba cortando una de las cuerdas que sujetaban el refugio.

Si la tienda se derrumba, pensó Isabel salvajemente, María quedará atrapada entre las llamas. Se puso en marcha.

Una mano desde atrás la agarró por el brazo, reteniéndola. Se encogió al sentir el dolor que de repente le recorrió el brazo desde el hombro herido. Se retorció y se liberó. La mano volvió a agarrarla. Giró la cabeza para ver quién la sujetaba. Era el fraile. Gritaba, pero Elizabeth no podía oírle. Siguiendo sus ojos, sin embargo, al girar la cabeza, pudo ver a la figura embozada que estaba en medio de la multitud de curiosos.

María.

Elizabeth dejó que la arrastrara hacia la multitud. Abriéndose paso hacia su hermana, echó una última mirada en dirección a lo que quedaba de la tienda. María estaba viva. Isabel se regocijó al pensarlo, preguntándose al momento cómo había escapado su hermana. Pero mientras se abrían paso entre la multitud, se le hizo un nudo en la garganta ante la idea de haber perdido tanto. Mirando las tiendas en llamas a su alrededor, pensó en las pérdidas que estaban sufriendo los demás. Y se preguntó si todo esto había empezado por lo que ella había presenciado.

Al acercarse al lugar donde estaba María, Isabel estaba abriendo la boca para llamarla cuando un enorme brazo la golpeó bruscamente en un lado de la cabeza.

"Abrid paso", gritó la áspera voz mientras el gigantesco caballero abría su propio camino a través del enjambre de humanidad.

Elizabeth se hizo a un lado al pasar Peter Garnesche. Se detuvo en seco, boquiabierta tras él. Sir Peter se dirigió a un grupo de tres soldados que examinaban atentamente los rostros de la multitud. Asintiendo con la cabeza, les dijo algo que Elizabeth, aunque estaba a pocos pasos, no pudo oír. Luego, girándose bruscamente, se abrió paso

entre la multitud hacia otro grupo de sus hombres. Tenía la cara oscura y manchada de hollín, y sus duros ojos iban de un rostro a otro a medida que avanzaba.

Me están buscando, pensó Elizabeth en un arrebato de pánico mientras intercambiaba una rápida mirada con fray Mateo. El sacerdote frunció el ceño con ansiedad.

Elizabeth se bajó más el sombrero sobre los ojos y miró hacia donde estaba su hermana. Al hacerlo, vio a María, con el manto de la capucha bajado, que se volvía y se fundía con la multitud.

Elizabeth vio acercarse a los hombres de Garnesche. Estaban por todas partes, registrando los rostros de todas las personas a las que podían echar el guante.

Fue entonces cuando Fray Mateo tomó las riendas. "Finge que no puedes respirar, Elizabeth. Tu hermana está a salvo. Ahora tenemos que sacarte de aquí".

Ella le miró con los ojos muy abiertos.

"Doble vuelta".

Al ver a los soldados a pocos pasos, Isabel siguió la orden del fraile al instante. Sabía que la estratagema de vestirse de hombre podría no funcionar con los compinches del inglés. Después de todo, Sir Peter la había visto y reconocido vistiendo las ropas del montañés la noche anterior. Y la herida aún fresca de su mejilla seguramente la delataría. Garnesche también había visto aquel corte, y Elizabeth estaba segura de que lo habría mencionado como marca de identificación para sus hombres.

"Despejad el camino. Quitaos de en medio", gritó el fraile mientras la rodeaba con el brazo, abriéndose paso entre los hombres que se acercaban. Elizabeth se aferró a la capa de su amigo, sin dejar de agachar la cabeza y permitiéndole que la guiara. Cada vez que Matthew se topaba con un nudo de gente inmóvil, Elizabeth jadeaba y emitía la tos más desgarradora que podía reunir.

Al cabo de unos instantes, Elizabeth se dio cuenta de que estaban abandonando la densa multitud para dirigirse a una zona más abierta. Salvo por el roce ocasional de algún hombro, ya no sentía la presión de los cuerpos a su alrededor. Aun así, no se atrevió a levantar la vista, por miedo a que la reconocieran.

"Creo que ya hemos pasado el peligro inmediato", dijo Fray Mateo en voz baja, deteniéndose. "Quiero que vuelvas a los establos".

"Tengo que encontrar a Mary. Está ahí fuera... vulnerable". Elizabeth miró a su alrededor; no había rastro de su hermana. Se habían detenido en un cruce de callejuelas, pero seguían en el sector inglés de tiendas de campaña.

"Iré tras ella", respondió. "Vi la dirección que tomó. Vuelve y te la traeré".

"Pero..."

"No es momento de discutir conmigo, niña. A estas alturas probablemente haya cien soldados ingleses buscando a una mujer con la cara recién cortada. Estarás a salvo entre los campesinos. No se les ocurrirá buscar entre los pobres desgraciados franceses". El fraile miró a su alrededor con cautela. "Te doy mi palabra de que te traeré a tu hermana. Ahora vete".

Capítulo Nueve

SI *fuera* UN HOMBRE, pensó.

Empujándose contra la masa humana que se agolpaba, Isabel avanzó por las callejuelas de tela hacia los campos abiertos y el establo. Apenas se atrevía a mirar a los rostros que se acercaban, por miedo a ser descubierta. Sabía que tenía que marcharse a Italia. Era su única escapatoria. Pero tenía que convencer a fray Mateo de que podía sobrevivir sola. Las últimas palabras del fraile mientras corrían hacia las hogueras habían sido que no permitiría que Isabel fuera sola. Aunque se convenciera de que sería capaz de protegerse en el arduo camino hacia Italia, creía que necesitaría compañeros de viaje, especialmente una mujer. Estaba seguro de que eso mejoraría las posibilidades de que Isabel viajara con éxito disfrazada de joven.

Pero Isabel no quería alterar más vidas. Tanto ella como el fraile sabían que encontrar una compañera de confianza que quisiera viajar a Italia en aquel momento era casi imposible. El fraile no tuvo que mencionarlo, pero Elizabeth sabía que, a pesar de todo lo que estaba ocurriendo, él ya estaba considerando la posibilidad de ir con ella. Lo había visto en su rostro. De hecho, probablemente estaba pensando en encontrarle un lugar seguro, no en Italia, sino en algún remoto convento francés.

Ésa no era la respuesta. No podía permanecer escondida el resto de su vida, perdiendo el tiempo y dejando que otro se ocupara de ella. No podía quedarse sentada, como una observadora silenciosa, mientras el mundo seguía adelante sin ella.

Elizabeth levantó la vista cuando una joven campesina chocó contra su costado. La niña murmuró una o dos palabras y siguió adelante. Pero algo en el rostro inocente de la niña borró el pensamiento de sus propios problemas y recordó **a** Elizabeth a su hermana menor, Ana. Se preguntó dónde se habría metido en medio del ardiente caos. Era evidente que María había podido escapar de la ira de Garnesche, pero ¿acaso caería tan bajo aquel hombre como para descargar su furia sobre una niña indefensa?

Sin embargo, Ana era inteligente. Incluso a su edad, era capaz de burlar a quienes la rodeaban en casi todas las ocasiones. Isabel sabía que la joven ya se había hecho un lugar al lado de la reina inglesa. Y también sabía cómo tratar a su padre. No, Ana estaría bien. Isabel podía estar tranquila al respecto. Pero María era otra historia. ¿Qué sería de ella?

Al cruzar el callejón, lo vio primero.

Los ojos de Ambrosio recorrieron la multitud ante él. De repente divisó una figura que viajaba a contracorriente. Por un instante sus miradas se cruzaron. Luego ella apartó la mirada apresuradamente y desapareció entre la multitud.

El guerrero escocés saltó al callejón, empujando la corriente hasta llegar al otro lado. A lo lejos, vio el gran sombrero flexible que se agachaba al borde del sendero, y aceleró sus largas zancadas, recortando la distancia que los separaba en un santiamén.

Al doblar un recodo, Ambrose la vio lanzar una mirada ansiosa por encima del hombro, pero ya casi la había alcanzado. Así que, con una rápida embestida, el montañés agarró el hombro de su escurridiza presa. Elizabeth tiró con fuerza de su agarre, intentando liberarse, pero el caballero escocés no estaba dispuesto a dejarla marchar.

Tirando de ella, Ambrose retrocedió hasta un pequeño hueco entre dos tiendas.

"¡Suéltame!" Elizabeth forcejeó contra él, pero él sólo la sujetó con más fuerza.

"¡No! No te dejaré marchar. No hasta que me digas de quién huyes".

"Eso es asunto mío, no tuyo". Levantó la vista justo a tiempo para ver cómo una mezcla de tristeza y rabia se reflejaba en su rostro mientras estudiaba la herida de su mejilla. Sintió el calor de su mirada recorrer su piel.

"¿Quién te ha hecho esto?"

Elizabeth sintió el agarre viscoso de sus dedos clavándose en sus hombros. Pudo oír la fuerte nota de angustia en su voz. Entonces giró la cabeza, ocultando la fea herida de su mirada. "No importa. Por favor, suéltame".

"¡No lo haré!"

Los dedos de Ambrosio subieron suavemente desde sus hombros y enmarcaron su rostro. Le giró la cabeza hasta que sus ojos se encontraron. Sintió el temblor que la recorría. "Estás asustada".

Elizabeth sacudió la cabeza, intentando negarlo. Pero las lágrimas que brotaban de sus ojos decían la verdad.

"Viendo lo que te ha hecho... comprendo por qué. Estás asustada. Dime quién es. Déjame ayudarte, Elizabeth. Déjame protegerte".

Sintió la caricia de su pulgar contra su piel. Protegerte. Las palabras flotaron a su alrededor en una bruma de emoción. Su piel ardía al contacto con él, y sintió que el calor se disparaba hacia abajo hasta bañar su corazón.

Luchó por mantener la mente clara. ¿Qué tenía aquel hombre que le otorgaba el poder de borrar todos los problemas que la rodeaban, todas las tribulaciones que ahora mismo amenazaban su vida? "Estoy

marcada para siempre".

No sabía por qué había pronunciado aquellas palabras. No era propio de ella. Pero la atención de Ambrose la hizo sentirse vulnerable. Expuesta. No tenía que mirarse a sí misma para saber qué aspecto debía tener su herida para un hombre. Debía de estar horrorizado, asqueado. Al fin y al cabo, las mujeres debían ser agradables a la vista. Y estaba claro que ella no lo era. No, nunca lo sería.

"Somos la pareja perfecta". Se agachó y le cogió los dedos, llevándoselos a la frente.

Elizabeth dejó que sus manos recorrieran ligeramente la cicatriz.

"Eres preciosa, Elizabeth". Ambrose alargó la mano y le quitó el gorro de la cabeza. Se quedó boquiabierto. "El diablo... ¿qué te has hecho?"

"¿Mi cara lacerada te parece hermosa, pero mi pelo rapado no?", desafió.

"Lo primero, lo sé, es el resultado del acto vicioso de algún bruto. Pero lo segundo... debe de ser autoinfligido". Cediendo a su impulso, le pasó las manos por la corta cabellera. En realidad, le gustaba su tacto.

Ella se sacudió el tacto desenfrenado de él con el dorso de las manos. "¿Por qué haces esto si te parece tan poco atractivo?"

"¿Quién dice que me parece poco atractiva?" Los ojos de Ambrose se posaron en sus labios carnosos. "Mi problema es que todo en ti me parece absolutamente fascinante".

No tuvo que seguir su mirada para saber que tenía intención de besarla. Y la besó. A fondo.

Lo único que Isabel quería era ceder ante él. Y lo hizo. Completamente.

Ella separó los labios cuando la lengua de él penetró en su interior. El sonido de los hombres y mujeres que pasaban corriendo, el rugido del fuego a lo lejos, incluso el peligro inminente de Sir Peter Garnesche, todo se desvaneció. Nada más importaba mientras Elizabeth se refugiaba en su caricia, en su tacto, en su beso.

Ambrose sintió que cada músculo de su cuerpo se endurecía cuando las manos de Elizabeth subieron para rodearle el cuello. Se sumergió más profundamente en la riqueza de su dulce boca, y sus brazos la estrecharon contra su cuerpo. Recordó lo que había debajo. Su cuerpo increíblemente hermoso, sus pechos turgentes, el sabor embriagador de su piel.

Elizabeth se apartó del beso. Se sentía débil ante las atenciones de aquel hombre. Apoyó la cabeza en el ancho pecho de él e intentó calmar las temblorosas rodillas y el palpitante corazón.

"¿Cómo puedo sentirme así?", susurró, luchando por mantener la

calma. "Tan rápido, quiero decir. Apenas te conozco".

"La pasión que sienten dos personas la una por la otra no puede explicarse en términos de tiempo o lugar". Ambrose bajó la vista y captó su mirada. "Estamos bien juntos, Elizabeth. Puedo sentir la pasión que bulle en tu interior. Ven conmigo. Nunca dejaré que se acerque a ti. Nunca más. Te protegeré. Encontraremos nuestro propio lugar... Escocia, tal vez. Cuidaré de ti. Encontraremos un rincón de la eternidad para los dos solos. Piensa en el placer que podríamos darnos el uno al otro. La pasión que podríamos compartir".

Hizo una pausa, mirándole profundamente a los ojos, y luego negó con la cabeza. Era una oferta muy parecida a la que esperaría de Bourbon. Pero había una diferencia que la hacía dudar. Se iría a la tumba antes de aceptar la oferta del duque; Bourbon era, como mucho, un amigo. Pero la invitación de Ambrose Macpherson conllevaba una tentación mucho mayor.

No. Sacudió la cabeza con decisión. ¿Cómo podía siquiera planteárselo? ¿Había olvidado ya el destino de su madre? ¿Era eso lo que quería? ¿Cuánto tardaría Ambrose en cansarse de ella? ¿Adónde iría una vez que eso ocurriera? Se sintió asqueada de sí misma por dejarse tentar siquiera momentáneamente por las palabras del hombre. "Por favor, no me pidas eso. No puedo".

Ambrosio la miró en silencio a los ojos profundos y oscuros. Nunca había hecho esta oferta a nadie. Nunca había buscado una amante a la que pudiera retener durante algún tiempo. Eso entrañaba peligros. Peligros de encariñarse, de enredarse en una relación larga. De renunciar a la libertad. Pero a pesar de todo, él había hecho la oferta. Y ella la había rechazado. Esta mujer era tan diferente de las demás. Diferente de cualquier mujer con la que hubiera estado en su vida.

Pero Ambrose conocía a las mujeres, y pensó por un momento en aprovechar la ventaja que intuía que tenía ahora mismo. Ambrose Macpherson era un maestro del poder de persuasión. Sobre todo cuando se trataba de mujeres. Sabía que si volvía a intentarlo, si se lo proponía, ella aceptaría. Pero por las mismas razones por las que nunca se lo había pedido a otra antes que a ella, se contuvo. Algo en su interior le decía que no estaba preparado. Todavía no.

Elizabeth buscó las palabras adecuadas. No quería herirle ni parecer desagradecida por su ofrecimiento. Pero ¿cómo podía explicarle que convertirse en la amante de alguien no era una vida que pudiera aceptar? Incluso si ese alguien era tan atractivo y seductor como el hombre que tenía delante. Elizabeth miró el atractivo rostro del montañés. Pudo ver un atisbo de decepción en sus ojos. Pero entonces sus ojos se fijaron en el pequeño corte a lo largo de la línea de su mandíbula.

"¿Ha sido autoinfligido?"

Ambrose le cogió la mano cuando intentaba sondearle la pequeña herida de la barbilla.

"No, muchacha. Ha sido un beso de buenos días de tu cortesano francés".

"¿Bourbon? ¿Os habéis peleado?"

Ambrosio dejó caer las manos a los lados. Aunque los dos caballeros se habían resignado al hecho de que ninguno era responsable de la herida de Elizabeth, Ambrosio seguía preguntándose si tal vez el duc era la razón por la que Elizabeth había rechazado su oferta. Anoche había cambiado de opinión y se había salido de su cama. Bueno, se cayó de su cama. Ahora se preguntaba si su actitud voluntariosa no había sido sólo una forma de poner al apuesto noble francés lo bastante celoso como para proponerle matrimonio. ¡Mujeres! Ambrosio quiso desterrar este nuevo pensamiento de su mente, pero incluso mientras lo apartaba, sintió que echaba raíces. Aún recordaba las palabras del francés. Algún día pedir su mano en matrimonio. Algún día. Ése había sido el énfasis. El montañés no quería pensar que ella sólo quería acelerar las cosas.

"Sí", respondió. "Luchamos. Pero quizá te aflija saber que tu amigo se llevó la peor parte".

Elizabeth sonrió. "Ni mucho menos. Ya era hora de que alguien cogiera a la serpiente".

Ambrose le dirigió una mirada suspicaz. "El caballero parece muy encariñado contigo".

"Al caballero le gustan todas las mujeres, independientemente de su ingenio, forma o rango". Ella se inclinó y recogió su sombrero. "Pero eso fue lo que me atrajo de ti. Tú no eres así, ¿verdad?", preguntó con ironía.

"¡Claro que no!" Se apresuró a responder.

"¡Claro que no!" Demasiado rápido, pensó Elizabeth. Se colocó el sombrero en la cabeza y se lo bajó sobre los ojos. "Bueno, tengo que irme".

La mano de Ambrose se disparó hacia su codo. "¿Adónde?"

"¡El paraíso!", susurró soñadoramente.

"¿Con él?" preguntó Ambrose brevemente. No era Borbón, pero tenía que ser otra persona. Debía de valorar mucho a aquel hombre para seguir ocultando su identidad tanto al duc como a él. "¿Lo que te ha hecho aún no te ha convencido para huir?"

"Sí, así es". Se estiró sobre las puntas de los pies y le besó rápidamente en los labios. "Siempre recordaré este Campo de Tela de Oro". Intentó volverse hacia el callejón atestado de gente.

Ambrose la cogió por el codo y tiró de ella hacia él. "Esto era tuyo para que te lo quedaras".

Elizabeth bajó la mirada hacia el gran anillo de esmeralda que la

guerrera le colocó en la palma de la mano. "I-"

"Considéralo un recuerdo, muchacha. Recuérdame con él".

Mientras le miraba a los ojos, Elizabeth cerró los dedos sobre el regalo. Luego se volvió sin decir palabra y desapareció entre la multitud.

Capítulo Diez

LA LENTITUD ES el ladrón del tiempo, pensó fray Mateo.

"Te estaba esperando, Elizabeth. Entonces no viniste, y se estaba haciendo muy tarde", explicó Mary. "Debí de quedarme dormida". La joven de pelo oscuro miró al espacio mientras recordaba los acontecimientos. Elizabeth se sentó a su lado, cogiéndole la mano, mientras el larguirucho sacerdote permanecía de pie junto a la ventana enrejada, esperando con menos paciencia a que ella continuara su relato.

Elizabeth la instó a seguir. "¿Y fue entonces cuando oíste las voces?"

"Sí". Mary asintió. "Justo fuera de la tienda -junto a mi cama- estaban hablando. Eran dos o tres, creo. Pero oí claramente a uno de ellos. Daba órdenes a los demás".

Miró de la cara de su hermana a la del fraile.

Matthew siguió la mirada de la joven. Qué interesante que María no hubiera preguntado ni una sola vez cómo había llegado Isabel al corte de su mejilla. Qué típico de ella.

"Me dijo: 'Hazla callar'", continuó. "'Córtale el cuello, o asfíxiala, pero no dejes que grite. Y pase lo que pase, no la dejes vivir'".

Isabel se estremeció ante el momento de miedo que debió de experimentar María.

"Entonces, ¿cómo escapaste de ellos?", estalló el fraile. "¡Por el amor de Dios, María!"

La joven miró asombrada al exasperado clérigo. "De verdad, fraile. Te lo estoy contando todo tal y como ocurrió".

"Por favor, fray Mateo, dale tiempo", suplicó Isabel, mientras veía cómo el sacerdote levantaba las manos con un suspiro. "Continúa, María. ¿Qué ocurrió después?

La joven ordenó sus pensamientos y lanzó otra rápida mirada al sacerdote antes de continuar. "Cuando lo oí, salté de la cama. Supuse que vendrían por delante, así que eché mano de mi capa. Fue entonces cuando derribé el brasero. Las brasas se desparramaron por el suelo de la tienda". Miró a su hermana con los ojos muy abiertos. "Los juncos del suelo se encendieron como una gran antorcha. Las llamas y el humo estaban por todas partes... en un instante".

"¿Te has hecho daño?" preguntó Elizabeth rápidamente, mirando la piel de marfil de las manos de su hermana.

"No. ¡Corrí!", respondió ella. "Me escabullí lo más rápido que pude

hasta la parte trasera de la tienda y me colé por debajo de la pared de tela".

"¿Así que nadie te vio escapar?", preguntó brevemente el fraile, volviéndose entonces hacia Elizabeth. "Es posible que, si no te encuentran en el campamento, decidan que pereciste en el incendio. Eso sería bueno para nosotros".

"Me perseguían, fray Matthew", afirmó María con una nota de mal genio en la voz. "¿Por qué querría alguien hacer daño a Elizabeth? La mayoría de esta gente ni siquiera sabe quién es. En cambio, todos me conocen a mí".

Intentó contener la lengua, pero no pudo. "¿Por qué querría alguien emplear la violencia contra un adorno vano y tonto como tú?" le reprendió fray Mateo. Aparte de su complexión similar, las dos hermanas no tenían nada en común. Y Mateo estaba perdiendo la paciencia con María. "Después de todo, ¿de qué serviría que alguien fuera a por ti? No se cortan ramas de sauce cuando hay que construir una casa".

Perpleja, María miró a su hermana. "Pero me gustan los sauces".

Matthew negó con la cabeza. Brillante no era. Pero ahora había un problema mucho mayor. Mientras perseguía a María, había oído hablar a unos campesinos de una recompensa para quien pudiera dar noticias del paradero de Isabel Bolena. Quizá creyeran que había perecido en el incendio, pero quizá no. Fray Mateo sabía que Garnesche no era hombre de sentarse a esperar. Por lo que Matthew había oído, el padre de la muchacha fingía estar desconsolado por su desaparición, y sir Peter Garnesche había tomado la iniciativa en su búsqueda. Qué mentirosos, pensó. Estaba claro que lo más importante era sacarla de aquí... ya. Por muy buenos que fueran muchos de aquellos plebeyos, para ellos Elizabeth no podía significar más que una posible recompensa, y todos ellos tenían los estómagos vacíos y familias que alimentar. No estaría a salvo aquí mucho tiempo. "Elizabeth, ya he dispuesto que salgas de aquí a la hora en punto".

Elizabeth miró a su amigo. No tenía sentido discutir ni intentar averiguar el paradero del lugar al que la enviaba. Tenía que abandonar aquel campamento. Una vez lejos de él, podría tomar las riendas de su propio destino.

Elizabeth se estremeció cuando las uñas de Mary se clavaron en la piel de sus manos. Miró a su hermana. La joven estaba sentada, con el rostro desprovisto de todo color. Sus ojos se habían llenado de lágrimas y, mientras la miraba, las gotas brillantes se desbordaron y corrieron por sus pálidas mejillas.

"Necesito hablar contigo, Elizabeth". La voz de María se quebró y lanzó una mirada al fraile. "Necesito hablar contigo a solas".

Elizabeth se volvió hacia el fraile. El hombre sacudió la cabeza y

dio un paso hacia ellas. Tenía que impedir que Elizabeth permitiera que su frívola hermana siguiera utilizándola. La hermana mayor por fin se había dado cuenta del valor que le daba su padre. ¿Por qué se mostraba tan ciega ante las manipulaciones de la hermana menor? Abrió la boca para hablar, pero Elizabeth sacudió la cabeza, deteniéndole. A su siguiente intento de intervenir, Elizabeth le respondió frunciendo el ceño. Se encogió de hombros y se volvió para irse, deteniéndose junto a la escalera. "Te vas dentro de una hora, Elizabeth".

Las dos mujeres observaron cómo desaparecía el fraile.

"¡Elizabeth!" Mary rompió en sollozos, echando los brazos de inmediato alrededor del cuello de su hermana. "No puedes dejarme. Por favor, no lo hagas. Prometiste cuidar de mí. Sabes lo enferma que estoy".

Elizabeth contuvo su propia tristeza, pero rodeó a la joven y la abrazó. "No me voy para siempre, Mary. Sólo voy en busca de un lugar y un trabajo que pueda hacer; sí, trabajar. Cuando lo encuentre, podrás unirte a mí allí, dondequiera que esté. Recuerdo mi promesa. Cuidaré de ti".

"¿Pero qué va a ser de mí?" María hipó mientras se enderezaba, secándose las lágrimas con el dorso de las manos. "Mi vida corre peligro, ¿sabes?"

Isabel sabía que no tenía sentido decirle a María que los asaltantes no iban tras ella. Explicando los hechos a su hermana, sólo conseguiría poner a María en el mismo peligro que ella misma corría. Además, Isabel sabía que, en el mundo altamente dramático e imaginario de su hermana, a María podría gustarle mucho la idea de una vida en peligro, sin comprender realmente las ramificaciones.

"Sir Thomas mencionó ayer que te enviará a Kent". Elizabeth intentó mostrarse convincente. "Eso no será malo a corto plazo. Antes de que te des cuenta, podrás marcharte y venir a quedarte conmigo".

"Oh, Elizabeth..." María escondió la cara entre las manos y se derrumbó. Esta vez sus gritos eran desgarradores. "No puedo ir a Kent. No puedo ir con papá. Y creía que podía contar contigo. Pero ahora me dices que no puedo. No tengo a nadie. Debería quitarme la vida con mis propias manos y acabar con esta miseria".

Con dolor, Isabel observó cómo lloraba la sufrida joven. "Eso no es una opción, María. Así que deja de decir tonterías". Respiró hondo y trató de pensar las cosas con claridad. Era culpa suya. Si no hubiera sido, durante tantos años, tan comprensiva y cariñosa cuando se trataba de sus hermanas, ahora mismo estaría a salvo. Elizabeth conocía muy bien el problema. Durante años no había sido simplemente la hermana mayor, había sido la única figura materna, la única criadora que sus hermanas habían conocido.

María vio que su hermana hacía una pausa mientras consideraba la situación. La joven se dio cuenta de que tenía que contárselo todo a Isabel, antes de que su hermana tuviera la oportunidad de idear alguna solución racional para el dilema que se le planteaba. Mary no quería arriesgarse. Isabel tenía que saber la verdad. "El médico francés tenía algunas noticias adicionales cuando me examinó anoche".

Isabel miró fijamente a su hermana. El rostro de María había pasado en un instante de la profunda desesperación a la felicidad más absoluta. A veces era difícil seguirle el ritmo.

María metió las piernas debajo de sí y se sentó como una niña excitada. "¿No quieres saber lo que ha dicho?"

"Yo sí, pero quizá no en este momento".

Elizabeth disponía de menos de una hora para decidir un plan que fuera aceptable para su hermana menor. Pero no podía pensar mientras Mary parloteaba. "¿Esto puede esperar?"

"No, Elizabeth. No puede ser". María se enfurruñó. "No me importa si quieres saberlo o no. Tú fuiste quien me trajo a ese médico y tú eres quien compartirá mi secreto".

"¿Secreto?"

"El malestar estomacal, las náuseas, las siestas interminables... todas esas cosas no eran una nueva etapa de la viruela. Han ocurrido porque yo... yo..."

Los ojos de Isabel se abrieron de par en par. "¿Qué eres qué, Mary?"

"¡Estoy embarazada!"

"¿Tú *qué*?"

"Embarazada. Con un niño".

"¡Está embarazada!" repitió Isabel, con la cabeza dándole vueltas a la noticia.

"Cuando un hombre y una mujer mienten juntos, ése suele ser el resultado". Mary miró la cara de asombro de su hermana mayor. "Tú también podrías estar embarazada. Quiero decir, ahora. Mientras hablamos".

"*¿Yo*?"

"Sí, tú". Mary asintió con complicidad. "Te acostaste con el escocés, ¿verdad?"

Elizabeth sacudió la cabeza para despejarla de todo lo que estaba oyendo.

"¿Era tan bueno en la cama como todo el mundo afirma?"

"¡Para!" gritó Elizabeth. "Déjate de tonterías. Volvamos a lo que dijiste antes. Dijiste que estabas embarazada".

"Así es. Estoy embarazada de Enrique". María volvió a derramar lágrimas. "Llevo al hijo del rey, y ni siquiera puedo salir a la luz por miedo a mi vida".

"¿El hijo del rey? María, no hables así". la regañó Isabel. "En primer lugar, si estás embarazada, no sabes si llevas un niño o una niña. Pero eso no tiene ninguna importancia. ¿Verdad?"

"Claro que sí. Piénsalo, Elizabeth, si tuviera un niño..." Mary sonrió soñadoramente. "Sería el heredero al trono de Inglaterra".

"¡No seas ridículo! Tal y como te han tratado, tendrías suerte si le reconocieran como bastardo de Enrique. E incluso si es aceptado como tal, nunca será heredero al trono. Ni el cardenal Wolsey, ni la iglesia, ni las familias nobles lo tolerarían".

"Deja de ser tan perversa", espetó María petulante. "Se supone que estás de mi parte".

"Sí, Mary". Elizabeth se dio la vuelta, sacudiendo la cabeza. Sus problemas se complicaban a cada momento. Estaba claro que también tenía que sacar de aquí a su hermana. Mary no tenía ni idea de cuántos problemas podía traerle su lengua meneante. A ella misma y a su bebé nonato.

Elizabeth suspiró. Por mucho que quisiera negarlo, en el fondo sabía que Mary había heredado algunos rasgos de su padre. Ser una trepadora social oportunista era uno de ellos.

Miró hacia atrás y vio que Mary volvía a mirarla malhumorada.

"Sabes, Elizabeth, si dejaras de quitarme la cabeza y me dieras una oportunidad, podría explicártelo todo", dijo Mary.

"Seguro que sí".

"Lo tengo todo pensado". Miró esperanzada a su hermana mayor. "Así es como funcionará". Elizabeth permaneció sentada en silencio mientras Mary se apresuraba a continuar. "Estoy embarazada, pero no todo el mundo debe saberlo. Al menos, todavía no. Puedes quedarte conmigo durante mi embarazo. Necesitaré que me cuides. El médico dijo ayer que, mientras me cuiden bien, podría tener un hijo perfectamente sano. Puedes llevarme a Francia y nos quedaremos allí hasta que nazca mi hijo. Entonces mandaré llamar a Enrique y, cuando venga a buscarnos, le pediré que te dé permiso para pintar. Ya no tendrás que ocultar tu trabajo, Elizabeth. Puede que incluso tengas la oportunidad de pintar el retrato del próximo rey de Inglaterra. Un retrato de mi hijo en brazos de su madre. ¿No es emocionante?"

Lo único que Elizabeth podía hacer era mirar fijamente a su hermana. Era demasiado pronto para que la viruela afectara a su mente.

"Mary, si éste es tu plan, ¿por qué no se lo llevas a Sir Thomas?" Elizabeth podía oír cómo su temperamento se acortaba. "Esto coincide tanto con su forma de pensar que estoy segura de que aceptará cualquier condición que le pongas".

María se animó antes de que otro pensamiento cruzara su mente, oscureciendo su ceño. "Pero... hay problemas".

"Oh, ¿hay más?" preguntó Elizabeth con incredulidad.

"Ya he ido a ver a papá. Esta mañana. Dice que no cree que el niño sea de Henry. Dice que nadie más lo creerá tampoco. Esa horrible prima nuestra, Madame Exton, le dijo que yo no podía haber sido pura cuando yací con el rey. Que el niño debía de ser de otra persona". María no quería contarle a Isabel todo lo que se había dicho antes en la tienda de su padre. No había sido una escena muy gentil. Sir Thomas se había negado a creerla y le había dicho en términos inequívocos que, si Mary estaba embarazada, la enviarían a un convento de monjas de clausura donde la separarían de todos los que la conocían. María se había marchado, aturdida, confusa y enfadada, pero fray Mateo la había encontrado y la había llevado de vuelta junto a Isabel. María miró a su hermana a la cara. "Pero sé que Enrique me creerá. Al fin y al cabo, yo era virgen. Lo recordará. Le daré el hijo que tanto desea".

Isabel esperó a que María terminara de hablar y se dirigió hacia la escalera. "¡Fray!", llamó, mirando por encima del borde del desván.

"¿Adónde vas?" preguntó María, con los ojos muy abiertos por la alarma.

Elizabeth miró a su hermana. "Nos vamos a Italia".

"¿Italia? Pero si nunca he estado en Italia". María miró a su alrededor con impotencia. "¿Qué pasa si no me gusta? ¿Elizabeth? Elizabeth, no quiero ir".

Elizabeth se volvió bruscamente y, cruzando el suelo, se arrodilló directamente ante su hermana. La ayudaría a pesar suyo. "Irás a Italia, María. Es tu única salida de este lío. Así que lo harás. *Y* te gustará".

Capítulo Once

La Capilla del Annunziato
Florencia, Italia
Cuatro años después: abril de 1524

EL ARTE ES LARGO, la vida corta. Para el hombre, sus días son como la hierba, como la flor del campo, así florece...

El sonido de Pico subiendo a toda prisa por la escalera interrumpió los pensamientos del pintor.

"Phillipe, date prisa. No tardará en llegar". El joven y apuesto escultor miró ansiosamente al pintor por encima del andamio y luego bajó corriendo por la escalera y cruzó la sala para mirar por la ventana vacía de la capilla recién construida. Dos horas antes, la sala había estado repleta de artesanos de muchos oficios -carpinteros, vidrieros, canteros y otros-, pero los últimos se habían marchado poco antes, alegres con la fácil camaradería de quienes trabajan duro y se enorgullecen de su destreza.

"No te preocupes tanto, Pico. El maestro sabe que nuestra obra estará terminada a tiempo". El pintor, recostado, echó una mirada crítica sobre la escena. El rostro del ángel que estaba justo encima sonreía, pero había una sensación de tensión en la sonrisa. El artista suspiró en voz alta. Debería ser feliz, pensó Elizabeth. ¿Por qué no puedo ser feliz?

Contempló el fresco. Ciertamente, el cuadro no era la causa de su melancolía. Los colores eran brillantes y verdaderos. La representación de los ángeles estallando en brillantes chorros de luz a través de las nubes de verano había salido bien. La fina capa de yeso estaba casi seca, pero no importaba... el cuadro estaba hecho. Concéntrate en tu trabajo, se dijo a sí misma, apartando conscientemente todos los demás pensamientos de su mente.

Isabel Bolena tenía mucho de lo que sentirse orgullosa. Consideró el proceso por un momento. Los frescos suponían uno de los mayores retos para los artistas. Como se pintaba sobre yeso húmedo, había que trabajar deprisa y con mano firme. Trabajar en una pared ya era difícil, pero tumbarse de espaldas para pintar frescos en el techo era la más difícil de las tareas, y sólo los dos o tres mejores pintores del taller recibían esos encargos. El viejo maestro era muy exigente con estas obras. Sí, Miguel Ángel era muy exigente.

Y eso hacía que Elizabeth se sintiera especialmente bien por ser la que el maestro elegía más a menudo. Pero aun así, estaba viviendo una mentira. El maestro había elegido a Phillipe, el pintor francés. Un joven simpático con un talento exuberante y muy poca vida social fuera de su trabajo. Pero, en realidad, no era más que un fraude. Un engaño. El exterior de un hombre enmascarando el alma de una mujer.

"Ya viene, Pico", gritó el hombre, trepando por la escalera. Elizabeth giró la cabeza para ver aparecer la cabeza de Pico, luego desaparecer al perder un peldaño, y después reaparecer. "No me gustan las alturas".

"Cálmate, Pico", dijo ella, riéndose. "Estoy preparada para él".

"Pero no es sólo el amo. *Su Alteza* está con él".

Elizabeth se sentó sobre los codos y empezó a avanzar rápidamente hacia la escalera. "¿Don Giovanni? ¿Con el maestro?" Aquello era otra historia. Giovanni de Médicis ya casi nunca salía en público, así que sabía que esta visita debía de ser importante para Miguel Ángel. Miró una vez más el cuadro recién pintado y rezó para que el poderoso gobernante lo encontrara agradable.

"¡Rápido, Pico!", llamó, bajando por la escalera tras su amigo. "Ayúdame a tirar del andamio hacia la esquina".

Dos años antes, Isabel había sugerido que los andamios que utilizaban para los techos se construyeran sobre plataformas con ruedas, y ahora mismo, mientras ella y Pico lograban apartar el aparato, daba gracias a Dios de que Miguel Ángel hubiera visto el valor de su sugerencia**.**

Había utilizado su cerebro, y el maestro lo aprobaba con creces. Al empezar como aprendiz, había aprendido rápidamente que carecía de la fuerza física que tenían muchos de los otros jóvenes. Y como no quería pasar el tiempo haciendo el trabajo físico que le daba la fuerza necesaria, vio enseguida que tenía que hacer uso de su ingenio e inventiva. Ésa había sido la clave para que la reconocieran desde el principio.

El sonido de las pesadas puertas de roble al abrirse hizo que los dos estudiantes se detuvieran. El anciano maestro y el gobernante de Florencia entraron en la capilla con una comitiva de varias docenas de hombres.

Elizabeth miró asombrada a su alrededor mientras la sala parecía llenarse al instante. Había caras por todas partes, y su atención se centraba en el trabajo, no en la trabajadora.

Como aún no se habían instalado las nuevas vidrieras, unas barras de luz solar dorada bañaban la sala con un resplandor radiante. Alrededor de la pequeña rotonda central, filas de gráciles columnas se elevaban rectas hacia el techo, ramificándose y doblándose como

sauces en un arco muy por encima de la galería resultante. En el punto en que los pilares se dividían, las tallas decorativas de piedra de Pico adornaban los soportes con un dibujo petrificado de hojas, vides y flores.

Y en el centro de todo, muy por encima del suelo, los ángeles de Isabel parecían estallar hacia abajo a través de la cúpula, revelando un cielo azul vibrante y las nubes de una esfera celestial benévola.

Giovanni contempló hacia arriba la impresionante escena, embelesado por la visión de criaturas celestiales tan reales que parecía que podrían descender junto a él.

"¡Miguel Ángel!", murmuró el poderoso soberano. "¡Amigo mío! ¿Cómo pudo forjarse semejante belleza? ¿Qué mente, qué mano pudo conjurar y ejecutar tales figuras?" Su voz se apagó mientras miraba hacia arriba con asombro.

"Don Giovanni", respondió deferente el anciano maestro, intentando que la expresión de complacencia no se reflejara en su voz. Echó un vistazo a la sala y vio a Elizabeth y a Pico de pie, discretamente, junto al andamio. "Sólo os hemos proporcionado lo que nos habéis pedido".

"Cierto, pero con un dominio tan exquisito del color... del espacio..." El florentino levantó el brazo y señaló mientras hablaba. "El rostro de aquél. Mira cómo nos mira a los ojos. Y mira los músculos ondulantes de ese otro. Seguramente lo bastante fuertes como para luchar con Jacob. Ah, Miguel Ángel -dijo, mirando al artista-. "Esta obra está a la altura de tu trabajo en Roma".

El maestro se tiró de su barba canosa mientras contemplaba críticamente el cuadro. Elizabeth contuvo la respiración mientras él estudiaba la obra. Con una sonrisa, se volvió hacia Don Giovanni. "Amigo mío, honras con tus palabras a un humilde escultor. Pues ésta es la obra de un artista joven y con talento. Un hombre con el corazón y el alma de un pintor. Aquel del que te hablé antes... pero permíteme que te lo presente. Está aquí, entre las sombras. Phillipe, hijo mío, ven aquí".

Elizabeth sintió que se le formaba rápidamente un nudo en el estómago. Hacía tiempo que sabía que sus cuadros hablaban en un lenguaje nuevo y diferente. Sabía que tenía un don para captar algo más que el exterior del sujeto. Tenía la capacidad de captar los sentimientos internos. Tristeza y lágrimas, alegría y risa, ira y codicia. Tenía un don: podía percibir la esencia misma de lo que contemplaba, y ésta viajaba a través de sus dedos. Cobraba vida en lo que dibujaba, en los colores de la pintura. Lo sabía, pero nunca, nunca antes había oído elogiar su trabajo tan públicamente por alguien tan importante como el que estaba junto al maestro en la capilla.

Al entrar en la rotonda, Elizabeth se acercó al grupo. Deteniéndose

ante los dos hombres, se inclinó y se arrodilló cuando Giovanni le tendió la mano. Mientras el joven pintor besaba su anillo familiar, la soberana evaluó al muchacho que tenía ante sí. Era de complexión pequeña y manos frágiles y delicadas. El muchacho era afortunado por tener el talento que tenía, pues si tuviera que ganarse la vida por cualquier otro medio, no duraría mucho en este mundo. Entonces el muchacho levantó la vista y le miró directamente a los ojos, y el padrone de los Médicis asintió con aprobación. El joven tenía los ojos más brillantes e inteligentes que había visto en mucho tiempo. Un rostro bastante apuesto -casi hermoso- si no fuera por la tez pastosa y la fruncida cicatriz roja a lo largo del pómulo alto. Giovanni lo levantó y sonrió, agitando sus dedos regordetes y enjoyados hacia el fresco del techo.

"¿Es posible que un hombre tan joven como tú haya producido una obra maestra como ésta?"

Elizabeth se sonrojó ante el cumplido, volviendo la cara hacia el cielo.

"Es un maestro", dijo Miguel Ángel con orgullo. "En mi taller, Phillipe es el más joven de los diez maestros. Será el mejor". El maestro hizo una pausa y rodeó con el brazo el hombro de Isabel. "Algún día será otro Rafael, Don Giovanni. Este joven tiene el potencial para superar incluso al gran Leonardo... Dios guarde sus viejos huesos. Espera y verás. No tardará mucho".

Giovanni de Médicis sonrió alentadoramente al joven pintor y se dio la vuelta. "¿Qué otras maravillas me tienes reservadas para hoy, Miguel Ángel?"

Y tan rápido como habían entrado, se marcharon, dejando a un emocionado Pico mirando con admiración a Isabel a través de la rotonda de la capilla.

"¿Cómo puedes quedarte ahí tan tranquila?" El joven corrió hacia Elizabeth, le arrebató el sombrero de la cabeza y lo lanzó burlonamente al aire. "Mira ahí arriba, Phillipe. Tus ángeles te están sonriendo".

Elizabeth levantó la vista, pero sólo pudo ver una sonrisa burlona.

"¡Esto merece una celebración!" Pico cogió el sombrero y lo colocó firmemente sobre el pelo corto de su amigo. "Iré a buscar a los demás al estudio y nos reuniremos contigo en los baños de la Piazza del Duomo".

"Pico, sabes que yo no..."

"¡Vamos, Phillipe! Es una ocasión especial. No todos los días Giovanni de Medici, el duque de Nemours, se entusiasma con tu trabajo. Vamos".

Elizabeth miró al apuesto aprendiz genovés y sonrió. Llevaba dos años trabajando con él y nunca había adivinado que era una mujer.

Pico era un hombre joven, de complexión cuadrada y manos grandes y callosas que mostraban los signos de su oficio. Desde el primer momento en que se conocieron, el joven escultor se había encargado de cuidar al frágil pintor de aspecto infantil. Elizabeth sabía que para Pico habría sido mucho más fácil llamarla débil e ignorarla, como habían hecho al principio otros artistas del taller del maestro.

Pero no lo había hecho. De hecho, Pico había sido a menudo el escudo tras el que Elizabeth había podido esconderse durante estos años tan públicos. Él tenía la fuerza; ella, el talento. Protegía al joven que conocía como Phillipe. Y compartía con él una sensibilidad por el arte que le elevaba en las habilidades de su oficio más allá de su imaginación. Hablaba de la suavidad, la elegancia, la forma en que cada curva de una escultura debía transmitir un sentimiento, una emoción, incluso una historia. Estos conceptos del arte habían sido ajenos a Pico hasta que se había encontrado con Phillipe. Y los dos artistas se entendieron de un modo casi espiritual.

"Mi hermana me está esperando, Pico. ¿Por qué no sigues sin mí?"

"No lo haré", dijo Pico con rotundidad, volviéndose contra el sorprendido pintor y plantando los puños en las caderas. "Phillipe, ¿cuánto tiempo debe durar esto?"

"¿De qué estás hablando?" preguntó Elizabeth, enarcando una ceja ante la vehemencia del tono del joven.

"Tienes derecho a vivir tu vida tanto como ella". El escultor hizo una pausa. No había tenido intención de hablar tan bruscamente a su amigo. "Phillipe, todo el mundo habla de vosotros dos".

"¿Hablar?" El rostro de Elizabeth se sonrojó furiosamente. "¿Quién habla que tenga derecho? Nadie, Pico. Nadie tiene derecho a hablar de María ni de mí. Nunca he dado a nadie motivos para ello".

Pico agarró a Isabel por los hombros. "Escúchame, amiga mía. Estoy a punto de contarte cosas que deberías haber oído hace mucho tiempo".

"No quiero oírlo". Elizabeth intentó girarse y librarse del agarre del hombre sobre su hombro, pero las grandes manos de Pico la sujetaron firmemente.

"Es demasiado tarde, Phillipe. Debes escuchar lo que tengo que decirte".

Elizabeth apartó las manos del hombre y caminó hacia el andamio, girando y dejándose caer pesadamente contra la escalera.

Siguiéndola y apoyándose en una de las columnas, Pico miró los ojos tristes y negros de la joven pintora. Tan talentoso, pero tan ingenuo. Durante todo el tiempo que había conocido a Phillipe, ni una sola vez le había oído hablar de otros parientes que no fueran su hermana y su hijo. Era cierto que los tres vivían en la modesta villa de Joseph Bardi, el comerciante de lana. Pero Joseph y su esposa Ernesta

no eran parientes de Phillipe. Por lo que Pico había averiguado, la solitaria pareja de ancianos había acogido a los tres como inquilinos al principio, y por lo que Phillipe había dicho, se habían hecho íntimos con el paso de los años. Pero lo que Pico necesitaba decirle a Phillipe no era algo de lo que aquellas dos personas tuvieran conocimiento. No, no había nadie más que pudiera hacerlo. Pico sabía que dependía de él.

"Lo que tengo que decirte se refiere a tu hermana".

"Estás a punto de hablar mal de ella. Porque rechazó tus insinuaciones".

"No sé lo que te dice cada noche, pero tu hermana no rechazó mis atenciones. Sucedió hace bastante tiempo, y estuvo mal, lo sé. Pero me acosté con ella, Pico, como lo ha hecho más de media Florencia". Pico levantó la mano cuando Elizabeth se puso en pie de un salto y empezó a interrumpir. "Espera, amigo mío. Escúchame".

El escultor observó cómo Elizabeth se detenía, apartando los ojos. "Lo que sí rechazó fueron mis bolsillos medio vacíos. Pero eso fue después de..." Pico hizo una pausa para que surtiera efecto, "después de que ella viniera a mi cama".

Isabel se sentó en el pedestal de la base de la columna y se tomó la cabeza entre las manos.

"Amigo mío, tienes que poner fin a esto. No es ningún secreto que eres el aprendiz mejor pagado que tiene Miguel Ángel. Con el sueldo que ganas, deberías vivir cómodamente, con un criado que te atendiera. En cambio, ¿dónde estás? Todavía viviendo bajo el techo de otro. Podrías casarte y tener una mujer e hijos propios. Pero en vez de eso, lo único que haces es trabajar. ¿Y para qué? Por los sueldos que gasta tu hermana".

Elizabeth sintió un nudo en la garganta, pero sabía que no lloraría. Aunque estuviera sola, sabía que no lo haría. Había olvidado cómo llorar.

"Todo el mundo en el estudio sabe que estás haciendo trabajo externo. Todo el mundo sabe que necesitas el dinero".

Elizabeth levantó la vista, sorprendida. Se había esforzado mucho por mantener en secreto sus comisiones externas.

"Sí, los retratos. Todo el mundo los conoce. Incluido Miguel Ángel. Y no te sorprendas tanto. Tu estilo, tus pinceladas... son tan evidentes, Phillipe. Puedes llamarte como quieras, pero todo el mundo sabe quién eres". Pico miró seriamente el rostro de Elizabeth. "Y dime, Phillipe. ¿Qué haces con ese dinero?"

"Me quedo con lo que gano".

"No, no es así. Vemos cómo se las gasta tu hermana".

"¿Por qué me haces esto, Pico?" El rostro de Isabel reflejaba el dolor de su corazón. "¿Por qué ahora?"

"Porque soy tu amigo. Tu único amigo. Phillipe, lo que acaba de ocurrir hoy aquí no es nada que puedas simplemente ignorar, nada que puedas simplemente olvidar". Pico tuvo que llamar la atención de su amigo. "Se correrá la voz enseguida. Todo el mundo te querrá. Tendrás oportunidades, comisiones mucho mayores que las que has tenido hasta ahora. Pero ella podría arruinarlo todo. Tiene que ponerla en su sitio. Tiene que poner freno a sus... excesos. Tienes que hablar con ella. Es tu derecho porque eres su hermano, y porque la apoyas a ella y al pequeño. Puedes ordenarle que deje de hacerlo. O al menos que sea más discreta".

Hacía mucho tiempo que Isabel sabía que María era salvaje. Pero no había podido hacer mucho al respecto. Mary tenía veintiún años. Una mujer adulta. Elizabeth no podía encerrarla ni echarla a la calle. Ninguna de las dos opciones era aceptable.

Así que lo único que hizo fue desviar el tiempo libre que tenía hacia la hija de María. Jaime. El pequeño Jaime, de tres años, era el único punto brillante que Isabel tenía fuera de su trabajo. En verdad, el pequeño era la razón por la que Elizabeth soportaba todo lo que hacía. Elizabeth había amado a su hermana en otro tiempo, pero ahora se preguntaba si su amor no se había convertido en una emoción más cercana a la lástima.

"Hizo una escena anteanoche".

Elizabeth levantó la vista.

"En el Palazzo Vecchio. Tu hermana estaba allí... mezclada con todos los amigos del duque de Urbino. Por lo que me contó Gino, sólo su vestido debía de valer medio año de sueldo".

Isabel conocía a Gino, el amigo de Pico. Era hijo de una de las familias más ricas de Florencia. Ella dudaba de que hubiera pagado por algo en su vida. ¿Qué podía saber él del valor del dinero?

"También había allí un gran número de extranjeros. Invitados del duque. Por lo que he oído, tu hermana se encaprichó de un inglés. Bailaron y pasaron juntos la mayor parte de la velada. Gino no sabía qué había pasado ni qué se habían dicho, pero de repente Mary le gritó al hombre que la dejara en paz. Fue una escena bastante embarazosa. El duque se sintió mortificado, y ella se marchó antes de que pudiera decirse nada más. Gino dijo que estaba pálida como la muerte, Phillipe. No creo que la vuelvan a recibir bien allí". Pico guardó silencio.

Al cabo de un momento, Elizabeth se levantó y se dirigió hacia la puerta. "Lo siento, Phillipe". Elizabeth se volvió y miró al escultor. "Hablaré con ella", dijo en voz baja, antes de desaparecer por la puerta.

Pico estaba solo en la rotonda. Encima de él, los rostros de los ángeles miraban sombríamente mientras la oscuridad de la noche

empezaba a asentarse en la sala.

Capítulo Doce

DON GIOVANNI ESPERÓ a que los músicos ambulantes siguieran su camino antes de continuar su conversación con Ambrose Macpherson, barón de Roxburgh, Lord Protector de las Fronteras, embajador y emisario especial de Su Majestad, Jaime V de Escocia.

"Te digo, amigo mío, que el rey francés tiene un ojo puesto en Florencia. Mis fuentes traen noticias de que está moviendo sus tropas hacia el este".

"¿Qué te hace pensar que lo que busca es tu tierra?" Ambrosio echó hacia atrás su silla y miró a su anfitrión, Giovanni de Médicis, el duque de Nemours, quizá el hombre más rico de Europa y el gobernante indiscutible de la floreciente ciudad-estado florentina. "Sabéis que es más probable que persiga al emperador Carlos. La enemistad de Francisco con él supera con creces cualquier mala voluntad que sienta hacia ti o tu familia".

Giovanni se detuvo, mirando su copa enjoyada. Ambrose había llegado hacía sólo dos noches, tras pasar una semana con Francisco. Si alguien podía ofrecer información sobre las intenciones de Francia, ese hombre era Ambrose Macpherson.

"Es cierto. Francisco sería un tonto si se trasladara a Italia, dando la espalda a Carlos. Esto podría favorecerme. Después de todo, el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico es la mayor amenaza de las dos. Piensa que si Francisco está ocupado luchando contra Carlos, podría dejar en paz a Florencia".

"Salvo que Carlos tiene un gran número de tropas custodiando al Papa en Roma". Ambrosio miró fijamente al duque. "Recuerda, pase lo que pase este verano, *no bajes la guardia"*.

El rostro del duque se arrugó con una leve sonrisa. "¿Qué es esto que oigo? Primero me disuades de mis preocupaciones; ahora avivas las llamas de mi inquietud. Demasiado para el político que he aprendido a admirar. Hablas como si Escocia, el más antiguo aliado de Francisco, se pusiera por fin de mi parte. ¿Significa esto que ayudarás a los pobres florentinos, amigo mío?"

"¡Estás tentando a la suerte, Giovanni!" Ambrosio estiró sus largas piernas ante él, mientras un criado le rellenaba la copa. "Sólo te hago pensar en voz alta. A veces hay más de una forma de salir de un apuro. Nos conocemos desde hace mucho tiempo".

"Y sé que eres un hombre íntegro", interrumpió Giovanni.

"Las obligaciones de la amistad nunca superan a las del deber y el

honor".

"No puedes cambiar lo que eres, Ambrosio. Pero últimamente he oído noticias interesantes. De que Francisco te ha concedido otro título que añadir a tus propiedades".

"Sabes que me importan muy poco los títulos -intervino Ambrose-. "Y no olvides, mi bien informado amigo, que pagué mi propiedad allí con oro de los Macpherson. Hace muchos años".

"Lo sé, amigo mío. Todo el mundo sabe la verdad. No se te puede comprar. Todas estas cosas -amistad, deber, honor- residen en tu interior. No son separables de ti. Son las cualidades que te hacen ser quien eres. Sabes cuánto te he querido a ti y a Escocia a mi lado. Lucha a mi lado. Ayúdame".

Ambrosio se llevó la copa a los labios y luego, sin beber, volvió a dejarla sobre la mesa. Miró fijamente al hombre que tenía a su lado. "Sigues sobreviviendo en estos tiempos revueltos porque eres un hombre astuto y práctico. Escocia, sin embargo, se encuentra en una situación diferente. Tenemos un rey de doce años que necesita todas las alianzas que pueda conseguir. Pero, sobre todo, Jaime necesita a Francia. Nuestras naciones han sido aliadas durante siglos, y nuestra posición nos permite mantener a Inglaterra entre nosotros. Pero tú, Giovanni, no me necesitas ni a mí ni a mi país. Seguirás siendo capaz de defenderte, amigo mío, siempre y cuando... siempre y cuando recuerdes que nunca debes confiar en un hombre armado que mira con nostalgia los campos de tu vecino. Ahora deja de molestarme y utiliza tu cerebro".

Los ojos oscuros del duque se clavaron en los del montañés. "Déjame ver si te he oído bien". Hizo una pausa. "Dentro de unas semanas, dependiendo del capricho de Francisco, puede que esté ante mi puerta".

Ambrosio recorrió con la mirada la enorme sala y dejó que sus ojos contemplaran la serie de sensacionales pinturas que adornaban la estancia. En conjunto, las obras formaban una serie que representaba la historia de Florencia y los triunfos de la familia Médicis. Ante ellos, seis enormes estatuas que representaban los trabajos de Hércules parecían casi triviales.

El soberano de los Médicis levantó la mano y sonrió al escocés. "Comprendo. Hemos terminado de hablar de política y de guerra". El duque permaneció sentado un momento, saboreando la camaradería que ambos disfrutaban. Eran amigos, y su amistad trascendía los límites de las fronteras y las alianzas nacionales. Esto hizo que Giovanni de Médicis sintiera una cálida sensación en su interior. Nadie más en Florencia, quizá en Europa, se atrevió nunca a dirigirse a él como lo hizo este noble escocés. Los hombres buenos y honrados suelen ser tontos, pensó Giovanni. Pero Ambrose Macpherson era un

hombre al que había que escuchar. Casi podía imaginárselo... Francisco, dando a Ambrosio un título que al montañés le importaba poco, revelándole luego su intención secreta de atacar a Carlos. Por supuesto, el rey francés sabría que el noble escocés se dirigía a Roma para entrevistarse con el Papa. Y naturalmente se detendría en Florencia de camino. No era ningún secreto que Giovanni y Ambrosio eran amigos desde hacía años. Quizá Francisco planeó astutamente que el guerrero escocés transmitiera esa información al gobernante de los Médicis. Pero eso era lo que diferenciaba a Ambrosio de otros políticos. No permitía que nadie le manipulara de ningún modo.

"Sí, es cierto lo que dices sobre mi capacidad para vivir de mi ingenio. El gran escultor Miguel Ángel dice que, para adornar una tumba familiar, está planeando una serie de figuras de mármol que, en conjunto, se llamarán 'Victoria de la Mente sobre la Fuerza Bruta'. ¿No es maravilloso, Ambrosio?"

"Siempre que no planee que llenes la tumba demasiado deprisa".

A Giovanni se le escapó una risita mientras le daba una palmada en el hombro a su amigo. "Exactamente lo que pienso. Bueno, con lo que queda de esta hermosa noche, hablemos de cosas más agradables. De arte y arquitectura, de amor y mujeres".

"Temas de los que Vuestra Alteza tiene mucho más conocimiento que su humilde servidor".

Don Giovanni se animó. "Ah, Ambrosio. Eres un invitado encantador y un excelente narrador. Qué cortesía. A menudo llegan a mis oídos noticias tuyas, amigo mío. He oído que la magnífica colección de cuadros que guardas en ese lugar tuyo de Francia sigue creciendo. Y por lo que he oído, la obra es insuperable".

"Sólo burdas exageraciones y rumores, milord". Ambrosio sonrió. "Deberías pasarte alguna vez y ver la colección por ti mismo. Serías mucho mejor juez que esas lenguas agitadas".

"¡Yo! ¿Pisar suelo francés?" Sacudió la cabeza. "No, hacer tal cosa sería arriesgarme a encontrar mi cabeza en la punta de la espada de Francisco".

"Supongo que hay muchas posibilidades de que eso ocurra. Y no una que quieras arriesgar", comentó Ambrose con seriedad. "Teniendo en cuenta lo mucho que te gusta".

"Yo sí. Al fin y al cabo, es la única que tengo, y una cabeza muy bonita". Giovanni se echó a reír. "Pero como empecé a decir antes, creo que eres con mucho el mejor cortesano del mundo... aparte de mí mismo, claro".

"Por supuesto, Giovanni". Ambrosio sonrió y cogió la copa dorada de vino color ámbar. "Pero ya que has mencionado el tema del arte, esta tarde me ha llegado un mensajero con un mensaje de la Reina Madre que toca el tema. Quizá puedas aconsejarme sobre la mejor

manera de proceder".

"¿Me estás pidiendo consejo sobre el tema del arte?" El duque miró de reojo al montañés. "¿Después de todo lo que hemos oído de las cosas que tienes, Ambrosio?"

"Nadie en Europa está mejor cualificado para dar consejos, mi señor, que tú mismo". Ambrosio se aclaró la garganta. Le cortaría la lengua a alguien si pudiera averiguar quién había soltado la lengua al soberano de los Médicis sobre la hacienda de Ambrosio. La amistad no detendría al extremadamente competitivo Don Giovanni cuando se trataba de tales cobros. "He mencionado antes que el mensaje es de la reina Margarita. Ni que decir tiene que busca el mejor consejo. ¿Debo repetirlo, Giovanni? El mejor!"

"Bueno, ya que lo pones así". Sonrió. "Será un placer, amigo mío. Desahógate".

"En realidad, me han pedido que te desahogue".

"¿Oh?"

"Como sabes, Giovanni, aunque la madre del rey ha pasado más de veintiún años en nuestros estériles e incómodos castillos de Escocia, nunca hemos podido convencerla. La reina Margarita sigue empeñada y decidida a traernos la civilización a nosotros, salvajes y bárbaros escoceses."

Don Giovanni soltó una carcajada. "Así que quieres que le diga que está perdiendo el tiempo. ¿Es eso?"

gruñó Ambrosio al duque. "Veo que se te escapa la ironía. Resulta que no estoy de acuerdo con ella, mi efeto y epicúreo amigo. Al igual que tú, desea rodearse de..."

"Con creaciones que elevan al hombre por encima de los animales. Que muestran el funcionamiento interno del alma artística. Que convierten al hombre en un héroe, en la prueba definitiva de la mano de Dios en la Tierra. Que dan forma a nuestras vidas con una estética intemporal, una perspectiva que..."

"Quiere fotos". Ambrosio escurrió la copa y la dejó en el suelo con un sonoro tintineo.

"De eso es de lo que te rodeas, amigo mío".

"No, hay una diferencia", intervino Ambrose. "Mi colección es obra de muchos artistas excelentes. No me gusta ver mi propio retrato en cada pared". Cuando las palabras salieron de la boca del montañés, vio un nuevo retrato del soberano de los Médicis que adornaba la pared más cercana. "¿Es nuevo?"

"Ese me queda especialmente bien, ¿verdad?"

Ambrosio sonrió. "Quiere que uno de tus artistas pinte a la familia real".

Giovanni hizo una pausa y escrutó astutamente las toscas facciones del escocés. "Pensaría que Francia, esa devota aliada, podría

suministrar a Escocia tesoros de arte: tapices, encajes, las telas más finas de oro y plata. Ciertamente, Francisco podría enviar a tu reina a uno de sus pintores de la corte. Tal vez tú, con tu fabulosa colección, podrías conseguir un pintor así".

"Estamos hablando de Margaret Tudor, Giovanni. Sólo quiere lo mejor, ya lo sabes".

"Oh, cómo te compadezco". La reputación de Margarita Tudor como reina testaruda y mimada era bien conocida en toda Europa. "¿Y supongo que en su carta dice a *quién* quiere exactamente?"

"Por supuesto. Quiere a Miguel Ángel".

El duque asintió, reprimiendo sus ganas de reír abiertamente. "Siento decepcionar a la madre de tu rey, Ambrosio, pero realmente..."

"Sabía que nunca le dejarías marchar". El escocés lanzó una mirada amenazadora. "Pero no olvides que ella no te perdonará. Imagíname volviendo a Escocia sin una respuesta satisfactoria a su petición".

"Es un escultor, amigo mío. Y de edad avanzada. Por su propio bien, por el bien de Florencia, no podía permitirle hacer un viaje tan arduo".

"Pues será mejor que pienses en algo. Si no consigue lo que quiere, Giovanni, tendrá que pagar el diablo".

"Lo sé, lo sé. Y no serás tú quien tenga que preocuparse. Al fin y al cabo, tengo entendido que le gustas más que el aire que respira". Al ver que Ambrosio levantaba las cejas, el soberano de los Médicis continuó. "Por supuesto, es aire escocés. Pero no importa. Sé que si no te ayudo, probablemente enviará a la mitad de los guerreros escoceses a unirse a Francisco cuando ataque Florencia."

"Me pregunto si me dejará guiarlos".

Al ver el ceño fruncido del duque, Ambrosio decidió dejar que su amigo pensara un plan. Ambrosio era uno de los favoritos de la reina en la corte, como lo había sido años antes con su marido, Jaime IV. Pero aun así, no quería arriesgarse a enfrentarse a ella con las manos vacías. Y, por desgracia, lo que Giovanni había dicho sobre que Escocia entraría en guerra con Italia simplemente porque su petición fuera denegada era algo más que una broma. La reina había intentado en el pasado enviar a Escocia a la batalla por razones mucho más triviales que ésta.

El soberano de los Médicis apoyó su carnosa mano en el brazo de su invitada. "¡Espera! Tengo una idea". El duque miró entusiasmado a su amigo. "Conozco al hombre adecuado. Uno de los maestros que trabajan en el taller de Miguel Ángel. Quizá sea mejor pintor que el propio maestro. Pero sería un gran sacrificio para mí separarme de él, Ambrosio. Se trata de un joven con potencial para traer gran honor y prestigio a mi tierra. Sólo se lo prestaría a los amigos más íntimos de Florencia. ¿Me comprendes? Y no lo confiaría a nadie más que a tu

custodia. Debes cuidar de él, Ambrosio".

El noble escocés soltó una carcajada. "Eres demasiado listo para tu propio bien. Pero no me lo trago, ni creo que Margaret Tudor lo haga".

"No me lo invento sólo para complacer a tu reina", pronunció el duque, con expresión seria. "Phillipe de Anjou es el mejor pintor que Florencia puede ofrecer. Puedes ver su obra por ti mismo. De hecho, cuanto más me haces pensar en esto, más me doy cuenta de que no me gustaría desprenderme de semejante talento."

Ambrose estudió a Giovanni con expresión inexpresiva. Aunque a estas alturas nunca lo admitiría ante su amigo, el montañés conocía el trabajo del tal Phillipe de Anjou. El hombre tenía, en efecto, un talento excepcional.

"¿Se llama francés?"

"Intentamos no echárselo en cara".

"¿Qué debo saber de él?" preguntó Ambrosio, fingiendo ignorancia.

"Nada, aparte del hecho de que quiero que vuelva".

"¿Qué pasa si a la reina le gusta demasiado el hombre e intenta quedárselo?"

"Me pondré del lado de su hermano, el rey Enrique, y atacaré Escocia".

Ambrosio sonrió. "Siento decirte, amigo mío, que tú y mi reina tenéis demasiado en común".

"Sí". Giovanni le devolvió la sonrisa. "La verdad es que tampoco creo que me gustara el aire escocés. Demasiado húmedo, por lo que me han contado. De hecho, tendré que hablar con el joven Phillipe. Puede que él también tenga objeciones a vuestro clima".

"¡Demasiado tarde!" resopló Ambrose. "Tu oferta ha sido aceptada. Te ruego que lo arregles con Miguel Ángel. Me detendré a buscar al joven cuando regrese de mis conversaciones con tu buen primo, el Papa".

"Estará listo... con mis saludos a tu reina, Ambrosio".

Capítulo Trece

SABÍA QUE TENÍAN QUE IRSE. No importaba adónde, pero tenían que salir de Florencia.

Y entonces se produjo el milagro. Como si los propios ángeles hubieran llevado su súplica a los cielos, Isabel fue llamada por Miguel Ángel y le dijeron que partiría hacia Escocia dentro de una semana.

Escocia, la desolada tierra del norte. Frío, húmedo, bárbaro, carente de cultura, un páramo con más ovejas que personas.

Escocia. Un paraíso absoluto. Estaba impaciente por llegar.

"¿Dónde está tu hermana, niña?" Una anciana entró sin aliento en la buhardilla. Dejó caer su corpulento cuerpo sobre el banco más cercano y su amplio pecho se agitó por el esfuerzo. Se quitó el pañuelo de la manga y se secó las gotas de sudor de la frente.

"Ha salido a dar el último adiós cariñoso a unos amigos". Elizabeth levantó la vista de los baúles repletos y miró a su amiga. "¿Qué haces aquí arriba, Ernesta? No deberías agotarte subiendo esas escaleras".

"¡Humph! Mira quién habla!" Ernesta sonrió al niño de pelo negro, colgado a la espalda de Elizabeth. Por debajo del vestido de lino, los brazos y las piernas del niño colgaban cómodamente alrededor de la pintora. "Ven aquí, pequeño Jaime. Deja que tu tía termine su trabajo. Dios sabe que, si no lo hace, nadie levantará un dedo".

"Por favor, Erne... ¡'Tío'! No podemos permitirnos que Jaime me llame de otra forma en público".

Ernesta quitó el paño de la parte superior de una pequeña cesta que había traído consigo. Al percibir el olor fragante de los pasteles de canela, la niña de tres años corrió alegremente hacia la mujer mayor. "Adelante, di lo que quieras. Tía o tío. Es mucho más lista que cualquiera de nosotros. Ayer, cuando Pico vino a despedirse, tendrías que haberla oído. Parloteaba sobre su tío y sus maneras varoniles como si fuera una adulta a la que sólo se le enseña a decir las cosas correctas".

Isabel sonrió a la niña que estaba en el regazo de Ernesta. El pequeño Jaime. Tan dulce, tan cariñoso y tan brillante. Elizabeth habría esperado que la niña creciera tan confusa, viviendo como vivían ellos. Después de todo, nunca se había mencionado a un padre, y la madre, aunque presente, nunca había mostrado al niño ni el más mínimo afecto. Parecía como si, desde el momento en que María había dado a luz a su hija, el trastorno de tener una hija en lugar de un hijo había sido demasiado para ella. Tener una niña había arruinado los

sueños de la mujer de volver a Inglaterra con pompa y gloria. Así que la niña casi había dejado de existir en la mente de María. Pero no en la de Isabel. Desde el día en que nació Jaime, Isabel y Ernesta habían hecho todo lo que estaba en su mano para velar por el bienestar de la niña y llenar el enorme vacío con amor y afecto.

Isabel seguía apreciando a la joven como si fuera suya. Y la joven pintora sabía que Jaime era el sol brillante, el calor y la fuerza que alimentaban cada una de sus decisiones. Que la empujaba hacia adelante.

Volviendo a dirigir la mirada hacia el desorden de la habitación, Elizabeth dejó que su mente viajara al pasado. Habían pasado casi cuatro años desde el primer día que habían pisado aquella casa.

Al salir del Campo de Paño de Oro, fray Mateo había acompañado a María e Isabel en su camino hacia el sur, a través de Francia, hasta la ciudad portuaria de Marsella. Allí, Isabel había conocido por primera vez a los viejos amigos del fraile, José y Ernesta Bardi. Se llegó a un acuerdo entre los dos hombres y, hasta el día de hoy, Isabel se preguntaba cómo era posible que José Bardi hubiera salido tan mal parado. Así pues, mientras fray Mateo había dado media vuelta y regresado a su rebaño en las afueras de París, María e Isabel y los Bardis continuaron hacia Florencia.

José Bardi era un comerciante itinerante de lana, que luchaba por hacerse un hueco en los prósperos mercados de las ciudades-estado italianas. Fray Mateo había conocido a la pareja de ancianos sin hijos durante toda su vida adulta. Sabía que eran personas a cuyo cuidado podía confiar a las dos hermanas, y había acertado. Al conocerlos, Elizabeth había sentido una inmediata sensación de parentesco. Ni una sola vez habían ridiculizado su disfraz masculino ni su sueño de convertirse en lo que se había propuesto ser. De hecho, durante el primer año de las hermanas en Florencia, José Bardi había sido quien le había encontrado sus primeros encargos en las pequeñas y remotas iglesias de la ondulada campiña al norte de la ciudad.

Ernesta Bardi era una inteligente mujer de negocios que durante más de cuarenta años había sido una parte indispensable de la vida de Joseph y de su comercio. Pero aún más que eso, Erne era una mujer orgullosa y llena de vida. No tener hijos propios había permitido a Erne viajar y formar parte de la vida de su marido en los mercados de Europa. Por ello, era ella quien se sentía consternada ante la perspectiva de tener a las hermanas en su casa. Lo último que quería era estar atada a una Mary salvaje, mimada y embarazada... y al niño que nacería en invierno. Pero a pesar de sus reservas respecto a la menor, Ernesta había llegado a apreciar y respetar a la hermana mayor, así como al hijo nacido de María. Por difícil que le resultara admitirlo, Ernesta amaba lo que el azar -y el fraile- le habían traído.

Una vida que antes se había centrado tan tranquilamente en el oficio de su marido, ahora bullía con la actividad de la joven familia que había acogido como propia.

Elizabeth se levantó y arrastró uno de los baúles de Mary hasta un rincón de la habitación. Sin duda, su hermana no se pondría contenta cuando descubriera que no se llevarían toda su ropa en el viaje.

El clima y los médicos de Florencia habían sido muy buenos para María. El médico de Francia le había recetado el milagroso *unguentum Saracenicum*, un ungüento a base de mercurio, y los médicos de aquí habían continuado el tratamiento. Todo el mundo sabía que el mercurio era veneno y, sin embargo, el medicamento redujo drásticamente las horribles llagas que María tanto odiaba. Isabel se preocupaba incesantemente por el comportamiento irracional que a veces mostraba su hermana y por los ataques de dolor de estómago, pero María luchaba como un animal salvaje ante cualquier sugerencia de que renunciara a lo que consideraba una cura para su enfermedad. Estaba más que dispuesta a soportar tanto el sufrimiento físico como un ocasional lapsus mental a cambio de recuperar su buen aspecto.

"El dolor es el precio de la belleza, Elizabeth", decía. "Pero, claro, ¿cómo lo sabes?"

Así, al desaparecer los síntomas originales de la enfermedad, María había parecido recuperar la salud como cualquier otra joven de su edad. Pero para Isabel, el milagro más grato de todos había sido que Jaime naciera libre de la viruela.

Poco después de la decepción de descubrir que había sido una hija y no un hijo lo que había dado a luz, María había renunciado a su insensato sueño de regresar triunfante a la corte de Enrique. Ante las escasas opciones, se propuso aprovechar al máximo su vida en Florencia y disfrutar de su libertad.

Arrastrando un segundo arcón junto al primero, Elizabeth suspiró. Había ordenado el vestuario de Mary, y el único baúl que se llevarían contenía sólo los vestidos más finos, pero más apropiados.

Pensó en la cantidad cada vez mayor de ropa que habían ido acumulando en los últimos años. Le asombraba que hubieran podido mantenerse a flote. Ya no podía contar las veces que había puesto el pie en el acelerador y había hecho entrar en razón a Mary... por poco tiempo que fuera. Sin embargo, de algún modo, Elizabeth se las había arreglado para mantener el dinero que exigía a los reacios Joseph y Erne. Ésa había sido la condición de Isabel desde el primer día. Sólo aceptaría la amable hospitalidad de aquellas generosas gentes si, y sólo si, aceptaban alguna miseria de alquiler por el espacio que ocupaban las hermanas. Pero Elizabeth sabía mejor que nadie que, aunque los Bardi habían aceptado sus condiciones, la pareja gastaba diez veces la cantidad que ella les daba en sus jóvenes cargos.

"¿Cómo se tomó María la noticia?"

Elizabeth levantó la vista, sorprendida. Había estado tan absorta en sus propios pensamientos que se había olvidado por completo de Jaime y Ernesta.

"Esto ha estado muy tranquilo". Ernesta continuó, sin esperar la respuesta de la joven. "Hubiera pensado que le daría al menos un buen ataque de llanto por tu decisión".

A Isabel nunca le había parecido seguro decir la verdad sobre las circunstancias que las habían conducido a Florencia y a los Bardis. Y, como si lo hubieran comprendido, nunca habían sacado el tema. La semana pasada, tras su discusión con Pico, Isabel había confrontado a María con los detalles de lo ocurrido. Había sido entonces cuando una María de ojos llorosos había confesado por fin a su hermana mayor la noticia de su encuentro con un inglés de la corte de Enrique. Al oír la historia, Isabel había sabido que había llegado el momento de huir. María, miope como era, había pasado mucho tiempo alardeando de la historia de su pasado enlace con el rey de Inglaterra. Después de todo, había querido impresionar al joven noble. El hombre, que conocía a sir Thomas Bolena y había oído hablar de la desaparición de sus hijas años atrás, se había interesado vivamente, haciendo más preguntas a la mujer. Había sido entonces cuando María había reconocido su error y había huido.

Durante los últimos cuatro años, las dos hermanas habían sido mujeres sin rostro, sin nombre, perdidas en una época en la que la guerra y el cambio amenazaban con desestabilizar el mundo entero. Nadie, ni siquiera su propio padre, conocía su paradero ni su existencia. Durante cuatro años habían estado a salvo. Pero al otro lado, José había mantenido a Isabel al corriente de las noticias de Inglaterra. Incluso había oído una vez una conversación entre dos mercaderes ingleses, sobre el poder que Sir Peter Garnesche había adquirido últimamente en las movedizas arenas de la política de la corte inglesa. Cuando María le había hablado de haber sido descubierta tan tontamente, Isabel temió que sólo fuera cuestión de tiempo que Garnesche supiera de ellos. Y para proteger el poder y la posición que ahora ostentaba, iría tras ella... o enviaría a algún asesino para que le hiciera el trabajo sucio.

"Debe de ser muy malo, niña, si ni siquiera quieres hablar de ello".

Elizabeth negó con la cabeza. "Quiere irse. De verdad que quiere".

"¿Ah, sí? Bueno, supongo que no debería sorprenderme. De todos modos, nunca pude entenderla". Ernesta se levantó y cogió a la niña de la mano. "Bajaremos al jardín y te daremos tiempo para que termines. José dijo que sus hombres vendrán por la mañana temprano a recoger los baúles. Ojalá no tuviéramos que ir esta noche a la fiesta de despedida en casa de Condivi. Pero no nos quedaremos mucho

tiempo. Todos tenemos que descansar esta noche. Estaremos de viaje más de un mes".

"Sigo pensando que vais demasiado lejos para vigilarnos".

Ernesta chasqueó la lengua en respuesta. "No nos gustaría que fuera de otro modo. Ya deberíais saber que José y yo no permitiremos que los tres os marchéis así como así al desierto".

"Pero tienes un negocio que dirigir. No deberías tirarlo todo por la borda sólo por nosotros".

"Tonterías. Ya has oído a Joseph. Hacemos este viaje no sólo para veros a salvo allí, también es bueno para nosotros. La lana que sale de Escocia desde hace un par de años no deja de mejorar. Tenemos que ir. Con este viaje y el que haremos cuando te traigamos de vuelta, podríamos establecer suficientes contactos para empezar a comerciar. Quién sabe, podría significar una fortuna".

"Seguro que es lo único que tienes en mente", dijo Elizabeth con escepticismo. "Erne, ¿sabes si Joseph ha obtenido alguna respuesta del enviado de la reina Margarita?"

"Sabes que no pensaba escuchar nada. Pero no creo que debamos preocuparnos. Por lo que he oído, la misión del barón de Roxburgh en Roma no tiene nada que ver con nosotros, así que estoy seguro de que se alegrará de saber que hemos decidido no esperarle. De todos modos, nos habría considerado una molestia. Ya conoces a estos nobles: hablan, festejan y Dios sabe qué más. Todo irá bien. Estaremos en Escocia antes incluso de que salga de Roma".

Capítulo Catorce

EL SUELO TEMBLÓ por el estruendo de dos enormes caballos golpeándose uno al lado del otro en el crepúsculo.

Ambrose Macpherson, barón de Roxburgh, miraba fijamente las luces de las antorchas que iluminaban la ciudad de Florencia incluso en medio de la creciente oscuridad. Miró a su amigo, sir Gavin Kerr. Por la expresión del gigantesco guerrero, tan negra como la espesa melena que se alborotaba con el viento, Ambrosio pudo darse cuenta de que el caballero seguía enfadado con él por haberles puesto en camino antes de lo previsto. Gavin, recién llegado de Venecia, había estado dispuesto a disfrutar de una breve pero pausada estancia en Roma antes de que ambos emprendieran su largo viaje de regreso a Escocia. Pero ayer, mientras Ambrosio terminaba sus conversaciones con el Papa, había llegado el mensaje del pintor.

Así que, antes incluso de que pudiera obtener información suficiente para disuadir a su amigo de tomar decisiones precipitadas, Gavin se había encontrado de camino a Florencia.

Ambrose Macpherson sabía que no estaba en condiciones de revelar a Gavin todo lo que había sabido en aquellas delicadas conversaciones de París, Florencia y Roma. Pero tenía que actuar. Ambrosio sabía que si no impedían que el pintor viajara hacia el norte, el desprevenido artista se encontraría con toda seguridad con los ejércitos de Carlos, que avanzaban a medida que el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico se desplazaba hacia el sur. Y con un número tan reducido de hombres en su compañía en este viaje, Ambrosio no estaba de humor para enfrentarse a fuerzas mayores sólo para salvar el obstinado pellejo de un impulsivo artista.

Ambrosio se volvió y gritó a su compañero. "Tengo un chelín que dice que no me ganarás a ir a la iglesia en lo alto de la próxima subida, horripilante hijo de cabrero".

"¿Cabrero?", rugió el gigante. "Enterraré tu fea cara en el polvo de este caballo antes de que se levante".

Ambrosio se rió e impulsó a su corcel medio cuerpo por delante.

El mensaje de Phillipe de Anjou decía que no podía esperar más: partía hacia Escocia. ¿Por qué tanta prisa? pensó Ambrosio con fastidio. Peor aún, su plan era ir hacia el norte, al río Rin, a Colonia, y cruzar a Amberes para pasar a Escocia. Justo en medio de una probable batalla entre Francisco y Carlos, Ambrosio maldijo. En el mensaje del pintor, éste había mencionado el nombre de un mercader

florentino -Bardi o algo así, un hombre evidentemente tan cabeza hueca como el propio artista- que iba a escoltarle hasta su destino. Así que no necesitaba los servicios de Ambrosio. Bueno, eso era bastante cierto. Tomando ese camino, todos estarían muertos en pocos días, pensó el montañés.

Habían cabalgado duro desde ayer, deteniéndose sólo para cambiar de caballo, siguiendo la antigua calzada romana desde la congestión en expansión de la ciudad de la colina hacia el norte. Durante la noche iluminada por la luna y el polvoriento día bañado por el sol, los dos habían cabalgado a través de un borrón de ciudades y pueblos. Ahora el sol estaba bajo mientras Ambrosio y Gavin cruzaban a tierras florentinas. Empujándose para llegar a la ciudad antes de que sus pesadas puertas se cerraran por la noche, Ambrosio miró hacia delante a través de la luz mortecina mientras se acercaban al serpenteante Arno.

"¿Crees que podremos llegar?" gritó Gavin, espoleando aún más rápido a su jadeante corcel.

"Esconde tu fea cara, amigo mío", respondió Ambrosio, mirando al gigante. "No quiero que les asustes y cierren las puertas antes de tiempo".

"Escorbuto de las Highlands. Normalmente basta una mirada a la cara de *tu* perro lleno de cicatrices para que la gente se desmaye".

"Eso no es desmayarse, bestia horrible. Eso se llama desmayarse", gritó Ambrosio con una sonrisa mientras hacían la última curva del camino antes de la carrera recta hacia las puertas. "Y a las mujeres les gusta languidecer a mis pies. Después de todo, tengo un remedio para su aflicción".

Gavin negó con la cabeza. "Uno de estos días, Ambrose Macpherson. Uno de estos días".

Las antiguas murallas de Florencia se alzaban ante ellos, y Ambrosio y Gavin atravesaron el ancho puente de piedra y entraron en la ciudad mientras la compañía de hombres armados se preparaba para cerrar las pesadas puertas.

Al encauzar su caballo, Ambrose se volvió y miró a su amigo cubierto de polvo. "Sí que pareces el diablo, Gavin".

"Claro que sí. Me hace aún más entrañable. Pero puedes sentarte aquí y hablar toda la noche. Este apuesto diablo va a buscar comida y una cama".

"Muy bien. Iré a buscar al pintor y nos reuniremos en esa posada que te gusta -la Vista del Rosa-, junto a la catedral."

"Sí, la Rosa". Gavin suspiró. "Puedo ver a esa bonnie lass Pia ahora mismo, sirviéndome ese tazón de vino. Pero, ¿cómo convencerás al pintor para que venga contigo? Es decir, si sigue en Florencia".

"Bueno, su mensaje decía que partían mañana, así que más vale

que esté aquí. Y en cuanto a convencer, el hombre no tiene elección. Estamos aquí, ¿no?"

Gavin miró la ciudad, llena de gente que parecía vestida de fiesta. La vida nocturna de Florencia era muy distinta a la de cualquier otro lugar de Europa. "Sí, estamos aquí. Pero nuestros hombres no. Aún están a un día de cabalgata detrás de nosotros. Y ese tal Phillipe parece tener un poco de prisa. ¿Cómo piensas convencer a nuestro impaciente artista de que espere un par de días?"

"Primero hablaré con él. Pero si eso no funciona, puede que le ate y le amordace".

"Pero Ambrose, siempre me dices que ese es mi estilo, no el tuyo".

"Cierto". El noble negó con la cabeza. "Tengo que alejarme de ti. Está claro que eres una mala influencia para mí".

"Halágame todo lo que quieras, Ambrose. Aún me debes ese chelín".

Con sólo un ceño fruncido por respuesta, el Barón de Roxburgh dio la vuelta a su corcel y se dirigió al otro lado de la ciudad.

Isabel se alejó silenciosamente de puntillas de la cama de Jaime. El niño por fin se había dormido. Sin embargo, Elizabeth no se sorprendió. Con todo el alboroto y los tumultuosos acontecimientos que rodeaban el viaje que se avecinaba, la pintora se asombraba de haber podido convencer a la niña para que cerrara los ojos.

"¿Estás segura de que no quieres ir?" llamó María.

Elizabeth se llevó los dedos a los labios y se acercó al centro de la habitación. Un biombo de madera, ornamentado con pájaros y flores, separaba el vestuario privado del resto de la gran sala. Mary se asomó por encima, observando el avance de su hermana. En el último momento, Mary rodeó el extremo del biombo y giró delante de su hermana.

"¿Qué te parece?"

Elizabeth contempló el vestido de satén granate, con el corpiño ceñido a la figura de la joven y el escote lo bastante bajo como para mostrar generosamente el amplio pecho de Mary. Retrocediendo para ver mejor, Elizabeth no pudo evitar tropezar con uno de los montones de ropa que había por allí. "¡Por el amor de Dios, María! Ya empaqueté todo esto una vez".

"Lo sé, lo sé. Pero no podía decidir qué ponerme". La joven cogió un chal de seda negra de un banco cercano y se lo envolvió alrededor de los hombros. "Sólo intentaba seguir tu consejo. Habría sido mucho más fácil ir a que me hicieran un vestido nuevo para esta noche, pero tú sigues quejándote de... bueno, no importa. Porque, al fin y al cabo,

no había tiempo suficiente para mandar hacer algo bonito. Y... bueno. Me voy".

"No olvides que nos vamos al amanecer".

María volvió la cara de mala cara hacia su hermana. "¿Cómo podría olvidarlo? José y Ernesta estarán allí, en casa de Condivi. Sé cómo son: estarán vigilando todos mis movimientos. Y Erne ya me ha dicho directamente que esta noche volveré a casa con ellos. De verdad... ¡como si fuera una niña! Ah, bueno. Ciao!"

Elizabeth observó en silencio cómo Mary giraba sobre sus talones y desaparecía por la puerta. Incluso ahora, a Isabel le resultaba difícil culpar a su hermana. Desde luego, la vida de Mary no había salido como ella esperaba.

Mirando el desorden a su alrededor, se hundió en el borde de un tronco. La vida tampoco era como ella había esperado. Elizabeth cerró los ojos y hundió la cabeza entre las manos. Nunca se había imaginado tan infeliz, tan insatisfecha.

Esto es una tontería, se reprendió a sí misma, obligándose a abrir los ojos. No te compadezcas por las decisiones que tomaste. Por las cosas que tú misma querías.

La bañera que había llenado cuidadosamente con agua de la cocina parecía llamarla desde su lugar junto a la ventana abierta.

Elizabeth se levantó y cruzó la habitación hacia él. Seguramente éste sería el último baño antes de llegar a Escocia. Cerró ligeramente la doble persiana, retrocedió y se puso la bata de trabajo por encima de la cabeza. Desabrochó el apretado corsé de cuero que se había inventado para ceñirle el pecho, y suspiró profundamente al aliviarse la familiar presión sobre sus pechos. Desprendiéndose del resto de su ropa masculina, Elizabeth cogió la bata de seda que su hermana había desechado descuidadamente y se la llevó a los labios. La textura suave y resbaladiza del material le resultaba tan agradable y, a la vez, tan extraña a su piel. Incluso el ligero aroma a agua de rosas le pareció exótico. Se puso la bata, se acercó al espejo que había detrás de la pantalla y contempló a la sombría criatura que había allí. Con su pelo corto y su cicatriz rojo fuego, parecía un hombre. Pero las suaves curvas que asomaban bajo la seda contaban otra historia.

¡Ay, Dios! Elizabeth se miró en el espejo. En la luz reflejada, un destello metálico parpadeó en el oscuro valle entre sus pechos. Tomando el gran anillo de esmeralda en la mano, contempló el verde intenso de la piedra, el oro reluciente. Al igual que su propia identidad, su verdadero yo que yacía oculto bajo capas de falsos escudos, después de todos estos años, seguía llevando, escondido cerca de su corazón, el precioso regalo. Por supuesto, lo que Elizabeth apreciaba no era el anillo, sino el recuerdo que lo acompañaba. Pensaba a menudo en él, en el hombre que había sido el primero y el

último en hacerla sentir como debía sentir una mujer.

Qué extraño que ahora fuera a Escocia. Elizabeth se preguntó si vería allí a Ambrose Macpherson. Ella le reconocería, pero él nunca podría reconocerla a ella.

Con un suspiro, Elizabeth se quitó la correa de cuero que sujetaba el anillo de esmeralda sobre la cabeza y lo colgó en la mampara divisoria.

El ruido de la gente que avanzaba ruidosamente por la calle se coló por las ventanas abiertas y desvió su atención. Sí, había intentado fingir -engañarse a sí misma- que era feliz. Se acercó a la ventana y miró a través de una de las contraventanas. La multitud de juerguistas estaba doblando la esquina al final de la calle. Sobre la oscura villa del otro lado de la callejuela, un millón de estrellas brillaban como diamantes en el negro tejido satinado de la noche.

Elizabeth se sacudió las tonterías que se agolpaban en su mente. Tenía motivos para estar orgullosa. Eso, al menos, era cierto. Le había costado cuatro largos años alcanzar el estatus del que disfrutaba hoy, un estatus por el que muchos hombres trabajaban toda su vida... a menudo sin éxito. Pero ella tenía talento. Ella lo sabía. Había trabajado duro para establecerse, para exhibir su don mientras mantenía en secreto la mentira que había debajo de todo ello. En el proceso, Isabel Bolena había engañado a todo el mundo, incluso a sí misma.

Hacía cuatro años se había propuesto hacer lo imposible, conseguir algo que ninguna otra mujer había logrado antes. Y lo había conseguido. De hecho, si María no hubiera revelado su verdadera identidad y su relación pasada con Enrique VIII a un caballero inglés hacía una semana, aún estarían todos en Florencia durante mucho tiempo. Pero incluso con la confesión pública de María, mañana viajaría a la corte de Escocia para pintar los retratos de la familia real.

Pero ahora, de pie, sola en la penumbra de su habitación -con el mismo dolor familiar instalándose en su pecho-, Elizabeth miró al cielo tachonado de estrellas y pensó en el precio que había pagado. Nunca podría disfrutar del cálido resplandor de sus éxitos. Ni como pintora, ni como mujer. Jamás. Pero ésa había sido su elección.

Impulsivamente, Elizabeth se acercó rápidamente al cofre de su hermana y rebuscó en él. Sacó un frasquito, se volvió hacia la bañera y destapó la ampolla.

Con aire casi triunfal, Elizabeth vertió el agua de rosas en la bañera. "Esta noche, al menos, podrás ser una mujer", susurró, quitándose la bata de los hombros y sumergiéndose en el fragante calor.

Ambrosio ató su caballo junto a la pequeña plaza y se dirigió hacia la puerta principal. Contemplando la casa en penumbra, se preguntó si su amigo Gavin habría tenido razón al decir que el artista ya estaba de camino a Escocia. Pero entonces, al ver pasar una sombra por la ventana parcialmente abierta del piso superior, el guerrero se acercó y llamó a la puerta.

Ambrosio no había tenido ninguna dificultad para localizar el lugar. Aunque los que se cruzaban con él no conocían a un residente llamado Phillipe de Anjou, todos parecían saber dónde vivía el mercader Bardi. Ahora, de pie ante la entrada, Ambrosio miró a un bullicioso grupo que pasaba por allí. Uno de los hombres se detuvo el tiempo suficiente para gritar en términos bastante subidos de tono una oferta concreta para alguna hembra que viviera dentro de las murallas. Pero entonces, al ver al enorme montañés de pie en los escalones, el hombre acalló sus palabras y continuó apresuradamente su camino. Ambrose volvió a llamar a la puerta, pero esta vez con menos paciencia. Este Bardi alberga a gente interesante bajo su techo, musitó Ambrose.

La pesada puerta tallada se abrió lentamente sobre sus ruidosos goznes. Un hombre grueso y mayor se asomó al gigante con desconfianza.

"Vengo a ver al pintor".

El hombre siguió mirando boquiabierto al guerrero.

"¿El pintor? ¿Phillipe de Anjou?" preguntó secamente Ambrosio. "¿Vive aquí?"

"Sí, mi señor".

"He venido a verle".

"No podéis, mi señor".

"¿No está en casa? preguntó Ambrose. Estaba cansado y su paciencia se estaba agotando. "¿Adónde ha ido? Tengo que encontrarle esta noche".

El portero sacudió la cabeza, negando la petición y tratando de empujar la puerta para cerrarla.

Ambrosio apoyó firmemente su pesada bota en la jamba de la puerta y evitó que ésta le aplastara la cara. El rostro del portero reflejaba su repentino terror.

"No pretendo hacer daño a nadie". Ambrose no necesitaba ahora a una sirvienta histérica en su mano. "Soy el barón de Roxburgh. Un amigo del duque Giovanni. Debo llevarme al pintor a Escocia conmigo. ¿Dónde está?"

El rostro del hombre se iluminó al reconocer las palabras del montañés. "¡Barón! El señor y la señora Bardi no os esperaban".

En realidad, a Ambrosio le interesaban muy poco los Bardis. "¿Entonces el pintor Phillipe está en casa?"

Los ojos del portero parpadearon involuntariamente hacia arriba, y Ambrosio supo que había llegado a tiempo.

"El signor Bardi cena esta noche en casa del signor Condivi. Esperamos su regreso en breve. Pero si esperas aquí, traeré la carta que mi amo escribió para ti. Es la carta que debía entregarte si llegabas después de que se hubieran marchado mañana".

Sin esperar respuesta, el hombre desapareció en el interior de la casa, dejando la puerta entreabierta.

No había tiempo que perder. Ambrosio no iba a dejar que el mercader tomara decisiones por él. El criado no había dicho nada de que el pintor estuviera fuera con Bardi y, siguiendo la dirección de la mirada del hombre, Ambrosio tenía una buena idea de dónde estaba. No había cabalgado como un loco durante los dos últimos días sólo para que le dejaran plantado en la puerta.

Al atravesar la entrada, Ambrosio entró en un gran salón central en penumbra. Las brasas de la gran chimenea del fondo bastaban para iluminar la estancia con un tenue resplandor ambarino. Los pesados muebles parecían bien hechos, pero no ostentosos. Este Bardi no era un hombre pobre, pero estaba claro que no era uno de los príncipes mercaderes de Florencia.

No había rastro del portero. Silenciosamente, Ambrosio se abrió paso por la habitación, encontrando fácilmente las escaleras. Cuando se dispuso a subir desde la planta baja, sus ojos quedaron atrapados por los grandes retratos que decoraban todas las paredes.

Incluso en la penumbra, eran magníficos. Los brillantes óleos resplandecían en el titilante resplandor del fuego, y aunque los rasgos de los sujetos representados no eran discernibles en la oscura habitación, los atrevidos colores y el dinámico movimiento plasmados en las pinturas evidenciaban la maestría de un artista.

Al subir los escalones de piedra que conducían al rellano del primer piso, Ambrosio se detuvo ante una ventana abierta y contempló un cuadro de la pared. Acababa de salir la luna creciente, y los ojos del montañés se detuvieron en la Virgen con el Niño. Había algo familiar en el rostro de la Virgen. Pero no era la representación habitual. El mohín del rostro de la Virgen era sutil, pero inconfundible. Sin embargo, el rostro redondo del Niño proyectaba la alegre inocencia de un niño jugando, y las diminutas manos que se alzaban hacia el rostro de la Virgen eran tan realistas que Ambrosio no pudo resistirse a alargar la mano y tocar el lienzo.

Conocía el trabajo de este hombre. Miró más de cerca. Había una firma en este cuadro. No había ninguna en el que colgaba en su estudio.

De repente, un sonido procedente de algún lugar de la parte trasera de la casa despertó al guerrero, que continuó subiendo las

escaleras, ahora de tres en tres. Al llegar arriba, Ambrosio se detuvo y miró por un corto pasillo hacia una puerta parcialmente abierta.

Como el primer indicio del amanecer, un rayo de luz dorada se derramó en el pasillo sin iluminar. El montañés se dirigió lenta y cuidadosamente hacia la puerta. Sin hacer ruido, empujó la puerta y entró en la gran sala.

El silencio que lo recibió fue completo, y Ambrosio dejó que sus ojos vagaran, contemplando el total desorden de la habitación. A su izquierda, se alzaba un alto biombo pintado, y sobre una mesita apoyada en la pared de enfrente, una pequeña lámpara de aceite proyectaba su cálida luz sobre la pared. Los ojos del guerrero fueron atraídos inmediatamente hacia arriba, hacia el cuadro que colgaba sobre la lámpara. Era una escena panorámica de noble pompa, y alrededor de las figuras ecuestres del centro, las tiendas se extendían como pepitas de oro entre las verdes praderas ondulantes.

Ambrosio sonrió, reconociendo el acontecimiento representado. Acercándose, estudió el cuadro. Calais. Evidentemente, el artista había estado allí.

Isabel Bolena. Eso era lo que Ambrosio mejor recordaba del acontecimiento. El Campo de Tela de Oro. Ella había salido de su vida sin entrar nunca del todo en ella. Pero allí de pie, perdido en la imagen, Ambrosio sintió en el pecho esa carcomida sensación de pérdida. El mismo dolor punzante que sentía cada vez que pensaba en aquella mujer. Por su vida, no podía explicarse por qué saboreaba su recuerdo como lo hacía. Sin embargo, allá donde iba -por todo el mundo, en todas las cortes de la cristiandad, en medio de las multitudes-, sus ojos seguían buscándola. A veces se preguntaba si sería feliz con el hombre con el que había huido. Sí, la había perseguido lo suficiente como para saber que Isabel Bolena nunca había regresado a Inglaterra con su padre. Tampoco había regresado a su casa de Francia.

Este pintor tiene algo más que habilidad, pensó Ambrose, sacudiéndose la melancolía. El hombre tiene conciencia social y una verdadera profundidad de entendimiento. Ambrosio se concentró en la obra maestra que tenía ante sí. La representación de los pobres, la burla de las diferencias de clase... todo eso decía mucho del artista. Y luego la justa. Mirando más de cerca, Ambrosio no pudo evitar la sonrisa que se dibujaba en su rostro. Aquel hombre había pintado a Garnesche y a él, con la salvedad de que Ambrose vestía una falda escocesa. No llevaba armadura, sólo su tartán y su kilt. Ambrose no recordaba haber conocido a ninguno de los artistas de la corte durante su estancia en el evento.

Ambrose rió para sí y se volvió. Al hacerlo, sus ojos se fijaron en un objeto que colgaba del biombo de madera. Colgaba del extremo de

una correa de cuero. Un anillo.

Un anillo de esmeralda.

Capítulo Quince

ELIZABETH CERRÓ los ojos con fuerza mientras el escozor del jabón se abría paso entre sus pestañas. Cuando terminó de enjabonarse el pelo, buscó a ciegas el cubo de agua limpia en el borde de la bañera, pero su mano no encontró el asa. Maldiciendo en voz baja, Elizabeth intentó quitarse el jabón de los ojos con el dorso de las manos.

La sacudida del agua que le inundaba la cabeza hizo que Elizabeth se incorporara. Se obligó a abrir los ojos y miró alarmada hacia arriba.

Entonces se le paró el corazón.

"Eres tan hermosa como la recordaba".

Su boca empezó a moverse, pero su lengua no respondió.

Ambrosio miró a la increíble belleza que tenía ante él. Ella surgía como una Venus de cabellos negros de los recovecos acuosos de su mente. La piel suave y brillante de su rostro, de sus hombros y brazos, las curvas de sus pechos redondos y llenos que amenazaban con emerger del baño que los cubría, los labios carnosos y tentadores y los grandes ojos negros, hipnotizadores y exigentes en su poder.

Elizabeth juntó las rodillas contra el pecho y, cruzando los brazos, intentó cubrirse la carne expuesta. Sentía la boca seca y la garganta contraída. Ambrose Macpherson permanecía inmóvil ante la bañera con su traje de las Highlands. Parpadeó insegura, esperando de algún modo que él desapareciera en cualquier momento. Su mente le estaba jugando una mala pasada. La figura que se cernía sobre ella no podía ser real. El rostro oscuro y apuesto era sólo producto de su imaginación excesivamente activa. Pero el gigante seguía allí de pie, con su poderosa figura relajada, su postura amplia y segura. Así era como ella lo recordaba. Las botas de cuero hasta la rodilla, las caderas acartonadas y el tartán Macpherson cruzándole el pecho. Su equipo cubierto de polvo le trajo otro recuerdo. El recuerdo de un luchador que acababa de abandonar el recinto del torneo. Y luego los intensos ojos azules: sí, era tal y como ella lo recordaba.

"Esto debe de ser un sueño", susurró finalmente.

"Debe de serlo", repitió Ambrose, mientras se arrodillaba junto a la bañera y tomaba el brillante rostro de ella entre sus grandes manos. Acercándola a él, sus ojos recorrieron sus rasgos y luego se clavaron en sus labios húmedos y apetecibles.

Dios mío, es real. Se dio cuenta cuando los pulgares de Ambrosio le acariciaron suavemente las mejillas y sus ojos recorrieron su rostro. La mente de Elizabeth le dijo que se asustara, que se apartara, que le

dijera que se fuera. Pero su corazón no se lo permitió. No podía. Desde la última vez que lo había visto, en Elizabeth había crecido algo que no podía negar. Esta noche, ahora mismo, no había nada que deseara más que ser besada por aquel hombre. **Quería** que la tocaran, sentir lo que había sentido una vez.

Cerró los ojos y se perdió en el momento en que él le levantó la barbilla y buscó sus labios. En algún lugar de la brumosa nube que había justo encima del subconsciente, Elizabeth sintió que su escudo protector, su armadura, se desprendía para ser sustituida por otra prenda. Suave, delicada, era un tejido de pura magia, era un momento de liberación. Al sentir su rostro descendiendo hacia el suyo, Elizabeth supo que no tenía más remedio que responder.

Cuando Ambrosio acercó sus labios a los de ella, sintió que las manos de ella subían y le acariciaban la cara. Sus labios se rozaron suavemente en busca de recuerdos.

Como fuera de sí misma, Elizabeth sintió que su propio cuerpo se estremecía cuando las manos de Ambrosio se introdujeron en el agua y rodearon su cintura. Su boca cubría ahora la suya, y ella abrió los labios voluntariamente.

Cuando su lengua se adentró en las profundidades de su boca, un calor recorrió su cuerpo, abrasándola con una llama repentina. Las sorprendidas manos de Elizabeth volaron hasta rodearle el cuello. Su lengua y su boca se amoldaron a la de él y su cuerpo sintió la necesidad de seguirla. Una audacia se apoderó de ella mientras sus manos le recorrían la espalda, el cuello. Sus dedos le rastrillaban el pelo, mientras su boca respondía al ritmo seductor de la lengua de él.

Ambrosio era ajeno a todo lo que había venido a buscar. Ella había despertado en él un deseo tan rápido, tan desenfrenado, que estuvo a punto de ser víctima de su necesidad. Sólo importaba una cosa. Podía ver la pasión en sus ojos. Estaba en sus brazos y estaba dispuesta. Él la deseaba. En un momento Elizabeth estaba medio sumergida en la bañera, y al siguiente estaba abrazada a él, con los brazos alrededor de su cintura. La boca de Ambrosio se movía insistentemente contra la suya, mientras una oleada de deseo salvaje dirigía su acción. Sus manos recorrieron la espalda de ella, ahuecando sus nalgas y apretándola contra su dura excitación. Ahogó su jadeo con el beso mientras ella presionaba su cuerpo contra el de él.

Estaba perdiendo el control. Súbitamente consciente de ello, Ambrosio se obligó a considerar si quería tomarla ahora o ir más despacio y prolongar el placer que tanto disfrutaba dando. Con decisión, apartó la boca, inclinándose hacia atrás con inestabilidad y saboreando el momento. Con el corazón palpitante, Ambrosio contempló el incomparable esplendor de su cuerpo desnudo. Era más hermosa que Venus. Sus manos se deslizaron sobre la perfección

simétrica de sus pechos en forma de orbe, y luego bajaron sin vacilar. Su boca volvió a capturar la de ella, ahogando de nuevo su jadeo de placer.

La brisa fresca de la ventana envolvió la piel húmeda de Elizabeth, que se puso en marcha, consciente de repente del momento. Como si emergiera de otro mundo, Elizabeth atrapó la mano de Ambrose con la suya y detuvo su viaje de exploración. Entonces, apartando la boca y mirándose a sí misma, la golpeó una conmoción de plena realización, y un rubor oscuro le cubrió la cara, extendiéndose rápidamente por el cuello y el pecho.

Ambrosio, al percibir inmediatamente su cambio de humor, suspiró profundamente. Otra vez no, pensó. Le parecía recordar que ya habían estado aquí antes. Recordaba una noche, hacía mucho tiempo, en la que estaba completamente excitado. La recordaba a ella, a punto de entregarse a él y de poner fin a su relación amorosa.

"Te deseo, Elizabeth". empezó Ambrose, pero sus palabras se apagaron y sus ojos se detuvieron en el rostro de ella. Ella había cerrado los ojos; había vuelto la cara. Casi parecía asustada.

Elizabeth intentó contener el nudo que tenía en la garganta.

Ambrosio recordó el rostro magullado y ensangrentado que ella había mostrado la última vez que la había visto. El guerrero podía adivinar el motivo de su miedo. Su voz se endureció al formular la pregunta. "¿Dónde está?

Elizabeth abrió los ojos y le miró interrogante. Sin embargo, el ardiente sentimiento de vergüenza sustituyó rápidamente su deseo de comprender. Apartándose de él, se apartó y cogió la bata. Se la pasó por los hombros y se envolvió en la ceñida seda antes de volver a mirar a Ambrose.

Un frío manto de ira sustituyó rápidamente lo que habían sido llamas de deseo en el ánimo de Ambrose. Los ojos del Highlander recorrieron la habitación. Al verla sentada en la bañera tras descubrir el anillo, no se había tomado ni un momento para escrutar la zona más allá de la pantalla. Se había sentido tan gratamente sorprendido que su atención se había centrado sólo en ella. Pero ahora, al mirar a su alrededor, a los baúles abiertos, a los montones de cuadros entremezclados con las masas revueltas de ropa de mujer, Ambrose vio la confirmación de su primera sospecha.

"¿Era él? ¿No fue él?"

"¿Quién, Ambrosio?", susurró ella, demasiado consciente de los ojos de él escrutando la habitación.

"Phillipe... el pintor. Estaba en el Campo de Tela de Oro. Era el hombre con el que huiste, ¿no?"

Elizabeth le miró en silencio, sorprendida por sus preguntas.

Ambrosio observó su expresión. Su rostro, nublado por un ceño

fruncido, era más hermoso ahora que cuando se conocieron. Los años habían curado el daño de la brutalidad a la que se había enfrentado en el Valle Dorado, a las afueras de Calais. Lo que antes había sido un corte irregular a lo largo de su pómulo era ahora sólo una fina línea de cicatriz. Los moratones no le habían dejado marca alguna, y la tez cremosa de su piel resplandecía a la luz de la lámpara. Curiosamente, aún llevaba el pelo corto, y los mechones negros y brillantes se secaban en suaves ondas alrededor de los ojos negros que miraban tan fijamente los suyos.

Incapaz de contenerse, Ambrosio alzó la mano y alisó los surcos que estropeaban la ancha e inteligente frente.

Ella se apartó de su contacto.

La expresión de Ambrosio se endureció. Sabía que debía marcharse y dejarla vivir la vida que había elegido. Pero su curiosidad le retenía. La forma en que se había ablandado entre sus brazos, la forma en que había reflejado su intenso deseo. Estaba seguro de que ella le había respondido. A menos, claro, que estuviera demasiado acostumbrada a esas atenciones casuales. Se maldijo por la suavidad que había mostrado. Además, ¿a quién había llamado el borracho que pasaba por allí?

"¿Cómo me has encontrado?" preguntó Elizabeth. Su sentido de la supervivencia exigía ahora respuestas a cien preguntas. ¿Había sido la indiscreción de María lo que le había conducido hasta ella? ¿Significaba esto que ahora todo el mundo conocía su paradero? ¿Cuándo llegarían los hombres de Garnesche? Un arrebato de pánico coloreó sus mejillas.

"Hablas como si creyeras que te estaba buscando". Sus palabras eran frías y pretendían herir.

Y le dolió. Durante unos brevísimos instantes había supuesto que su presencia tenía que ver con su breve relación años atrás. Elizabeth había pensado que él la había valorado y que la había encontrado tras una larga búsqueda. Pero obviamente se había equivocado.

"Permíteme cambiar la pregunta. ¿Puedo preguntar qué hace Vuestra Señoría en mis humildes aposentos?" preguntó Elizabeth, alejándose más y poniendo distancia entre ellos. "No recuerdo haberte invitado aquí".

Ambrosio dejó que sus ojos la recorrieran. La fina túnica apenas cubría el hermoso cuerpo que había debajo. Dejó que su mirada se detuviera sugestivamente en sus pechos antes de bajar. "Si la forma en que me saludaste no era una invitación..."

"¡No lo hagas!"

"¿No qué, Elizabeth?" Dio un paso hacia ella. "¿No te miro? ¿No te deseo? ¿No te toco? ¿No estrecharte entre mis brazos? ¿Es eso lo que me pides?"

"Sí".

"Entonces no me mires como lo haces. No te derritas en mis brazos al primer contacto. No te quedes tan provocativamente cerca..."

"*Para*", explotó ella.

Ambrose levantó la vista, sorprendido. Estaba frente a él, desafiándole con la mirada. Tenía los ojos encendidos y la cara enrojecida por su evidente ira. Parecía dispuesta a atacar. Era el tipo de furia física que un hombre podría esperar de otro hombre, pero no de una mujer. Y apenas estaba al borde de la histeria. Ambrose sabía por experiencia que era en ese momento cuando la mayoría de las mujeres se derrumbaban, se deshacían en lágrimas y huían.

"Os hice una pregunta, mi señor, que sólo requería la más simple de las respuestas". Sintió el fuego arder en sus mejillas. "Lo que ha ocurrido entre nosotros hace un momento ha sido un error. Había olvidado mi lugar y tu posición. Lo que ocurrió nunca debería haber tenido lugar".

No creía sus palabras, y sabía que ella tampoco las creía.

"La última vez que nos vimos, te hice una proposición". Ambrose estudió cada uno de sus movimientos. "¿Era mucho mejor la oferta de este hombre?"

"Intento no llorar por lo pasado".

"¿Te preocupas por él?"

Isabel no sabía cuánto sabía él de su vida, pero era evidente que no sabía que Felipe de Anjou e Isabel Bolena eran la misma persona.

"¿Es tan difícil de responder?", insistió.

Elizabeth le miró desde donde estaba. Necesitaba obtener respuestas a sus preguntas, pero al mismo tiempo no quería apartarlo antes de tiempo. ¿Era atracción o necesidad? No lo sabía. Pero estaba descubriendo que la realidad de tenerlo en la habitación era mucho más difícil que soñar con él nostálgicamente.

"No tengo por qué responder a tus preguntas. Tú, sin embargo, sigues de pie en esta sala sin haber sido invitado, y no sé por qué ni cómo has venido a parar aquí."

Ambrosio había venido a llevar sano y salvo a Escocia a un pintor. Mientras contemplaba a aquella mujer de fuerte carácter, le asaltó la ironía de que fuera la amante del artista. Por lo que había averiguado del duque Giovanni, el guerrero tenía entendido que Phillipe era una sombra de hombre, con talento pero frágil. Sin embargo, aquí, ante él, estaba Isabel Bolena, una mujer fuerte y bella que parecía incapaz o poco dispuesta a liberarse de la esclavitud de lo que Ambrosio sabía que debía de ser una relación insatisfactoria. Su respuesta en sus brazos había sido demasiado inmediata, demasiado fuerte, demasiado dispuesta.

Éste era un desafío que Ambrose esperaría con impaciencia. Fuera

cual fuese el vínculo que la unía al pintor, Ambrosio se propuso romperlo. Por muy difícil que fuera viajar con el artista, Ambrose decidió en ese momento que Elizabeth les acompañaría durante este viaje y, antes de que llegaran a Escocia, la convertiría en su propia amante. La había dejado marchar una vez, pero no permitiría que eso volviera a ocurrir. Ella representaba un desafío formidable. Uno que él esperaba con inmensa ilusión.

"Por lo visto, tampoco tienes intención de responder a mis preguntas", concluyó Elizabeth, cogiendo el anillo de la pantalla.

Ambrose observó cómo se colgaba el cordón de cuero al cuello, colocando inconscientemente el círculo de esmeralda y oro suavemente entre sus pechos. La acción, tan inocente y a la vez tan seductora, era un ritual que, al parecer, ella había hecho miles de veces.

"¿Llevas así el anillo contra la piel cuando haces el amor con él?"

Elizabeth levantó los ojos.

"Me cuesta creer que nunca te haya preguntado quién te lo dio. ¿Qué le has contado? ¿Le has hablado de la pasión que compartimos? ¿O acaso le importa que, a día de hoy, aceptes de buen grado mis insinuaciones?"

Aunque Elizabeth sintió que le ardía la cara con sus palabras, no podía dejar que él tuviera la sartén por el mango. La ponía nerviosa, eso era evidente. Pero todo tenía que acabar ahí. Era una conversación que no se atrevía a continuar.

Le dio la espalda y se acercó a un montón de ropa de Mary. Necesitaba cubrirse. Estar de pie con la fina bata ante él era demasiado incómodo. Demasiado revelador. Demasiado vulnerable. Habló dándole la espalda.

"Hace cuatro años que no nos vemos y, sin embargo, haces tantas preguntas. Yo no te pregunto asuntos de tu vida personal. ¿Por qué no haces lo mismo conmigo?

"Veo que he dado cerca de la verdad. Estás huyendo. Escondiéndote".

Ella lo miró de reojo. "No voy a hacer tal cosa". Cogió el primer vestido que encontró. "Recordando tu naturaleza apasionada, necesito ponerme algo más apropiado. Eso es todo".

Isabel se movió rápidamente detrás del biombo de madera. Asegurada de que estaba oculta a su vista, trató momentáneamente de encontrar algún sentido a la ropa de Mary. Habían pasado cuatro años desde la última vez que se había puesto un vestido. Pero al mirar la prenda, se dio cuenta de que nunca en su vida se había puesto el estilo de ropa que llevaba ahora su hermana. Con un suspiro, se quitó la bata y se puso el vestido.

Cuando la camisa voló por encima de la pantalla, Elizabeth se puso

de pie.

"Si de verdad te preocupa mi pasión desenfrenada, harías bien en ponerte primero una prenda interior. No se sabe lo que haré si vuelves por aquí vestida sólo con esa bata".

Elizabeth se miró a sí misma. Dios mío, pensó. El escote del vestido de color carmesí caía por debajo de sus pechos. Estaba completamente expuesta. Apresuradamente, se colocó la camisa por encima de la cabeza, metiendo la prenda por debajo del vestido. "Desde luego, sabes mucho de ropa de mujer".

Desde luego, he tenido práctica más que suficiente para quitármela, respondió Ambrose en silencio. Sus ojos volvieron a observar la habitación.

Era evidente que el pintor había salido con Bardi. Ambrosio conocía a otros hombres como el tal Phillipe. Era típico que abandonara a su bella amante. Los hombres como él tenían miedo de la competencia. Temían no estar a la altura de otros hombres. Pues bien, Phillipe de Anjou estaba a punto de enfrentarse a la competencia más dura de su vida.

Luchando por dominar las líneas voluntariamente reveladoras del vestido, Elizabeth volvió a considerar a su invitado, buscando una pista que explicara la presencia de Ambrosio aquí. Saliendo de detrás del biombo, se le ocurrió una idea. "Debes de estar al servicio del barón de Roxburgh".

Ambrosio la miró con el ceño fruncido. "¿Quién?" A regañadientes, empezaba a comprender por qué el pintor no la sacaba. Sencillamente, era demasiado hermosa.

"El Barón de Roxburgh".

"Nunca he oído hablar de él". Ambrose se puso a su lado. Levantó la mano y tiró de la camisa que le cubría la piel desde los pechos hasta la clavícula. Ella apartó la mano de un manotazo.

"Vamos, Escocia no es un país tan grande", se burló ella, dejando que la diera la vuelta y jadeando mientras él tiraba con fuerza de los lazos de la espalda del vestido. "Sólo tiene seis ovejas y una docena de lairds para vigilarlas, por lo que he oído. Seguro que lo conoces".

"No sirvo a nadie más que al rey de Escocia y al Consejo de Regencia que actúa en su nombre. Pero tu percepción de Escocia está un poco equivocada". Su voz era grave y ronca.

Se volvió y se encaró con él. Era la orgullosa y noble escocesa la que hablaba. "¿Lo es?"

"Sí", dijo Ambrose arrastrando las palabras. "Escocia es un lugar como ninguno que hayas visto. ¿Cómo describir el aspecto de la tormenta que se abate sobre el páramo? O los torrentes de un espumoso arroyo de las Highlands corriendo por el verde profundo de la cañada. Te digo que, desde los ondulantes valles fluviales de las

Tierras Bajas hasta los bosques de pinos del norte y las salvajes cumbres montañosas de las Hébridas Exteriores, es un lugar que te atrapa el corazón, el alma misma. Y una vez que te tiene, muchacha, nunca te suelta. Forma parte de ti, como tú formas parte de él".

Elizabeth se detuvo y le miró pensativa. No había esperado aquella efusión de emoción por su tierra natal. "Me parece precioso".

"Es precioso". Ambrose hizo una pausa, con sus ojos azules fijos en ella. "Como tú".

Ella dio un paso atrás. La estaba encandilando. De nuevo. Sintió que se derretía por dentro. Era la misma sensación. Después de tanto tiempo. Cuando respondió, pudo oír el ligero temblor de su voz. "Supongo que mi conocimiento de tu hogar es un poco incompleto. Evidentemente, Escocia es algo más que ovejas".

"Sí", respondió él, con sus ojos clavados en los de ella. "También hay dos vacas, vagando por algún lugar de las Tierras Altas".

Observó cómo la danza de su sonrisa llegaba hasta sus ojos. Sus hermosos ojos negros.

"¿Mamá?" gritó insegura la voz de la niña desde la oscuridad más allá del biombo.

Elizabeth miró rápidamente la cara de sorpresa del escocés y se llevó el dedo a los labios. Sin decir nada más, desapareció por la pantalla.

Ambrosio, sorprendido por la voz de la niña, escuchó inseguro las voces murmurantes durante un momento.

Un niño. Debería haberlo sabido. Parecía pequeña. ¡Claro que sí! ¿Qué otra cosa podría haber llevado a una mujer como Elizabeth de vuelta al pintor? Cuando ella **acudió** a su tienda en el Campo de Tela de Oro, se preguntó, ¿llevaba ya al niño**?**

Elizabeth tardó sólo unos instantes en volver a tranquilizar al pequeño Jaime. Lanzando miradas ansiosas por encima del hombro, pensó agradecida que era una bendición que Ambrose Macpherson no estuviera al servicio de aquel barón de Roxburgh. Le resultaría demasiado difícil viajar con él y mantener su disfraz. De hecho, probablemente se daría cuenta, y eso lo arruinaría todo.

Pero sentía que se le aceleraba el corazón con sólo pensar en estar cerca de él. No, pensó. Quítatelo de la cabeza. Debes ir a Escocia. Debes pintar. Se espera a Phillipe de Anjou, y Phillipe de Anjou debe cumplir.

Al oír la respiración constante de la niña, Elizabeth se apartó el pelo de los ojos y cruzó en silencio la gran habitación. Alisando el fino vestido sobre sus esbeltas caderas, pasó el biombo divisorio hacia la luz.

"Lo siento, mi señor. Pero tendréis que..." Se detuvo.

Ambrose Macpherson se había ido.

La joven criada se quedó boquiabierta. Se quedó inmóvil, con la pila de vestidos que llevaba desparramada a sus pies.

Elizabeth, al oír los pasos, se apartó enérgicamente de la ventana. Había abierto las contraventanas y buscaba en el exterior al Highlander que momentos antes había estado de pie en su apartamento.

"No veo a nadie salir de casa", murmuró Elizabeth, casi para sí misma. "Katrina, ¿te has cruzado con alguien que subía las escaleras?"

La joven siguió mirando con la boca abierta.

"¿Qué ocurre?" Elizabeth se acercó a la joven sirvienta y le agarró las dos manos. "¿Has visto un fantasma? ¿Ha ocurrido algo?"

Katrina movió la cabeza de un lado a otro.

Elizabeth siguió la mirada de la mujer. La miraba a ella. A su vestido. "Nunca me has visto con vestido, ¿verdad?"

La mujer siguió sacudiendo la cabeza. "No, yo..."

A todos los criados de Bardi se les había contado la verdad sobre el sexo de Elizabeth. Al fin y al cabo, desde el principio estaba claro que sería muy difícil vivir bajo el mismo techo y no compartir la verdad. Pero nunca se había cuestionado su lealtad. "Parezco tonta, ¿verdad?"

"Estás impresionante, signor Phi... signorina. Eres como un sueño". Los ojos de la joven recorrieron el rostro del pintor. "Pero tu cicatriz... ha desaparecido... tu rostro es hermoso".

Elizabeth sonrió. "¿Puedo decirte algo?"

Katrina se cruzó rápidamente de brazos.

"Me pinto la cara. Enrojezco la cicatriz para acentuarla. Me oscurezco las ojeras para parecer mayor".

Los ojos de la mujer volvieron a abrirse de asombro.

Elizabeth sacudió la cabeza, divertida. Sin duda había causado una buena impresión en la joven. "Katrina, ¿viste salir a alguien cuando subiste?"

"Nadie, signorina".

"No empieces a llamarme así. Este vestido no ha cambiado quién soy. ¿Has estado abajo? ¿Ha venido alguien a la puerta?"

"Nadie, signorin... quiero decir, signor Phillipe".

"¿Estás seguro? preguntó Isabel, mostrando su perplejidad en el rostro.

"Ya conoces al portero, signor. Guarda esa puerta con su vida cuando el signor y la signora Bardi no están".

Desconcertada, Elizabeth se volvió y caminó de nuevo hacia la ventana. La calle estaba vacía. ¿De dónde había salido? ¿Adónde había ido?

¿Había conjurado a ese hombre?

Elizabeth recorrió la habitación con la mirada, buscando algún rastro, alguna señal, de que Ambrose Macpherson había estado aquí con ella.

Nada. No vio nada.

Capítulo Dieciséis

JOSEPH BARDI se estremeció ante las encendidas palabras que le dirigían. El noble no había cesado en su diatriba desde que entró en la habitación. Ofendiendo, deshonrando a Don Giovanni, a la Reina de Escocia y, aún más, al Barón de Roxburgh, Joseph decidió temeroso que ahora mismo debía darse por colgado. Sólo esperaba que su final no fuera terriblemente doloroso.

"Por favor, mi señor", intervino rápidamente Bardi, interrumpiendo la arenga del otro hombre. "Sólo pretendíamos aliviar a Vuestra Señoría de toda carga innecesaria. Lo último que pretendíamos era llevaros corriendo a Florencia de la forma que habéis descrito".

"Llevar a un pintor sano y salvo a Escocia no es una carga penosa, siempre que conozcas la ruta segura para viajar". Ambrosio observó el tic nervioso en el rostro del mercader. Le había dado un susto de muerte. Dios mío, se estaba pareciendo demasiado a Gavin. "He dado mi palabra al duque de Nemours de ocuparme yo mismo de la tarea. Las regiones al norte de nosotros son tierras ásperas y peligrosas. Mi enfado se debe a que has asumido la tarea tan ciegamente, sin ningún consejo".

Bardi oyó que la voz del gigante perdía algo de su filo. Quizá lo peor ya había pasado. Pero el lord escocés aún necesitaba que le hablasen del resto. "Milord, no estoy seguro de que el duque haya mencionado a los compañeros del pintor. Veréis, no viajará sin ellos. Y nos preocupaba que pudierais tener objeciones a llevar a tantos, y..."

"¿Y pensabas que si llegaba a Escocia con su séquito, la Reina no le enviaría de vuelta y podrían quedarse todos?"

El mercader se retorció las manos, asintiendo desconsoladamente. "La verdad es, mi señor, que no tiene muchos que le acompañen. Sólo una joven y un niño. Y quizá un par de sirvientes. Está muy apegado a ellos".

"¿Está casado?"

"¡Oh, no! No, no es eso. Verás..."

"No tengo ningún problema". Ambrosio intentó reprimir la sonrisa. Había acertado al suponer que Elizabeth sólo era una amante para el pintor.

"Y luego estamos nosotros dos", añadió Bardi esperanzado. "Mi mujer y yo. Esperábamos poder ponerlos a salvo y..."

"¿No confías en que estén en mis manos?"

"¡Oh, no! No, milord. No es eso en absoluto. Verás, soy

comerciante, y esperaba que tal vez pudiera conocer y llegar a algún acuerdo de trueque con comerciantes de lana de Escocia. Y en cuanto a mi esposa... bueno, está muy encariñada con el pequeño. Milord, ella podría ser... no, será de gran ayuda en el viaje". El mercader observó cómo un ceño fruncido oscurecía la intimidante cicatriz del hombre. "Sé que parece mucho lo que pedimos. Pero puedo asegurar a Vuestra Señoría que todos somos viajeros experimentados. No os causaremos a ti ni a tus hombres ningún problema. Ningún inconveniente, lo juro, mi señor".

Se los llevaría; Ambrosio sabía que lo haría. Elizabeth iba a ir sin duda, así que supuso que tenía que llevarlos a todos. Pero, ¡tanta gente!

El guerrero se volvió hacia el pequeño hogar abierto del estudio y dio una patada a las brasas. Una pequeña ráfaga de chispas estalló al avivarse el fuego. En lo que Ambrose realmente quería pensar era en cómo separar a Elizabeth de su amante. Primero tenía que evaluar a su enemigo. Tenía que conocer a Phillipe.

"Trae al pintor".

El mercader le miró con los ojos muy abiertos. Era más de medianoche. Hacía tiempo que la familia se había instalado en sus camas. De hecho, el propio Joseph había sido despertado por un criado aterrorizado con la noticia de que el barón de Roxburgh estaba a punto de derribar la puerta principal.

"¿No me has oído?"

"¿Ahora, mi señor? ¿Quieres hablar con él ahora?"

"Ahora", repitió Ambrose.

Al ver la vacilación del hombre, Ambrose dio un paso hacia la puerta. "Si no le coges tú, lo haré yo". ¿Estaba Elizabeth en brazos del pintor? Ambrose se enfadó al pensarlo.

"No, no, eso no será necesario. Yo mismo iré tras él". Bardi saltó rápidamente hacia la puerta cerrada. Pensó que ese escocés era capaz de poner nervioso a cualquiera. Sólo esperaba que Elizabeth fuera capaz de enfrentarse a él. Ella solía ser mucho mejor que él en las situaciones difíciles. "Por favor, ponte cómodo. Le despertaré y os lo traeré, milord".

Ambrosio observó la precipitada retirada del hombre y luego dirigió su atención hacia la oscura sala interior. El mobiliario también estaba bien hecho aquí, pero, como había visto en el gran salón y en los pasillos, resultaba prácticamente invisible por la gran cantidad de retratos que dominaban las paredes y que atraían la mirada hacia arriba en un impresionante despliegue. Se acercó al más cercano.

Era el retrato de un niño. Un niño pequeño, todavía suave y redondo, con el pelo de color ébano. Sobre un fondo armonioso de azules claros y grises, el rostro de la niña destacaba como una flor o

una mancha de luz solar en la oscura habitación. Ambrosio cogió una vela del escritorio y, encendiéndola en el fuego, la acercó al cuadro. Los ojos... los ojos del niño. Los conocía. Los grandes ojos negros que le devolvían la mirada eran los de Elizabeth. Entonces bajó la luz y vio los pinceles. Los pinceles aferrados en la pequeña mano regordeta.

Elizabeth tropezó con la bañera y cayó con un ruido sordo.

"¿Estás herido?" susurró José desde detrás del panel.

"¿Por qué, en nombre de Dios, tiene que venir ahora?" siseó Elizabeth en voz baja, levantándose de nuevo. Se subió las medias por las piernas. "¿Por qué no puede esperar hasta mañana?

"Créeme, lo he intentado. Pero es un oso, Elizabeth. Seguro que el barón de Roxburgh es un hombre poderoso y difícil. Cuando quiere algo, lo quiere ahora".

"Intento dormir, si no te importa -dijo Mary, y su queja fue respondida con un silencio por parte de los dos que estaban de pie en la oscuridad.

"¿Cómo voy a pintarme la cara?" preguntó Isabel en voz baja. "No quiero encender una vela y despertar a Jaime".

"No hace falta", susurró Joseph. "Está bastante oscuro en el estudio. Bajemos y aceptemos lo que diga. Luego podemos enviarle de vuelta. Creo que le he convencido para que nos lleve a todos con él".

"De todas formas, ¿por qué tenemos que ir con él?" Elizabeth se echó la camisa suelta por encima de la cabeza. "Podríamos viajar solas".

"¡No, no, Elizabeth! Por favor, no hables así. Creí que iba a entregarme a los verdugos de los Médicis por sugerir eso. Eso está fuera de toda duda. Tendremos que ir con él. No hay otro modo".

Elizabeth maldijo en voz baja mientras rodeaba el biombo de madera. "¿Parezco convincente?

"Por supuesto. Vamos y acabemos de una vez".

El barón de Roxburgh estaba sentado en una silla de madera de respaldo recto, en un rincón oscuro del estudio de Joseph. Su rostro estaba oculto en la sombra, pero Elizabeth pudo ver en las largas y musculosas piernas y el ancho pecho del hombre que debía de ser una figura imponente. Sus botas altas brillaban a la luz del fuego, con una pierna cruzada sobre la otra. El jubón que cubría su camisa blanca y sus medias era de raso negro bien entallado y estaba ricamente adornado con tiras de terciopelo negro. El brillo del broche enjoyado

que sujetaba la tartana oscura del hombre llamó la atención de Elizabeth. El tamaño de los diamantes y rubíes, incluso desde la distancia, era impresionante. Al girarse ligeramente en su silla, la luz captó el relieve metálico del broche. Un gato rampante sentado sobre un escudo que tenía representado un barco. Elizabeth sintió un repentino estremecimiento ante aquella visión. No sabía cómo, pero conocía el diseño.

Ésta era una faceta de Escocia que Isabel no había experimentado antes. La imagen de riqueza y poder que se mostraba aquí era muy distinta del poder que exhibía Ambrose. Aunque Ambrose era rudo, fuerte y honrado, siempre llevaba el atuendo del guerrero de las Tierras Altas que era. A excepción del tartán, este hombre vestía a la moda del momento. Tenía el aspecto del perfecto cortesano europeo.

"Milord, me gustaría presentar..."

"¡Vete!", ordenó bruscamente el barón, cortando el paso a José. "Y cierra la puerta".

Elizabeth y Joseph intercambiaron una rápida mirada, y entonces el mercader hizo una reverencia y salió por la puerta.

Elizabeth no podía ver la cara del hombre, pero su voz tenía el peso de la autoridad. Estaba claro que se trataba de un hombre que quería ser obedecido, pero la pintora sintió que su temperamento se encendía ante el trato brusco que había recibido su amigo en su propio estudio. Si aquello era una muestra de lo que tendrían que aguantar durante el viaje, tendría que poner a aquel noble en su lugar.

"Milord, no sé si alguien ha llamado tu atención sobre esto, pero ésta es la villa de Joseph Bardi. Como establecen las reglas de etiqueta, es descortés echar a un hombre de su propio estudio".

La bota del barón golpeó el suelo. "A la luz, tú".

"Creo que has venido aquí para hablar conmigo". Elizabeth trató de hacer más grave su voz. "No para darnos órdenes a mí y a mi amiga".

"He pedido ver al pintor".

Elizabeth cerró las manos en puños. Otra vez. Tantas veces durante los últimos cuatro años, la gente sólo había visto la frágil complexión en su primer encuentro con ella, y nada más. Y tantas veces tuvo que dar su sermón, como lo llamaba Pico, y perder los nervios antes de que se convencieran.

"Yo soy el pintor".

Hizo caso omiso de lo que ella decía. "Haz lo que te digo. Trae al pintor".

Enfadada, dio un paso más hacia el hombre, con la mandíbula apretada. "Antes de que iniciemos este viaje hacia tu patria, tengo que dejarte una cosa clara. Si tienes algún deseo de llegar de una pieza, será mejor que cambies ese tono desdeñoso tuyo. Has exigido verme a esta hora espantosa de la noche. Así que aquí me tienes. ¿Qué es lo

que quieres?"

"¿De una pieza?" Ambrosio estudió su enfado. El rostro de Elizabeth brillaba ahora a la luz de la vela. "Eso suena a amenaza".

"Tómalo como quieras".

"Eres demasiado enclenque para tales fanfarronadas".

"**Se** me ha conocido por partir la cabeza de un hombre con mis palabras y retorcer su cuerpo hasta convertirlo en una serpiente reptante y terrestre con mi pincel".

"¿Y crees que esto infunde miedo?"

Tenía las manos apretadas en los costados.

"Empuja todo lo que quieras. Pero sé consciente la próxima vez que entres en alguna capilla o catedral. Cuando te quedes mirando hacia arriba, admirando la escena como hacen tantos otros, no te sorprendas cuando veas tu propio rostro devolviéndote la mirada. De hecho, todos verán tus rasgos adornando la cara de un demonio". Elizabeth no mostró ningún signo de alegría. "Y puedes estar segura de que será un diablo muy bajo y muy feo".

Elizabeth esperó una respuesta. Pero se hizo el silencio. Un silencio inquietante e incómodo.

"Tú *eres* el pintor".

Elizabeth observó cómo se enderezaba en la silla. Deseó poder verle la cara. "Soy Phillipe de Anjou". Por mucho que lo hubiera dicho antes, las palabras seguían pareciéndole extrañas al salir de su boca. Lo vio levantarse y se le heló la sangre. Aunque su rostro seguía oculto en la oscuridad de la habitación, ella lo sabía. Por su estatura, por la forma en que estaba de pie. Y entonces vislumbró los colores de su tartán.

Sin poder controlar el jadeo que escapó de sus labios, Elizabeth se volvió y corrió hacia la puerta. Pero él estaba allí, bloqueándole la salida. Volvió a girarse y trató de correr hacia una de las ventanas enrejadas, pero él la agarró bruscamente por detrás y la giró hacia él.

Elizabeth sintió la presión de sus fuertes dedos aplastándole los brazos. No gritaría ni se quejaría. No tenía más remedio que hacerle comprender. Le miró a los ojos. Eran fríos, furiosos. Nada que ver con lo que había visto en el pasado.

"Habla".

Elizabeth intentó quitarse las manos de encima, pero él no la soltó. De repente, la helada frialdad del pánico la recorrió. Éste no era el noble amable y bondadoso que había conocido antes. Este hombre era más juez y verdugo, y exigía escuchar su testimonio final. Durante todos estos años había intentado no preocuparse demasiado por las posibles consecuencias de su vida -de su trabajo- en el estudio. Pero ahora la verdad, la fea verdad, estaba a punto de alcanzarla. El barón de Roxburgh, Ambrose Macpherson, era íntimo amigo de Giovanni de

Médicis. Si hablaba, si revelaba su secreto, sería ahorcada y luego quemada por los dirigentes del gremio florentino. Porque, como mujer, había mentido y traicionado a todos los artistas de la profesión. Sería declarada culpable. Era una mujer que trabajaba como un hombre. Era un crimen mucho peor que cualquier otro que pudieran perdonar.

"¿Qué piensas hacer?", preguntó en voz baja. Se esforzaba por ocultar el escalofrío que le recorría el cuerpo.

Ambrosio tuvo que luchar contra el impulso de estrecharla entre sus brazos y consolarla. Habría sido muy fácil hacerlo. Ella tenía miedo. Se daba cuenta de que le tenía miedo.

Pero estaba enfadado. Una simple mujer le había tomado por tonto. Nunca lo había sospechado. No le había dado ni la más mínima pista de que Phillipe y ella eran la misma persona. Y entonces había visto el retrato del niño. La suavidad, el amor que mostraba el retrato, le habían perturbado. Durante unos instantes antes de que ella bajara, se había sentido confuso. Y entonces el pintor había entrado en el estudio. No el hombre al que había estado dispuesto a desafiar, sino Elizabeth.

Y ahora no sabía cuál debía ser su siguiente paso. Todavía no.

Elizabeth bajó los ojos de su intensa mirada azul y se quedó mirando su broche. No podía soportar aquel largo silencio. Él no le había respondido. Seguramente la entregaría. Nunca se despediría de Jaime.

"Empieza a explicarte".

"¿No es todo demasiado obvio?", susurró. "¿Y realmente importa? ¿Hay algo que pueda decir que te haga cambiar de opinión?"

"Crees que ya me he decidido".

Ella miró el áspero agarre de sus dedos sobre sus brazos.

"¿No es así?", preguntó ella. "Si derramara mi alma y dijera la verdad, ¿me darías una oportunidad? ¿O simplemente me entregarás para que me cuelguen?"

Aflojó la presión de su agarre. "Te concedo unos momentos para que expongas tu caso. Pero, para variar, necesito oír la verdad. Y sólo la verdad", Ambrose la arrimó a una silla y la empujó hacia ella. "Empieza por el principio, por el Campo de Tela de Oro".

Elizabeth levantó la vista de donde estaba sentada. Él se alzaba sobre ella. Una vez más, su rostro era una oscura silueta de sombras y luz mortecina. Por un momento se preguntó qué "verdad" quería oír él. Sentada allí, en la habitación en penumbra, no se atrevió a esperar siquiera que aquello significara que él pretendía darle una oportunidad.

"El silencio no servirá para aliviar tu situación actual", gruñó Ambrose siniestramente. "¿Tengo que recordarte cuál sería tu castigo

por mentir, por fingir ser lo que no eres, por hurgar en los secretos que tus hermanos de gremio protegen tan religiosamente? ¿Sabes lo que te harían esos florentinos? Para empezar, te proclamarían malvada, una abominación. ¿Quieres que te entregue a ellos sin más?"

Bajó la mirada y sacudió la cabeza.

"Entonces habla. Necesito saber cuándo y por qué razón se te ocurrió esta perversa idea".

"Pero... no es perverso". Ya no pudo contener la lengua. "No soy perversa. Nunca he actuado de forma que pudiera indignar a nadie. Si, como he pretendido, fuera realmente un hombre, seguiría siendo alabado... recompensado... por mi talento y mi duro trabajo. Pero ahora, al ser descubierto, de repente soy un demonio. Soy un habitante antinatural del infierno simplemente porque tengo un talento dado por Dios que he decidido emplear. Simplemente porque necesitaba trabajar para alimentar a mi familia, para cuidarla".

Ambrosio observó su rostro encendido, su poder. Era evidente que creía cada palabra que pronunciaba. "Pero tenías una familia. Tenías un lugar en la sociedad, un hogar. ¿Por qué lo abandonaste?

Elizabeth hizo una pausa. No podía contárselo todo. No había nada que le dijera que debía confiar en él. No, pensó Elizabeth, no había ningún motivo para confiar en él. Al fin y al cabo, aunque no hubiera sido totalmente sincera, desde luego no estaba sola. Fíjate en él. Cuando había llegado antes a su alcoba, no había sido del todo sincero. El barón de Roxburgh, en efecto.

"Me cuesta creerte, Elizabeth, porque dices muy poco". Ambrose observó cómo su rostro reflejaba cierta lucha interior. Finalmente, miró a través de la oscuridad y se encogió de hombros.

"Tuve que huir de mi padre".

"¿Sir Thomas Bolena?"

Elizabeth asintió lentamente. "No creo que me haya considerado nunca una verdadera hija. No es que importe. Pero tenía que escapar".

Ambrose observó cómo sus hombros caían con resignación. Bueno, estaba dispuesta a hablar. Era un comienzo.

"¿Por qué tuviste que escaparte? Estoy seguro de que los sentimientos de tu padre hacia ti no fueron una revelación de la noche a la mañana".

Elizabeth observó cómo él se alejaba y se sentaba en una silla junto al escritorio. Mantenía la distancia entre ellos. Esta mujer es veneno, casi podía verle pensar. No te acerques demasiado a ella.

Pero entonces, ¿cómo podía culparle?

"Es cierto", susurró ella, estremeciéndose al recordar todo lo que había ocurrido aquel día. "Pero nunca en el pasado había intentado... deshacerse de mí de la forma en que planeaba hacerlo la noche antes de que huyera".

"¿Deshacerse de ti?"

"Me enviaba a la cama de su amo", dijo Elizabeth, intentando que la amargura no se reflejara en su voz. Vio cómo sus ojos se disparaban hacia los de ella. "Resulta que el rey de Inglaterra se encaprichó de mí el último día del torneo, así que el asqueroso canalla infectado de viruela convocó a mi padre. Enrique me quería para su cama".

Ambrosio pensó en aquel día. En lo hermosa que estaba en las tribunas. En la atención que le había prestado tras aceptar de Francisco la apuesta perdida del rey inglés. Su rostro se ensombreció.

"Sí, me ordenaron ir. Por mis propios parientes".

"¡Cabrón!" maldijo Ambrosio en voz baja. La justa. No había sabido quién era Isabel cuando habló con ella después de la justa. Pero era tan típico de la vileza del rey Enrique. Ningún escocés haría insinuaciones públicas a la hija de uno de sus hombres sin que alguien pagara el precio. Enrique no podía castigar a Ambrosio por sus atenciones hacia Isabel. Y Bolena tenía sus usos. Pero la hija, hermosa como era, sería un bonito juguete. Y se la haría sufrir por las insinuaciones de Ambrosio, antes de que éste la desechara.

"¿Has ido?" Lo preguntó con los dientes apretados. Elizabeth no tenía la culpa, sino él.

"No. Habría muerto antes de ir a verle". Elizabeth miró la única vela que había sobre la mesa de trabajo. Una polilla revoloteaba alrededor de la luz. "Se lo dije a mi padre".

"¿Fue él quien te pegó?"

"Sí, las dos veces". Volvió la mirada hacia él. "Como puedes imaginar, no le gustó nada mi respuesta. Fue entonces cuando supe que debía abandonar su casa. Él me mantenía en París. Mientras permaneciera en su casa, le pertenecía. Como un perro, una espada o un mueble. Podía comerciar conmigo, trocar mi cuerpo". Sus ojos brillaron de ira. "Hubiera preferido la muerte a una vida así. Me valoro más que permitir que alguien me utilice como él planeaba".

Sentimientos encontrados hacia aquella mujer martilleaban el cerebro de Ambrosio. No sabía qué era peor, si la culpa que le remordía la conciencia por haber hecho algo que pudiera haber desencadenado todo aquello o la simple preocupación que le atormentaba por dentro. Sacudió la cabeza. "Dime, muchacha. ¿Cómo encajo yo en tus planes? ¿Por qué acudiste a mí aquella noche?"

Elizabeth se miró las manos. No estaba dispuesta a confesarle la verdad sobre su plan para perder su virtud. "Eres un héroe. Guapo, caballeroso, sensual. Y has mostrado interés por mí. ¿Me creerías si te dijera que... bueno, la curiosidad fue la razón principal?"

"No". Ambrosio reprimió su sonrisa. "Pero si te creí, supongo que debo suponer que fue la decepción lo que te hizo salir". Observó cómo una lenta sonrisa se dibujaba en sus labios.

"Todo lo contrario, mi señor". Podía sentir el calor de su mirada en su rostro. "La verdad... es que me asusté. Miedo de mí misma y de mi reacción ante ti. Era todo tanto a la vez. Sabía que tenía que dejar Francia, mi familia, todo lo que siempre había apreciado. No podía aceptar más complicaciones en mi vida".

"No tenías que huir. Recuerdo que te ofrecí protección".

Me ofreciste tu cama, pensó.

"Habría sido un error imponerme a ti o a cualquiera. Sabía que podía cuidar de mí misma. Sabía que tenía talento", continuó Elizabeth. "Ya había vendido algunos de mis cuadros, así que sabía que podía hacerlo. Era mi sino, mi destino, vivir de mis propios medios, de mi talento. Podía sentirlo. Era mi momento de intentarlo. Si no lo intentaba entonces, mi oportunidad se habría esfumado para siempre".

Ambrosio observó sus dedos entrelazados sobre el regazo. Era buena. De hecho, era más que buena. Era una artista de talento excepcional. Por lo que había visto de sus cuadros en el palacio de Giovanni de Médicis, por lo que había visto en esta villa esta noche y por la única obra que él mismo tenía, Ambrosio sabía sin lugar a dudas que Isabel Bolena era, en efecto, una artista dotada.

Pero, ¿qué demonios voy a hacer con ella? pensó. Sabía que no podía exponer la verdad. Al fin y al cabo, él mismo era probablemente más responsable que nadie de la situación en la que ella se encontraba hoy. Enrique sólo había querido utilizarla e incluso una timadora-Ambrose comprendía la política de la vida en la corte. Pero, ¿podría llevarla a Escocia y presentársela a la reina? No, claro que no podía. Los hombres de Florencia podrían estar completamente ciegos ante una mujer hermosa, pero Ambrosio sabía que su artimaña nunca funcionaría en Escocia. La descubrirían antes de que pisara diez pasos en suelo escocés. Quizá incluso antes: Gavin Kerr probablemente la descubriría como una impostora. Quizá lo mejor que podía hacer era marcharse y pedirle a Giovanni otro artista. Podría decirle al duque que nunca había visto a ese tal Phillipe. Había ocultado su identidad durante tanto tiempo, podía continuar indefinidamente. Tal vez ésa fuera la mejor respuesta.

"Por favor, llévame contigo".

Ambrosio se sobresaltó ante la petición. Se preguntó brevemente qué le estaría pidiendo. La posibilidad de que ella aceptara su oferta, incluso después de cuatro años, seguía despertando una conmoción en él. Y eso era condenadamente sorprendente, teniendo en cuenta.

"Por favor, llévame a Escocia. No te decepcionaré. Te doy mi palabra". La vacilación que Elizabeth había visto en el noble en los últimos momentos casi la había puesto nerviosa. Temía la discusión silenciosa que el hombre mantenía consigo mismo. No podía permitir

que Ambrose Macpherson los dejara atrás. Tenía que convencerle de que se los llevara a su reina. No le quedaba mucho tiempo. "Aceptaré las condiciones que establezcas".

Ambrosio la observó en silencio. Hablaba el miedo. Había participado en suficientes negociaciones como para saber cuándo se apoderaban de él la desesperación y el miedo. Elizabeth ni siquiera intentaba disimular su miedo. Estaba dispuesta a arrojarse a su cama para salvar su bonito cuello. Por mucho que le atrajera la idea de tener a esa mujer durante un breve periodo de tiempo, no quería que ocurriera así.

"Sé que tu reina lleva mucho tiempo esperando a un pintor de cierta calidad. Miguel Ángel me dijo que ella le había pedido que fuera a Escocia hace diez años para pintar el retrato real. Pero él estaba inmerso en un enorme proyecto de escultura para el monumento al Papa Julio y lo utilizó como excusa para no ir. Con los terribles problemas que tuvo Escocia en aquella época, dijo que ningún pintor que conociera estaba dispuesto a viajar allí." Elizabeth siguió hablando rápido. Necesitaba ganárselo. "Las historias de la guerra entre Inglaterra y Escocia eran espantosas; recuerdo cuando ocurrió lo de Flodden y perdisteis a vuestro rey. Miguel Ángel dijo que incluso oyó a tu reina culparle de la muerte de su marido. Se rumoreaba que ella decía que si él hubiera ido a pintarlos en el verano de 1513, tal vez el rey no habría entrado en guerra. El maestro dice que ha oído que se ha obsesionado con esa idea. Puedo remediarlo".

Ambrosio escuchó en silencio sus palabras. Sin duda se alegraba de no haber hablado antes. Habría tenido que tragarse sus palabras. Ella no se entregaba a él. Quería que la ayudara con su mascarada. Y todo el mundo conocía las ideas supersticiosas de la reina Margarita. No eran ningún secreto. Era más supersticiosa que los florentinos, y éstos eran el pueblo más crédulo de Europa.

Pero lo más importante era que Ambrosio no se creía ni una palabra de lo que decía Elizabeth sobre por qué quería irse. Había algo más.

"Por favor, nadie necesita saber la verdad. Puedo hacer el trabajo a satisfacción de tu reina". Elizabeth deseó que dijera algo. "Sólo será por poco tiempo. Prometo no ser una molestia y me mantendré alejada de tu camino. Por favor, dame la oportunidad y déjame intentarlo".

Ambrose tuvo que admitir que esto le gustaba mucho más. Si ella se le echara encima, él dejaría pasar la oportunidad. Pero esto prometía. Presentaba la posibilidad del desafío, de los encantos de la seducción.

"No, muchacha. Pondrá mi cabeza en una pica sobre el castillo de Stirling si se entera de que he traído a una mujer para pintar a la

familia real".

"¡No tiene por qué enterarse! No se va a enterar".

Ambrosio continuó como si no la hubiera oído. "¿Te he oído mencionar algo sobre estar de acuerdo con mis condiciones?" Se levantó y caminó hacia la chimenea. Apoyando su ancha espalda contra ella, observó su expresión confusa.

"Todo depende de lo que sean, milord". dijo Elizabeth, temerosa de repente de lo que ocultaban sus palabras.

"La primera condición para llevarte conmigo es que aceptes estas condiciones".

"¿Son muchos?"

"Posiblemente sólo unos pocos". Se cruzó de brazos. "Todo depende de mi estado de ánimo durante el viaje".

"¿Cómo esperas que las acepte si no sé lo que son?" protestó débilmente Elizabeth.

"Estoy seguro de que si me acercara a Don Giovanni con-"

"De acuerdo", intervino Elizabeth. "Aceptaré tus condiciones siempre que aceptes una de las mías".

Ambrosio la miró con el ceño fruncido. "No estás en posición de negociar".

"Estoy en posición de preguntar".

"¿De qué se trata?", ordenó. "¿Cuál es tu petición?"

Elizabeth se levantó también y apartó la silla. "Mi familia viene conmigo. A Escocia".

"Tu familia está en Inglaterra. No iré allí a buscarlos".

"No hace falta". Se apoyó en el escritorio y estiró las piernas.

Ambrosio observó sus torneadas piernas, que se mostraban atractivas a través de las finas medias. Estos florentinos están ciegos, pensó.

"María y Jaime están aquí conmigo. Soy responsable de ellos, así que tienen que venir con nosotros".

"Mary es tu hermana", recordó Ambrosio. "Desapareció cuando tú lo hiciste".

"¡Me has buscado!" afirmó Elizabeth con sorpresa en la voz. Nunca se le había ocurrido la idea de que aquel noble hubiera intentado averiguar su paradero después de que se separaran hacía cuatro años.

Ambrose ignoró su comentario. "Tu hermana, por lo que recuerdo, era un problema en ciernes. El viaje a Escocia es largo. Estará molestando a mis hombres. Ya sé que no me gusta. Y esta Jaime, ¿quién es?"

Elizabeth hizo una pausa. No podía irse sin ellos. ¿Cómo iba a dejar atrás a María y al pequeño Jaime? Ésa no era una opción. Y por la forma en que hablaba el montañés, de algún modo parecía dispuesto a llevarla a ella y sólo a ella. Ambrose Macpherson no

comprendería el vínculo que los unía a los tres. A menos que...

"El niño".

"Tu hija".

Elizabeth se quedó mirando.

"No la dejaré atrás. Tengo que llevármela".

Ambrosio observó su rostro. "¿Qué edad tiene?"

"Sólo tres".

Ambrosio señaló el cuadro de la pared. "¿Es ella?"

Elizabeth asintió en silencio.

"Se parece a ti". Sus ojos viajaron del retrato de la niña al rostro de la mujer que estaba de pie en el estudio. "¿Quién es el padre?"

Levantó los ojos para encontrarse con los de él. No esperaba que se lo preguntara. "No está por aquí".

"¿Quién es el padre?", repitió la pregunta.

"¿Por qué lo preguntas?", protestó ella. No esperaba tener que mentir así. Ahora, ya tenía miedo. Miedo de quedar atrapada en su propia red de mentiras.

"Una de las condiciones", dijo Ambrose en breve, "es que respondas a mis preguntas".

"Si respondo, ¿significa eso que nos llevarás contigo?"

"Te lo diré cuando tenga la respuesta".

Era imposible razonar con aquel hombre. Joseph tenía razón. Ambrose Macpherson estaba acostumbrado a hacer las cosas a su manera y sólo a su manera. "Está muerto. No importa quién era. Está muerto".

Ambrosio pudo oír que no había arrepentimiento en su voz. ¿Acaso aquel hombre había sido simplemente otra "curiosidad" para Isabel Bolena? ¿Como lo había sido el propio Ambrosio? Pero había una diferencia. Ella había estado lo bastante interesada en este otro hombre como para quedarse y compartir su pasión. Después de todo, había dado a luz a su hijo. El hombre estaba muerto, pero Ambrosio seguía sintiendo una punzada de envidia. No tenía sentido, pero aun así la sentía.

"¿Cómo se llamaba?"

Elizabeth entró en pánico. ¿Qué pasaba si elegía un nombre que él conociera? Deseó que dejara de interrogarla. "Su nombre..."

"¿De qué se trataba? ¿Y cómo os conocisteis?" Ambrosio se estaba volviendo menos paciente con su retahíla de preguntas sin respuesta. "¿Cómo murió?"

Respiró hondo y se resignó a seguir adelante. "Phillipe de Anjou". Al ver la cara de sorpresa de Ambrosio, se sintió animada y continuó. "Era un artista. Un artista francés que conocí en París. Cuando huí de Calais, nos conocimos en París, y él me trajo aquí. Murió cuando nos detuvimos en Milán, así que me hice cargo de su nombre y de su

obra". Elizabeth exhaló un suspiro de alivio. "Ya está. Todo".

"¿Cómo murió?"

"¿Cómo?", repitió. Cómo diablos iba a saberlo, maldijo para sus adentros.

"¿Fue envenenado? ¿Alguien le apuñaló? ¿Se cayó de un carro? Suele haber razones para que un joven muera".

"¡Oh!", reconoció ella. "Pero... pero no era joven. Era viejo. Murió de viejo... y de fiebre".

"¿Te acostaste con un viejo raquítico y le diste un hijo?" Ambrosio casi sonrió abiertamente. Ahora comprendía su voluntad entre sus brazos.

"No tienes derecho a hablar de él con tanta ligereza". Elizabeth apartó la mirada. "Phillipe era un buen hombre y se preocupaba mucho por nosotros. Le recuerdo con cariño y aprecio su memoria. Te agradecería que dejaras de burlarte de algo que no entiendes".

Ambrosio estudió su rostro cabizbajo. No podía ver su expresión. Pero por el pequeño temblor de sus hombros, supuso que estaba disgustada, quizá incluso llorando. Demonios, bien podría llevársela a ella y a toda la manada. ¿Y qué si la descubrían? Si la desenmascaraban en Escocia, tendría más posibilidades de sobrevivir allí que en Florencia.

"Te vienes conmigo".

"Queréis decir que nos vamos todos, milord". Ella le devolvió la mirada, secándose los ojos con el dorso de las manos.

Ambrosio se dio cuenta de que parecía ruborizada. "Tu hija y tú".

"Mi hermana, mi hija y yo".

"No. Tu hermana es problemática".

Elizabeth le miró de frente. "La necesito para mi fachada. Todo el mundo cree que Jaime es suyo. Es importante".

"No importa adónde vayamos. Prepárate, saldremos de Florencia dentro de una semana".

Sacudió la cabeza en señal de discusión. "No puedo idear una nueva farsa en tan poco tiempo. Por favor, mi señor, te... te ofreceré un trato".

"No tienes nada que ofrecer", le recordó Ambrosio.

"¿Condiciones?" Ella observó su expresión.

"Continúa".

"Acataré tus condiciones -todas y cada una de las que establezcas- hasta que lleguemos a Escocia. Y a cambio te llevarás a mi familia y a los Bardis".

La miró incrédulo. "Hace un momento eran tu hija y tu hermana. Ahora has añadido a tus amigos. Empiezo a sentir que, a cada momento que pasa, pierdo una parte mayor de este trato".

"Entonces, acepta". Dijo con naturalidad.

Ambrose evaluó a su oponente.
"Sí, con condiciones".

Capítulo Diecisiete

"¡HEMOS PERDIDO EL MALDITO BARCO!"

"Lo sé. Todos te hemos oído". Elizabeth no iba a dejarse humillar públicamente por aquel hombre. Devolvió la mirada de Ambrosio sin pestañear. "Todos en Pisa te hemos oído".

De pie en el muelle, junto al embarcadero vacío, Isabel miró hacia atrás y vio que sus temerosos compañeros de viaje se mantenían a una distancia prudencial del furioso noble. Había sido María una vez más, desapareciendo en el último momento sin motivo aparente. No tenía noción del valor del tiempo ni de los horarios. Pero Isabel no iba a excusarse por ella ni por nadie. No veía la necesidad de dar explicaciones. Desde luego, no al arrogante lord Macpherson.

No lo había vuelto a ver desde que se conocieron en el estudio de José en Florencia. Sus indicaciones, al partir aquella noche, habían sido que estuvieran listos en una semana y se reunieran con él en Pisa. Pero había sido cortés y se había ofrecido a enviar a sus hombres para ayudar al grupo a llevar sus pertenencias a la ciudad portuaria, cerca de la desembocadura del Arno.

Y ella había sido tonta y había aceptado su oferta.

En efecto, sus hombres habían llegado esta mañana. Pero no estaban allí para ayudar. Habían llegado con órdenes específicas de su amo. María no podía llevar sus tres cofres llenos de ropa. José no podía traer su mercancía. Isabel no podía traer sus pinturas. Debían viajar ligeros, sólo con lo necesario para ser transportados a caballo. Ésas habían sido las indicaciones de Ambrose Macpherson.

Y Elizabeth había desobedecido sus órdenes. Todas y cada una de ellas. Pero él no lo sabía. Aún no lo sabía.

Aún la sorprendía, incluso le dolía un poco, darse cuenta de lo equivocada que podía estar con respecto a él. Se había sentido tan engañada por la fachada de preocupación, por el enfoque sensual y apasionado que este hombre utilizaba con tanta facilidad para abrumarla. Pero eso fue antes de ver al verdadero hombre. Sintió que le ardían las puntas de las orejas sólo de pensar en la debilidad que él percibía en ella, de pensar que había sido tan ciega a la verdad que se ocultaba bajo su técnica. Ambrose Macpherson, el barón de Roxburgh, era un cabezota, un bocazas, un hombre irritante que exigía que las cosas se hicieran a su manera, y sólo a su manera. Joseph había tenido razón sobre él desde el principio.

"¡Hemos perdido el maldito barco!"

Elizabeth se volvió al oír el rugido procedente del otro extremo del muelle y vio cómo un segundo escocés se acercaba hacia ellos. El viento agitaba el pelo negro del hombre sobre su rostro, por lo que no podía ver su expresión, pero su tamaño, tuvo que admitir, era más que intimidante. Ambrose era un gigante, pero éste parecía media cabeza más alto.

"Veo que los montañeses sois muy limitados en el uso de las palabras", susurró lo bastante alto para que Ambrose la oyera.

"Di eso cuando esté más cerca y te partirá por la mitad". respondió Ambrose con brevedad. "Gavin Kerr es de las Fronteras -de las Tierras Bajas- y cree que los montañeses son bárbaros..."

"Y tendría razón, por supuesto", intervino ella.

"Éste es un largo viaje y puedes estar seguro de que haré todo lo posible para estar a la altura de esa reputación".

Ella se encogió ante sus palabras.

Ambrose bajó la mirada y estudió el rostro de Elizabeth cuando su amiga, que parecía un oso, se detuvo a mirar al grupo de viajeros tardíos que se encogían cerca de su equipaje. Era extremadamente buena oscureciendo su joven y clara piel bajo los pigmentos enmascaradores. Pero seguía teniendo buen aspecto. Jodidamente bien.

"¿Sabe él la verdad?", susurró, sin apartar los ojos del furioso guerrero de pelo negro. "¿La verdad sobre mí?"

"¿Qué verdad?" espetó Ambrosio. "¿Alguien sabe la verdad sobre ti? Yo no sé cuál es la verdad sobre ti".

Elizabeth se enfureció. "He respondido a todas las preguntas que me has hecho. No entiendo ni tus duras palabras ni tu mal humor". Su voz se suavizó. "¿Por qué no puedes dejar atrás el pasado? ¿Por qué no podemos seguir nuestro camino?"

Ambrosio miró hacia la diversa colección de barcos, galeras y barcazas que se agolpaban en el ancho y fangoso río que los llevaría hasta el mar de Liguria y el Mediterráneo. Seguía alterado y le costaba controlar su temperamento. Era la primera vez que lo hacía.

"Gavin Kerr no tiene motivos para pensar que eres otra cosa que lo que dices".

Elizabeth había optado por no revelar a los Bardis su pasada relación con Ambrose Macpherson, y tampoco les había dicho que el noble sabía que era una mujer. Era una complicación de la que no quería que se preocuparan. Pero tenía que decirle la verdad a Mary. Al fin y al cabo, su hermana seguía suponiendo que Isabel había cedido su doncellez a aquel montañés.

"Gavin es un hombre confiado. No le he hablado de tu... inventiva".

"Gracias", susurró ella.

Ambrosio se volvió hacia ella con asombro. No había esperado

aquellas sencillas palabras. Recuperando rápidamente el ceño, gruñó al pequeño pintor. "Lo que significa que preferiría matarte a mirarte".

"¡Oh!"

"¿Es éste el maldito pintor que nos ha dejado con el culo al aire los dos últimos días?"

"Sí, Gavin. Éste es Phillipe de Anjou".

"¿Qué eres, un enano?", rugió, mirando a Elizabeth con el ceño fruncido.

Elizabeth respiró hondo y le devolvió la mirada. "Mi tamaño no tiene nada de malo. Pero el barón me ha dicho que has llegado a tener el tamaño que tienes comiendo ganado inglés robado".

Gavin enarcó las cejas y miró rápidamente a Ambrose. "¿Ah, sí?"

"Sí", continuó rápidamente. "Dice que incluso se sabe que te detienes a asar los cadáveres antes de devorarlos... de vez en cuando".

Elizabeth observó cómo la comisura de los labios del habitante de la Frontera empezaba a torcerse. Era un hombre enorme, tan ancho y tan alto como las estatuas de Hércules de Miguel Ángel. Su rostro, por feroz que fuera su expresión, tenía los rasgos apuestos y cincelados de los dioses de mármol. Lo que le faltaba era el toque de humor que bailaba justo detrás de los ojos azules de su amigo de las Tierras Altas, Ambrose Macpherson. Tampoco tenía la sonrisa fácil. Tampoco tenía la fluida confianza de su postura.

Tampoco, decidió, podía imaginárselo abrazando a ninguna mujer como Ambrose la había abrazado a ella.

"Dime", preguntó ella, insistiendo en su ventaja. "¿Merece la pena que os quedéis sentados esperando una buena carne?"

"Sí, muchacho", concedió pensativo el de las Tierras Bajas. "Sobre todo cuando se trata de carne robada".

"Entonces, Gavin Kerr, recuerda esto. Acabas de robarme a mí y a mis amigos a los Medici, y cuando tu reina te recompense por lo que le has aportado, verás que la espera ha merecido la pena".

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro del guerrero y, con un movimiento brusco, Gavin le dio a Elizabeth una fuerte palmada en la parte posterior del hombro, lanzándola medio paso hacia delante.

"Bueno, Ambrose. Apuesto a que este muchacho estará bien. Aunque eres una cosa escuálida, Phillipe".

Ambrose la miró de arriba abajo. Pero su rostro no mostraba nada de lo que estaba pensando. Sabía lo que había debajo.

"Quizá podamos engordarte un poco durante este viaje. Hacerte fuerte. Como un hombre", atronó Gavin.

"Es pintor", dijo Ambrose en voz baja. "Está bien como está".

Gavin ignoró el comentario de su amigo. "No he visto ninguno de tus cuadros. Aunque Ambrose me ha dicho que tienes bastante talento".

"¿Lo ha hecho?" comentó Elizabeth con sorpresa, echando un ojo al noble.

"Sí, aunque -nada en tu contra- dudo que sepa mucho al respecto", retumbó Gavin en tono conspirador. "Al fin y al cabo, sólo es un Highlander".

Elizabeth observó cómo intercambiaban miradas. Tenía la fuerte sospecha de que aquellas bromas eran constantes entre aquellos dos hombres.

"Bueno, Gavin", intervino Ambrose. "¿Nos has encontrado otra nave? ¿O vamos a quedarnos aquí sentados una semana más o menos?"

"De hecho, ¿ves la proa de esa galera a unos ocho muelles en esa dirección?" Gavin señaló el barco. "Zarpan hacia Marsella con la marea de la mañana, y pude conseguirnos un atracadero. Aunque no fue fácil. Al capitán no le hacía mucha gracia que le acompañaran dos docenas de guerreros escoceses".

"No es ninguna sorpresa", dijo Ambrose en voz baja.

Gavin miró a su amigo. "Y no he mencionado tu nombre".

"Bien".

Elizabeth miró de un hombre a otro. "¿Hay algo que vosotros dos queráis decirme antes de que avancemos más en este viaje?"

"No", respondieron los dos hombres al unísono.

Sin decir una palabra más, los escoceses le dieron la espalda y se alejaron, y Elizabeth se quedó de pie, con las manos a los lados, mirándolos mientras avanzaban juntos por el muelle.

Isabel se encogió cuando los dos marineros dejaron caer el baúl de María en la bodega de la galera. El sol estaba bajo sobre las aguas occidentales que se extendían más allá de la ancha desembocadura del Arno, y aunque la tropa de guerreros escoceses bebía ruidosamente en el muelle, ella estaba decidida a vigilar de cerca mientras cargaban su equipaje a bordo del navío mercante.

Miró a su amigo, que estaba a su lado. "Joseph, ¿tienes idea de por qué el barón querría ocultar su verdadera identidad al capitán de este barco?"

Joseph se volvió de espaldas a la alta borda y sonrió al pintor. "Sí, así es".

Isabel esperó pacientemente mientras el mercader miraba por las jarcias los dos mástiles de la galera. Sabía que era el tipo de barco en el que José había viajado muchas veces en su búsqueda de mercados. Por lo que José acababa de contarle, ahora sabía que la galera de dos mástiles era el caballo de batalla del comercio en el Mediterráneo, y su diseño no había cambiado desde que se tenía memoria. Este barco contaba con cuarenta y ocho remeros que impulsaban la nave de casco

poco profundo hacia delante, independientemente de la dirección del viento.

"Éste es uno de los primeros de su clase", dijo Joseph con entusiasmo, señalando hacia la popa del barco. "Por lo que he oído, debajo de la cubierta alta de ahí atrás han ampliado el espacio de los camarotes".

"Amigo mío, el tamaño del camarote de esta cocina no es lo que me preocupa ahora", dijo en voz baja. "Me preocupa más poneros a todos en peligro. Joseph, necesito saber qué información tienes sobre el barón de Roxburgh".

José echó un vistazo al animado grupo de marineros que se reunía no lejos de donde María estaba de pie haciendo pucheros al sol. Una sensación de inquietud se apoderó de él.

"¿Y bien, Joseph?" preguntó Elizabeth, esperando aún los detalles, pero sin oírlos. "¿Te importaría decirme lo que sabes?"

"No".

"Por favor, Joseph", dijo ella brevemente. "Si piensas actuar como esos dos escoceses cabezas de cerdo, llevaré mis quejas a Erne".

José respiró más tranquilo cuando vio a su esposa avanzando resueltamente hacia María a través de la multitud de gente que se arremolinaba entre los puestos de pescadores y agricultores que abarrotaban los muelles de piedra. Vio cómo ella despedía a los marineros con sólo fruncir el ceño. Luego su rostro se iluminó al levantar la vista hacia el barco y verle, y él respondió a su inclinación de cabeza con una sonrisa y un gesto de la mano.

"Bueno, en ese caso, te diré lo que sé. Pero debes guardártelo para ti. No puedo permitirme tener mujeres histéricas en mis manos durante este viaje".

"¿Tan malo es?"

"¡No! En absoluto. Pero nunca se sabe cómo reaccionarán algunas personas ante algo que han supuesto durante mucho tiempo que no era más que un chisme de boca en boca."

Estaba pendiente de cada una de sus palabras. Cuando Joseph miró a la multitud que se movía por el muelle, ella estuvo a punto de estallar. "Por favor, José. El suspense está sacando lo mejor de mí. Dime lo que sabes".

Joseph volvió a apartar la mirada de ella, pero esta vez sus ojos buscaron a Ambrose Macpherson. No deseaba que el propio hombre le sorprendiera hablando del barón.

"La primera noche que vino a vernos a Florencia, no tenía ni idea de que el barón de Roxburgh y Ambrose Macpherson fueran el mismo hombre".

Y ya somos dos, pensó Elizabeth.

"Pero al ver su broche y los colores de su tartán, pronto lo supe",

continuó Joseph. "Creo que fue entonces cuando me asusté de verdad". Las últimas palabras las pronunció en voz baja, como si no se las dijera a nadie más que a sí mismo.

"En cualquier caso, las historias se remontan a algún tiempo atrás y tienen que ver con piratas en los mares al oeste de Inglaterra. Hace años, según recuerdo, cualquiera que viajara por el mar de Irlanda conocía los nombres de Macpherson y Campbell y les temía. Eran los piratas más feroces que jamás habían navegado por aquellas aguas".

"¿Es *un pirata*?" preguntó Elizabeth con gran vacilación. Bajó rápidamente la voz mientras miraba a su alrededor. "¿Viajamos con un pirata?"

"Ambrosio no. Su padre", continuó Joseph. "Incluso tenía licencia para ello. El rey Jaime de Escocia concedió derechos exclusivos a sus nobles más valerosos. Su trabajo consistía en defender las aguas escocesas y obtener los ingresos que pudieran asaltando los barcos que pasaban."

"Eran ladrones".

"No, querida. Incluso hoy en día se considera una profesión legítima, incluso noble, y todos los reyes de Europa siguen practicándola. Ingleses, españoles, franceses... todos lo hacen. Forma parte del negocio de la navegación. Para comerciar en estas aguas peligrosas, tienes que proteger tus barcos y tu mercancía. Y la mejor forma de hacerlo es ser tú mismo un pirata. Si no lo eres, será mejor que estés preparado para pagar grandes sumas de oro y esperar que trabajen de tu parte".

Los ojos de Elizabeth encontraron a Ambrosio, que estaba hablando con el capitán del barco en el muelle de piedra. "Entonces, ¿él también lo es?"

"¿Un pirata?" Joseph siguió la dirección de la mirada de Elizabeth. "Nadie lo sabe con certeza. El hijo mayor de Alexander Macpherson, Alec, dirige ahora el clan Macpherson y, según dicen, al estar casado con la hermana del rey escocés, tiene poco tiempo para navegar en alta mar. Quedan Ambrose y el hermano menor, John. Ambos han vivido en el mar desde que eran niños. Ambos podrían dedicarse al oficio del padre. Pero ahora me entero de que Ambrose es también el Barón de Roxburgh. Y por lo que he oído, se sabe que el barón tiene más castillos -y más oro en ellos- que cualquier rey de Europa. Así que es poco probable que continúe en el negocio familiar de la piratería, aunque algunos de nosotros esperamos que lo haga".

"¿Esperas que lo haga?", preguntó ella, volviéndose hacia él sorprendida. "¿Por qué?

"El misterio. La aventura". Joseph sonrió. "Los Macpherson son héroes desde hace mucho tiempo. Forman parte de la historia. Son una tradición. Nadie quiere que desaparezcan las leyendas. ¿Qué

hombre no querría contar a sus hijos que navegó con los Macpherson por mar abierto? Y, como a todo el mundo, a los marineros les intrigan las leyendas. Sobre todo las vivas".

Elizabeth se estremeció involuntariamente al contemplar a Ambrose al otro lado del muelle. Una vez más, llevaba su falda escocesa y su tartán, pero ahora una capa negra le ceñía los hombros. Del cinturón de cuero colgaba una larga espada. Su pelo rubio ondeaba suelto sobre su rostro con la suave brisa. Era alto, poderoso, libre. Era la imagen misma de lo que ella habría pensado que podía ser un pirata.

Aún más.

Capítulo Dieciocho

EL CUERPO que yacía en la pequeña litera se estremeció con lágrimas silenciosas.

Isabel entró en uno de los oscurecidos camarotes y miró alarmada a su alrededor. Acababa de abandonar la cubierta de popa y a sus compañeras, para ir en busca de su hermana María. Nadie había visto a la joven desde que habían subido a bordo del navío horas antes. La aceitosa vela que yacía apoyada en una caja de hojalata desprendía una luz ahumada y llenaba un lado de la habitación con una tenue neblina. Elizabeth se asomó a la oscuridad y entonces la vio.

María yacía boca abajo, envuelta en una áspera manta de lana. Incluso desde donde estaba, Elizabeth podía ver cómo los pequeños hombros de la joven temblaban con los sollozos apenas perceptibles que se le escapaban de vez en cuando.

Elizabeth se acercó a la litera y se sentó tranquilamente en el borde. Sus manos se movieron suavemente sobre los hombros de su hermana, acariciándola, intentando aliviar el dolor que sentía la mujer más joven. Mary se volvió inmediatamente y se arrojó a los brazos de Elizabeth.

Ahora, de nuevo a salvo en el abrazo familiar de Elizabeth, lloraba abiertamente. Elizabeth la escuchó, incapaz de consolarla con algo más que el tacto suave y el suave movimiento de balanceo que había formado parte de ellas desde la infancia.

"Nunca me he odiado a mí misma como ahora", susurró Mary con amargura, aferrando a su hermana todo lo fuerte que podía. "Mi nombre es un demonio que me precede. No soy un ser humano, sino una enfermedad. Una que hay que evitar. Que hay que desechar y rechazar".

Elizabeth apartó el rostro de su hermana del hombro y la miró a los ojos llorosos.

"¿Alguien te ha dicho algo?" La voz del pintor temblaba de emoción. "No permitiré que nadie te ofenda de esta manera".

María se limitó a negar con la cabeza. "No es lo que otra persona me hace, Elizabeth. Es lo que me hago a mí misma".

Las lágrimas cayeron por su pálida piel mientras continuaba. "Y no depende de ti enderezar lo que yo misma sigo provocando".

Isabel miró a su hermana con incredulidad. Nunca había oído a María decir palabras como ésas. Algo debía de haber ocurrido. "Dime qué ha ocurrido, María. Háblame".

"Oh, cómo desearía volver a ser una simple niña. Pura, impoluta. Vivir de nuevo en una etapa de mi vida en la que las posesiones mundanas significaran poco. Entonces sería libre de elegir... por amor". Hizo una pausa, mirando las sombras que parpadeaban en las paredes.

El rostro de María se volvió casi de trance mientras sus ojos se clavaban en la pared del fondo. Elizabeth se acercó suavemente y le tocó la frente. Pero no había calor febril en su piel, sólo frío. Estaba helada. Elizabeth cogió una manta que había sobre la litera y la envolvió alrededor de su hermana, preguntándose si Mary estaría a punto de sufrir otro de sus ataques. Se había portado tan bien durante tanto tiempo que habían pensado que había vencido a la viruela. Elizabeth se preguntó si su precipitada decisión de ir a Escocia era la razón por la que Mary estaba pasando por aquello en aquel momento. Se estremeció al pensar que podía haber puesto en peligro la vida de la joven al arrastrarla con ella. Elizabeth pasó las manos por los brazos de su hermana, intentando devolver algo de calor a su cuerpo helado.

"Tendrías que haberme visto. Fui tan tonta. Estaba en el muelle con el corazón en la mano".

Elizabeth escuchó en silencio.

"Se acercó a mí. Venía hacia mí. Vi que sus ojos, grandes como la vida, me miraban. Su tartán se agitaba con el viento, pero siguió adelante. Mi corazón dejó de latir. Sabía lo que iba a decir. Iba a..." Mary se miró las manos.

Elizabeth sintió que se formaba un nudo en su propio corazón. Era dolor. Sordo y pesado.

"Se detuvo. Se detuvo a un suspiro. Levanté la vista y me quedé ensimismada. Una vez más, allí estaba yo, una chica joven, sonrojada como una loca, con la respiración entrecortada y las sienes latiéndome con fuerza por la excitación. Era como... el primer amor. Aunque ahora estoy segura de que nunca he amado a ningún hombre, aun así lo supe".

Elizabeth bajó la mirada hacia sus propios dedos, que aferraban la manta con las palmas. Sintió un dolor ardiente en el fondo de la garganta.

"Se quedó allí, mirándome, con una media sonrisa dibujada en sus labios carnosos. Me sentí completa, cuidada, buscada. Hacía mucho tiempo que no sentía eso cuando un hombre me miraba. Era como una criatura de ensueño que Dios me había enviado por fin. Para despertar algo en mi alma. Algo que ha estado dormido. O muerto. Entonces..."

Elizabeth no pudo levantar la vista. Se quedó sentada donde estaba, en silencio, esperando.

"Entonces su amigo le llamó. Lord Macpherson le llamó".

Elizabeth se apretó las manos mientras respiraba

entrecortadamente. "¡Gavin Kerr!"

María levantó la vista soñadoramente. "Era él. El hombre no dijo ni una palabra. Pero yo..." Las lágrimas volvieron a apoderarse de ella. Lloró en silencio.

Mientras Isabel la estrechaba entre sus brazos, pensó en todo el tiempo que María había pasado en compañía de tantos cortesanos en Francia y en Florencia. Pero nunca la había visto tan destrozada, ni siquiera cuando había descubierto que su hijo recién nacido había sido una niña y no un varón, como había esperado.

"Es la primera vez que nos vemos, pero le conozco. Es el hombre de mis sueños, Elizabeth. Es el que he esperado..." Mary hizo una pausa y miró interrogante a su hermana. "Pero no he esperado, ¿verdad, hermana? Me entregué en la primera cama en la que caí. Fui impaciente. Fui malcriada. Egoísta. No esperé, ¿verdad? Y ahora. Ahora lo he encontrado, pero ahora... estoy siendo castigada".

Los ojos de María estaban vidriosos y no veían. Isabel se apoderó de unas manos que se extendían y se aferraban al aire. Que arañaban a enemigos invisibles. No sabía cómo calmar los temores de su hermana, cómo deshacer el tormento que ella misma se estaba provocando. Mary respiraba en jadeos cortos y rápidos. Su voz se engrosaba, como si alguien la tuviera cogida por la garganta.

"Su amigo le llamó. Se lo llevó. Probablemente para decirle que se mantuviera alejado de la moza enferma de viruela. Todos me conocen. Conocen mi reputación. Y lo que dicen ni siquiera es mentira. Yo lo sé. Es la horrible verdad de que no soy más que una zorra enferma. Una vieja puta usada".

"Basta, Mary", ordenó Elizabeth, mientras intentaba aferrar las manos de su hermana. La joven las apartó de un tirón y las escondió detrás de ella.

"Sabes que es verdad. Y Gavin... volvió a pasar por mi lado, más tarde, mientras subíamos al barco. Pero nunca miró. Ni una sola vez. Sí, se le ha dicho, advertido, reprendido. Por mirar. Sólo por mirar". Mary se balanceaba en la litera y sus palabras se convertían en gemidos. "Quiero lavarme. Quiero deshacerme de esta mugre que he acumulado a lo largo de los años. Quiero ser deseada. Por él. ¿Es demasiado? Pero no puedo. No fui inocente, Elizabeth. Lo sabía. Lo sabía. Allí de pie, lo perdí. Mi sueño. Lo busqué y, después de encontrarlo, lo perdí. Estaba sucia. ¡Estoy sucia! Oh, Dios... ¡tan sucia!"

María empezó a frotarse las manos con fuerza contra la manta, pero Isabel le cogió las muñecas y se las sujetó con fuerza.

"Entonces me vi a mí. Vi mi vida. Dios me ayudó a ver. Nunca lo supe, durante todo este tiempo. Fui yo. Durante todo este tiempo. Busqué esta suerte, este destino. Después de la primera vez, después

de que Henry me dejara embarazada, podría haber parado. Me dijiste que no era culpa mía. Eso dijiste. La culpa era de padre. Pero él lo intentó contigo, y tú no se lo permitiste. No. Tú eras fuerte. Yo era débil. Fui codiciosa. Y después de eso, seguí sin parar. Siempre supe que algún día lo encontraría, pero estaba impaciente. Seguí sin..." Mary se dobló y lloró. Lloró contra la manta. "No me lo merezco".

Elizabeth se inclinó hacia ella y la abrazó. Era lo único que podía hacer. Sólo abrazarla.

Había oscuridad y nada más. Elizabeth se agarró al lateral de la litera y balanceó las piernas sobre el borde, pero el suelo pareció abrirse bajo ella. Hubo un movimiento de sacudida y fue lanzada por los aires, rodando mientras caía. Y entonces aterrizó. Sintió que su cráneo se rompía con fuerza contra el áspero suelo de madera. Desde arriba, Elizabeth oyó un chirrido de metal contra madera, y luego el peso del cofre cayó sobre ella. Se estremeció con un dolor agudo que le atravesó el hombro mientras intentaba apartarlo. Pero la nave volvió a tambalearse y el cofre cayó sobre su muñeca.

Podía oír el sonido sordo, pesado y traqueteante de las cajas que arrojaban a su alrededor. El camarote del barco seguía balanceándose y Elizabeth, completamente desorientada, empezó a arrastrarse indefensa hacia delante. A su alrededor reinaba una oscuridad sepulcral.

"¡Mary!", llamó. "¡Mary! ¿Estás aquí?"

Elizabeth se había dormido abrazada a su hermana. La atribulada joven se había instalado por fin tranquilamente a descansar, y Elizabeth se había quedado a su lado.

De repente, el suelo de la cabina pareció caer bajo ella, y Elizabeth oyó el estruendo de otra caja a medio metro de su cabeza. Levantó las manos instintivamente y rodó lejos del lugar. Se arrastró rápidamente hasta ponerse a cuatro patas y corrió en la dirección por la que creía que había venido. Pero el salvaje movimiento del barco luchaba por frustrar sus intentos.

"¡Mary!", llamó en voz alta. Pero el sonido hueco contra las paredes sólo fue respondido por el rugido del viento que golpeaba los costados del barco.

Tan oscuro. No había ningún atisbo de luz, ningún indicio de en qué dirección podía estar la puerta. Y la tormenta. El pánico empezó a subirle por la espalda. Tenía que abrir la puerta. ¿Dónde estaba María? ¿Dónde estaban Jaime y los demás? Tenía que salir.

Elizabeth se movió, empujó con fuerza mientras luchaba por ponerse en pie. Su mano alcanzó una pared. Bien. El camarote no era

tan grande. Pero entonces el barco se estremeció, se hundió y la hizo rodar una vez más, hacia abajo y contra la pared.

Oyó el ruido de arriba y de detrás de ella. El ruido de más baúles y cajas dispuestos a aplastarla.

Cuando llegaron a la cresta de otra ola montañosa, Gavin escrutó el ondulante paisaje marino en busca de alguna señal de tierra, pero no se veía nada más allá de la espuma azotada por el viento de un mar gris verdoso y la negrura de las nubes bajas.

"Maldito sea el cielo", maldijo el escocés ante la punzante niebla salina. "No hace ni dos horas que era azul".

Mientras la galera se deslizaba sin control hacia la depresión entre las olas, Gavin se agarró a la barandilla de la alta cubierta de popa. Ésta es la vida de un lunático, pensó. Dadme una buena batalla y un suelo firme en el que apoyarme. Miró hacia delante, hacia la tropa de guerreros escoceses apiñados en la proa, y adivinó que más de unos cuantos de aquellos valientes hombres pensaban lo mismo. Alrededor del lugar donde se encontraba, había grupos de viajeros sentados en la cubierta de madera, y las plegarias de varios de ellos eran tan audibles como el llanto de la pareja de ancianos sentada directamente a sus pies.

Ambrose acababa de bajar de nuevo, tras haber arreado a la mayoría de sus propios pupilos fuera de los diminutos camarotes. Gavin no pudo evitar sonreír al pensar en la expresión de los marineros cuando el barón había dejado tan clara su intención. Cubierta abarrotada o no, los que estaban al cuidado de Ambrosio no iban a estar bajo cubierta si el barco se hundía.

Gavin miró a la hermana del pintor por encima de la corta barandilla que tenía delante. Llevaba un rato allí de pie, mirando el mar salvaje y espumoso.

La mirada del escocés se detuvo en ella mientras se aferraba a la barandilla del otro extremo del barco y empezaba a avanzar lentamente. Era una muchacha bonita, y Gavin había oído que se llamaba Mary.

Siempre incómodo en compañía de mujeres de todos modos, Gavin sólo podía preguntarse ahora qué podría estar pasando por la mente de la joven. A diferencia de los demás, que necesitaban un grupo de gente que les hiciera compañía, ésta era tan solitaria. Tan parecida a él.

Gavin la había visto por primera vez en el muelle. Desde la distancia, había parecido como si estuviera allí de pie esperando... esperándole sólo a él. Sus ojos y sus sonrisas parecían dirigirse

únicamente a él. Se había dado la vuelta -de hecho, había mirado a su alrededor- para asegurarse de que ella no miraba a nadie más. Pero no lo había. Y entonces Gavin se había acercado a ella. Debe de conocerme, pensó. Quizá nos hayamos visto antes en algún sitio. No, eso sería imposible. Gavin estaba seguro de que lo recordaría.

A un paso, se había detenido. No, nunca había hablado con ella, pero sabía que le estaba esperando. Antes de que pudiera hablar, se le ocurrió que ella parecía necesitar algo... algo de él.

Pero era tan hermosa, y se le había anudado la lengua en la cabeza. Pensó por un momento que ella estaba a punto de hablar. Y fuera lo que fuera lo que tuviera que decir, Gavin estaba dispuesto a oírlo.

Entonces Ambrose había llamado. Necesitaban ultimar su acuerdo con el capitán del barco antes de partir.

No había vuelto a verla antes de que la galera zarpara en la luz gris del alba.

El barco se escoró ligeramente al iniciar su ascenso por la ladera de la siguiente montaña acuática, y de repente una ola transversal se estrelló contra las bordas, liberando a martillazos los grandes barriles de madera de aceite de oliva que habían sido alineados y asegurados con tanta ordenada precisión. La tripulación de la galera se revolvió intentando asegurar los enormes barriles que ahora flotaban libres como ramitas sobre la riada. Los gritos y las maldiciones volvieron a Gavin a trompicones, mientras el aullido del viento y el rugido del mar abrumaban todos los demás sonidos que luchaban tan débilmente ante ellos.

Uno de los barriles de madera cayó por el medio del barco, ahora inundado por el diluvio. Todas las miradas de la popa estaban puestas en el barril, pero por el rabillo del ojo, el escocés vio cómo otra ola más pequeña rompía sobre la proa de estribor, y el agua barría hacia popa, engullendo a la muchacha de pelo negro.

Mientras miraba horrorizado, la ola derribó a la mujer, sumergiéndola momentáneamente antes de que reapareciera, flotando con aterradora velocidad por la cubierta hacia una abertura por donde el agua se escurría por la borda.

Sin pensárselo dos veces, Gavin saltó la corta barandilla que tenía ante sí mientras la riada arrastraba a la mujer cada vez más cerca de su segura perdición.

El guerrero vadeó con fuerza contra la corriente, impulsando sus musculosas piernas contra el agua, que le llegaba hasta los muslos. El pelo negro de Gavin le azotó la cara, cegándole por un instante con salmuera cuando Mary se acercó al agujero abierto.

El gigante aún estaba a media docena de pasos, lanzándose salvajemente hacia delante, cuando el cuerpo de la mujer alcanzó el

costado del barco. El barco volvió a inclinarse y el agua del mar se precipitó con más fuerza por la abertura.

Cuando la cabeza de la joven desapareció, Gavin se zambulló en la espuma arremolinada. Por un momento, el gigante pensó que la muchacha había desaparecido, pero entonces sus dedos se cerraron sobre uno de sus tobillos.

Haciendo fuerza con las rodillas, Gavin Kerr se puso en pie con dificultad, arrastrando con todas sus fuerzas a la mujer inconsciente de vuelta a la nave. Con un poderoso impulso, el gigante levantó a la joven en brazos y se la echó al hombro. Luego, abriéndose paso a través del agua que retrocedía hasta la corta escalerilla que conducía a la cubierta de popa, el escocés subió rápidamente y depositó a la muchacha, que chisporroteaba, en los brazos de los acurrucados viajeros.

Abajo, Ambrose abrió de una patada la primera puerta. No había rastro de ella. Tras subir a los demás a la cubierta de popa, se había dado cuenta de que ella era la única que faltaba. ¿Por qué no me sorprende esto? pensó para sí. Sosteniendo la lámpara de mecha en una mano, el barón mantuvo abierta la puerta con un pie y se asomó. La habitación se iluminó ligeramente, pero incluso con esta luz pudo ver que ella no estaba allí. Retrocedió hacia el estrecho pasillo y se adentró en las entrañas de la nave.

Los anchos hombros de Ambrosio casi rozaban los lados del pasadizo y tuvo que mantener la cabeza baja mientras avanzaba hacia el camarote contiguo, el camarote del que había visto salir tambaleándose a María, la hermana de Isabel, cuando había bajado antes.

Sin embargo, antes de que pudiera alcanzarla, el barco se estremeció con el impacto de una ola, y la puerta de la escotilla que había tras él se abrió de golpe. Una ráfaga de viento y rocío penetró en el pasillo, acabando con la luz parpadeante, y Ambrosio se quedó maldiciendo en la oscuridad.

Tanteando el camino hacia la puerta del camarote, el barón se vio arrojado contra uno de los baluartes cuando la galera volvió a tambalearse, pareciendo caer una yarda al hacerlo. Manteniéndose firme, Ambrose encontró el pestillo de madera y abrió de un empujón la puerta del camarote.

"Eh... Phillipe", llamó a la oscuridad total de la habitación. "¿Estás aquí?

Esforzándose por escuchar a través del ruido del vendaval y las olas, Ambrose se adentró más en la cabina.

"Toma". La respuesta fue débil y pequeña.

Ambrose entró, apartándose de la puerta, sólo para golpear de

lleno con la cadera la esquina de un gran cofre que tenía justo delante.

"Maldita sea", maldijo. Pero antes de que pudiera pronunciar la palabra, otro brusco movimiento de la galera arrojó al guerrero hacia atrás contra la puerta que se cerraba, dejándolo tambaleante contra el baluarte, con el pecho ofensivo volcado sobre las piernas extendidas. "¡Al diablo!"

"Deja de quejarte y sácame de aquí". Elizabeth se apartó de la cara la ropa que le impedía respirar. Se preguntó vagamente a quién se le había abierto el pecho con los movimientos de la nave.

"¿Dónde estás?" gritó Ambrose, mientras daba un paso en dirección a su voz. Sus rodillas embistieron el costado de otro pecho. "¿Qué demonios es todo esto? Creí haberte dicho que no trajeras nada que no pudiera llevarse a caballo".

"No recuerdo haber hablado de nada parecido", mintió en la oscuridad. Agarrándose a un arcón, Elizabeth se puso en pie. Estiró las piernas y flexionó las manos. Sorprendentemente, no parecía haber nada roto.

Otra brusca inclinación de la nave volvió a lanzarla por los aires, esta vez en dirección a la voz del barón.

"¡Ambrose!" llamó Elizabeth al aterrizar con un ruido sordo en el duro suelo de madera.

"¿Sí?" Su voz también procedía ahora de la proximidad del suelo.

"Ayudadme, por favor. Creo que me he magullado todos los huesos del cuerpo". El suelo de la cabina se inclinó una vez más y Elizabeth sintió que se deslizaba por el suelo, con el ruido del equipaje deslizándose tras ella. "Ayudadme".

Sus manos revoloteaban salvajemente a su alrededor con la esperanza de agarrarse a algo. De cualquier cosa. Pero fue en vano. Con otro estruendo, la joven pintora chocó contra el baluarte más alejado un instante antes de que un montón de baúles, muebles y ropas sueltas cayeran tras ella.

Su mano encontró el tobillo de ella, y Ambrose tiró del miembro hacia él.

"Me estás poniendo patas arriba", gritó ella. "No necesito ese tipo de ayuda, mi señor. Mi estómago ya está a punto de vaciarse, y no necesita ningún estímulo".

Su otra mano se aferró a la pierna de ella mientras buscaba un mejor agarre.

"Ambrose Macpherson, quítame las manos de encima. No es momento de comportarse así". Mientras una de sus manos intentaba resistirse a la mano de él que subía por su muslo, la otra se estiró en busca del resto de él. Elizabeth estaba enterrada bajo un alud de equipaje, y necesitaba que él la sacara de debajo. Luchó contra la embestida. "¿Dónde estás?"

"Decídete, bonita mía". Su mano se deslizó por su redondo trasero. Ella intentó zafarse. "¿Me deseas, muchacha, o no?"

"Oh, Ambrose. Me alegro tanto de que hayas venido a buscarme". Ahora lo aferraba con fuerza por el cuello.

El recipiente se agitó y volvió a caer. Elizabeth se levantó de un salto y le rodeó la cintura con las piernas, hundiendo la cara en su cuello. "Por favor, sácame de aquí".

"Ésta no es forma de comportarse, milady, si quieres salir de este camarote". Su voz era ronca.

"No puedo evitar..." Otra caída repentina hizo que Ambrose perdiera el equilibrio y cayera hacia atrás. Elizabeth cayó como un saco encima de él. "...eso".

"¿En serio?" susurró avergonzada mientras se esforzaba por sacar una de sus piernas de donde estaba inmovilizada bajo las nalgas de él.

"Pensé que nunca saldría de aquí, Ambrosio. Y entonces llegaste tú". Se acurrucó rápidamente a su lado al oír el pecho deslizante. "Aunque empiezo a pensar que nunca saldremos. ¿Está a punto de hundirse la nave?"

"Puede que sí". Rodó rápidamente hacia un lado y la apartó de él cuando otro pecho se estrelló contra su espalda.

Elizabeth oyó el gemido que escapó de sus labios cuando los empujaron por el suelo hacia un montón de ropa.

"¡Podríamos morir! ¡Ahogarnos! ¿Dónde está Jaime?", preguntó aterrada.

"Ahora mismo, todos están acurrucados a salvo en la cubierta de popa. La vi en brazos del mercader y de su mujer".

"¿Mi hermana?"

"Ella también subió". Ambrose metió la mano detrás de ella y encontró la madera maciza del baluarte tras la ropa. Y justo en el punto donde se unía con el suelo, encontró la cuerda. Pasando los dedos a su alrededor, la agarró con fuerza.

"¿Somos los únicos que quedamos bajo cubierta?"

"Los últimos".

El barco se escoró, pero Ambrose se agarró a la cuerda y los mantuvo donde estaban.

Elizabeth sintió que su cuerpo se aplastaba contra el suyo cuando la cubierta del camarote se inclinó bruscamente hacia él. Sus manos se posaron en su pecho. Podía sentir los latidos de su corazón. Su pecho, sus caderas, la longitud de todo su cuerpo se amoldaban a él. Su cabeza cedió al poderoso tirón y se acurrucó contra su cuello.

Era casi como si el miedo que sentía hubiera provocado algún cambio increíble en el universo. Nunca había sentido sus sentidos tan vivos. El olor del viento y del agua salada en su piel, el calor del capullo que había hecho para ella entre sus brazos, la fuerza de su

complexión... todo era tan embriagador. Aparentemente incapaz de controlarse, Elizabeth dejó que sus labios rozaran la piel de su cuello. Sintió deseos de tocarlo. Sus dedos recorrieron suavemente el liso lino de la camisa y luego, al encontrar la abertura, se introdujeron en ella.

"Me gusta tu sincronización, muchacha -gruñó, bajando la cabeza y atrapando su boca. El beso era ardiente y carnal, y la lengua de él penetraba hambrienta en sus recovecos aterciopelados.

Lo absorbió, chupando su lengua con un deseo desesperado. Un deseo de introducirlo en ella lo más profundamente posible. No sabía cuánto lo necesitaba. No hasta hoy, cuando pensó que el objeto de la atracción de Mary había sido Ambrose Macpherson.

Ahora, el rugido de la tormenta, la oscuridad que los envolvía, todo parecía sumarse a su necesidad imperiosa de tenerlo, de experimentarlo, de envolverse en él. El mundo que ella conocía, el mundo sólido de precisión, color y luz, ya no era el mundo real. Era otro mundo, más lúgubre y menos atractivo que la ondulante negrura de la que ahora formaba parte. Ese otro mundo era como un sueño lejano, que se alejaba cada vez más con cada ola del mar.

Ella lo quería y lo tendría.

Las manos de Elizabeth desgarraron los cierres de su camisa. Sus dedos devoraron su piel con avidez, explorando y amasando cada músculo nervudo.

"¿Es esto, muchacha?", preguntó roncamente el montañés. "¿Es así como debe ser?"

"Te deseo, Ambrose".

"No parar. Nada de salir corriendo. Ningún ataque repentino de locura". Ambrose hizo una pausa. "Éstas son mis condiciones, Elizabeth. Si me deseas, tendrás todo de mí".

"Acepto tus condiciones", susurró ella, con la boca saboreando su piel.

Ambrosio soltó la cuerda con una mano y tiró de su jubón. Él también había entrado en el mundo del deseo. Por supuesto, era un reino con el que él estaba mucho más familiarizado que ella. Pero vagamente, flotando en algún lugar del nivel de conciencia, se formó la idea de que estaba sintiendo aquellas sensaciones como si fuera la primera vez. Los dos habían estado muy cerca antes. Pero no así. El cambio, la urgencia de su necesidad se debía quizá al lugar, al momento. Quizá incluso a la tormenta que rugía fuera y dentro.

Él la quería ahora, y ella lo tendría a él.

Ambrose quiso sentir su piel contra la suya, mientras tiraba de la camisa que llevaba bajo el jubón. Instintivamente, una de sus piernas se cruzó sobre la cadera de ella, atrapando su cuerpo retorcido bajo su peso. Al abrir la camisa por delante, se encontró con otra gruesa y apretada capa de tela que frustraba sus intentos. Tirando de los

cordones que la sujetaban, apartó el material. De repente, su mano se llenó con el orbe redondo de uno de sus pechos, que se liberó. Arrastrándola hacia él, aplastó su cuerpo contra el suyo, piel contra piel, carne contra carne.

Elizabeth retiró la mano del pecho de él y le agarró la rodilla desnuda. Aferrándose a su muslo, sus dedos hurgaron sin control bajo los pliegues de su falda escocesa.

Ambrose deslizó la pierna ligeramente hacia abajo, haciendo sitio para su propia mano mientras deslizaba los dedos hacia la unión de los muslos de ella. Los gruesos calzones inhibieron su búsqueda, pero aun así amasó con el tacto que sabía que ella buscaba. El gemido que sonó en algún lugar de su interior desencadenó en él un deseo aún más salvaje, y mientras acariciaba su creciente placer, inclinó la boca bruscamente sobre la de ella.

Elizabeth rodeó su miembro palpitante con los dedos. Pasó la mano por su sedosa longitud y tembló de expectación.

Su cabeza cayó con un ruido sordo contra el suelo. "¿Cómo he podido dejar que te alejaras de mí?", jadeó. "Te necesito ahora, Elizabeth. No puedo esperar. Me estás volviendo loco".

Ella lo agarró con más fuerza, oyendo su gemido de placer. "Yo también te deseo. Una vez, antes de morir. Tómame, Ambrose Macpherson. Hazme tuya".

Todo lo que les rodeaba -la tormenta, la acción turbulenta del barco, incluso el equipaje en constante movimiento que les rodeaba- se olvidó, y él se soltó de la pared. Rodando hacia ella, Ambrosio se movió ágilmente encima de ella.

"No vas a morir, mi amor". Su mano se estiró para abrirle los calzones. "No voy a dejarte morir. Nos queda demasiada pasión por disfrutar. Y no podemos dejar que todo eso se desperdicie".

Ambrose apartó el anillo que colgaba entre sus pechos. Su lengua acarició momentáneamente un pezón endurecido antes de pasar al otro, donde se posó, finalmente, chupando su tierna carne.

Elizabeth arqueó la espalda, agarrándolo del pelo y apretando más su cara contra su pecho mientras la otra mano de él entraba en contacto con los resbaladizos pliegues de su feminidad. Oyó su propia respiración entrecortada cuando sus dedos empezaron a acariciarla suavemente, rítmicamente, mientras los colores del cielo bailaban como fuego ante sus ojos.

El ruido de pasos y la puerta abriéndose de golpe congeló a los dos en el mismo sitio. Elizabeth contuvo la respiración cuando la boca de Ambrosio se levantó de su pecho.

"Joder".

Gavin echó un vistazo al interior de la oscura habitación. Su lámpara de mecha tenue sólo arrojaba la luz más tenue en la zona junto a la puerta. Lo único que podía ver era una habitación totalmente desordenada, con un montón de ropa, baúles y cajas esparcidos por todas partes que la lámpara iluminaba.

"¿Ambrose? ¿Estás aquí?"

La voz que le llegó quedó algo amortiguada por el ruido del viento y las olas que martilleaban el casco del navío. "Dame un momento, Gavin... para encontrar el camino".

"¿Has visto a Phillipe?" preguntó Gavin, levantando la luz para ver mejor el interior. "Nadie le ha visto subir a cubierta. Su familia está preocupada. Ah, ahí estás".

Otro bandazo del barco hizo que Gavin se apoyara en el marco de la puerta. El joven pintor estaba de espaldas a él y, por lo que Gavin pudo ver, Ambrose lo sujetaba e intentaba mantenerlo en pie. Pero el movimiento del barco no ayudaba a los dos. "Has estado fuera tanto tiempo, Ambrose, que pensé que te habías caído y te habías roto esa cabezota que tienes".

"Vine detrás de... Phillipe, pero la maldita puerta se nos cerró de golpe". Ambrose puso su gran mano directamente sobre el pecho de Gavin y lo sacó de la cabaña. Elizabeth le siguió. "¿Pero por qué demonios te estoy explicando todo esto?"

"Porque tengo más sentido común que tú". Gavin observó cómo Ambrose y Phillipe salían completamente a la luz. Sus ojos se abrieron de par en par. Estaban hechos un desastre. La camisa de Ambrose estaba abierta por delante, mientras que el jubón del pintor estaba metido dentro de los calzones en lugar de colgar sobre ellos, que era la forma habitual de llevarlo. "Vosotros dos debéis de haberlo pasado bastante mal aquí abajo".

Ambrosio le miró con desprecio. Pero entonces agarró al pintor por el hombro cuando una inclinación de la nave estuvo a punto de lanzarlos a todos por los aires.

"Quiero decir con todas esas cajas y cosas sueltas volando por ahí". Gavin sonrió. "Tienes el tamaño justo para ser un buen ariete, Ambrose. Pero Phillipe, diría yo, no es lo bastante fuerte".

"No le pasa nada", gruñó Ambrosio. "¿A qué esperas? ¿Vas a quedarte ahí toda la noche agitando las mandíbulas o vas a sacarnos de aquí?"

Gavin se enderezó hasta alcanzar toda su estatura y le espetó. "Ladrón de caballos de las Highlands, malhumorado. Bajé aquí para salvarte el cuello y esto es lo que recibo a cambio".

"Vete ya", retumbó Ambrose con más suavidad, dando una palmada a su amigo en señal de disculpa y haciéndole retroceder por el pasadizo. "Me has pillado en mal momento, Gavin. Vete ya".

Gavin se volvió de mala gana. "Quizá quieras traer una manta para tu hermana, pintora", dijo, dirigiendo sus palabras por encima del hombro a Elizabeth. "Está empapada y necesita un poco de consuelo".

"¿Mary? ¿Por qué, está herida?"

"Sólo mojada. Un poquito de agua por el gaznate, eso es todo".

Elizabeth se volvió para entrar en la habitación, pero Ambrose le cerró el paso. "Sube. Yo la traeré". Cogió una capa de la pared y se la puso alrededor del hombro. La caricia que le rozó la cara pasó desapercibida para el otro hombre, pero Elizabeth la sintió en todo el cuerpo. En la penumbra del pasadizo, miró a los ojos traviesos de él, se volvió rápidamente y siguió al gigantesco guerrero hacia la furiosa tormenta.

La fuerza del viento casi hizo retroceder a Elizabeth hacia el pasillo, pero se protegió la cara contra el abrasador rocío salino que la golpeaba con fuerza. Entrecerrando los ojos, pudo ver a la tripulación de la galera trabajando para asegurar los enormes barriles en el extremo delantero de la cubierta, y parecía que debían de haber perdido varios por la borda. Mientras miraba, una pequeña ola se estrelló contra el costado de la borda y atravesó la cubierta, pero no causó más daños.

"Parece que la tormenta está amainando un poco", le gritó Gavin. Levantó la cabeza hacia la cubierta de popa, sobre ellos. "Tu hermana está aquí arriba".

Cuando Elizabeth empezó a subir por la escalerilla, el barco alcanzó la cresta de una ola, y ella se agarró con fuerza a los peldaños mientras el navío se hundía en la siguiente depresión. Cuando el movimiento del barco se lo permitió, subió a toda prisa y se agarró a la barandilla tan pronto como pudo apoyar los pies en la cubierta.

Grupos de viajeros se agolpaban en la cubierta, pero antes de que pudiera buscar a los suyos, un fuerte crujido sonó por encima de ella, y se volvió a tiempo de ver cómo se desprendía la punta del mástil más cercano. Los marineros que trabajaban en la proa se quedaron paralizados un momento, mirando hacia arriba el aparejo dañado. Entonces, entrando en acción, los hombres saltaron a la flecha del palo mayor de popa y treparon por las cuerdas, asegurando el mástil colgante y tensando los cabos restantes. Aunque las dos grandes velas triangulares de la galera habían sido recortadas cuando soplaron los feroces vientos de la tormenta, aquellos mástiles serían esenciales si el mercante quería completar el viaje a Marsella. Sin el uso de la lona, los marineros tendrían que remar el resto de la distancia, una idea nada grata para los experimentados marineros.

Volviendo la espalda a la acción, Elizabeth buscó entre los grupos apiñados a su familia y amigos. Los encontró sentados a resguardo del viento, al abrigo de la alta barandilla, y se dirigió hacia ellos.

Jaime dormía en brazos de Ernesta, y José estaba sentado junto a María, con el manto enrollado bajo la cabeza. La joven tenía los ojos medio cerrados, como si estuviera a punto de dormirse. Las desgarradas miradas de preocupación en los rostros de sus dos amigos sobresaltaron a Isabel, y puso la mano en la frente de María.

"¿Qué ha pasado, Erne?", preguntó rápidamente. Mary tenía la piel fría y húmeda. "¿Ha tenido otro ataque?

"No lo sabemos", respondió Joseph, mirando a su mujer. "No subió con nosotros enseguida cuando el barón nos hizo subir de las cabañas. Tu hermana..."

"Estaba en la cubierta inferior", intervino Ernesta. "Estaba en la barandilla y una ola casi la arrastró por la borda. Tragó bastante agua. No ha dicho ni una palabra desde que Sir Gavin la trajo hasta aquí. No sé si está consciente".

Elizabeth miró ansiosamente a su hermana. María tenía el pelo negro pegado a la cabeza y la piel pálida como la muerte.

"Mary", llamó en voz baja. Quitándose la capa y extendiéndola sobre la ropa mojada de su hermana, Elizabeth frotó la mano de Mary entre las suyas e intentó despertar algo de calor en su frío cuerpo. "María, ¿me oyes? Vamos, mi amor. Abre los ojos. Mírame, amor mío".

No hubo más respuesta que las ocasionales ráfagas de viento y el rocío. Elizabeth buscó algún destello de vida en los rasgos apagados y vacíos de su hermana. Se pasó las manos por el pelo de la joven. Agarrando una esquina de la capa, intentó limpiarle el agua de la cara. "Mira, María. La tormenta está pasando. Va a ser un día precioso. Ya lo verás. Vamos, hermosa mía, háblame".

Gavin se apartó un paso, observando las cuidadosas ministraciones y escuchando las suaves palabras que pronunciaba el pintor. Había mucho afecto aparente en las palabras del joven. Pero no le gustaba el aspecto pálido de la joven. Desde donde él estaba, parecía enferma. Terriblemente enferma.

"Ve con ella".

Gavin se volvió al oír la voz del Highlander por encima de su hombro. "Ve a ayudar a Phillipe, si quieres. Le vendría bien una mano extra".

Gavin miró a Ambrosio con el ceño fruncido. ¿Tan evidente era su interés por la joven? "¿Por qué no vas tú mismo?"

Ambrose entregó la manta al guerrero de pelo negro. "Seré más útil ayudando con el palo mayor".

Vio cómo su amigo hacía una pausa y luego asentía con la cabeza. Pero mientras el llanisco se alejaba, el barón no podía moverse. Mientras Gavin llevaba la manta a los viajeros, Ambrosio se dio cuenta de que no podía apartar los ojos de Elizabeth. Le dolía por ella. Una vez más habían estado a punto de hacer el amor. Pero esta vez no

había sido Elizabeth quien había detenido el ataque del deseo. Su pasión había sido tan desenfrenada como la suya. Había sentido cómo se elevaba su espíritu.

Ambrose la deseaba. Toda ella. En cuerpo y alma.

Obligándose a apartar la mirada, Ambrosio contempló el cielo cada vez más brillante sobre los marineros que trabajaban a gran altura. El verde enfermizo de los cielos estaba dando paso a tonos grises, y supo que se había roto el espinazo de la tormenta.

Elizabeth. Quería pronunciar su nombre. Gritarlo para que todos pudieran oírlo. Y lo supieran.

Sabía que detrás de su creciente obsesión por aquella mujer había algo más que un amor frustrado. Algo más que la belleza que mantenía oculta al mundo. Había algo aún más misterioso en ella. Y su encanto le estaba volviendo loco.

Cierto, había mentido al decir que había ayudado a la tripulación de la galera con la vela dañada. La tripulación lo tenía todo bajo control; él podía verlo. Pero Ambrosio sabía que ahora debía mantener las distancias con ella. Tenía que controlar sus propios deseos. La deseaba. No, la necesitaba. En toda su vida, nunca se había sentido tan ferozmente atraído por ninguna mujer sin tenerla.

Y Ambrosio sabía que Elizabeth también le deseaba.

Maldiciendo en voz baja, el barón lanzó una rápida mirada por encima del hombro y se dirigió bruscamente hacia la escalera. Descendiendo a la cubierta principal, Ambrosio se dirigió rápidamente a través de la maraña de cabos caídos hacia la proa del barco, donde sus soldados empezaban a estirarse y a sacudirse sus mojadas pertenencias. Al acercarse a ellos, pudo oír cómo se burlaban amistosamente unos de otros. El mar se calmaba por momentos, y Ambrosio sabía que los soldados no podían estar tristes por ello.

Unos instantes después, el gigante de pelo rubio se quedó mirando hacia la cubierta de popa. Se veían manchas azules en el cielo más allá del extremo de la nave.

"¡Maldita sea!" Ambrose golpeó la barandilla con el puño. Lo tenía bajo la piel y no podía quitárselo de encima.

Miró a su alrededor. Tenía que ocultar sus sentimientos. Se hacía pasar por un hombre. Sencillamente, no podía mostrar sus sentimientos ni su interés. Por mucho que quisiera, no podía arrastrarla a su camarote ni arriesgarse a que le robara un beso.

Tenían que actuar... con indiferencia los unos hacia los otros.

Por mucho que lo intentara, no podía comprender la motivación de Elizabeth para continuar con aquella mascarada. Por imposibles que hubieran sido las exigencias de su padre, de eso hacía ya cuatro años. Pero incluso entonces le resultaba difícil creer que Isabel Bolena no hubiera tenido otras opciones.

Mientras contemplaba a los grupos de viajeros, Ambrosio estaba cada vez más convencido de que había cosas que la joven ocultaba. Había demasiadas preguntas sin respuesta. Y la visión de la hermana, María Bolena -en otro tiempo favorita de la corte, pero que ahora vivía sola con su hermana-, también había aumentado sus sospechas. Por el amor de Dios, ¿por qué vivían estas dos como vivían?

Ambrosio sonrió sombríamente. Bueno, aquí había un reto. Encontrar la verdad. Encontrar respuestas a sus preguntas -a todas sus preguntas- antes de que llegaran a Escocia.

Pero no sólo eso. Ambrosio también planeaba tener a Isabel Bolena en su cama antes de que llegaran a Escocia.

Aunque el sol anaranjado se abría paso entre las nubes bajas del cielo occidental, la mar seguía alta mientras la galera se dirigía hacia el oeste, hacia Marsella. Los marineros desplegaron las lonas que podían soportar los mástiles del navío con el viento aún racheado.

En la cubierta de popa, Elizabeth seguía sentada junto a su hermana, mientras Gavin Kerr se cernía sobre ellas junto a la barandilla. Mary, que seguía inmóvil, parecía entrar y salir de una neblina, ajena a todo lo que la rodeaba. Elizabeth envolvió a su hermana con las mantas y le habló continuamente, con voz suave pero insistente, mientras intentaba mantener el cuerpo de su hermana caliente y su mente en el reino del presente. Pero Mary parecía incapaz de responder. Gavin se limitó a observar desde donde estaba, sin saber qué hacer ni cómo ayudar.

Durante los breves periodos en que Mary caía en una especie de medio sueño inquieto, podían ver cómo su rostro se contorsionaba en expresiones que Elizabeth nunca había visto, ni siquiera durante los peores ataques de Mary con la enfermedad. Parecía como si estuviera soñando. Sueños de miedo intenso alternados con sueños de intensa tristeza. Incluso cuando María dormía, había lágrimas. Elizabeth observó cómo las gotas cristalinas rodaban por el rostro de su hermana y desaparecían en los negros pliegues de su cabello. Elizabeth enjugó con ternura las brillantes huellas.

"¿Quieres que a tu hermana le dé un escalofrío?" Ambrosio miró hacia atrás mientras Elizabeth y Gavin volvían hacia él sus rostros ceñudos. Estaban preocupados, pero ninguno de los dos estaba curtido en viajes por mar. "Ya es bastante malo que el movimiento del barco le haya provocado náuseas. Mírala. Está verde".

Al ver la cara de sorpresa de Elizabeth, el Highlander supo que tenía que asumir alguna responsabilidad. "Gavin, lleva a Mary a la cabaña. Phillipe, será mejor que consigas que alguien le quite esa ropa

mojada. Quedarse sentada y dejar que la humedad se asiente alrededor de sus huesos no la ayudará".

"¿Qué te parecen las olas?" preguntó Elizabeth. "¿Es seguro volver abajo?"

La mirada de Ambrose lo decía todo.

"Supongo que depende de quién vaya", dijo en voz baja.

Elizabeth no pudo evitar el rubor que se extendió rápidamente por su rostro. Miró rápidamente a los demás, pero nadie se atrevió a cuestionar las palabras del barón.

"Ya debería ser lo bastante seguro", dijo Gavin mientras levantaba suavemente a Mary y se ponía en pie. Ella permaneció flácida e inmóvil en sus brazos.

"Llévala al primer camarote", ordenó Ambrose. "Phillipe y yo tenemos que terminar una discusión anterior en el otro".

"Dijisteis que sobreviviríamos a esta tormenta, mi señor", gruñó el pintor. "Quizá en otra ocasión".

Elizabeth lo fulminó con la mirada antes de apartar al dormido Jaime de los brazos de Erne y ayudar a la mujer mayor a ponerse en pie.

"En otra ocasión, entonces", respondió Ambrose en voz baja.

Capítulo Diecinueve

ASTUCIAS FEMENINAS, pensó burlona. ¿De qué me sirven? Es difícil embrujar a un hombre, mientras estás entre hombres, cuando todos piensan que eres un hombre.

Y Ambrose Macpherson era un hombre obstinado. Pero ella ya lo sabía. A pesar de las objeciones de Isabel, el barón se había negado a permitir que se quedaran en Marsella, insistiendo en que viajaran las dos horas hasta un monasterio cercano que servía de hospedería a los viajeros. A pesar de su acalorada desaprobación, Ambrosio había alquilado una carreta de bueyes cerrada y metido a Ernesta y Jaime en el transporte. Acomodando con cuidado a la débil pero consciente María entre el equipaje, Gavin Kerr compartió una mirada de preocupación con el pintor mientras le explicaba el plan del barón para la joven. Era evidente que Mary seguía bastante débil, y Ambrose no tenía intención de empeorar su estado obligándola a viajar a su ritmo. El montañés conocía al monje encargado de la enfermería a la que se dirigían, y basándose en experiencias pasadas sabía que no había mejor médico en ningún lugar. Los monjes se ocuparían de la joven y la cuidarían hasta que llegara el momento en que estuviera lo bastante fuerte para volver a viajar. En ese momento, sería bienvenida a unirse al pintor en Escocia.

Aunque Elizabeth no podía creer lo que estaba oyendo, Gavin estaba claramente de acuerdo con todo lo que Ambrose había propuesto. Había empezado a pensar, por las atenciones que Gavin Kerr había mostrado a Mary, que tal vez se estaba encariñando con su hermana menor. Pero era evidente que se equivocaba. El guerrero de pelo negro podía estar preocupado por la salud de Mary, pero su lealtad a Ambrose seguía siendo indiscutible.

Al salir de Marsella, Isabel se había devanado los sesos buscando la forma de convencer a Ambrosio de que dejar atrás a María era impensable. Ninguno de los dos conocía el origen de la enfermedad de María, pero Isabel había vivido con ella durante los últimos cuatro años. Casi siempre, con la misma rapidez con que se manifestaban los síntomas, desaparecían. E Isabel sabía que el único remedio duradero residía en el amor y el cuidado y en estar rodeada de aquellos en quienes confiaba la afligida. En el caso de Mary, ésa siempre seré yo, juró Elizabeth.

La enfermedad de María estaba cambiando, e Isabel lo sabía mejor que nadie. Ya no era sólo la causa de una horrible desfiguración física

y de un intenso malestar corporal, sino que la viruela afectaba ahora a la mente de su hermana. En sus momentos de loca angustia, María expresaba ahora el deseo de morir... de acabar con todo. No se trataba de las manifestaciones infantiles y dramáticas de su adolescencia, sino de los deseos momentáneamente dementes de alguien cuya mente se había desquiciado.

Pero Isabel había aprendido a afrontar estos momentos difíciles. Y en un momento en que María era vulnerable a estos ataques, Isabel nunca dejaría sola a su hermana.

Elizabeth sabía que tenía entre manos un reto formidable. Tenía que convencer a Ambrose Macpherson, barón de Roxburgh, de que llevar a la hermana menor con ellos el resto del viaje era lo mejor. Pero también sabía que intentar intimidarle no funcionaría.

Astucias femeninas. Ésa tenía que ser la respuesta. Elizabeth no estaba ciega ante la acalorada atención que el hombre le dirigía. La deseaba. Si ella pudiera utilizar eso en su favor, tal vez él accedería a sus condiciones.

Condiciones, pensó con una sonrisa.

Isabel saludó con la cabeza al viejo monje que velaría por María durante la noche. Su hermana descansaba tranquilamente en la enfermería del monasterio. Con cuidado, cerró parcialmente la puerta y entró en el oscuro pasillo.

Desde su llegada el día anterior, Isabel no había podido separarse de María. A María le había puesto muy nerviosa que Isabel la dejara sola, aunque sólo fuera un momento, pero sus temores empezaban a remitir.

Elizabeth bajó las escaleras. Tenía que hacerle cambiar de opinión. El mensaje del barón había dicho que se marchaban mañana. Con María, pensó Isabel. Sólo así se iría mañana.

El ruido de la gente que se agolpaba en el refectorio llegó a sus oídos antes incluso de que entrara en la sala. Miró a su alrededor. Los viajeros se agolpaban en las largas mesas cargadas con la cena.

Isabel miró las manitas que se aferraban a sus piernas. Jaime. Levantó a la niña y la abrazó con fuerza.

Ambrosio observó la sencilla muestra de afecto desde donde estaba sentado.

Jaime saltó de los brazos de Isabel y se fue corriendo a jugar con media docena de gatitos que se revolcaban en los juncos de un rincón de la habitación.

Al volver la vista hacia las largas mesas, Elizabeth vio que Ambrose le indicaba que tomara asiento a su lado y, a pesar de su

dilema, se sonrojó ante la perspectiva de sentarse junto al guerrero de cabellos dorados.

Avanzando hacia el asiento, Isabel se detuvo brevemente y dio a José y Erne las últimas noticias sobre el estado de María. Incluso ellos tenían la impresión de que partirían al día siguiente sin la hermana menor. Isabel les aseguró que tal rumor era falso.

Al volverse hacia el barón, Elizabeth se dio cuenta de que Ambrose la observaba atentamente.

"Así que por fin te ha dado permiso para irte".

Elizabeth le miró y permaneció de pie donde estaba, detrás del banco. Palmeó el asiento de al lado. Ella siguió mirándolo.

"Estás enfadado", dijo Ambrose, divertido.

"No, Ambrosio. Sólo está cansado. Eso es todo". La fuerte palmada de Gavin en la espalda obligó a Elizabeth a sentarse a la mesa. No se había dado cuenta de que el Lowlander había estado de pie justo detrás de ella.

"Tengo que admitirlo, Phillipe. Después de Ambrose, eres el hombre más leal que he conocido en mi vida. La forma en que cuidas de tu hermana. Es algo maravilloso". Gavin se sentó al otro lado del pintor. "Aunque el barón y tú tenéis estilos muy diferentes, debo decir que ambos tenéis una naturaleza compasiva y un gran corazón".

Elizabeth resopló ante su comentario.

"¿No estás de acuerdo?" preguntó Ambrose, agarrándola por la nuca y volviéndole la cara hacia él.

"¿Me vas a permitir que responda a la pregunta, o tal vez quieras hacerlo tú también?"

"Por supuesto. Soy todo oídos".

Observó al joven cocinero mientras colocaba otra fuente de comida delante de ellos. "Resulta que me ofende la idea de que alguien relacione tu actitud bravucona y tus decisiones descerebradas con mis maneras pacíficas y razonables".

Ambrosio resopló. "¿Razonable?"

"En realidad -intervino Gavin desde donde estaba sentado-, lo que dije pretendía ser un insulto a Ambrose. Todo el mundo sabe que no tiene un gran corazón: es del tamaño de una baya. Pero nunca esperé que te sintieras ofendido, Phillipe, amigo mío".

"Cállate tú", espetó Ambrose a su amigo antes de volverse hacia Elizabeth. "¿Te importaría insistir en por qué te ofenden mis acciones y decisiones? Sería bastante interesante, teniendo en cuenta que apenas has tenido oportunidad de presenciar ninguna decisión mía".

"He estado por aquí, mi señor. Y puedo oír". Elizabeth miró fijamente hacia delante, jugueteando con la comida que tenía delante. "Y puedo ver".

"No, no has estado por aquí", respondió secamente. "Has estado

encerrado con tu hermana desde que llegamos".

Se giró bruscamente en su dirección. Éste no era lugar para discutir lo que ella tenía en mente. "¿Te apetece seguir discutiendo fuera?"

"Nada me complacería más". Se puso en pie de inmediato.

"No lo hagas, Phillipe", aconsejó Gavin seriamente desde donde estaba sentado. "Podría hacerte papilla a golpes. Y creo que no está de humor para discutir".

"Puedo cuidar de mí misma -dijo en voz baja, dándole una palmada en el brazo a la sorprendida guerrera antes de seguir a Ambrose fuera de la sala.

Elizabeth había querido estar a solas con él. Sabía que necesitaba alejarlo del resto de sus hombres para poder trabajar sobre él y utilizar cualquier interés que tuviera en ella para apoderarse de él. Era la única baza que tenía ahora mismo.

Pero ahora, con los ojos clavados en los anchos hombros de Ambrose, que la conducía a través de las sinuosas escaleras hasta su habitación -sin duda la mejor de la hostería-, Elizabeth sintió que el espinoso calor del pánico se apoderaba de ella y la despojaba de la fuerza necesaria para subir incluso el siguiente peldaño. Sabía lo que él pretendía. Pero Elizabeth no podía dejar que le hiciera el amor. Empezó a quedarse atrás.

El hombre pensó que ella tenía experiencia, que se había acostado con otros hombres e incluso había tenido un hijo. Y pensó que ella estaba tan hambrienta de él como él de ella.

Por supuesto, razonó Elizabeth, ¿por qué iba a pensar lo contrario? En parte era cierto. Elizabeth había abandonado la mentira de decirse a sí misma que podía vivir sin él. Su mente y su cuerpo lo pedían a gritos. Pero sabía -se obligó a saberlo- que debía controlar ese deseo. Tenía que contenerlo.

Si Ambrosio descubría que Isabel había mentido, si pensaba que no era más que una virgen demasiado madura, demasiado dispuesta a meterse en la cama con el primer hombre que mostrara algún interés por ella, se desvanecería toda esperanza de poner a salvo a su familia.

Isabel había visto el modo en que los hombres trataban a María después de conseguir lo que querían. Reyes o plebeyos, los hombres perdían rápidamente el interés una vez satisfechos sus apetitos.

No, una vez que Ambrosio supiera toda la verdad sobre Isabel -una vez que descubriera el fraude total que era-, no se limitaría a dejar atrás a María. Seguiría adelante sin Jaime, sin los Bardis y sin la propia Isabel. Qué decepcionado se sentiría, una vez que la tuviera.

Elizabeth sabía que, de algún modo, tenía que disuadirle. Encantar

a un hombre es más fácil de decir que de hacer, pensó, con la mente acelerada. Pero ésa era la respuesta. La única respuesta.

Ambrose empujó una pesada puerta de roble sobre sus ruidosos goznes y se volvió hacia ella. "Después de ti".

Permaneció donde estaba, pero intentó mirar más allá de él, en la penumbra de la habitación. No se veía gran cosa desde donde ella estaba.

"Milord, no creo que..."

"Después de ti". Su voz era autoritaria, y Elizabeth entró a regañadientes en la alcoba.

La habitación era más grande que la celda que Isabel debía compartir con José y media docena de hombres de Ambrosio. No es que hubiera pasado mucho tiempo allí, teniendo en cuenta las horas que había permanecido junto a la cama de María. Aunque hubiera preferido estar más cerca de Ernesta y Jaime, éstos estaban encerrados en una sección separada de la hospedería, una sección que Isabel dudaba que tuviera habitaciones como aquélla. Desde el primer vistazo estaba claro que a Ambrosio se le trataba como a la realeza.

La habitación, situada en una esquina del edificio de piedra, había sido panelada por debajo y enlucida por encima, y el color azul brillante de la carpintería resplandecía de forma atractiva incluso a la luz mortecina del día. Varias sillitas de madera se agrupaban alrededor de una mesa de madera bien hecha, y una estera de juncos tejidos cubría el suelo. Contra la pared del fondo, una enorme cama se cernía ominosamente, con su colchón relleno alto y espantosamente lleno. Elizabeth apartó rápidamente la mirada.

Los postigos de las cuatro pequeñas ventanas se habían abierto de par en par, y la joven pintora cruzó la habitación hasta una de ellas. Contempló el jardín amurallado y los huertos y viñedos que se extendían ordenadamente en la distancia. Aquél era un monasterio próspero, de eso no le cabía la menor duda.

"Largo camino para saltar".

Se dio la vuelta y lo vio de pie, despreocupado, en el extremo de la cama. Vio que la puerta de la habitación ya estaba atrancada desde dentro. "He venido voluntariamente, ¿verdad?

Sonrió. "Si llamas voluntad a arrastrarte diez pasos por detrás y estremecerte en cada esquina, entonces no puedo esperar a lo que está por venir".

se enfadó Elizabeth. "Nadie te obliga a acostarte conmigo, milord. Fuiste tú quien vino primero a por mí, si recuerdas".

"Has venido a mi tienda".

"Has venido a mi habitación", replicó ella.

"No sabía que estabas allí". Ambrose se encogió de hombros. Ella se estaba enfadando y él tenía que admitir que estaba disfrutando de

cada momento. Llevaba demasiado tiempo lejos de ella. De hecho, se había sobresaltado un poco al principio del día cuando, al ver que ella volvía a estar ausente en la comida del mediodía, se había dado cuenta de que en realidad estaba enfadado con la hermana. Envidia de una mujer enferma. Eso era malo.

"Cuando llegué a la villa de Bardi en Florencia, vine en busca de un pintor. En lugar de eso, te vi a ti".

"¡Qué decepción te habrás llevado!", dijo, con una voz cargada de preocupación irónica. Malditas sean las artimañas femeninas, pensó. "¿Alguien os ha dicho, milord, que sois el hombre más estúpido, insensible y egocéntrico que jamás ha pisado esta tierra?"

"No. Nadie... aparte de ti".

Ambrose miró a Elizabeth. Sus brazos cruzados defensivamente sobre el pecho, su rostro enojado, el pelo corto que brillaba bajo el sombrero abombado y se extendía en ondas contra su cara. Sus ojos bajaron y contemplaron la forma de sus hermosas piernas, que se mostraban provocativas a través de las medias.

"¡Deja de valorarme así! No soy una vaquilla de premio".

"Creía que ésa era la idea", respondió, mientras sus ojos continuaban su recorrido. "Creía que los hombres debían poder mirarte sin temor a ser detectados".

"Si, milord, todos los hombres de Escocia van a mirarme como tú lo haces, entonces se plantean ciertas cuestiones".

Ambrosio dejó que sus ojos volvieran lenta, muy lentamente, a los de ella. "Para responder a tus preguntas, a todas tus preguntas..." Dio un paso hacia ella. Elizabeth retrocedió contra el marco de la ventana. El montañés giró una silla y se sentó a horcajadas frente a ella.

Ella esperó a que hablara, pero él se limitó a permanecer sentado en silencio. Por primera vez en años, Elizabeth sintió la vulnerabilidad de la ropa masculina. Su ropa de pintora, tan cómoda como había sido durante años, ahora le parecía extrañamente insuficiente. Añoraba las capas y capas de vestidos que llevaba Mary.

Un rubor asomó a su rostro cuando apartó la mirada del apuesto noble. No había barreras de pudor entre ellos. Pero quizá nunca las hubo.

"Me fascinas, Elizabeth. Siempre lo has hecho. Ninguna mujer me ha llamado jamás cabeza hueca, insensible o egocéntrica. Y, desde luego, ningún hombre se atrevería a decirme tales cosas. De hecho, contrariamente a tu opinión, la mayoría de las mujeres me consideran inteligente, galante y considerablemente perceptivo a las necesidades de los demás. Pero, de nuevo, no estoy con la mayoría de las mujeres. Estoy contigo. Supongo que eso lo explica todo".

Se mordió la lengua en su esfuerzo por permanecer en silencio.

"Y en cuanto a mi decepción por encontrarte en Florencia, te

equivocas una vez más, por supuesto". Hizo una pausa, esperando a que ella se lanzara, pero no mordió el anzuelo. "Desde el momento en que te vi por primera vez, he estado todo menos disgustado. Desde aquel día en el Campo de Paño de Oro, has tenido una forma de atraerme hacia ti. Y he avanzado con placer y anticipación. He pensado mucho en ti. Para ser sincero, he pasado cuatro años pensando en este momento. Me has sorprendido, excitado y encantado. Isabel Bolena, me has llevado a una locura que ninguna otra mujer ha conseguido jamás. Ya es hora de que me proporciones la cura".

Elizabeth miró el tejido de la estera bajo sus pies. No se atrevía a mirarle a los ojos. "¿Qué quieres que haga?"

Se levantó y se dirigió a un cuenco de agua que había sobre la mesa de caballete. Vio cómo empapaba una toalla y escurría el agua. Elizabeth contuvo la respiración mientras él se acercaba a ella.

Deteniéndose a un paso, le entregó el paño húmedo.

"Lo que me gustaría es que fueras tú misma. Al menos mientras estés conmigo. Quiero que te quites el disfraz que cubre la verdad sobre ti. Quiero verte tal y como eres realmente, tal y como te he visto en el pasado. Quiero ver a la mujer apasionada que existe bajo estas ropas". Le cogió suavemente la barbilla con la mano y la levantó hasta que sus ojos se encontraron con los suyos. "Me deseas, Elizabeth. Tanto como yo te deseo a ti. Y no intentes negarlo. Tus ojos te han traicionado desde el primer momento en que nos conocimos".

Dijo la verdad. Ella no podía negar sus palabras.

"Quiero hacer el amor contigo, Elizabeth. Quiero decir sin interrupciones, sin que nadie se escape, sin tormentas que pongan en peligro nuestra vida ni nada que nos detenga. Ésas eran mis condiciones, lo recuerdas".

Ella asintió

"Así lo quiero yo también", susurró ella, sosteniendo aún el paño en la mano.

"Entonces -señaló hacia la puerta cerrada con una media sonrisa-, ¿no crees que por fin estamos a salvo?"

Elizabeth se puso de puntillas y le dio un fugaz beso en la barbilla antes de saltar a su alrededor. Luego, arrojando la toalla al otro lado de la habitación y dentro de la palangana, se volvió hacia él.

"Tienes razón sobre mí y sobre lo que siento por ti. No lo negaré". Susurró las palabras cohibida. "Pero aquí no. Aquí no podemos hacer el amor. Cuando por fin hagamos el amor, me gustaría que estuviéramos en un lugar separado de todos estos otros. Me gustaría vestirme de mujer y acudir a ti como yo misma. También me gustaría tener la tranquilidad de que tenemos más que unos pocos momentos que podríamos compartir. No estoy siendo codicioso. Tal vez una

noche. Una noche entera para hacer el amor como debe hacerse. No es mucho pedir, ¿verdad? Hemos esperado tanto, Ambrose Macpherson. Podríamos soportar un poco más".

Ambrose volvió a acercarse a ella. "Podríamos tener eso. Todo lo que pides. ¿Pero no valdría la pena que nos recordáramos las delicias que nos aguardan? ¿Quizá sólo como una muestra que nos sirva para la noche mucho más grandiosa que se avecina? Para la dicha que nos espera".

Elizabeth dio vueltas detrás de una silla mientras él la acechaba despacio, muy despacio. "No, milord. No creo que sea buena idea".

"Pero yo creo que sí", continuó. "Y creo que no me costará mucho convencerte a ti también".

Elizabeth apartó una silla y bloqueó su avance. "A medida que pienso más en esto, me convenzo cada vez más de que es una idea terrible. Al fin y al cabo, mañana te irás sin mí y..."

Ambrosio se detuvo. "No te vas a quedar aquí, Elizabeth. Mañana nos vamos todos".

Se quedó mirándole un instante, con los ojos muy abiertos.

"¡Oh, gracias, gracias!" Elizabeth echó la silla a un lado y le echó por fin las manos al cuello. "¡Gracias!"

Ambrose retrocedió cuando ella le atacó. Había perdido la cabeza. "¿Por qué me das las gracias? Esto no es diferente de lo que planeamos hacer antes de irnos de Florencia".

"¡Claro que sí!", susurró ella feliz, besándole directamente en los labios. "Acabas de decir que mañana nos vamos todos. Eso significa que Mary vendrá con nosotros. Eso significa que no tendré que quedarme y terminar el viaje a Escocia sin tu ayuda. Eso significa que tú y yo tendremos nuestros momentos juntos. Momentos para compartir..."

Ambrosio la agarró por la barbilla y la obligó a escucharle. "Tú te vienes conmigo, dulzura mía. Y tu hermana se quedará aquí, donde la cuidarán como es debido. Esta gente le dará los mejores cuidados que haya. Y cuando esté mejor, incluso enviaré a mis hombres para que la acompañen a Escocia. ¿Está todo claro?"

Elizabeth le apartó la mano de un manotazo, con el rostro encendido por la ira. "¡Que te quede algo claro! No voy a dejar a mi hermana sola en un lugar extraño con nadie, ¡y me da igual que el propio Avicena vaya a medicarla! Si ella se queda, yo me quedo. ¿Está claro?"

Ambrosio se quedó mirando a la joven un instante. "¿Tan espeso es tu cráneo? ¿Las palizas que has recibido en tu vida han dañado tanto tu ingenio que ya no puedes pensar racionalmente? Estás poniendo en peligro la vida de tu hermana al llevarla en un viaje tan difícil".

"Conozco a mi hermana mejor que nadie, y eso te incluye a ti, a

estos monjes y a cualquier otro médico que puedas encontrar de aquí a París". Dio un paso atrás. "La enfermedad de María no es de naturaleza física que pueda curarse con medicinas o durmiendo. Necesita amor, cuidados. Necesita saber que está bien cuidada por personas que conoce. La muerte de María no será llevárnosla con nosotros a través de Francia. Su muerte será dejarla sola aquí, entre extraños".

Ambrose la empujó hacia una silla. "Escúchame, jovencita..."

Elizabeth se levantó de un salto. Volvió a empujarla hacia abajo, sujetándola firmemente con las manos por los hombros. Ella forcejeó un momento y luego se sentó, mirándole fijamente.

"Tu hermana no es una niña. Podría entender tus sentimientos si estuvieran dirigidos a tu hija, pero Mary es una mujer adulta. Y basándome en lo que he presenciado en el poco tiempo que he pasado con vosotras dos, puedo ver que no es más que una mujer mimada y egoísta que exige ser el centro de tu atención. Elizabeth, te está utilizando".

Ya había oído todo eso muchas veces. Sencillamente, no necesitaba que otra persona le predicara lo que ella ya sabía que era -al menos en parte- la verdad. Pero no era toda la verdad. El barón no estaba en posesión de todos los hechos. Sólo conocía una pequeña parte de su pasado. Su voz se suavizó. "Pero está enferma, Ambrosio. Lo está de verdad".

"Pero tú mismo lo acabas de decir. Está enferma de mente y no de cuerpo". La miró a los ojos preocupados. Tenía que hacerlo tanto por ella como por sí mismo. "Elizabeth, te está robando la vida. De un tiempo que podrías estar pasando con tu hija, o con otras personas si así lo deseas. Dime una cosa: ¿por qué está contigo? ¿Por qué no está revoloteando por ahí, disfrutando de la vida en la corte inglesa? Es donde debe estar. Tu padre está muy bien visto allí".

Elizabeth negó con la cabeza. No podía decírselo. No podía.

"Es infeliz, muchacha", insistió. "Eso es evidente incluso para los extraños. ¿Tienes que pagar por su infelicidad? ¿Te está castigando por la vida que lleva? ¿Por qué no puedes enviarla de vuelta?

"¡Para, por favor!", suplicó ella, empujándole hacia atrás. De pie, le cogió las dos manos. Las sujetó con fuerza. Necesitaba su fuerza. Le necesitaba. "Lo sé, ya he oído todas estas cosas antes. Y estoy de acuerdo con gran parte de lo que dices. Mary necesita su propia vida, separada de la mía. Pero dejarla aquí no es el camino. No puedo soltarla y dejarla a la deriva aquí. No aquí, donde no conoce a nadie. Te lo prometo. Te doy mi palabra de que encontraré un lugar donde ella pueda vivir su propia vida. Pero déjame llevarla adonde tenga amigos. Donde no se quede sola".

Ambrose le estrechó las manos. Nunca antes había oído en su voz

una nota de desesperada súplica. Era una faceta muy distinta de la fuerte y obstinada Isabel Bolena. Hablaba con el corazón. No podía defraudarla. Por mucho que creyera que dejar atrás a la hermana sería lo mejor para todos, sabía que no podía hacerlo ahora.

"París", dijo con firmeza. "La llevaremos hasta París. Allí tiene amigos, familia. Puede recibir la ayuda y el apoyo que dices que necesita. Pero no más allá. Ésa es mi condición".

"Gracias", susurró ella, arrojándose a sus brazos.

Capítulo Veinte

CONOCE la paz quien ha olvidado el deseo.

Ambrosio quiso rodear su delicado cuello con los dedos. Ella estaba apoyada tan apaciblemente en la baja barandilla. Una suave brisa agitaba sus negros cabellos. Su bello rostro -que ya no se ocultaba tras los pigmentos que la disimulaban- estaba ahora adornado sólo con el suave color que dejaban el sol de principios de verano y el viento que la acariciaba suavemente. ¿Cómo podía estar tan contenta, pensó, mientras su propio cuerpo ardía tanto? Su constante cercanía, el verla a diario durante los últimos quince días, era enloquecedor. Ambrose Macpherson estaba ardiendo.

"La última vez que viajé por este río, María y yo íbamos a pie".

Elizabeth contempló las ondulantes granjas y viñedos que llegaban hasta la orilla del río Sena, de suave curso. El sol del mediodía centelleaba en el agua, y la larga y ancha barcaza se deslizaba perezosamente por la campiña de Champaña hacia el norte, en dirección a la ciudad mercantil de Troyes.

Ambrosio había sido fiel a su palabra. Y para facilitar el viaje a la todavía débil María, el barón había alquilado una serie de barcos y barcazas que los llevarían hacia el norte, a lo largo del ancho y marrón río Ródano, hasta Lyon, y luego a lo largo del río Saona, hasta Dijon y, finalmente, hasta el Sena. Isabel y María habían seguido la misma ruta, pero hacia el sur, durante su viaje desde el Campo de Paño de Oro hasta su nueva vida en Florencia. Pero había sido un largo y arduo camino con una María embarazada y quejosa.

Elizabeth sabía que la decisión del montañés de viajar por las vías fluviales había hecho que el viaje fuera más lento, pero había sido mucho más cómodo.

"¿Crees que tus soldados ya están en París?"

"No, muchacha -dijo Ambrose, echando un vistazo por encima del hombro para asegurarse de que Gavin no estaba al alcance del oído. Estaba abajo con Mary, decidió el montañés. Como siempre. Una extraña atracción. "Si mis hombres ya han llegado a París, por la noche veríamos un resplandor en el cielo procedente de las zonas de la ciudad que han incendiado".

Elizabeth lanzó una mirada más allá del enorme cuerpo del barón, hacia la popa del barco, donde José y Ernesta estaban cómodamente sentados con el labrador y varios de los barqueros. Jaime jugaba en cubierta con uno de los gatitos que había recibido de los monjes de las

afueras de Marsella. La niña tenía un trozo de sedal que, para alegría risueña de la niña, el gatito acechaba juguetonamente y se abalanzaba sobre él.

"Cuéntame". Ambrose habló en voz baja mientras se movía a su lado, apoyándose en la misma barandilla. "Háblame de la vez que viajaste por esta ruta".

Elizabeth podía sentir el roce de sus hombros contra los de ella. Era un acto íntimo, pero sólo percibido por ellos dos. Se estremeció a pesar de la cálida luz del sol. Quería que la rodeara con sus brazos. Estaban tan cerca, sus brazos la invitaban a abrazarla.

"No hay mucho que contar. Establecimos un ritmo que Mary pudiera aguantar y caminamos".

Ambrosio estudió sus largos dedos, las delicadas manos de la artista que creaba representaciones de la vida más verdaderas que los propios sujetos. Quería llevarse aquellos dedos a los labios. Deseaba trazar una línea con los labios desde la punta de los dedos hasta la muñeca. Por su brazo, a lo largo de su hombro, hasta la redonda plenitud de los pechos que él sabía que yacían tan fuertemente atados.

Aún recordaba cómo la sentía debajo de él, su sabor en los labios. Maldito Gavin. Si no hubiera bajado al camarote de la galera tras ellos, habrían hecho el amor. Allí mismo, entre los troncos rodantes, en medio de la tormenta. Ella había estado preparada entonces. Habían estado tan cerca, pero había sido en vano.

Y luego, en el monasterio, la había deseado. Pero ella le había pedido que esperara, y a Ambrosio le resultaba difícil negarle nada.

Así que se encontró todavía esperando. Y esperando.

"Recuerdo nadar en aquella proa del río", dijo Elizabeth emocionada, señalando un remolino en la curva que había justo delante. "Era una sensación maravillosa, el agua tan clara y limpia".

Ambrosio siguió su mirada. "¿Te has bañado con algo de ropa?" Su voz era más ronca que de costumbre.

Giró bruscamente la cabeza hacia él. Vio las nubes de pasión que acechaban en sus ojos. Sonrió diabólicamente.

"Sin ropa. No llevaba nada puesto. Estaba completamente desnuda". Dio un paso rápido hacia un lado y se distanció un poco. "Era la puesta de sol. Salí del agua y caminé hasta la playa pedregosa. No había nada con lo que secar mi cuerpo, así que dejé que la brisa veraniega lamiera mi piel hasta dejarla seca".

Retrocedió otro paso y se quedó frente a él, algo sorprendida y divertida por sus reacciones a sus palabras. Miró la mandíbula apretada, la forma en que sus ojos recorrían su cuerpo como si ahora no llevara nada.

"Incluso entonces, deseé que estuvieras allí conmigo", susurró.

"Te deseo, Elizabeth".

"No podemos. Aún no". Le miró fijamente. "Lo prometiste, barón".

Al volverse hacia la barandilla, sintió que sus ojos seguían clavados en ella. Sin mirarle, levantó la mano y se desató lentamente la corbata de la camisa, extendiendo la tela con los dedos para dejar que la suave brisa acariciara su piel.

"Hoy hace bastante calor. ¿No te parece?" Le lanzó una mirada tímida.

"Te mataré, Isabel Bolena. Te mataré con mis propias manos".

Abajo, Mary estaba sentada en la litera, hipnotizada por el relato, con la espalda apoyada en el casco curvado de la barcaza. La trinchera de comida yacía intacta sobre su regazo.

Gavin hizo una pausa para beber un sorbo del cuenco de vino que había entre ellos. Su rostro estaba sombrío al recordar tanta destrucción.

"Continúa. Continúa, por favor", insistió Mary con impaciencia.

"Me quedé tumbado, mirando al cielo. Bueno, a lo que pasaba por cielo aquel día. Es cierto. Era más de noche que de día. Llovía a cántaros desde un cielo espeso y gris. ¡No! Ni siquiera era gris, sino negro por la niebla y el humo de los cañones alemanes que habían traído los malditos ingleses. Llevaban disparando desde la mañana, una y otra vez. ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum! Al cabo de un rato, no sabes si el golpeteo de las explosiones viene de tu cabeza o de la colina de al lado. Es algo espantoso, Mary, ese fuego de cañón".

La joven trató de imaginar el miedo que debió de sentir Gavin.

"Como te he dicho, llevaba dos días lloviendo y las colinas estaban resbaladizas, cubiertas de estiércol y sangre. Sangre escocesa, Mary. La traición de ese asqueroso inglés Surrey y de su vil secuaz Danvers, el propio hermano de Satanás, eso fue lo que nos derrotó. Habían acordado una tregua hasta que dejara de llover. Y entonces los bastardos dieron la vuelta, colocaron sus malditas armas en su sitio y se pusieron a esperarnos.

"Fue algo terrible, Mary, esa batalla. En el campo de Flodden. Nosotros, los hombres de las Fronteras, luchamos como salvajes. Fuimos fieles al rey y a nuestros juramentos de servirle. Cada uno de nosotros luchó como si poseyera el corazón de Bruce y el alma de Wallace. Pero algunos, me avergüenza decirlo, se quedaron atrás cuando se les llamó. Muchos de los clanes de las Tierras Altas -no los Macpherson, fíjate, pero sí muchos otros- demostraron cuánto tiempo pueden recordar un desaire. Aquellas ovejas vestidas de hombre vieron cómo los habitantes de las Tierras Bajas y los hombres leales al rey eran segados como el maíz ante un vendaval. Fue algo vergonzoso.

"Pero un escocés no teme nada cuando le sube la sangre, y cuando el rey empuñó él mismo la lanza, le seguimos colina abajo por aquella

colina fangosa hasta las filas de los ingleses.

"Durante tres horas, luchamos con el valor de los viejos héroes de allí abajo, metidos hasta las rodillas en cuerpos y sangre. Pero cuando el rey Jaime cayó, luchando como el verdadero guerrero que era, se nos rompió el corazón.

"Nos condujeron a través de la colina. Vi morir a mis dos hermanos como los galanes que eran, y en algún lugar -no lejos del rey- unos cerdos me golpearon la cabeza por detrás mientras luchaba con otro. Caí con los moribundos y los muertos y yací allí inconsciente durante no sé cuánto tiempo.

"Me desperté, oyendo un gemido y el ruido de la batalla más allá. Intenté incorporarme y me di cuenta de que era yo quien gemía. Sólo veía el cielo muerto y sucio. Lo único que sentía era la lluvia que me golpeaba la cara y la grieta en la nuca por la que intentaban salirme los sesos. Me impulsé hacia arriba y sentí que el suelo giraba a mi alrededor.

"Los muertos yacían espesos en aquella ladera. Miles y miles. Era un espectáculo indescriptible, Mary. No se puede contar.

"Y entonces me di cuenta. Los cañones ingleses se habían detenido. Sabía lo que vendría después. Buscarían anillos y oro entre los muertos. A los seguidores del campamento y a los evasores. Degollarían a los que aún vivieran y los despojarían de sus armas y armaduras. Intenté mirar colina abajo a través del humo. Podía verlos al fondo. Como buitres. Pero no podía ponerme de pie. Mis piernas no se movían. Sabía que estaba acabado".

Gavin se detuvo.

De repente, María fue consciente de las lágrimas que corrían silenciosamente por su rostro. El guerrero permanecía en silencio, con los ojos cerrados. Movió la bandeja de su regazo. "Dímelo, por favor".

Abrió los ojos y le devolvió la mirada fija.

"Volví a tumbarme para esperar el final. En cualquier caso, moriría luchando, decidí, y preparé una espada corta que yacía en el barro junto a mi mano.

"Y entonces le vi. Vagaba aturdido entre los muertos, con su ancha espada arrastrándose a su lado. Parecía medio cegado por la sangre que aún corría como un río del gran tajo que le cruzaba la frente. Era un Highlander, un hombre casi de mi tamaño. Buscaba entre los muertos. Le llamé y vino hacia mí.

"'¿Dónde está el rey?', preguntó. Muerto", le dije. Vi que sus ojos brillaban de cólera, de una rabia silenciosa e indecible. Luego miró colina abajo antes de volver a mirarme. Vete -le dije-. Sálvate. Aquí se acabó". Siguió mirándome, pero yo sabía que estaba pensando en el rey.

"Entonces vi que sus ojos se aclaraban un poco y me agarró del

brazo. Ambrose Macpherson me levantó y me echó sobre su hombro como si no fuera más que un chiquillo. Me cargó, Mary. Me cargó durante toda aquella noche y durante dos días más. De vuelta a Escocia".

María Bolena miró fijamente a Gavin mientras el guerrero de pelo negro se bebía lo que quedaba de vino.

"Te salvó la vida", susurró.

"Era más que eso. Mucho más". Levantó la vista hacia la estrecha rendija de luz que se abría paso a través de una pequeña abertura en el techo de tablones. "Me dio esperanza, la oportunidad de un futuro. Me enseñó lo que es el valor. La fuerza que da la compasión. Me enseñó que la hermandad va mucho más allá de los lazos de parentesco.

"Y lo que ocurrió en aquel sangriento viaje fue sólo una parte de lo que Ambrose Macpherson ha hecho por mí. La mayor parte estaba después. Había perdido a mi única familia, a mis dos hermanos mayores, a los que amaba y admiraba. Era una guerrera derrotada y, mientras mi cuerpo se curaba, los deseos de mi mente se concentraban en el odio y la aversión. Odio hacia otros, como los traidores Highlanders y los sangrientos ingleses. Odio hacia mí mismo.

"Pero Ambrose cambió todo eso. Se quedó a mi lado cuando mis piernas empezaron a funcionar de nuevo. Cuando empecé a curarme, me demostró que debemos vivir nuestras vidas, sea cual sea nuestro destino". Gavin se volvió hacia Mary y sonrió. "Sé que no lo pensarías, ya que no he dejado de hablar desde el momento en que te conocí, pero soy un hombre extremadamente reservado. Me alejo de la gente. Si me dejaran solo, me arrastraría bajo una roca y permanecería allí. Cuando era niño, mi padre se planteó enviarme a un claustro para convertirme en monje".

Mary sonrió, con las lágrimas aún brillando en sus mejillas.

"Es que no lo veo", respondió ella en voz baja, observando cómo él se alejaba hacia un mundo ya lejano. Bajó la mirada hacia sus manos. "Gracias, Gavin.

"¿Por qué? ¿Por aburrirte hasta la muerte?"

"No, por hacerme ver". Sus ojos volvieron al rostro de él. "Tantas veces sólo reconocemos la gallardía que se produce en el fragor de la batalla. Tan a menudo estamos completamente ciegos ante el valor que tiene lugar ante nuestras narices".

"¿Te refieres a tu hermano?", preguntó.

Ella asintió lentamente.

"Es un buen hombre, Mary. Muchos podrían juzgarle precipitadamente, basándose únicamente en su aspecto. Pero sé que se equivocarían. Puede que no sea fuerte en apariencia, pero tiene el espíritu de diez guerreros". Gavin recordó cómo Phillipe se había

enfrentado sin miedo a Ambrose, una y otra vez. "Pero lo más importante que debes saber es que te quiere. Eso se nota en todo lo que hace".

Gavin miró atentamente la expresión de la pálida mujer antes de continuar. "Probablemente sepas que Ambrosio había planeado que te quedaras en el monasterio de las afueras de Marsella hasta que estuvieras lo bastante bien para viajar". La vio asentir. "Deberías haber visto a tu hermano. Se puso hecho una furia. Estaba dispuesto a luchar contra el barón si no accedía a llevarte con nosotros. Tiene espíritu, Mary. Phillipe defiende lo que cree. En mi opinión, eso es valor de verdad".

Mary apoyó la cabeza contra el casco de madera. Aquello no era más que una nimiedad comparado con las cosas que Elizabeth había hecho por ella en su vida. Gavin sólo conocía una mínima parte. Y Mary empezaba a verlo todo tan claro ahora. Como si despertara de un sueño profundo y sin sueños, sus ojos empezaron a enfocarse. De repente podía recordar tantas cosas. Recordar con tanta claridad. Santa Madre, rezó, perdóname por estar tan ciega.

María consideró por un momento lo que debía de ser para Isabel la vida con ella. Estaba muy enferma, quizá ahora más que nunca. Esta vez era diferente. María sabía que esta vez no podría mejorar. El médico del monasterio de Marsella había confirmado sus temores. Se estaba muriendo. Ella lo sabía, aunque nadie más lo sabía. No podía decírselo a Isabel. Todavía no.

Nunca dormía. Desde hacía dos semanas, cada noche, mientras permanecía despierta en su cama pensando, viendo revivir su pasado ante sus ojos, había sentido cómo la enfermedad se apoderaba de su cerebro. Y luego, durante los días, había escuchado, había visto a Elizabeth sentada a su lado con tanto apoyo, con tanto cariño. Su hermana, la que la aceptaba tal como era, a pesar de sus defectos, sus dolencias, su lengua quejumbrosa. Elizabeth había permanecido a su lado durante años, constante, de verdad. Elizabeth siempre había estado ahí. Había estado ahí para ella. Pero ¿qué había hecho Mary, qué le había dado a cambio? Nada.

Incluso el envío de Gavin había sido obra de Isabel. Mary sabía que ya no tenía esperanzas. Su época del primer amor había quedado muy atrás, y las últimas semanas le habían hecho comprender claramente ese mensaje. Pero no se sintió desolada por ello. Y cuando Elizabeth le había enviado a Gavin, había encontrado una compañía como nunca antes había conocido. Una camaradería que ni siquiera había pensado en buscar.

Pero habían encontrado esa relación especial. Eran amigas. Aparte de Isabel, María nunca había tenido una amiga. Pero aquí estaban. Un hombre y una mujer. Dos personas tan diferentes entre sí. Dos

personas que habían gravitado hacia la compañía de la otra. Eso había sido obra de Elizabeth. Una vez más, su hermana lo había hecho por ella.

Los pensamientos de María volvieron a la mañana en que su hermana había estado a su lado. Hoy no había hecho ningún intento por enmascarar su complexión. Aunque Isabel seguía vestida de hombre, tenía la innegable frescura de una mujer. Y María conocía la causa. Incluso desde donde yacía bajo cubierta, Mary podía ver el amor que su hermana sentía por el Highlander. Puede que Elizabeth no estuviera dispuesta a admitirlo, pero estaba enamorada. Enamorada de Ambrose Macpherson.

Y Mary también sabía que su hermana nunca haría nada al respecto. Mientras María viviera, sabía que su hermana sacrificaría toda oportunidad de amor y de felicidad para cuidar de ella. Sabía que nada impediría que Isabel siguiera proporcionándole los cuidados y la compañía de siempre.

Ahora le tocaba a Mary cortar los lazos. Tenía que pensar en algo. Elizabeth se merecía su propia felicidad.

Pero antes María quería ver a Jaime.

"No voy a ir, Mary".

"Vas a ir", ordenó la mujer más joven. "¿Cuántas veces crees que tendrás la oportunidad de reunirte con el rey de Francia?"

"Pero ya me han presentado antes en la corte. Ya lo sabes, y..."

"Pero nunca como artista". La voz de María temblaba de emoción. "Nunca como la pintora de la que habla toda Europa. Te has unido a la élite, Elizabeth. Por fin se reconoce tu talento, tu don. Mereces esta atención. Es el momento por el que los artistas trabajan toda su vida con la mínima esperanza de conseguirlo. Es lo que quieres, ¿no?"

Elizabeth dejó caer la cabeza entre las manos. "No. No lo sé". La noticia de que el rey Francisco quería reunirse con Felipe de Anjou en el pabellón de caza del condestable de Champaña, en el bosque al este de Troyes, la había cogido desprevenida. "Ya no lo sé. No sé qué hacer".

Aquella mañana, el soldado de Ambrosio había llamado a la barcaza desde la orilla del río. Había llegado al rey la noticia del encargo del pintor florentino a la familia real escocesa, y Francisco quería saludar a este hijo nativo en su viaje hacia el norte.

"Por favor. Por mí, deberías ir", engatusó María mientras Isabel la miraba enarcando una ceja. "Es una oportunidad para mí de vivir un poco de aquello una vez más, a través de tus ojos, de tu experiencia. Cuando vuelvas, podrás hablarme de la gente que estaba allí, de la

forma de vestir de todos, de las últimas habladurías de la corte. Por favor, Elizabeth. Vete".

Isabel se levantó y se acercó al lado de la cama de María. La hermana menor abrió los brazos e Isabel cayó en el abrazo. Las dos se abrazaron con fuerza mientras se mecían suavemente en los brazos de la otra.

María estaba cambiando. Isabel podía verlo, sentirlo en su corazón. Habían pasado tres semanas. Tres semanas en las barcazas, viajando por los ríos. Cada día que pasaba, Isabel había visto cómo su hermana se fortalecía en su afecto hacia los que la rodeaban... mientras su cuerpo se marchitaba visiblemente. Tantas veces Elizabeth se había cuestionado su propio juicio al hacer este viaje. Pero ya era demasiado tarde.

"No veo cómo podría..."

"Elizabeth". Mary se apartó para mirar a su hermana a los ojos. "Anoche os oí a ti y a Erne cuchichear sobre mi salud". Al ver la protesta de su hermana mayor, Mary la silenció suavemente. "Por favor, compréndelo, amor mío. Por una vez, estoy viviendo mi vida como debería haberla vivido siempre. Soy feliz". Hizo una pausa. "Sé que me estoy muriendo, y sé que todos vosotros también podéis verlo. Pero es extraño, Elizabeth, porque realmente no me molesta pensar en ello". Sostuvo entre sus manos el suave rostro de su hermana. "Y no quiero penas ni lágrimas de nadie. He tenido una vida plena, y se me dio la oportunidad de... bueno, de corregirla viniendo a este viaje".

María volvió a estrechar a Isabel entre sus brazos. "Pero, Dios no lo quiera, sobre todo no quiero ninguna guardia de la muerte a mi alrededor. Quiero vivir hasta el último día. Hasta el último aliento. Y yo estaré aquí, te lo prometo. Te estaré esperando cuando vuelvas. Haz este viaje, Elizabeth. Será bueno para mí. Por favor".

Elizabeth apoyó la cabeza en el hombro de su hermana.

"Y tal vez", susurró Mary sonriendo al oído de su hermana. Sabía que ahora tenía que presionar. "Sería bueno que Ambrose y tú os alejarais del resto de nosotros durante unos días. Os merecéis un tiempo a solas. Los dos solos".

Elizabeth, con el color extendiéndose como el fuego por su rostro, se apartó momentáneamente del abrazo de la enferma y la miró fijamente. No se lo esperaba.

"¿Crees que no veo lo que sientes por él? Vamos, mi amor. Se te marca en la cara cada vez que se acerca. Incluso cada vez que sale su nombre. Está ahí, en tus ojos".

Elizabeth apartó la mirada. En verdad, apenas sabía cómo ocultar -o negar- sus sentimientos por él. Sentimientos que se hacían más y más evidentes cada día que pasaba. ¿Cómo podía evitar que la sangre le palpitara en las venas cuando él la miraba de cierta manera? ¿O

cómo le ardía la piel cuando la rozaba? De hecho, sabía que difícilmente podría ignorar el nudo que se le hizo en la garganta cuando lo vio agachado tan atentamente junto a Jaime mientras la niña le enseñaba al barón cómo funcionaban las garras de su gatito. A Elizabeth le resultaba difícil explicarse, incluso a sí misma, por qué se le habían llenado los ojos de lágrimas al ver al Highlander desabrochar el broche de su tartán para mostrar a la niña el escudo de armas de su familia: un gato con las garras extendidas sentado sobre un escudo decorado.

El corazón y la mente de Elizabeth luchaban mientras el deseo de seguir el camino del amor, aunque sólo fuera por esta vez, tiraba con fuerza contra el sentido de responsabilidad que sentía por su hermana.

"Qué tontería, Mary", la regañó, abrazando de nuevo a su hermana. Pero incluso para sí misma, las palabras de negación sonaban débiles, en el mejor de los casos.

Las dos mujeres se separaron y se giraron cuando la puerta de la cabaña se abrió ligeramente sobre sus goznes. D'Or, la gatita amarilla a la que Jaime había puesto nombre por su pelaje dorado, fue lo primero que vieron cuando saltó al centro de la habitación. Luego, tras ella, la sombra de la niña siguió al animal.

"D'Or quería visitarte", susurró tímidamente Jaime desde la entrada.

María abrió los brazos cuando la joven entró corriendo y se lanzó al abrazo de la madre. Isabel ahogó las lágrimas. Las quería tanto. A las dos. Tantos años había esperado, había rezado para que esto ocurriera. Por fin. Gracias, Virgen Madre. Por fin.

Elizabeth se levantó de la litera y se dirigió a la puerta. Necesitaban pasar todo el tiempo que pudieran juntos, para compensar aquellos años.

"¡Elizabeth!"

Se volvió al oír la voz de su hermana.

"Llévate esa cartera".

"¿Qué pasa?"

"Algo para ti", susurró Mary, con el rostro radiante. "Algo para tu viajecito. Y Elizabeth..." Esperó hasta que la atención de su hermana se fijó en ella. "Te vas. Hoy mismo".

"No creo que dejarte-"

María la interrumpió, apoyando la barbilla en el pelo de Jaime. Sus ojos brillaban de afecto al contemplar el rostro de Isabel. "Lo creas o no, podemos prescindir de ti durante un par de días". La hermana menor sonrió feliz y se volvió juguetonamente hacia su hija mientras hablaba. "Además, Gavin ya me ha dicho que no irá con vosotros. Se quedará con nosotros. Así que ya ves, no tienes de qué preocuparte. Nos veremos en Troyes. Gavin dijo que atracaríamos allí y

disfrutaríamos de la feria del mercado mientras te esperamos. Siempre he querido ver la feria del mercado de Troyes".

Elizabeth vaciló otro momento, pero la mirada de su hermana era directa.

"Lo necesito, amor mío", dijo María en voz baja. "Los dos necesitamos vivir cada momento que nos queda. Danos a los dos este tiempo".

Capítulo Veintiuno

LOS FRANCESES SON TAN ciegos como los florentinos, pensó Ambrosio, todavía algo aturdido y apenas divertido mientras él y Elizabeth cabalgaban. Si los ejércitos de estas dos potencias se encontraran en el campo de batalla, supuso, más les valdría hacerlo en un día muy soleado, o marcharían uno al lado del otro.

La estancia en el campamento del rey Francisco había supuesto un inesperado cambio de planes. En un principio, iban a viajar a un pabellón de caza situado en el bosque, al este de la ciudad, pero no fue así. Al desembarcar del transbordador de la orilla oriental del río, en Bar-sur-Seine, Ambrosio e Isabel habían sido recibidos por un emisario del rey y escoltados hasta la transitada carretera que conducía al este, hacia el río Marne y, finalmente, a Ginebra e Italia.

Allí, en un pabellón de telas de oro que brillaban bajo el resplandeciente sol de la mañana, los dos viajeros encontraron al rey Francisco probándose sombreros confeccionados por los artesanos de Troyes, mientras veinte mil hombres armados esperaban ansiosos su real palabra para proseguir con la invasión de Italia.

Y, para total asombro de Ambrosio, nadie adivinó siquiera que Isabel era alguien -nada-, sino Felipe de Anjou.

Los pintores que el rey había traído consigo para registrar sus esperados triunfos sobre las fuerzas del emperador Carlos se mostraron poco comunicativos, pero complacientes a regañadientes cuando Isabel accedió a regañadientes a la petición del rey de que le hiciera un retrato mientras estaba sentado con armadura a la mesa de un campamento, con los mapas de la conquista desplegados ante él, charlando con Ambrosio sobre su ruta. Trabajando con rapidez -una habilidad que la artista había perfeccionado gracias a su amplia experiencia pintando sobre yeso de secado rápido-, Isabel creó un tesoro que se ganó los elogios incluso de los críticos más reservados por su elegante estructura, su pincelada magistral y su asombroso despliegue de color.

Toda la visita fue extraordinaria, en opinión de Ambrosio, pero cenar con el rey habría sido un calvario tanto para el pintor como para el barón. Ambrosio sabía que, una vez instalado en la conversación de la cena con el rey francés, se habría esperado de él que explicara con todo lujo de detalles los resultados de su visita al Papa en Roma y a Don Giovanni en Florencia. Y, Ambrosio lo sabía muy bien, cualquier relación con Francisco significaba un enredo

seguro en más intrigas políticas. Así que el montañés se había alegrado mucho cuando Isabel, profesando una repentina enfermedad, había solicitado que se le dispensara de la graciosa presencia de Su Majestad. Al recibir una pequeña bolsa de oro como recompensa por su "maravilloso trabajo y el honor que traía a Francia", Felipe de Anjou había salido del pabellón del rey haciendo una reverencia, y el montañés se había unido a la huida.

No habían necesitado escolta de vuelta. Ambrosio se lo había asegurado a todas las partes. Así que cabalgaron bajo la luz dorada del sol de la tarde, serpenteando a lo largo del borde del gran bosque al este de Troyes.

Elizabeth se agarró el sombrero y se lo quitó de un tirón. Se sacudió el pelo suelto con la ligera brisa de principios de verano. Su caballo galopó con facilidad tras el enorme corcel y su silencioso jinete.

Antes de que abandonaran el campamento del rey, el montañés había vuelto a ponerse su traje escocés, y Elizabeth lo contempló con admiración. Llevaba la espada colgada a la espalda y los colores de su tartán brillaban a la luz del atardecer.

Ambrose Macpherson sería una figura elegante en cualquier compañía, pensó con orgullo. Y cada palabra que pronunciaba, a menudo tan cargada de su propio ingenio, había sido tenida muy en cuenta por el rey Francisco y sus consejeros.

Elizabeth se preguntó si alguien la habría sorprendido mirándolo durante su visita al campamento.

La pintora apartó los ojos de él y miró a su alrededor, a la serena campiña. Qué hermoso, pensó. Volvió a mirar al barón y luego a los ondulantes campos de lino. En todos los años que había vivido en Francia, en todos los años que había crecido, nunca había visto ni viajado por esta tierra al este del Sena.

"Conoces bien estos lugares", dijo ella, vigilando su espalda. Apenas había dicho una palabra desde que abandonó el campamento del rey francés. "Gracias por llevarme de vuelta por un camino diferente. No sé cuándo habría tenido la oportunidad de volver a ver estos parajes".

Elizabeth esperó a que se diera la vuelta, a que frenara su caballo, a que reconociera sus palabras, pero nunca lo hizo.

Pateó con los talones el costado de su caballo, incitándolo a seguir. Al llegar junto al noble, miró atentamente su expresión grave. "¿Qué he hecho ahora?

Ambrose hizo una pausa, luego se volvió y le devolvió la mirada. "¿Conciencia culpable?"

"No", dijo ella con naturalidad, aceptando el desafío en su tono. "Éste es sólo mi movimiento de avance antes de atacar tu malhumorada disposición".

Ambrose se dio cuenta una vez más de que su capacidad para pasar por hombre no se debía sólo a su forma de vestir. Elizabeth tenía incluso la agresividad. "No estoy de mal humor".

"Ésa es la verdad. Tienes mal genio, eres desagradable e irritante. ¿Eso lo cubre todo?"

"Yo no lo habría hecho mejor".

Elizabeth sacudió la cabeza mientras él volvía a sumirse en un silencio melancólico. Sinceramente, no tenía ni idea de lo que le pasaba. Todo había ido de maravilla en el campamento del rey, para su gran sorpresa. Había sido una visita breve, pero, a pesar de todo, no recordaba haber hecho nada que pudiera molestar al barón, ni recordaba que hubiera ocurrido nada que pudiera ser la causa de su actual hosquedad.

Una vez más, Elizabeth adelantó a su caballo, esta vez cortando por delante del barón e inclinándose en un intento de coger la brida de su corcel.

"¿Qué pretendes?" Tiró de las riendas de su caballo y detuvo al animal. El caballo de Elizabeth hizo lo mismo. "¿Intentas romperte el cuello?"

"No", respondió ella, acercándose de nuevo y echando mano a sus riendas. Ambrose tiró de la cabeza de la amazona, pero ella insistió. "Intento hacerte hablar".

"No tengo nada que decir".

"¡No seas condescendiente conmigo con esas tonterías! Eres una urraca parlanchina. Una diplomática de mandíbula batiente. Nada que decir!", se burló.

Ambrose la miró con el ceño fruncido. "Si fueras un hombre, me plantearía romperte el cuello por decir lo que acabas de decir".

"Bueno, no soy un hombre. Así que supongo que simplemente tendrás que vivir con ello".

"Si alguna vez hubiera tenido la desgracia de liarme contigo, te habría encerrado hace mucho tiempo. Para siempre, quiero decir".

"Bueno, eso tampoco ocurrió nunca, por la gracia de la Santa Madre. Así que te jodes. Soy libre de decir lo que quiera".

Ambrose la fulminó con la mirada. "Déjame darte un consejo, muchacha. Es muy peligroso jugar con un hombre enfadado. Y yo soy un hombre enfadado. ¿O estás demasiado ciega para verlo?"

¿"Ciego"? ¡Ja! ¿Por qué, en nombre de Dios, crees que estoy aguantando todo este abuso, escocés de cráneo grueso? ¡Claro que veo que estás enfadado! Sólo necesito saber por qué. ¿Lo he provocado yo? ¿He hecho algo indebido? Háblame, ¿por qué no lo haces?"

"Déjalo estar, Elizabeth".

"No lo haré".

"No estoy de humor para esto".

"Pues yo sí".

Ambrose la fulminó con la mirada. Ella le devolvió la mirada.

"No vas a renunciar a esto, ¿verdad?"

Elizabeth negó con la cabeza, desafiante.

Ambrosio respiró hondo y apartó la mirada, contemplando las sombras cada vez más profundas del bosque cercano. Era la mujer más testaruda que había conocido. No, no era eso. Aquella mujer se preocupaba por él lo suficiente como para exigir una respuesta. Bueno, se lo merecía. "¡Tú no eres el problema, Elizabeth!"

"No es aceptable, Ambrose Macpherson. No acepto semejante evasiva por respuesta".

"¡Soy yo, maldita sea!"

Elizabeth continuó mirándole fijamente. "Si es cosa tuya, ¿por qué tengo que llevar yo la peor parte de tu vil conducta?"

"Si me dejaras en paz, no necesitarías ni siquiera presenciar mi "vil" conducta".

Intentó hablar con más calma. "Mi buen barón, creo que te he rodeado lo suficiente en el transcurso de este viaje como para saber cuándo soy yo la causa de tu angustia. Y ése parece ser el caso".

"Mentí", intervino Ambrose. Ella debería saberlo, decidió.

"¿Qué?"

"Mentí".

"¿A quién?"

"A Francisco. Por el Rey de Francia. A nuestro anfitrión. Mentí".

"Los políticos siempre mienten". Ella apartó la mirada bajo el calor fulminante de su mirada. "No importa. Dime, ¿qué has dicho que sea un crimen?"

"Mentí a Francis sobre ti. Sobre que eras un hombre. Y sobre algún otro asunto político grave. Y creyeron todo lo que dije". En efecto, Ambrosio había mentido a Francisco sobre el poder del duque Giovanni. Había decidido ganar tiempo para su amigo. Florencia no tenía ninguna posibilidad contra las tropas de Francisco. Ésta era la mejor ayuda que Ambrosio podía prestar a Giovanni en estos momentos. "Les tomé el pelo a todos".

"Tú no los hiciste tontos, Ambrosio. Son tontos". Se esforzó por reprimir una sonrisa. Pensar que las preocupaciones de aquel hombre se debían a un asunto tan simple. "Pero milord, si así es como te sientes aquí en Francia, ¿cómo te sentirás cuando lleguemos a Escocia? ¿Me llevarás al árbol más cercano y me ahorcarás cuando lleguemos, para no tener que mentir a tu reina?"

"No es mala idea". Hizo una pausa y reflexionó. "No tendría que

soportar este tipo de disputas, y mi conciencia descansaría sin duda más tranquila".

"¡Maravilloso!", respondió ella, levantando las manos dramáticamente. "Pero no nos detengamos ahí. Después de todo, aún nos queda un largo viaje por delante. Quizá sea una distancia demasiado grande para llevar un alma tan cargada como debe ser la tuya. Demasiado largo para luchar con semejantes problemas. Pero, ¿qué podemos hacer? Por desgracia, no hay ningún sacerdote a la vista para aliviar vuestra carga. ¿Estás seguro de que no hay nada que pueda hacer ahora mismo para aliviar tu alma en pena? ¿Para tranquilizar tu conciencia? Ah, lo tengo. Quizá convenga un sacrificio, una ofrenda para limpiar el alma..."

Ambrosio observó su extravagante acto con creciente diversión mientras ella proseguía su animada charla. Entonces sus ojos empezaron a verla de nuevo. Elizabeth. Estudió su rostro luminoso; sus ojos inteligentes y brillantes; la mujer tan sensual que se escondía detrás de todo aquello. Sin siquiera intentarlo -quizá sin saberlo-, ella tenía una forma de borrar todo lo demás de su mente. "Me gusta la última".

Elizabeth se detuvo a mitad de frase. "¿Cuál fue la última?"

"La parte de la ofrenda".

Sonrió radiante. "Me alegro de que sea ése. Después de eso pasé a la mutilación y la inmolación". Elizabeth metió la mano en la alforja y sacó la bolsa de oro que había recibido del rey francés. Se la tendió a Ambrosio. "En la próxima iglesia por la que pasemos, deja esta bolsa como ofrenda".

El montañés miró sin comprender a la mujer.

"¿Ofrenda?", continuó. "¿Una ofrenda por tu alma?"

"A mi alma no le pasa nada". Volvió a arrojar la bolsa sobre su regazo. "Es mi cuerpo el que sufre".

Elizabeth enrojeció e hizo una larga pausa antes de responder. "Eso es un dilema. Creo que necesitaré algún tiempo para pensar en un remedio para eso".

Ambrose acercó su corcel al de ella y, sin previo aviso, golpeó con fuerza a su caballo en el flanco. Cuando el corcel de Elizabeth salió disparado, el montañés espoleó a su propio animal en su persecución.

"Pero *espera*", gritó Elizabeth, manteniendo firmemente su posición sobre el caballo. "Necesito más tiempo. Aún no tengo una respuesta".

"No temas", gritó el barón. "Conozco el remedio".

Sin duda, al marqués de Troyes le gusta cazar con comodidad, pensó Isabel, tratando de mirar con aprecio las cosas que la rodeaban

mientras deambulaba algo aprensiva por la espaciosa alcoba. Y si así es como acomoda a sus invitados, ¿cómo debe de mimarse a sí mismo?

"Sinceramente, no quiero saberlo -dijo en voz alta, pasando los dedos por el fino edredón cubierto de encaje que yacía sobre la enorme cama con dosel de damasco-.

Aquella gran mansión campestre -un pabellón de caza, la habían llamado- era realmente un palacio para los estándares de cualquiera. Al desviarse de la carretera y adentrarse en la oscuridad de un camino forestal, Ambrose la había conducido, sin mediar más palabras, hasta aquel lugar.

Ahora, sentada en el borde de la cama, un pensamiento recurrente seguía punzando las cuerdas de su ansiedad.

Su cuerpo, pensó. Su cuerpo sufriente. ¿Sacrificio por su cuerpo? Elizabeth negó con la cabeza. No, no lo decía en serio. Sólo era su forma de atormentarla.

Elizabeth se recostó en el edredón, sintiendo que la invadía el cansancio. Entonces, como picada por algo invisible, la joven saltó de la cama.

Elizabeth se movió hacia el centro del suelo, impotente mientras los temores que persistían en los recovecos de su alma se encendían como los racimos de estrellas que se disparan hacia el oeste en el cielo nocturno de verano. Los sentía todos, recorriéndola en oleadas de calor y frío. Toda la ansiedad de ser una mujer y, sin embargo, no ser una mujer. Completa y, sin embargo, no completa. Experimentada en los caminos del mundo y, sin embargo, carente de todo conocimiento del cortejo de los hombres.

Una mujer aún sin tocar. Deseándole y aún sin saber si las atenciones de Ambrosio se centraban sólo en lo físico. Se preguntaba si él la habría echado de menos como ella a él. Si siquiera la veía como un ser digno de su interés. ¿La había traído aquí para satisfacer el deseo de sus cuerpos? ¿Y qué hay de sus almas?, se preguntó.

¡No! ¡Detén todo esto! Elizabeth sacudió la cabeza y la rodeó con los brazos. Le estás dando más importancia de la que tiene, se dijo a sí misma, encontrando un frío consuelo en aquel pensamiento.

Cruzó la habitación, concentrada, intentando organizarlo todo en su mente. Éste era el lugar donde se suponía que se encontrarían por primera vez con Francis, así que, después de todo, era natural que se detuvieran. Y se estaba haciendo tarde, así que, por supuesto, pasarían la noche allí. Mañana seguirían hacia Troyes. Todo era explicable, lógico. Al fin y al cabo, era dudoso que la barcaza en la que viajaban María y los demás hubiera llegado ya a la ciudad. Tendrían que esperar, así que este lugar era tan bueno como cualquier otro.

Escúchate racionalizar, pensó con culpabilidad.

Relájate, se recordó Elizabeth. Ésta es una casa llena de sirvientes. Una casa lo bastante grande como para esconderse y que Ambrose nunca la encontrara. No había absolutamente nada de qué preocuparse. Si no quería que le hiciera el amor, entonces...

"¡Qué mentira!", susurró con un suspiro.

No podía negarlo. Le echaba de menos. Paseando de un lado a otro, Elizabeth se dio cuenta de que estaba librando dos batallas a la vez. Batallas que no podía esperar ganar. Al menos no aquí. Al menos no ahora.

Volvió a encogerse de hombros, apartando de su mente todo pensamiento amoroso. Se acercó a la amplia ventana y miró al exterior. Desde el momento en que ella y Ambrosio habían subido por el sinuoso sendero hasta la casa principal, Elizabeth había admirado el diseño de la cabaña: el equilibrio perfecto entre sentido práctico y estética. Los campos y pastos de tamaño modesto, excavados en el bosque para producir alimentos suficientes para la mesa del marqués, acabaron dando paso a establos, perreras y los jardines más extraordinarios que la joven pintora había visto en ninguna parte.

Y en el centro de todo estaba la propia logia.

Era un edificio magnífico. Altas torres y torreones de piedra coronados con tejados cónicos de pizarra adornaban las numerosas alas periféricas que se ramificaban con gracia simétrica desde el ala principal de la cabaña. Aunque las torres eran de piedra, los muros de la cabaña eran de zarzo y madera, y los diseños en X de las vigas de soporte daban un aspecto sorprendentemente pintoresco.

Elizabeth estaba impaciente por ver el resto de esta joya arquitectónica. Incluso las ventanas, lujosamente abundantes y acristaladas con innumerables cristales, habían prometido un interior luminoso y aireado.

Y no se había sentido decepcionada. El esplendor del lugar era realmente inspirador.

Pinturas, tallas y tapices llenaban las paredes de las grandes salas y los pasillos que conducían a las alcobas. Elizabeth se dio la vuelta y miró hacia la cámara que ocupaba. Esta habitación por sí sola era un festín para los ojos bajo el resplandor de la luz del atardecer que se derramaba con imprudente extravagancia a través de las cuatro ventanas abiertas. Mesas, sillas, un arcón e incluso una pequeña chimenea: todo formaba parte del diseño del marqués de Troyes para amueblar a todos y cada uno de los visitantes con más comodidad y hospitalidad de la que incluso un invitado real podría esperar en cualquier otro lugar.

Muy considerado, decidió Elizabeth, sonriendo mientras se dirigía hacia el queso, el pan y el vino que había sobre la mesa.

La llamada a la puerta detuvo en seco a Elizabeth. Se detuvo en el

centro de la habitación, mirando insegura hacia el gran roble. Ambrosio tenía su propia alcoba. Estaba claro que era un huésped habitual, pues al parecer era su habitación habitual. Estaba justo al otro lado de la amplia y graciosamente tallada escalera.

El sonido de otro suave golpecito instó a la joven a avanzar. Elizabeth se movió silenciosamente por la cámara y luego se quedó escuchando, con la mano firme sobre el decorativo pestillo de madera.

"¿Quién es?"

La tímida voz de la joven al otro lado de la puerta apenas se oía a través de la gruesa madera. Elizabeth abrió ligeramente la puerta y se asomó a la joven criada que permanecía pacientemente en el pasillo.

"Mademoiselle, me han pedido que venga a ayudarte a vestirte y también que te traiga esto".

Isabel miró la cartera que la sirvienta sostenía en los brazos extendidos. La reconoció como la que María le había enviado. Entonces sus ojos se dispararon hacia el rostro de la joven. "¿Cómo me has llamado?"

"Perdóneme, m-madame", tartamudeó disculpándose. "No sabía... nadie me dijo si 'mademoiselle' era apropiado o 'madame'. Lo siento mucho. I-"

"No. No es eso". Elizabeth abrió la puerta de golpe e hizo un gesto a la joven sirvienta para que entrara. "Es que me ha sorprendido..." Sacudió la cabeza. ¿Ambrosio había notificado a la casa su verdadera identidad? Qué curioso, pensó. Se volvió y observó cómo la muchacha se movía rápidamente por la habitación, abriendo cofres y seleccionando finas chemises, medias, blusas de mangas abullonadas de la seda más blanca y un elegante vestido del color de una flor de narciso. "¿A quién pertenece todo esto?"

"La madre del marqués, milady. Los padres del señor visitan aquí con bastante frecuencia". La joven levantó el vestido y lanzó una rápida mirada a Elizabeth, sonriendo feliz ante la evidente coincidencia. Extendió la prenda con cuidado sobre la cama. "Pero ella insistiría en que te lo pusieras, teniendo en cuenta que has llegado sin baúles ni sirvientes".

La doncella siguió trajinando por la habitación mientras la mano de Elizabeth acariciaba la rica textura de la tela de brocado amarillo del vestido.

"Lo hacemos muy a menudo. Aunque a la costurera le decepcionará que tu talla y la de lady Elizabeth sean tan parecidas". La sirvienta levantó rápidamente la vista antes de continuar, y Elizabeth sonrió, pensando en lo rápido que la joven había perdido su timidez. La criada siguió parloteando. "¡Oh, qué interesante! Tenéis los mismos nombres. Hummm... No siempre es así. Las tallas, quiero decir. Vaya, la última vez que Sir Ambrose trajo... Quería decir, la

última vez... Lo siento mucho, madame. Hablo demasiado".

Elizabeth observó el rostro enrojecido de la joven.

"¿Viaja a menudo por aquí?", preguntó ella con dulzura.

"No debería...", negó con la cabeza. "No es correcto hablarle a una dama de la anterior".

"¿Viene aquí con muchas señoras?"

"No, madame". La joven criada negó con la cabeza. "Me han dicho los criados mayores que solía hacerlo. Él y el duque. Es amigo íntimo de sir Ambrosio. Pero ahora, desde que el duque se ha casado, sir Ambrosio viene solo. A excepción de esta visita, madame".

Elizabeth escuchó en silencio. No le importaban mucho el duque ni sus pasatiempos, pero había algo que la joven había dejado claro: el propósito de esta estancia era satisfacer sus deseos, después de todo. Las condiciones. Todo se reducía a esto. Las condiciones de las que había hablado en Florencia. No necesitaba decir nada. Estaba todo tan claro. En realidad, todas sus "condiciones" se reducían a una sola cosa. Estaban aquí para compartir su cama.

¡Por supuesto! ¿Qué podía esperar? Sería una tonta si pensara lo contrario. Elizabeth se dirigió hacia la cartera que la joven había colocado encima de la cama. La que había cogido en la habitación de Mary. Algo para ella, había dicho Mary.

Tirando de las correas que la mantenían cerrada, Elizabeth arrojó el contenido sobre la cama y contempló un paquete envuelto en lino y una nota dirigida a ella.

Una nota de su hermana.

¡Elizabeth, querida mía! Qué placer me produce saber que estás -por lo menos un momento en tu vida- lejos de las preocupaciones que tan indefectiblemente soportas. Durante tanto tiempo, dulce mía, tus pensamientos y tus acciones se han ocupado de todos menos de ti misma. Qué diferentes somos, hermana mía. Durante cuántos años has vivido una vida tan seria, mientras que yo he vivido tan frívolamente. Pues bien, por una vez, sigue la guía de tu corazón. Por una vez, sé una mujer como Dios quiso que fueras. Y que sepas que somos seguros y amorosamente tuyos,

María.

Elizabeth colocó la nota suavemente junto al paquete y desató la cinta que sujetaba el envoltorio de lino. Recogiendo el diáfano camisón de seda que María había empaquetado para ella, la joven pintora contempló en silencio la prenda hasta que se le nublaron los ojos.

Luego, alzando la mano, encontró el anillo que yacía cerca de su corazón. Con cuidado, se quitó la correa de cuero del cuello y dejó el anillo de esmeralda sobre la mesa auxiliar.

Durante tantos años había guardado y apreciado aquella prenda

como un símbolo, como un recuerdo de Ambrosio. Tantas veces sostuvo el anillo de esmeralda en la mano y soñó. Pero ahora, esta noche, la realidad la apremiaba.

Esta noche, este recuerdo no serviría para nada.

Por esta noche, al menos, no había necesidad de fingir. Esta noche, Isabel Bolena viviría como una mujer. Tendría su oportunidad de amar. Tendría a Ambrose Macpherson en cuerpo y alma.

Al menos por esta noche, Elizabeth no necesitaría el anillo.

Capítulo Veintidós

AMBROSIO ACARICIÓ al sabueso gris y desgreñado que yacía a sus pies y luego se levantó para ir tras ella.

Demasiado tiempo. Demasiado largo.

Estirando su largo y musculoso cuerpo, el barón se volvió hacia la puerta. Se estaba haciendo viejo esperando a que Elizabeth bajara a cenar. Estaba cansado, hambriento y, aunque casi odiaba admitirlo, ansioso por pasar tiempo con ella. El último criado que había hecho subir había vuelto con la noticia de que ella había terminado de bañarse y se estaba vistiendo. Pero de eso hacía una hora. Debería haber seguido sus instintos e ir a buscarla él mismo.

Ambrosio se encontró de nuevo bastante malhumorado. Y con razón, pensó. Lo hacía para irritarle. Estaba seguro de ello. Podía imaginársela sentada en aquella habitación, esperando... esperando a ver cuánto tardaba él en colmar su paciencia.

Pues la zorra iba a averiguarlo.

Cuando llegó a la puerta de la sala de estar, el Highlander estaba hecho una furia. Abrió la puerta de un tirón, dio un paso hacia el pasillo y se detuvo.

Allí estaba ella.

Las palabras que estaba formando para saludarla arriba se marchitaron, olvidadas en su lengua, mientras contemplaba impotente la visión que tenía ante él. Sus ojos bebían la visión de ella como si intentaran saciar una sed inexorable. Pero en algún lugar de su interior, Ambrosio sabía que no había alivio.

Aunque llevaba el pelo corto y tenía una expresión desafiante, en el fondo era toda una mujer. Llevaba un suave vestido amarillo que le caía por los hombros, dejándolos agradablemente -no, exquisitamente- desnudos. Estaba seguro de que su madre había llevado el mismo vestido, pero, de algún modo, Elizabeth tenía un aspecto muy diferente. Y maravillosamente.

Los ojos de Ambrosio recorrieron la superficie de los hombros expuestos hasta las curvas plenas de sus pechos y luego subieron de nuevo hasta el esplendor de marfil de su garganta. Y al volver de nuevo a aquel bello rostro, tan lleno de desafío, tan lleno de vida, sintió aquella familiar agitación en sus entrañas.

Elizabeth sonrió. Ambrose vestía de negro. Llevaba el pelo rubio recogido, pero los mechones que se derramaban sobre el terciopelo de ébano de su jubón brillaban a la luz de la habitación. Las finas medias

que mostraban los contorneados músculos de sus piernas también eran negras, de modo que sólo la cadena de oro que colgaba de su cuello y las abullonadas mangas blancas que asomaban por las aberturas de los brazos del jubón ofrecían algún contraste con la imagen de poder que emanaba de su atuendo ricamente oscuro. Sólo con estar en su presencia, Elizabeth sintió que se le aceleraba el pulso.

Ambrosio tuvo que controlar un impulso irrefrenable de atraerla de inmediato entre sus brazos y devorarla entera.

Elizabeth lo empujó y entró en la habitación. No tuvo que mirar para saber que él la seguía de cerca. El sonido de la puerta al cerrarse tras ellos la hizo estremecerse mientras la emoción y la expectación se mezclaban en una mezcla volátil.

Como un enorme y fragante roble con ramas que se extendían a su alrededor, Ambrose Macpherson había dominado su mundo durante mucho tiempo, incluso en su ausencia. De hecho, afectaba a sus sentidos. Ahora no podía evitar derretirse por dentro al pensar en lo que sentiría al abrazarle, al besarle, al sentir su propio peso.

Elizabeth estaba obsesionada con él.

Se rodeó la cintura con los brazos, se recogió y se quedó esperando en medio de la espaciosa habitación. La habitación era cálida, y el pequeño fuego de leña que crepitaba ruidosamente en el hogar resultaba reconfortante y hogareño. El peludo sabueso gris se acercó trotando para inspeccionarla y, satisfecho con la suave caricia que recibió, se acomodó de nuevo junto al fuego.

Entonces, ¿de qué tienes miedo? se preguntó Elizabeth. Hace cuatro años, había estado dispuesta a entregarse a aquel hombre. Incluso había pensado, momentáneamente, que la mera atracción física que había sentido por él podría llevarla hasta el acto. Pero ahora... ahora sentía un anhelo que superaba con creces lo que sentía entonces. Ahora, algo más presionaba el aliento de sus pulmones.

Esta noche, caminar hasta esta habitación, ponerme al alcance de sus brazos, era un sueño. Un sueño largamente esperado. Había esperado lo suficiente. Lo sabía. Pero también sabía que le había esperado a él.

Había muchas cosas que había dado por perdidas en su vida. Pero a ésta no le daría la espalda. Ahora él la deseaba, y ella había decidido que él tendría lo que deseaba.

Ambrose se mordió la sonrisa mientras se apoyaba en la puerta y la observaba girarse hacia él. Se daba cuenta de que estaba luchando. Su escrutinio silencioso la desconcertaba.

Dejó que sus ojos recorrieran de nuevo cada aspecto de su vestido, su cuerpo, su rostro. Ella evitó su mirada. Un rubor rosado se había extendido por su hermoso rostro. Tenía un aspecto exquisito y... tan inocente.

"¿Lo apruebas?" Le tembló un poco la voz mientras lo miraba brevemente.

Asintió en silencio.

"Este vestido". Miró hacia abajo y vio su pecho parcialmente expuesto. Apartó la mirada rápidamente y cruzó los brazos delante de ella. "Es tan hermoso. Mi forma de llevarlo simplemente no hace justicia a la prenda".

Al no oír respuesta, volvió la mirada hacia él. Él permanecía donde estaba, apoyado en la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho. Ella miró su propia pose. Imágenes especulares. Estaban de pie de la misma manera. Dejó caer las manos a los lados de inmediato.

"Estás preciosa".

Ella esperó más. Pero él no dijo nada más. Sin saber qué hacer a continuación, Elizabeth volvió a mirar ansiosamente al barón. A decir verdad, había bajado totalmente dispuesta a ser violada sobre la mesa más cercana. Y había decidido que tal vez ésa habría sido la solución más fácil para ambos. De ese modo, no tendría tiempo de divagar sobre lo bueno y lo malo del acto.

Y no habría tiempo para revelarle la verdad.

La verdad de que no era la mujer que él creía que era. La verdad de que Jaime no era su hija. La verdad de que era virgen. Y la verdad más problemática de todas: que no tenía ni idea de cómo hacerle el amor.

Tenía miedo.

Y ahora se daba cuenta de que su expresión halagadora, sus atrevidos ojos azules, sus cumplidos sonrientes empezaban a irritarla. Deseaba que él hiciera algo.

"¿Tienes hambre?"

"¿Para comer?", preguntó vacilante.

"Sí, me muero de hambre".

¿Muerto de hambre? ¿De comida? estuvo a punto de estallar. ¿Qué le pasa a este hombre? se preguntó. ¡Vamos allá! Elizabeth se apartó de él, disgustada consigo misma por no tener más conocimientos sobre el juego del amor, más experiencia en el trato con los hombres... a este nivel. "No tengo apetito".

Volvió a mirar a su alrededor cuando Ambrose se acercó a ella. Sonreía con confianza. "Para comer, supongo".

Contuvo la respiración. Por fin.

Le cogió la mano y se la puso en el pliegue del brazo. "Lástima". Se dirigió hacia una puerta que había en el otro extremo de la habitación.

Incapaz de detenerse a tiempo, Elizabeth se contuvo, resistiéndose suavemente. "¿Adónde me llevas?"

"A una habitación junto al gran salón. Para verme comer". Hizo

una pausa y le agarró la mano con más fuerza. "A menos que prefieras que te sirva la cena aquí, en esta sala".

Elizabeth escrutó rápidamente la habitación. Había sillas, una mesa junto a la chimenea y una estera de juncos en el suelo. Sus ojos se detuvieron en la estera. Parecía bastante cómoda. Y estaban solos. "Aquí. Lo prefiero aquí".

Ella le permitió que la acompañara a la mesa. La sentó en una silla y se alejó.

Elizabeth le observó mientras se dirigía a una puerta y hablaba brevemente con alguien que estaba fuera.

Al no tener ya sus intensos ojos azules sobre ella, Elizabeth sintió que podía respirar de nuevo. Tenía que dominarse a sí misma y a sus emociones. Miró por la habitación, fijándose por primera vez en los maravillosos cuadros que adornaban cada pared. Puesta en pie de inmediato, cruzó hacia ellas y estudió uno a uno cada lienzo. En su mayoría eran obras de los pintores más renombrados de Europa.

Ambrosio hizo un gesto al criado que había extendido la comida sobre la mesa de caballete para que les dejara. Con una cordial reverencia, el hombre se marchó.

Mientras se movía detrás de ella, el barón pudo darse cuenta de que, una vez más, se sentía a gusto. Perdida en las obras de arte de la logia, estaba en su elemento. Sonrió. El destino le había jugado una mala pasada.

Estudió su perfil, la tenue línea de la cicatriz que apenas se veía en su piel perfecta. Olía a flores silvestres en campo abierto. Sus ojos acariciaron su esbelto cuello. Los suaves rizos no ocultaban el exquisito esplendor de su piel de marfil. Casi podía saborear aquella piel bajo sus labios. La deseaba tanto que le dolía.

Elizabeth le oyó acercarse. Entonces sintió el suave roce de sus labios en la piel de su cuello. Miró hacia abajo y vio que sus grandes manos rodeaban su cintura. Se recostó contra su fuerte cuerpo.

"Ya es hora", dijo roncamente.

Se giró lentamente en su abrazo. De cara a él. Con el corazón en la mano.

"Ya está aquí la comida, Elizabeth. Es hora de comer".

Elizabeth levantó la mano y le rodeó el grueso cuello con los dedos. Quería estrangularlo. "¿Por qué me haces esto? El sonido de su risa le tranquilizó el corazón.

"¿Haciendo qué?", protestó tímidamente, mientras le empujaba las manos detrás del cuello y la aplastaba contra su pecho. Sus labios bajaron y rozaron fugazmente los de ella.

"haciéndome esperar así. ¿Por qué haces esto? Creía que querías hacerme el amor". Ella se concentró en la hendidura de su fuerte barbilla. "¿A qué esperas? ¿Cuándo vamos a... hacerlo?"

Ambrose la miró con las cejas levantadas. "Un poco impaciente, ¿no crees, muchacha?"

"Si vas a fingir que no me has traído aquí para hacerme el amor, entonces eres un mentiroso, Ambrose Macpherson".

"No. Pero hacer el amor puede esperar, ¿no crees? Quizá hasta que hayamos comido algo de esta buena comida. Luego beberemos vino. Luego saldremos a dar un paseo. Hay luna llena ahí fuera, ¿sabes? Quizá pueda convencer al jardinero para que te corte unas flores frescas..."

"¡Basta!" Le arrancó las manos de detrás del cuello y le golpeó fuertemente en el pecho con el puño. "¿Por qué tienes que seguir así? Y no me digas que es un ritual de cortejo escocés. Sé que probablemente es lo mismo que has utilizado con todas las mujeres que has traído a este lugar".

Ambrose hizo una pausa y la miró burlonamente a la cara. "No, Elizabeth. No te estoy cortejando. Y para tu información, yo no juego a ese tipo de juegos con las mujeres. No tengo necesidad de ello. De hecho, cuando he cerrado la puerta de esta habitación tras ellos, ya hemos hecho el amor dos veces en los dormitorios y una en la escalera."

Ella le empujó el pecho e intentó alejarse. Él no se lo permitió. Volvió a darle un puñetazo en el pecho. Estaba herida. Él atrapó sus manos con las suyas. Ella abandonó su lucha.

"Entonces, ¿por qué?" susurró Isabel. "¿Por qué me haces esto? Si estás tan decepcionado -si no me quieres-, ¿por qué no dejas que me vaya? ¿Por qué me has traído aquí?"

"Para hacerte el amor. Extasiarte. Hacerte olvidar todo y a todos. Oírte gritar mi nombre con más sentimiento que el aullido de una loba a la luz de la luna llena".

Elizabeth se estremeció entre sus brazos, pendiente de cada una de sus palabras.

"Pero antes -sonrió Ambrose con picardía-, tengo que darte a probar lo que tú me has dado a mí. Eso es todo. Esperando, Elizabeth. La espera. La agonía de desear a alguien. El dolor físico de languidecer tan pacientemente sin saber realmente con certeza si tiene intención de seguir adelante. Hace tiempo que te espero, mi amor. ¿Le damos la vuelta a la tortilla? Ya ves, dos pueden jugar a ese juego, muchacha. Y ahora, ¿te hago esperar como lo he hecho yo?"

"Esto es muy diferente, mi señor. Estoy aquí esta noche por voluntad propia. Quiero estar aquí, en tus brazos. No es el destino ni un accidente lo que nos ha unido. Estoy aquí porque quiero estar aquí".

"Nunca has estado en mis brazos de otra manera, pero aun así..."

"Te deseo, Ambrose". Elizabeth le puso suavemente una mano en

los labios, haciéndole callar. "Te deseo ahora. Por favor, tómame".

Se quedó quieto, mirándola.

Apartó la mano de sus labios y le acarició la mejilla. Sus dedos trazaron la línea de su mandíbula, la de su pómulo, y luego tocó la cicatriz que le cruzaba la frente. "No pondré fin a este acto de amor. No volveré a hacerte esperar. Jamás. Te lo prometo".

Elizabeth se puso de puntillas y le besó la punta de la barbilla.

Ambrosio apretó el puño. ¿A quién creía que estaba engañando? Él no podía esperar más de lo que ella podía. Vio cómo se le cerraban los ojos mientras le rozaba los labios y la cara con ligeros besos. Su cuerpo, que cobraba vida ante su proximidad, se apretó seductoramente contra el de ella. Su mano subió y le cogió el pecho a través de la suave tela.

Elizabeth se estremeció al sentir su mano y abrió los ojos. Como el cielo en primavera, el azul de sus ojos brillaba mientras la miraba a la cara. Se llevó la mano a la nuca y le quitó la correa de cuero que le sujetaba el pelo rubio, y Elizabeth pasó suavemente las manos por los gruesos mechones de lino.

Ambrosio se encontró perdido en sus ojos. La deseaba más que el aire que respiraba. Lo que había dicho antes de esperar se desvaneció rápidamente en el olvido. ¿Qué tenía el tacto de esta mujer?

Pero Elizabeth bajó los ojos, sintiendo que le ardía la piel ante su propia torpeza.

"Yo también he esperado", susurró ella, recostando el rostro contra el suave terciopelo oscuro del jubón. "Yo también he sufrido".

Ambrosio bajó los ojos y posó los labios en su pelo de ébano. Dios mío, la deseaba. No podía esperar.

"Pasamos tan poco tiempo juntos", continuó. Volvió a mirar hacia arriba, buscando una señal en su rostro. "Mañana volveremos con los demás, y todo este sueño llegará a su fin".

"¿Es un sueño, muchacha?", preguntó en voz baja.

"¡No sé lo que es!", susurró. "Vivo la vida de un hombre, pero los sentimientos que amenazan con brotar por todos mis poros me dicen que soy una mujer. No sé qué es un sueño o qué es real. Pero sí sé una cosa, Ambrose. Te deseo".

"Esperando...", empezó.

"No -intervino ella, con voz tranquila pero clara-. "No desperdiciemos este momento con malos sentimientos y rencores".

Cuando Elizabeth despegó los labios, la boca de él descendió sobre la suya.

Ambrose deslizó los dedos por su pelo mientras aplastaba su boca contra la suya. Había empezado a decir que esperar era un juego de tontos. Pero ese pensamiento se había esfumado en el momento, como el humo en el viento. Ahora sólo tenía un propósito en mente. Quería

hacerle el amor. Quería mostrarle la realidad de lo que debía creer. Era una mujer. Una mujer muy deseable. Desde luego, era una pintora de talento; tenía que estar orgullosa de ello. Pero ahora quería que ella supiera lo mucho que necesitaban ser sólo ellos mismos. Un hombre y una mujer. Sin pretensiones, sin fachadas, sólo ellos mismos.

Tenían mucho tiempo que recuperar.

Ambrose la levantó en brazos mientras se dirigía a la puerta. Ella le rodeó el cuello con las manos y apoyó la boca en la piel de su nuca.

"¿Aquí no?", murmuró ella, con una pequeña sonrisa en los labios.

"No, muchacha. El montañés le devolvió la sonrisa y empujó la puerta. "Tampoco en la escalera".

Capítulo Veintitrés

La enorme puerta de roble se balanceó fácilmente sobre sus goznes cuando ambos entraron en la habitación. Ambrose cerró la puerta de una patada mientras la llevaba a la cama.

Durante todo el trayecto por la amplia escalera y el largo pasillo, la boca de Elizabeth no se había separado de la suya. Besándole, le había estado engatusando hasta que irrumpieron en la alcoba.

Estaba loco de deseo.

No había ningún pensamiento de caricias suaves, toques suaves, palabras hermosas. Elizabeth rasgó su jubón de terciopelo, buscando el tacto de su piel. Ella le instó a seguir, y él siguió sus apasionadas demandas con salvaje abandono.

Ambrose le arrancó el edredón de la cama y la dejó caer sobre los hilos de plumón mientras despegaba la boca de los labios de ella. Un destello momentáneo de pensamiento consciente le dijo que debía apartarse, ralentizar aquel ritmo temerario. Si tan sólo pudiera detenerse un instante, recuperar el control de su disciplina, de su deseo. Entonces, mirándola, pudo ver las nubes de pasión en sus ojos. Sus cabellos se esparcían desordenadamente sobre el liso lino blanco, y su carne asomaba por encima de la parte superior de su vestido recogido.

Sabía que no había esperanza. Bajando sobre ella, estaba dispuesto a tomar todo lo que ella quisiera darle.

Elizabeth no podía estarse quieta. Su mente recorría mil mundos nuevos, mundos que sólo había visto en sus sueños más vívidos y maravillosos. Su corazón latía desbocado, su sangre rugía en su cabeza. Empujó su ropa y lo agarró por el cuello, queriéndolo más cerca de su cuerpo.

"Tómame, Ambrosio. Por favor. Tómame ahora".

No había ningún pensamiento más allá de las acciones de sus manos. Sin pensar en nada más que en la satisfacción que cada uno buscaba, se desgarraron mutuamente la ropa. Elizabeth sintió que Ambrose se levantaba de ella y luego lo vio encima de ella, despojándose del jubón y la camisa de la parte superior del cuerpo con un solo movimiento. Intentó alcanzar la corbata que le ceñía las medias, pero retrocedió al sentirse arrastrada por el tobillo hasta el borde de la cama. Allí estaba él, y Elizabeth levantó la vista hacia su apuesto rostro, con los ojos ardientes de deseo.

Al liberarse, Ambrosio le subió el vestido hasta la cintura. La suave

seda de su ropa interior se rasgó en sus manos. Estaba perdido en su abandono. Toda disciplina se desmoronó como yesca gastada ante las llamas de la necesidad carnal.

"Elizabeth", susurró, con la voz cruda por la emoción. Sus dedos se clavaron en sus caderas mientras la acercaba, separándole las piernas y moviéndose entre ellas. "Sólo esta vez, no nos tomaremos nuestro tiempo".

Aferrándose a la sábana, levantó las caderas hacia él mientras él presionaba sus suaves y húmedos pliegues. "Tómame, Ambrosio".

Con un solo movimiento, la penetró profundamente.

Elizabeth lanzó un grito agudo mientras alzaba la mano y le agarraba por el cuello. Sintió una momentánea descarga de dolor. Jadeó y le sujetó.

Dios mío, pensó, era virgen. Aquel pensamiento penetró como la hoja fría y afilada de un cuchillo en un cerebro embotado y confuso por el fuego del deseo. Ambrose respiró hondo e intentó no moverse. Estaba totalmente enraizado dentro de ella. Su estrechez amenazaba con matarle. Pero permaneció inmóvil. El corazón le martilleaba el pecho y respiraba entrecortadamente.

Luego, con suavidad, el montañés la bajó a la cama. "Eras virgen", gruñó.

"No me lo tengas en cuenta", susurró ella, intentando aligerarle el ceño. El dolor empezaba a remitir. Le acarició el pecho con los dedos.

"¿Por qué no me lo dijiste?", preguntó él, incorporándose sobre los codos. Mirándola a los ojos llenos de pasión, vio que una lágrima se desprendía del rabillo del ojo y desaparecía en el oscuro nacimiento de su pelo. "Jaime. ¿De quién es hija Jaime?"

"Por favor, no te enfades", suplicó Elizabeth con voz desgarrada al ver la luz feroz de sus ojos. "Te diré todo lo que quieras saber. Lo siento". Se cubrió los ojos con el dorso de la mano. "Siento haberte decepcionado".

Miró a la mujer tendida entre sus brazos. Era el primer hombre que yacía con ella. Sin poder explicarlo, sintió un profundo orgullo.

"¿Cómo podría estar decepcionado?" protestó Ambrose, mientras le tomaba suavemente la cara entre las manos. "Conmocionada. Complacido. Sorprendido. Incluso curioso. Pero no decepcionado, cariño". Se inclinó hacia ella y la acarició con los labios. Ella volvió a rodearle el cuello con la mano y él la atrajo hacia sí.

Elizabeth arqueó las caderas cuando él la estrechó entre sus brazos. De repente, sintió cómo él latía en lo más profundo de su ser.

Ambrosio desplazó ligeramente su peso, y Elizabeth jadeó cuando una nueva sensación sustituyó a la incomodidad. Cuando él se retiró parcialmente, una sensación de intenso calor, de tórrido placer, emanó del núcleo mismo de ella. Ambrosio volvió a deslizarse dentro de ella

y, en algún lugar de su cabeza, Elizabeth sintió como si una vara se deslizara por la cuerda tensa de una lira. Una sola nota resonó en todo su cuerpo.

De nuevo, muy lentamente, él se retiró, y de nuevo el tono del amor sonó dentro de ella. Volvió a penetrarla, y el sonido que ella sentía más que oía reverberó en su interior. Un ritmo empezó a envolverla, procedente de su interior, pero ligado al movimiento de su amante.

El tono del sonido era cada vez más alto, y Elizabeth descubrió que su cuerpo subía y bajaba al ritmo pulsante.

Una y otra vez, las caderas de Elizabeth se elevaban para aceptar a Ambrose más profundamente con cada caricia. Los gemidos que le llegaban desde el fondo de la garganta parecían más bien el ronroneo de una leona salvaje. Quería asegurarse de que Elizabeth encontrara el placer antes que él. Tuvo que contenerse, pero los sonidos que ella emitía lo llevaban al precipicio.

Sus dedos se clavaron en sus hombros. Siguió empujando, arqueándose contra él rítmicamente, con urgencia.

Entonces lo llamó por su nombre. Como si la tierra temblara, como si su existencia dependiera de los brazos que la rodeaban, Elizabeth se enroscó alrededor de él. En su cerebro estallaron un millón de notas en un coro de luz y sonido, color y música. Con cada fibra de su ser ardiendo, su cuerpo se elevó hacia el de él mientras relámpagos rojos y amarillos la atravesaban, elevándola, transportándola a una dimensión cristalina que sólo había soñado que pudiera existir.

Cuando su cuerpo se tensó como un cable, Ambrose se sumergió una última vez. Luego, momentáneamente agotado, cayó en el acogedor abrazo de ella.

Elizabeth acarició su piel húmeda, estrechándolo entre sus brazos. Para ella, la tierra había dejado de girar mientras hacían el amor. Pero ahora, allí tumbada con él, se le entrecortaba la respiración mientras se le formaba un nudo en el pecho. Entonces, sin previo aviso, Elizabeth sintió que las lágrimas brotaban y le bañaban la cara. En el transcurso de unos preciosos instantes, él había sido capaz de liberar en ella un mundo que había permanecido oculto en lo más profundo de su ser. Un mundo maravilloso.

Por él. Allí tumbada, sabía que se sentía como se sentía por culpa de aquel hombre, Ambrose Macpherson. Desde el primer momento en que él había dirigido su atención hacia ella en las gradas del Campo de Paño de Oro, había cambiado su vida. Le necesitaba. Le amaba.

Elizabeth le rozó el pelo con los labios mientras él descansaba tan serenamente sobre ella. Podía sentir cómo los latidos de su corazón empezaban a ralentizarse. Le gustaba sentir su peso. La fuerza que emanaba de él.

Ambrose se levantó y rodó fuera de ella. Moviéndose hacia el centro de la cama, atrajo a Elizabeth hacia sí. Era un revoltijo de vestidos y sábanas. Miró su hermoso rostro y sintió que el corazón se le apretaba. Parecía un sueño, acurrucada a su lado. El estallido de pasión, la poderosa explosión que había sentido hacía unos instantes, se había calmado. Pero había sido la primera vez incluso para él. Nunca en el acto de hacer el amor había sentido una mezcla de espíritus como la que había sentido con ella. Jamás. Aunque pensar en ello era algo desalentador, también había algo satisfactorio. Le invadió una sensación de plenitud. Una sensación de unidad que apaciguaba el cuerpo y calmaba el alma.

Pero no era sólo la fuerza de su pasión lo que traía tanta paz, sino cómo se sentía ahora, tumbada en sus brazos. Era la sensación de su cuerpo contra él, como si hubiera sido hecha para encajar allí y sólo allí, donde yacía en ese momento. En sus brazos, junto a él. Le pertenecía.

Su voz era suave cuando formuló la pregunta. "¿Por qué no me dijiste la verdad, muchacha?"

La joven levantó la vista y vio la suavidad en su expresión. "Supongo que tenía miedo".

"¡No de mí!", exclamó, mientras su pulgar limpiaba los rastros de lágrimas que se secaban en su cutis perfecto.

Elizabeth se sintió inclinada hacia el cálido contacto de su mano. "Un poco asustada de ti, y un poco asustada de mí misma".

Levantó la mirada hacia la oscura bóveda. "Eras un inocente cuando viniste a verme aquella noche en el Campo de Paño de Oro. Qué tonto fui por no verlo". Se volvió hacia ella. "Pero, ¿por qué viniste? ¿Por qué me engañaste con tu pretensión de experiencia?"

Enroscó las sábanas entre los dedos. No había razón para seguir eludiendo decirle la verdad. Él debía saber lo que ella podía compartir con él. "Ya te he hablado de mi padre. De su plan de enviarme al lecho del rey Enrique".

Asintió en silencio.

"En parte, por eso acudí a ti aquella noche". Buscó las palabras adecuadas. No quería que pensara que las intenciones de su padre habían sido las únicas razones por las que había acudido a él. En el fondo, sabía que había algo más. "Aquella tarde, después de la justa, mi padre me dijo que Enrique quería mi virginidad. Sus necios médicos le habían dicho al rey que la inocencia de una virgen podía curar su viruela. Por desgracia, yo estaba allí, en el lugar equivocado. En el momento equivocado".

Ambrosio maldijo la estupidez de semejante atraso. "No les creíste, ¿verdad?", preguntó, sabiendo ya la respuesta. "El bastardo arrogante. Usando su poder sobre aquellos demasiado inocentes para resistirse".

"Nunca le di a mi padre la oportunidad de cumplir su amenaza". Se acercó más a su lado. "Vine a tu tienda con la esperanza de que me hicieras el amor. Es cierto que estaba decidida a darle una lección a mi padre. Pero mi acercamiento a ti iba más allá de eso. Si iba a convertirme en mujer, estaba decidida a hacerlo con la persona que yo eligiera".

"Pero podrías haberme dicho la verdad. Podría haberte sacado de allí sin el infierno por el que te has hecho pasar. No tenía por qué ser así".

"¿Cómo he podido hacerte eso?", protestó ella, levantándose sobre el codo. "Aquí estabas, el hombre más apuesto de todo el Valle Dorado. El cortesano más encantador, un campeón entre los guerreros, quizá el soltero más codiciado de Europa..."

"¿Quizá?", interrumpió con una sonrisa.

"Tuviste tu elección de mujeres", continuó. "¿Y yo debería presumir tanto? La sencilla y simple Isabel Bolena".

"La brillante y bella Isabel Bolena".

Le dio una palmada suave en el pecho. "No hace falta que me halagues, milord -continuó ella, trazando dibujos en su pecho-. "Ahí estaba yo. Deseando que mi inocencia desapareciera, pero mortalmente nerviosa por llevarlo a cabo. Tenía tanto miedo de revelar la verdad y verme expulsada de tu tienda".

"Nunca he echado a una mujer de mi tienda".

Dejó caer la cabeza sobre su pecho. "Por favor, no me deprimas".

Ambrosio sonrió mientras le pasaba los dedos por el pelo. "Claro que eso fue antes de conocerte. Desde entonces he rechazado a muchos".

"¡Mentiroso!"

Ambrose se rió mientras acercaba su cara a la de ella para besarla. "Yo fui la verdadera decepción, ¿verdad? Fui yo quien no cumplió tus deseos".

"¡Pero lo hiciste!" Se puso boca abajo, se apoyó en los codos y lo miró con un brillo en los ojos. "Por lo que respecta a los demás, aquella noche dormimos juntos. Todos me creyeron. Incluso mi hermana Mary".

"¿Y esa artimaña sirvió a tu propósito?"

"Me escapé", susurró en voz baja, volviéndose seria de nuevo. "Y aquí estoy. Así que supongo que sí".

Ambrosio se puso de lado y le apoyó suavemente la mano en la espalda. "Nunca hubo maridos ni amantes".

Ella negó con la cabeza. "No, y nunca hubo nadie con el nombre de Phillipe de Anjou".

En silencio durante un momento, el montañés pasó la mano por la curva de sus nalgas, alisando el vestido bajo la palma. Se detuvo.

"Pero, ¿y Jaime? Se parece tanto a ti que fue natural que supusiera que era tuya". Ambrosio la miró a la cara. "Es hija de María, ¿verdad?"

Elizabeth giró la cabeza y le miró directamente a los ojos. Confiaba en él. No había peligro para la niña en que Ambrosio supiera la verdad. "Sí. Jaime es hija de María".

"¿Y el padre?"

"Enrique de Inglaterra", dijo ella en voz baja, cogiéndole de la otra muñeca. "Esto ha sido un secreto entre María y yo. Sólo nosotros lo sabemos. Y ahora tú. Pero debemos mantenerlo así".

Perplejo, Ambrosio la miró fijamente. "Incluso alguien tan desalmado como Enrique cuidaría de su descendencia. El niño sería tratado con nobleza".

"Ya lo sabemos. No es Henry quien más nos preocupa". Elizabeth hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas. "Es nuestro padre. Se deshizo de dos hijas. No tratará a Jaime de forma diferente. Ella es feliz con nosotros. Hemos sido capaces de mantenerla. Le damos todo lo que necesita. Está mejor con María y conmigo de lo que nunca estaría en la corte inglesa". Su voz adquirió un tono suplicante. "No puedo arriesgarme a poner en peligro su vida. Por favor, compréndelo".

¿Cómo podía no entenderlo? Ambrosio sabía cómo se percibía a los hijos ilegítimos en las familias reales. Eran los peones de quienes buscaban el poder, en el mejor de los casos.

Y Ambrosio había disfrutado jugando y hablando con Jaime muchas veces durante este largo viaje. Era la viva imagen de su tía, tanto en aspecto como en carácter. Jaime tenía espíritu.

"Harías bien en mantenerla lo más lejos posible de ese tribunal".

Elizabeth le miró a los ojos azules, segura de su decisión de confiárselo todo a aquel hombre.

"Gracias", susurró en voz baja.

Le acarició suavemente los labios con los dedos. Acercándose, la besó con ternura.

"Jaime es un niño afortunado". Sus dedos recorrieron la piel sedosa de su barbilla hasta el hueco de su garganta y la línea de su clavícula. "Tiene suerte de tenerte a ti".

Elizabeth sacudió ligeramente la cabeza, negando el cumplido.

"Ambrose", dijo en voz baja, tras una breve pausa. "Tengo una pregunta que hacerte. En realidad, una especie de permiso".

Se echó a reír. "¿Permiso? ¿Elizabeth Bolena pidiendo permiso?"

"Olvida lo que he dicho", frunció el ceño. "Considéralo una pregunta".

"Sí, así es más mi Elizabeth".

"El anillo". Se volvió, se acercó a la mesa y cogió el anillo y el tanga de cuero.

"Sí. El anillo de Henry".

Elizabeth se detuvo y lo contempló.

"Ambrose, llevé esto durante años como recuerdo. Como muestra de tus atenciones hacia mí. De lo que llevaba en el corazón". Levantó los ojos hacia los suyos. "Pero ahora me gustaría dejarlo a un lado... para Jaime".

El montañés la miró a los ojos empañados.

"Ella no conoce la verdadera identidad de su padre. De hecho, puede que nunca lo sepa... pero pensé que sería bueno para ella tener esto algún día". Le acarició el pecho. "¿Qué te parece?"

El rostro de Ambrose estaba serio mientras colocaba su mano sobre la de ella, manteniéndola inmóvil.

"Me parece bien, Elizabeth. Pero tengo una condición".

"¿Otra condición?"

"Sí. Quizá una última".

"Muy bien. ¿De qué se trata?"

"No puedes delatarme".

Elizabeth sonrió. "Nunca".

La suave brisa besó los dos cuerpos enredados con su suave roce del alba. Elizabeth se detuvo un momento, escuchando el canto de una alondra en el exterior, y luego despegó los labios del pecho desnudo de Ambrosio. Se apartó el pelo negro de la cara y sonrió ante su expresión torturada.

"¿Y ahora? ¿Me llevarás ya?"

"Eres una muchacha del demonio, Isabel Bolena", murmuró Ambrose entre dientes apretados. "Pero sigo diciendo que no".

Con un gruñido que retumbó en lo más profundo de su pecho, el barón arrojó a Elizabeth sobre su espalda y se colocó encima de ella. Asegurándole las manos bajo las suyas, gruñó satisfecho antes de dejar que su boca recorriera sin prisa la suave piel de su cuello, sus hombros, la firme carne blanca de sus pechos.

Se maldijo por enésima vez por actuar como un bribón sin principios, tomándola la noche anterior como lo había hecho. Y lo que era peor, había prometido en silencio tomarse su tiempo después. Pero la siguiente vez había sido sólo unos instantes después de la primera. Y una vez más habían estado demasiado locos para tomar y dar lo que cada uno había esperado tanto tiempo para compartir. De nuevo no había habido delicadeza, ni se habían tomado su tiempo.

Así que, una vez más, Ambrose había renovado su promesa de ir más despacio la próxima vez.

Había sido una noche maravillosa. No recordaba cuántas veces

había roto su promesa.

Ambrose tuvo que admitir que era muy difícil -casi imposible- ir despacio con una mujer como Elizabeth. En la cama, la mujer era una diablesa. Un furioso fuego de páramo que incineraba todo a su paso. Incluso ahora seguía retorciéndose inquieta bajo él. Mientras se movía de un pecho a otro, arrancándole un gemido bajo, pensó en cómo la luz de la mañana mostraría casi cada centímetro de su piel gloriosamente abrasada.

De hecho, hacía unos instantes la había despertado de su medio sueño con un toque suave, un susurro seductor. Quería mostrarle las distintas formas en que podía darle placer. Pero también quería demostrarle que podían hacer el amor de otra forma. Quería mostrarle los momentos de ensueño que podían precederla. Quería mostrarle el lado tierno del romance.

Pero ella se había hecho cargo de inmediato. Su sentido de la curiosidad, su necesidad de descubrir, habían acabado horas antes con cualquier vestigio de restricción. A la luz grisácea, los labios de Elizabeth habían recorrido libre y extensamente la longitud y anchura de su cuerpo, explorando y deleitándose en el dulce tormento que sabía que estaba infligiendo. Ambrose suspiró profundamente y se llevó firmemente el tenso pezón a la boca. Ella le había proporcionado un placer increíble, pero ahora era su turno.

Sintiéndose como una diosa, Elizabeth se revolcó en las olas del mullido colchón mientras Ambrosio rendía homenaje a su cuerpo. Varias veces intentó moverse, seguir su ejemplo en aquellos actos de amor, pero cada vez sus manos la empujaban suavemente hacia las almohadas.

Ambrose deslizó los dedos sobre el suave triángulo de su feminidad. Soltando un grito ahogado, se incorporó de nuevo sobre los codos.

"Recuéstate, amor", le ordenó, acercando su cara a la de ella. "Ahora me toca a mí".

Ella lo miró mientras sus labios rozaban suavemente sus mejillas, sus labios.

"Esto no es justo", susurró con una sonrisa. "Yo también quiero complacerte".

Su boca cubrió la de ella, su beso delicioso y minucioso. Cuando Ambrosio terminó, ya no quedaban argumentos en ella. De hecho, suspirando satisfecha, Isabel sintió que su cuerpo y su espíritu se volvían cada vez más suaves y cálidos entre los brazos de él.

"Sí, muchacha", gruñó roncamente. "Pero me complaces quedándote como estás".

Ella cerró los ojos mientras él la recostaba en la cama. Ambrosio se detuvo un momento para fijarse en la expresión de confianza de su

rostro. Sus ojos observaron la piel suave y las curvas femeninas de su cuerpo hermoso y generoso. Sólo él conocía realmente la ternura -y el fuego- que coexistían en aquel cuerpo.

Les quedaba poco tiempo en el pabellón de caza. Pronto se reunirían con los demás. Continuarían su viaje hacia Escocia. Una vez más allá de estos muros, Isabel volvería a ser Felipe de Anjou. ¿Y después? pensó Ambrosio. Tal vez pudiera seguir con el engaño. Fingiendo ser lo que no era.

¿Y él mismo? Ambrosio le pasó ligeramente los dedos por la sensible piel de la parte superior de los muslos, sonriendo débilmente ante el escalofrío que le provocó su acción. ¿Y él? Volvería a anhelarla y a esperarla.

Ambrosio suspiró, con el rostro cada vez más serio a la luz del alba que se acercaba. Una sensación de urgencia se introdujo en su alma. De repente, se hizo abrumadoramente importante que ella recordara lo que habían compartido aquí esta noche. Era crucial que recordara la noche con nostalgia. Esencial que Elizabeth pensara en ello a menudo y que volviera a desearlo. Más que eso, debía desearlo. Una y otra vez.

Sí, Elizabeth debe renunciar a esta farsa y ser suya. Como mujer. Debe pertenecerle. Sólo a él. Él la protegería, la cuidaría.

Pero no podía exigirle que renunciara a todo. A todos los niveles, sabía que ésa era la verdad.

Ambrosio sabía que el arte, para él, sólo llenaba algún vacío en su vida. Para Elizabeth, era un amor, una adicción mucho mayor que cualquier profesión. Para él, un hobby y un pasatiempo, por grande que fuera su valor. Pero para ella, la pintura era una pasión. Ambrosio sabía que tendría que competir con eso.

El Highlander tenía un reto ante sí. Tenía que enseñarle un camino mejor, un futuro mejor. Tenía que enseñarle el amor. Su amor. Entonces, tal vez, ella dejaría de fingir que era un hombre. Entonces, tal vez, sería suya.

Podía pintar. No importaba si los demás fruncían el ceño por ser mujer: ella podía pintar para él. Siempre tendría un lugar junto a él.

Ésta era su oportunidad.

Cuando Ambrose bajó la boca hacia su vientre, las manos de Elizabeth se dirigieron despreocupadamente hacia los hombros de él. Pero sus labios se entreabrieron, y su respiración se entrecortó en su pecho cuando él bajó aún más los labios.

No dejó nada sin tocar. Sus labios saborearon su dulzura, deteniéndose en cada centímetro de su piel. Los sentidos de Elizabeth hormiguearon y, en su interior, una masa burbujeante de calor fundido empezó a brotar y a derramarse por todos los rincones de su cuerpo, inundando su conciencia con un resplandeciente calor blanco.

"¡Ambrose!", gritó débilmente, mientras sus labios avivaban el fuego de la pasión erótica que ya ardía en su interior.

Volvió a gritar su nombre. Esta vez con una necesidad desesperada. Las llamas del deseo amenazaban con consumirla. El cuerpo de Elizabeth se arqueó, su respiración se entrecortó. Sus ojos ya no podían ver los objetos de su cámara, pues los relámpagos rojos, amarillos y blancos atravesaban su rostro a velocidades increíbles, destruyendo todo lo que había más allá. Sus entrañas se enrollaban, se fundían, se reformaban.

"¡Ambrose!"

El montañés levantó la cara lentamente y subió con un cuidado insoportable por el cuerpo de ella, arrastrando besos que le abrasaban la piel desde el ombligo hasta la barbilla.

Luego, apoderándose de nuevo de su boca con la suya, se deslizó dentro de ella. Lentamente. Muy despacio.

Al hacerlo, la mente de Elizabeth se puso blanca, un infierno palpitante que estallaba en lo más profundo de su cuerpo y de su alma.

Apretando las rodillas para hacer frente a la punzada pasajera de incomodidad, Elizabeth extendió la mano y se apoyó en la pared del pasillo.

Ambrose le había advertido de que podría sentirse incómoda por la mañana. Incluso le había sugerido que tal vez deberían tomárselo con calma.

No, ella había respondido. Demasiado atrapada en las delirantes cumbres de la pasión a las que habían llegado, Elizabeth se había mostrado inflexible en su falta de voluntad para detener -o incluso ralentizar por un momento- sus horas de amor. Por lo que podía ver, aquél tendría que ser un recuerdo que saborearía toda la vida.

Así que cuanto más pudiera prolongar esta noche de dicha, mejor sería el recuerdo, pensó.

Y Ambrose Macpherson le había complacido.

Pero al final, cuando el sol naciente empujó suavemente a la luna llena sobre las colinas occidentales, el reino privado del amor nocturno dio paso a la realidad del día.

La responsabilidad les llamaba. Tenían que marcharse.

"¿Podría traerle algo, madame?"

Elizabeth estuvo a punto de saltar cuando la voz del anciano graznó en voz baja detrás de ella. Pero la voz le llegó rápidamente. Había conocido al viejo Jacques, el diminuto mayordomo de la finca, ayer a su llegada. Una vez más, se extrañó de que ninguno de los

criados de la posada enarcase siquiera una ceja ante su vestimenta masculina. Elizabeth se volvió lentamente hacia él.

"No. Pero gracias". Su mente se agitó. "Sólo estaba admirando la colección de cuadros mientras bajaba".

"Son preciosos, ¿verdad?" Señaló los lienzos que adornaban todas las paredes. "Son obras de algunos de los mejores y más conocidos artistas de Europa".

"Impresionante", murmuró. "Son brillantes. Me gustan las obras de todos los pintores. Sólo quería verlas mejor antes de partir".

El rostro de Jacques se arrugó mil veces al ver su interés. Para Elizabeth era evidente que aquel hombre se sentía muy orgulloso de las cosas de las que era responsable.

"Señora, lo que se expone aquí, en el pasillo principal y en las escaleras, representa sólo una pequeña parte de la colección. Las piezas valiosas cuelgan en las salas de abajo".

El anciano guiñó un ojo conspiradoramente e inclinó la cabeza hacia las escaleras. La joven sonrió cuando el hombrecillo se agarró al brazo de Elizabeth, cojeando a su lado.

"Si me lo permites -casi carcajeó en voz baja-, podría enseñarte mis obras favoritas".

"¿Qué son? ¿Los bocetos originales de Rafael?", bromeó. Echando un vistazo a las obras que colgaban de las paredes, se preguntó cómo podían ser más finas que lo que había estado mirando. "No tienes los cuadernos de Leonardo, ¿verdad? Se dice en Florencia que Leonardo guardaba diarios secretos..."

"Puedes verlo tú mismo". Jacques señaló una puerta cuando llegaron al final de la gran escalera. Era una habitación por la que Elizabeth aún no había pasado.

"Esto es lo que mi amo llama sus 'joyas ocultas'". El mayordomo sacó un llavero de su camisa y abrió la puerta con una floritura. Cuando Elizabeth entró en la gigantesca sala, se quedó boquiabierta. "Son todos los primeros trabajos de los más grandes artistas del mundo. Obras maestras aún por descubrir. Creo que ésta es la razón por la que al maestro le gusta pasar tanto tiempo aquí".

El hombre siguió hablando mientras Elizabeth permanecía asombrada, contemplando los cientos de lienzos que adornaban la sala. Eran preciosos. Todos de estilos diferentes, algunos primitivos, otros utilizando la nueva audacia de los coloristas italianos. Se dirigió hacia una de las paredes y empezó a examinar las obras. Algunas estaban firmadas, pero las firmas de los artistas quedaban claras por los estilos, la composición y la pincelada de los propios cuadros. Elizabeth podía identificar al creador de casi todas ellas. "Debió de enviar a gente de todo el mundo para que trajeran todas éstas aquí".

Jacques negó con la cabeza. "El maestro está muy orgulloso de

decir que él mismo eligió y compró todas las piezas de esta sala. Encontrar la obra de un genio, dice, no es algo que se delegue en los demás".

Elizabeth avanzó por la habitación. Se detuvo ante el retrato asombrosamente realista y poco favorecedor de alguien a quien no conocía, un pintor llamado Hans Holbein. Su obra colgaba junto a la de Durero.

"Y el maestro cree que hay un valor real oculto en estas piezas", continuó el mayordomo. "A pesar de que la mayoría de estos cuadros se hicieron para alimentar un estómago vacío, no son -como ves en el uso de los colores y en la representación del tema- tradicionales en modo alguno. El talento de estos pintores, la mente de estos hombres, no estaban limitados por las restricciones de unos límites establecidos."

"No las mentes de estos hombres, Jacques. La mente de estos artistas".

Elizabeth y el mayordomo se volvieron al instante. Ninguno de los dos había oído entrar a Ambrosio.

El anciano hizo una reverencia de saludo al barón antes de dirigirse a la puerta. Elizabeth observó con curiosidad un intercambio silencioso entre ambos. No se dijeron nada, pero parecía que Jacques había entendido.

Ambrose miró hacia atrás cuando la puerta se cerró tras él. Luego volvió a mirar a Elizabeth. Volvía a estar vestida de hombre, con su feminidad disfrazada. A pesar de la masculinidad de su aspecto y su actitud, se le encendió la sangre. Sabía lo que había debajo.

Elizabeth se sonrojó abiertamente al contemplar su apuesto rostro. De nuevo Ambrosio se había puesto el traje de las Highlands para cabalgar hasta Troyes, y a ella se le aceleró el pulso al recordar sus cuerpos tan juntos. Podía recordar cada caricia sensual, cada acto audaz, cada momento de gozoso éxtasis. No, basta, se amonestó interiormente. Lanzó una rápida mirada a la puerta cerrada.

"¿Crees que alguien en la logia adivina lo que hicimos anoche?"

Ambrosio le respondió con el silencio.

Volvió la mirada hacia él. De repente parecía peligroso. Dio un paso. Ella retrocedió. Él la siguió. Elizabeth rodeó la mesa y él la siguió.

"Ambrose...", advirtió en voz baja.

"Ellos no adivinan, amor. Saben lo que estuvimos haciendo hasta el amanecer". Alargó la mano con la rapidez de un gato y le agarró la muñeca. "Después de todo, estoy bastante seguro de que todos te oyeron".

Elizabeth miró nerviosa a la puerta y luego a Ambrosio. Él sonreía.

"¿Qué haces?", preguntó ella, permitiéndole a regañadientes que

tirara de ella desde detrás de la mesa.

"Estoy a punto de hacerte el amor".

"¿Aquí?", susurró, con los ojos desorbitados ante la perspectiva.

"Aquí, sobre esta mesa".

El corazón le martilleaba en el pecho. Sintió que la cara le ardía de calor. "No lo hagas. Alguien podría entrar".

Ambrosio acalló su oposición. Aplastó su boca contra la de ella.

"Ambrose", protestó ella, intentando recuperar el aliento. Sus manos le empujaron el pecho con desgana. "Dijiste que teníamos que estar en la carretera. No podemos hacerlo aquí". Ella se estremeció de excitación cuando los labios y la boca de él se aferraron a la piel de su cuello. Podía sentir cómo su virilidad se endurecía bajo la suave lana de su falda escocesa. "Tengo la ropa equivocada. No funcionará".

Sujetándola con fuerza, Ambrose tiró primero de su jubón y luego empujó sus calzones y su manguera. Su grito de sorpresa se convirtió rápidamente en un gemido de placer.

"No olvides dónde estamos, mi amor", dijo, señalando sonriente con la cabeza los cuadros que los rodeaban. La levantó suavemente sobre el escritorio. "Sin límites".

Su amor era rápido y poderoso, las caricias de él suaves, su liberación pura y completa. Agotada, miró hacia el techo, con los miembros todavía hormigueando por el frenético sexo.

Ambrose depositó un beso en sus labios mientras se enderezaba, ofreciéndole una mano hacia arriba.

"No podemos hacer esto en cualquier momento o lugar que te apetezca", reprendió, con una sonrisa dibujada en los labios.

"Sí, podemos". Intentó ayudarla con la manguera, pero ella le apartó la mano de un manotazo. "Siempre que los dos queramos y los dos disfrutemos".

No podía negar sus palabras. Lo había disfrutado. Ferozmente.

Elizabeth lo observó por el rabillo del ojo mientras se arreglaba el atuendo. No estaba cansado de ella. Aún la deseaba. Tumbada en la bañera, había temido cómo se sentiría él ahora que su noche había terminado.

"Desayunaremos antes de ponernos en camino". Sus palabras eran tan tranquilas y seguras de sí mismas. "Gavin llegará probablemente a Troyes hacia el mediodía de hoy. Si cabalgamos duro, cariño, podríamos llegar esta tarde".

Cabalga con fuerza. Se encogió al pensarlo. Elizabeth no estaba segura de estar preparada para montar en absoluto.

"¿Preparada?" Se levantó, fresco como la brisa de verano,

tendiéndole la mano para que la cogiera. "Vamos a comer".

Le cogió del brazo y dejó que la condujera hacia la puerta. Imaginó los rostros de veinte criados pegados a la puerta exterior escuchando el último momento de placer que habían compartido. Incontrolablemente, un rubor de vergüenza coloreó sus mejillas. Discretos. Tenían que ser más discretas. Al acercarse a la puerta, volvió a dejar que sus ojos recorrieran los maravillosos tesoros que adornaban todas las paredes a la vista.

De repente se detuvo. Allí, a su izquierda, entre las dos brillantes ventanas. Sus ojos se clavaron en su propio trabajo.

Ambrosio siguió su mirada. Había querido que ella misma encontrara la pieza. De hecho, para hacerlo posible, había pedido al mayordomo, Jacques, que se asegurara de que Elizabeth entrara en el estudio esta mañana. Y la había seguido, incapaz de dejar pasar la oportunidad de ver su expresión cuando se enterara.

Se puso en pie, sonriendo expectante. Elizabeth se giró hacia él.

"¡Gusano!", estalló.

Capítulo Veinticuatro

ESTABA TOTALMENTE PREPARADA para despellejarle vivo.

Ambrose retrocedió un paso cuando Elizabeth avanzó hacia él, con una vieja espada en la mano. Había sacado el arma del expositor de armaduras antes de que el montañés pudiera recobrar el juicio. Su vehemente exclamación era lo último que él esperaba. Tampoco que Elizabeth se armara era la respuesta menos esperada.

"Baja esa cosa antes de que te hagas daño", le ordenó. Ella ni siquiera se detuvo en su avance.

"¡Sólo hay una persona a la que van a herir!" La larga y pesada hoja centelleó a la luz del sol. "Y eres tú".

Ambrose se agachó cuando el arma cortó el aire a sólo un palmo de su cabeza.

"Entonces, ¿por qué no utilizas mi espada? Será una muerte rápida". Se movió ágilmente alrededor de la mesa. "Al menos está afilada, muchacha".

Sus ojos se clavaron en la mesa.

¡La mesa! La rabia de Elizabeth alcanzó nuevas cotas.

"No", rugió. Volvió a blandir la espada, mientras Ambrose retrocedía. "Ése será un final demasiado amable para ti. Me gustaría verte morir de una muerte lenta y dolorosa".

Totalmente perplejo, Ambrose contempló asombrado la furia grabada en su rostro. No había duda, tenía que estar rabiosa. "¿No podemos hablar de esto antes?"

Elizabeth hizo caso omiso de su súplica. "Entonces", siseó. "¿Llega tarde?"

La miró con las cejas levantadas.

"¡No me mires con tanta inocencia, cerdo! ¿Tu plan era que entrara mientras me tenías extendida sobre la mesa?" Ella se apoyó en la mesa y le sacudió un puño. "¿O fue anoche? Seguro que hiciste que me metieran en su habitación. Así podría vernos allí, supongo".

Ambrose puso ambas manos sobre la mesa y la miró interrogadoramente a los ojos. "¿De quién estás hablando?"

La espada salió disparada hacia arriba, con el filo de la hoja cortando profundamente la madera en el lugar donde habían descansado las manos del montañés.

Tan ágil como un gato, el guerrero la agarró por la muñeca y le arrancó la espada de la empuñadura. Cuando levantó la vista con una sonrisa irónica, Elizabeth le propinó un puñetazo en toda la cara.

Apenas parpadeó mientras ella se agarraba la mano con dolor.

Ambrose alargó la mano por encima de la mesa en un intento de agarrarla por el hombro, pero ella saltó hacia atrás, tropezando y cayendo torpemente sobre las nalgas.

"Déjame que te lo pregunte otra vez. ¿Quién es ése del que hablas?" Ambrose se movió alrededor del escritorio.

Ella retrocedió ante su aproximación. "¡No te acerques a mí!"

"¿Quién crees que iba a entrar mientras hacíamos el amor?" Se agachó, intentando ayudarla a ponerse en pie.

"¡No me toques!" Ella intentó zafarse de sus manos, pero él tenía ventaja.

"¡Elizabeth!" La estrechó entre sus brazos, limitando sus movimientos. Pero ella se resistió, gruñendo como una loba enjaulada. "¿Qué he hecho? ¿Quién crees que iba a entrar?"

Ella intentó darle un rodillazo entre las piernas. Mientras él la mantenía a distancia, las piernas de los dos combatientes se enredaron y cayeron con un ruido sordo.

"¡El marqués de Troyes, tonto!" Ella intentó morderle, pero él se apartó. "O como quieras llamarle. ¡El Condestable de Champaña! El Duque de Borbón!"

"¿Quién?", preguntó, estupefacto. El barón gruñó cuando ella le propinó una patada en la ingle.

Elizabeth se apartó rápidamente de él y se puso en pie de un salto. Señaló la pared con un dedo acusador.

"Es el hombre que me compró el cuadro". Miró hacia abajo, donde él se agachaba dolorido sobre manos y rodillas, con la cabeza metida en el pecho. Alargó la mano y le tocó el hombro. "¡Dios mío! ¿Qué he hecho? Ambrose!"

El guerrero se movió como un rayo y golpeó con decisión.

Elizabeth parpadeó y le miró a la cara. La tenía tumbada boca arriba y su peso impedía cualquier movimiento por su parte. "No puedo respirar -jadeó.

"¡Bien! Ya somos dos".

Elizabeth intentó liberar sus manos, pero no había esperanza. Él la tenía. "¡Te odio!"

"No, muchacha. No es cierto", respondió. "Pero empecemos por el principio. ¿Qué decías de que el Borbón entrara aquí?"

"¡Ya me has oído, cerdo!"

"¿Qué demonios te ha podido dar esa idea?"

"Déjame ir primero, matón. Luego hablaré".

"Ni hablar, mi amor. Valoro demasiado mi... mi vida". Apoyó más peso sobre su cuerpo y ella tragó aire. "¿Lista para hablar?"

Elizabeth asintió a regañadientes, y Ambrosio se hizo un poco a un lado.

Respiró hondo y le miró con expresión seria. "¡Mi cuadro, patán! El que está en la pared. Se lo vendí a Borbón hace cuatro años en el Campo de Paño de Oro. Es coleccionista de cuadros".

"¿Y?"

"¿No es ésta su casa?", preguntó entre dientes apretados. "El título, la finca, la cabaña. Todos esos cuadros, ¿no son todos suyos?

"¿Qué más da a quién pertenezcan todas estas cosas?"

"¡No hay ninguna maldita diferencia!" replicó Elizabeth.

"¿Y bien?"

Suspiró profundamente. "Si crees que ahora soy tan simple como para tragarme esta pretensión de inocencia, te equivocas". Esperó una respuesta. Una protesta. Algo. Pero el barón no dijo nada. Se limitó a seguir mirándola sin comprender. Finalmente no pudo contenerse más. "¿No era tu asqueroso plan traerme aquí, aprovecharte de mí y luego permitir que el Borbón entrara y nos pillara en medio de algo? Y no me pongas esa cara de asombro, Ambrose Macpherson. Sé cómo funciona la mente de los hombres. He vivido como uno de vosotros durante los últimos cuatro años".

Tomó aire para controlar su ira y su decepción. "Querías arrojarme a su cara, alardear de mí como de un animal raro que hubieras cazado y atrapado. Conozco tu estilo. Después de todo, la última vez que os visteis, ¿no os peleasteis por mí? Admítelo, sólo querías restregárselo por las narices. Querías presumir de tu presa... ¡antes de deshacerte de ella!"

La miró incrédulo antes de que una sonrisa se dibujara en su rostro. De repente, su cuerpo empezó a temblar de risa.

Le observó en silencio mientras él se apartaba de ella y se secaba una lágrima con el rabillo del ojo. El nudo que había crecido en su garganta amenazaba ahora con ahogarla mientras sus ojos se empañaban. "Lo que he dicho es verdad, ¿no?"

Ambrosio oyó la angustia en su voz. Apenas era más que un susurro. Intentó sentarse, pero él tiró bruscamente de ella hacia su lado. Una vez más, ella intentó resistirse, pero él la abrazó con tanta fuerza que no pudo moverse.

"Sí, yo te traje aquí. Pero no me aproveché de ti, mi dulce. Si recuerdas, tú me atacaste primero. Y en segundo lugar, no alardeo de lo que es mío. De hecho, suelo ser bastante reservado con lo que tengo. Creo que me viene de ser un segundo hijo. Así que lo que es mío, sigue siendo mío. Y no alardeo de esas cosas delante de los demás. Por último, siento decepcionarte, pero no habrá "descarte". No, muchacha, no te sorprendas tanto. Te conservo. La cuestión es, amor, ¿qué voy a hacer contigo?"

"No intentes engañarme con palabras baratas y entrañables, farsante. Sé que no las dices en serio". Elizabeth apartó la cara

mientras se le escapaba una lágrima, dejando un rastro brillante por la mejilla.

"Puedo llamarte como quiera, Elizabeth". Ambrose le cogió la barbilla con la mano y atrajo suavemente su rostro hacia el suyo. "Porque lo que he dicho va en serio. Pero acabas de contar una historia impresionante".

"¡Era la verdad!", murmuró ella, intentando apartar la mirada.

Pero él no se lo permitió. "No, muchacha. No fue así".

"Entonces debía de acercarse bastante a la verdad", respondió ella, liberando un brazo y señalando hacia la habitación y su contenido.

"¡Nada de eso!"

Ella se encogió de hombros. "Adelante, sigue mintiendo, si quieres".

Él empezó a replicar, pero ella le cortó de inmediato. "Pero no olvides, Ambrose Macpherson, que no voy a creer ni una palabra de nada de lo que me digas".

"Sí, Elizabeth", dijo seriamente. "Intentaré recordarlo. Tu..."

"Déjame subir a mí primero", exigió. "Estoy bastante incómoda así".

"Lástima. No me fío de ti". La fulminó con la mirada. "Ahora déjame empezar-"

"¿Te he dicho que yo tampoco me fío de ti?"

"Lo has hecho".

"¿Y que te odio?"

"Creo que tú también lo has dicho".

"Eso..."

La mano de Ambrosio se cerró con fuerza sobre su boca. "Si te niegas a guardar silencio y a escucharme, tendré que amordazarte".

Ella murmuró algo en la dura carne de su mano.

"Muy bien", respondió él, sin entender ni una palabra de lo que acababa de decir, pero leyendo con bastante claridad la mirada fulminante de sus ojos. "Podemos hacerlo así, si lo prefieres. Al menos así escucharás lo que tengo que decirte".

Ambrose sabía que tenía que abreviar antes de que ella tuviera tiempo de decidir la siguiente arma que utilizaría para enfrentarse a él. "Elizabeth, no te dejes engañar por un montón de títulos que realmente carecen de significado. Puede que otros se dejen engañar y crean que significan algo, pero tú no deberías. Para ti, soy y siempre seré Ambrose Macpherson. Pero, al menos a los ojos del mundo, también soy Barón de Roxburgh, Lord Protector de las Tierras Fronterizas. Francisco I de esta hermosa tierra también ha tenido a bien otorgarme el título de Marqués de Troyes, Condestable de Champaña -un título más honorífico que otra cosa. Pero en cualquier caso, dulce mío, los títulos y este pabellón de caza y todo lo que hay dentro de estas paredes -incluidos estos cuadros- me pertenecen."

Él la miró un momento, mientras la conmoción se reflejaba en sus ojos, y luego le soltó la boca. "¿Y bien?"

"¡Eres un mentiroso!"

"¡Jacques!", gritó, soltándola.

Elizabeth se puso rápidamente en pie en cuanto se dio cuenta de que él ya no la sujetaba. Él ya estaba a pie y se alejaba de ella a grandes zancadas. Al llegar a la enorme puerta de roble, la abrió de un tirón y el anciano mayordomo entró corriendo.

"Dile quién es el amo aquí, Jacques. Díselo".

El anciano miró inquisitivamente del rostro de Ambrosio al de Elizabeth. Luego sus ojos se fijaron en la espada que yacía sobre la mesa estropeada.

"No tienes que mentir por él", consoló Elizabeth, acercándose al hombrecillo. "Yo te protegeré".

"¿Mentira, milady?" El hombre miró a Elizabeth con los ojos muy abiertos. "Yo nunca miento".

"Cuéntale lo que hemos hecho aquí, Jacques", incitó Ambrose. "Cuéntaselo todo".

Elizabeth se quedó quieta mientras el mayordomo empezaba a hablar. Confirmó todo lo que Ambrosio había dicho antes. De cómo el noble poseía esta finca desde hacía bastantes años. Habló con evidente orgullo de la construcción de la nueva logia. Y de cómo el barón era un generoso benefactor de artistas y un verdadero conocedor de obras de arte. Habló de los padres de Ambrose, el buen lord Alexander y lady Elizabeth Macpherson, y de cómo venían de vez en cuando a alojarse en la posada, a pesar de la avanzada edad del laird. También habló de otras posadas y casas de pueblo que el barón había construido por el continente. Como era diplomático y viajaba a menudo, Ambrose era muy conocido por la calidad de sus posesiones y su capacidad para ofrecer hospitalidad a reyes y cardenales en lugares de toda Europa.

El hombre siguió hablando, pero Elizabeth no escuchaba. Ambrose estaba apoyado en su escritorio, con los brazos cruzados sobre el pecho. Sus ojos penetrantes la miraban, amonestándola. Ella bajó la mirada.

"Ya basta, Jacques", dijo con tono autoritario. "Ya puedes dejarnos".

El mayordomo mayor se volvió con una rápida reverencia hacia los dos y cruzó hacia la puerta, cerrándola tras de sí.

Estudió el dibujo del ancho suelo de roble durante un largo instante y luego centró su atención en el sudor brillante de las palmas de las manos. No recordaba ningún momento de su vida en el que se hubiera sentido tan tonta.

"¿Y bien?"

Elizabeth le miró vacilante a la cara. Señaló la mesa con la cabeza. "Puedes usar esa espada sin filo si quieres".

"¿De qué serviría?"

"Pues debes de estar a punto de cortarme la lengua", susurró ella.

"Conociéndote, ¡seguro que volvería a crecer!" Ambrosio le sonrió. ¿Cómo podía pasar de ser un demonio tan ardiente a un ángel tan sereno en tan poco tiempo? "¡Ven aquí!"

Ella levantó la vista. No estaba enfadado.

Le hizo un gesto.

Caminó hacia sus brazos abiertos y se acurrucó en ellos. Apoyó la cara en su pecho. "Estoy tan..."

"La próxima vez que tengamos un desacuerdo -dijo él, cortando su disculpa-, ¿podrías darme la oportunidad de explicarte antes de atacarme con un arma de guerra?" Frotó la barbilla contra su suave cabello. Le encantaba sentirla entre sus brazos. Le encantaba la serenidad de aquel abrazo. Quizá casi tanto como el calor de sus batallas.

Entonces habrá una próxima vez, pensó con placer. Dios mío, le encantaba este hombre.

"Intentaré acordarme".

"¿Hay alguna pregunta más que quieras hacer?" La apartó de él y la miró a los ojos brillantes. Su pulgar apartó una lágrima de su suave mejilla. "¿Quieres saber algo sobre tu cuadro? ¿Cómo llegué a tenerlo?"

Ella asintió lentamente.

"Lo compré. De Bourbon, claro".

"¿Te cobró mucho?"

"Una fortuna, el muy cabrón".

Elizabeth no sabía qué decir.

Sonrió. "Somos amigos. Bourbon y yo nos hemos hecho amigos desde aquel día en el Campo de Paño de Oro. Es gracioso pensarlo, pero la lucha por ti nos unió. Pero creo que deberías saber que el afecto del duque por ti no duró demasiado".

"No me sorprende", sonrió. "Tenía poca consideración por las mujeres y las relaciones duraderas que buscaban".

"Sí, realmente era así", sonrió Ambrose con ironía. "Pero ha cambiado. Sólo tenía que encontrar a su alma gemela. Y la ha encontrado".

"Me alegro por él". Elizabeth le besó en la barbilla y volvió a bajar los ojos, sin querer que él supiera que pensamientos de esa naturaleza corrían ahora mismo por su propio cerebro. "¿Cómo fue que te vendió mi trabajo?"

"Estos días tiene problemas con Francisco. Tonterías políticas. He estado trabajando para conseguirle el indulto. Pero el rey no perdona

muy rápidamente a quienes se le oponen. Así que, al menos por poco tiempo, Borbón y su esposa se han ido a Borgoña. Como necesitaba todo el oro que pudiera conseguir -y no aceptaba lo que yo intentaba darle-, me ofrecí a comprarle algunos de los cuadros que ha estado coleccionando."

"¿Y el mío estaba entre ellos?"

"Sí, pero el bribón nunca me dijo que fuera tu cuadro. Ni siquiera me dio una pista, aparte de decirme que lo había comprado en el Campo del Paño de Oro".

"No lo sabía". Elizabeth sonrió. "Le vendí la obra, pero nunca dije que fuera mía".

"Ah. Bueno, supongo que entonces no puedo echárselo en cara".

Sin embargo, Ambrosio se preguntó si realmente el Borbón tenía sospechas sobre la identidad de la artista. No había sido ningún secreto entre ambos que los sentimientos que Ambrose albergaba por Elizabeth superaban con creces cualquier afecto que el francés sintiera por ella. Y cuando ambos habían hablado de la venta de la obra de arte, Borbón se había mostrado bastante tímido respecto a la idea de desprenderse de aquel cuadro en particular.

Acercó su cuerpo al de él y suspiró satisfecha.

"¿Qué crees que estás haciendo, Elizabeth Bolena?", le preguntó roncamente. Su tacto suave, tan completamente inocente, hizo que su cuerpo se endureciera y su sangre rugiera.

"Pidiendo disculpas". Sus manos recorrieron el pecho de él. "Quiero asegurarme de que no me echarás en cara lo que he hecho antes".

"Hmmm. Tal vez, entonces, también deberíamos considerar lo que me hiciste hace cuatro años". Le tiró del jubón por encima de la cabeza con un solo movimiento, y sonrió mientras volvía a acercarla a él. "Y luego puedes convencerme de que me quede aquí una noche más. Creo que Gavin puede aprovechar otro día para mostrar a tu hermana y a tus amigos la feria del mercado de Troyes. Jacques me ha dicho que un gran incendio quemó media ciudad el mes pasado, pero que la feria ha vuelto con más fuerza que nunca. Es realmente increíble".

"Entonces quizá pueda enseñarte el camisón que envió Mary". Elizabeth soltó una risita, ruborizándose a pesar suyo. "También es algo especial".

"Una ganga, entonces".

"Una ganga", susurró ella feliz, acercando sus labios a los de él.

Capítulo Veinticinco

GAVIN KERR CONTEMPLÓ la feria del mercado de Troyes con admiración a regañadientes. Parecía que no había casi nada en este mundo que un cuerpo no pudiera comprar allí.

"Ven, Gavin". Mary tiró de su brazo, sonriendo débilmente. Apuró lo que quedaba de su copa de vino y se la entregó. "Deberías verte la cara. No puede ser tan malo".

El noble miró rápidamente el frágil cuerpo de la joven. Parecía estar cada día más delgada. No estaba lo bastante bien como para pasar por toda esta agitación. Y él se lo había dicho antes de que abandonaran la barcaza. Pero María no había oído ni una palabra.

"Estaría contenta sólo de mirar, Mary. Es decir, a la gente". Tiró de ella hacia un muro bajo de piedra y la obligó a sentarse a su lado. Ella ya casi no comía. Durante días sólo había mordisqueado la comida que él mismo le había traído. Sólo un sorbo ocasional de algo de beber. Era increíble que tuviera energía suficiente incluso para caminar.

Estirando sus largas piernas, Gavin se maldijo interiormente por dejarse convencer para llevar a Mary a la feria del mercado por segundo día consecutivo.

Cuando la barcaza había llegado el mediodía anterior, María y los Bardis lo habían presionado con entusiasmo para que los llevara a los campos de las afueras de la ciudad que, durante tres meses al año, servían de importante centro de comercio para toda Europa. Ahora, mirando a la gente que pasaba, Gavin se asombraba al ver a mendigos y campesinos deambulando tan libremente con nobles y príncipes mercaderes. Al menos durante estos meses de verano, los campos de Troyes pertenecían a todos y tenían algo para todos.

Hasta el momento, los viajeros sólo habían visto una parte de la enorme feria, pero los Bardis ya habían visto a media docena de compañeros mercaderes a los que parecían conocer bastante bien, todos trabajando en su oficio. El lugar estaba vivo con el sonido y los olores del comercio. Y la feria no sólo ofrecía mercancías exóticas como especias y alfombras del Lejano Oriente, sino también entretenimientos novedosos y comidas desconocidas a cada paso. Incluso había tres hombres silenciosos y misteriosos del Nuevo Mundo, expuestos en el interior de la tienda de un comerciante español de gemas preciosas.

Ayer, Jaime había venido a la feria con ellos. Gavin sonrió,

recordando lo agradable que había sido contemplar el entusiasmo de la niña. Pero estar pendiente de la niña durante la excursión del día había drenado visiblemente una considerable cantidad de energía de su madre enferma. Hoy, cuando Mary había suplicado ir de nuevo, Ernesta Bardi -claramente preocupada por la salud de la joven- se había adelantado rápidamente, ofreciéndose voluntaria para vigilar a la niña si Mary insistía en ir a la feria una vez más.

Pero no sólo Ernesta estaba preocupada. Ahora todos estaban bastante preocupados por María. Su cuerpo era frágil y cada día estaba más débil. Pero su ánimo seguía siendo alto. Aunque todos, incluida María, sabían que no mejoraría, les sorprendía su plácido exterior. No mostraba ningún rastro de miedo.

Pero Gavin lo sabía. Durante el largo viaje desde Marsella, Mary le había hablado de la enfermedad y del tratamiento con mercurio al que se había sometido durante los últimos cuatro años. Qué extraña, pensó, y qué especial, esta relación entre ellos. Nunca, con ninguna otra mujer, había compartido tanta confianza, tanta seguridad, como con Mary.

Y desde el principio había sido especial. La primera vez que él había llamado tímidamente a la puerta de su camarote, ella le había invitado a entrar y le había confesado abiertamente cuánto le amaba. María Bolena había actuado como si le conociera de toda la vida. Le había conocido en sueños. Le había confesado que había esperado toda su vida para alcanzarle y que ahora, de algún modo, lo había conseguido. Pero al mismo tiempo Mary le había dicho que no podía tenerlo. Sus pecados y su pasado no se lo permitirían.

Se había quedado de pie junto a su litera, sin habla ante tanta franqueza.

Y cuando ella había continuado, pidiéndole su compañía, su amistad, durante los pocos días o semanas que le quedaban, ¿cómo podía negársela?

Gavin Kerr no podía negárselo. Y no lo había hecho. Y ahora estaba más que contento **de no haberlo hecho**.

Él y María Bolena tenían almas afines. Diferentes y, sin embargo, había algo en ellos que los atraía el uno al otro. Como dos mitades de un antiguo rompecabezas. Cómo podían encajar era realmente un misterio. Y, sin embargo, cada uno de ellos sabía que era cierto.

Por muy reservado que fuera, Gavin Kerr le había contado la historia de su vida cuando ella le había preguntado. Cada triunfo, cada desastre. Cada fortaleza, cada debilidad. Sus historias habían brotado de su interior y se habían derramado... y ella había escuchado.

Algunas veces, cuando él le hacía preguntas sobre *su* pasado, sobre *su* familia, ella se limitaba a negar con la cabeza. "No, amigo mío.

Ahora me toca a mí escuchar".

Así que Gavin no la había presionado. Ella le había dicho lo suficiente. Y si eso era lo que ella quería, él acataría sus deseos. Sabía -todos lo sabían- que no le quedaba mucho tiempo.

Mary se apoyó en el hombro de Gavin mientras un escalofrío recorría su cuerpo.

"¿Tienes frío?", preguntó él, rodeándola con el brazo y frotándole el brazo demacrado.

"Sólo los fantasmas del pasado, amigo mío". Mary no tardó en lanzar una débil sonrisa a Gavin y luego volvió a mirar entre la multitud. Aunque no había dicho nada a nadie, últimamente su imaginación le jugaba malas pasadas. Los momentos no eran como los ataques que había tenido en el pasado. Sólo veía cosas. Cosas triviales de su pasado y también cosas que habían sido increíblemente importantes en su vida. Cosas buenas y malas. A veces, en el barco, Mary se había encontrado soñando, alucinando a plena luz del día. Había vuelto a vivir acontecimientos. Momentos de su primera infancia: un pájaro herido en un jardín soleado; un largo y húmedo paseo en la creciente penumbra de una tarde de invierno, envuelta en el cálido olor de la capa forrada de un hombre. A veces se sentía confusa cuando personas del presente y situaciones del pasado se mezclaban en un torbellino de tiempo y lugar. Y había veces en que no podía distinguir lo que era real de lo que no lo era.

Se quedó mirando a un grupo de hombres a menos de diez metros de donde Gavin y ella estaban sentados. Ellos la miraron; ella les devolvió la mirada. ¿Los conozco?, se preguntó. Entrecerró los ojos mientras la luz del sol brillaba en la hebilla plateada de uno de ellos. No, suspiró para sí. Pasado y presente. Mantenlos separados, insensata.

Miró a Gavin. Al menos era real, de eso estaba segura.

"¿Cómo puedes disfrutar de esto, María? Estar en medio de este caos". Sus ojos se clavaron en un par de mercaderes que discutían.

"Sólo por un rato más, viejo oso gruñón", se burló ella, siguiéndole con la mirada. Tenía la garganta extrañamente seca y un extraño entumecimiento le recorría la espalda. Se sentía más débil de lo habitual. Le devolvió la taza a Gavin y miró el recipiente vacío.

"Voy a obligarte a ello, muchacha", refunfuñó. Uno de los mercaderes parecía quejarse de la ubicación del puesto de telas del otro, pero Gavin no pudo conocer los detalles, ya que los dos hablaban un idioma que él desconocía. Rápidamente se había congregado una multitud. El escocés echó un vistazo a un grupo de mercenarios armados que se encontraban junto al puesto en disputa. Parecía que los jóvenes ayudantes de ambos combatientes estaban colocando apresuradamente baratijas sobre mesas improvisadas. Gavin sonrió

irónicamente, dando un codazo a Mary. "Si no me equivoco, estos dos ruidosos enemigos se van a convertir rápidamente en amigos en cuanto esta multitud de curiosos crezca un poco más".

María miró vagamente a la guerrera. El entumecimiento había empezado a extenderse por sus hombros y cuello. Sus ojos se desviaron de su rostro oscuro hacia el cielo. Los cielos empezaban a destellar en una rápida sucesión de instantes diferentes tonos de gris y azul y verde y rojo. Los sonidos de la multitud se desvanecían y la joven contempló con sereno asombro cuando vio que los labios de Gavin se movían sin acompañamiento alguno. De hecho, ni siquiera se sorprendió al oír las palabras de su amigo flotando ininteligiblemente en el aire tras un instante de retraso. Estaba perdiendo la cabeza. Pero seguía teniendo la garganta seca.

"¿Estás bien, Mary?" preguntó Gavin alarmado. La joven tenía los ojos vidriosos y desenfocados. La cogió por los hombros y la sacudió suavemente. "¡Mary!"

"Sí, Gavin", respondió ella. "Ya estoy aquí".

"Lass, tenemos que volver".

"Gavin, ¿serías tan amable de traerme algo de beber? Algo más de vino, quizá".

El gigante la miró fijamente, sin saber por un momento qué hacer. Podía oír cómo arrastraba las palabras.

"Por favor, amigo mío. Sólo una taza de algo". Ella le devolvió la taza. "Estaré bien aquí hasta que vuelvas".

Gavin miró a su alrededor. Habían comprado a María una copa de vino en la tienda de un mercader justo antes de sentarse. No podía estar a más de dos o tres tiendas de distancia.

"Sí". Asintió. "Volveré antes de que te des cuenta. Pero Mary, prométeme que no te moverás".

Le sonrió cuando se levantó. Cuando sus palabras de preocupación por ella se registraron en su cerebro, la invadió una cálida sensación. "¿Cómo de solemne quieres que sea esa promesa, Gavin?"

Le cogió suavemente la mano y se la llevó a los labios. "Con una simple bastará. Volveré dentro de un momento. No está lejos".

María le vio desaparecer entre la multitud. Intentó enfocar la vista, pero pronto se dio cuenta, cansada, de que no podía hacerlo. La cabeza empezó a darle vueltas por el esfuerzo, así que cerró los ojos. Girando ligeramente el cuerpo, dejó que su rostro recibiera todo el calor del sol de la tarde. Los rayos de sol la reconfortaron contra su frío interior.

María se sintió a la deriva. De repente se encontró en la tienda de su padre. Iba y venía furioso, con las manos cortando el aire en su rabia. "Pero es su hijo, padre. Por favor. Créame".

La sombra cayó sobre su rostro y con ella llegó la frialdad. Abrió

los ojos y vio a través de la bruma a varios hombres a su alrededor. Algunos estaban detrás del muro bajo, proyectando su sombra sobre ella, mientras que los otros parecían estar bloqueando a la multitud. Entrecerró los ojos. Uno estaba de pie frente a ella, su hebilla brillante le lastimaba los ojos. Levantó la mirada pero no pudo ver ningún rostro. La luz radiante la deslumbró, pero la oscuridad sombría la atravesó como una vara de frío acero.

"¿Dónde está tu hermana?" Las palabras resonaron en su cerebro.

No volvió a la tienda.

"¿Dónde está...?"

No. Padre, yo...

"*¿Dónde*?"

Una mano áspera le agarró el brazo. Muy fuerte. Le estaba haciendo daño.

Ella lo vio. No era su padre. *¿Qué quieres de mí*? María intentó gritar. Abrió la boca, pero no oyó ningún grito. No había sonido.

¿Dónde está Gavin? pensó con pánico. ¿Dónde está Elizabeth?

Intentó mirar a su alrededor, pero por todas partes brotaban colores de la negrura, que chocaban contra ella y luego se arremolinaban a su alrededor. Los frágiles arco iris de cristal estallaron en fragmentos brillantes de blanco, amarillo y escarlata, antes de fundirse en charcos luminosos alrededor de sus pies.

María oyó la voz de un hombre. Hablaba más de uno, pero el ruido de la feria tapaba todo significado discernible. Y entonces una palabra penetró en su cerebro.

Veneno.

"¿Dónde está... *¡Dínoslo*!"

Envenenada. Escuchó con atención. La había envenenado el vino.

María esperó a que la envolviera el espacio negro y brillante de la inconsciencia. Nada. Esperó la pesadez que embotaría sus sentidos, pero aún nada.

Ya no hablaban con ella. Intentó concentrarse, entender lo que decían entre ellos. Elizabeth. Aquellos hombres buscaban a Elizabeth.

Os conozco, cabrones, pensó amargamente. Asesinos. Los mismos que vinieron a la tienda hace cuatro años. También eran ingleses. Sí, recordó. Iban tras Elizabeth. Pero no pueden matarla, gritó para sus adentros. *No a mi dulce Elizabeth***.**

Y luego hubo silencio. Y la luz del sol.

María abrió los ojos. De nuevo pudo ver. No había nadie a su alrededor. Mirando a través de la niebla brillante, pudo distinguir las formas de la gente en la distancia. No había sonidos ni nadie que la bloqueara. No había hombres a su alrededor. Se palpó el lugar del brazo donde creía que había estado la mano del hombre, pero no sentía dolor. Sólo el entumecimiento que se hacía más profundo con

cada respiración. Miró hacia la derecha, hacia donde había ido Gavin. Se devanó los sesos intentando recordar cuánto tiempo hacía que se había marchado. ¿Fueron horas? ¿Fue un momento? Se quedó mirando la tierra que tenía delante.

Débilmente, María volvió a mirar hacia el sendero. Entrecerró los ojos ante la forma que se acercaba a ella.

Elizabeth caminaba hacia ella. La hermana menor miró sin esperanza a la figura que se acercaba. A su saludo, a su sonrisa.

Por el rabillo del ojo, un movimiento llamó su atención. María se volvió a tiempo de ver la hebilla brillar de nuevo bajo la luz del sol. Cuando el hombre pasó junto a ella, pudo ver la daga oculta bajo su capa. Tenía la mano sobre el arma, sosteniéndola a un lado, lejos de la vista de su hermana. Pero Mary podía verlo.

Isabel saludó a María con la mano. Su hermana volvía a estar entre la gente. Incluso desde la distancia, se dio cuenta de que tenía color en la cara. "Gracias, Virgen Madre. Y gracias, Gavin", murmuró. María estaba mejorando. Mejoraría. Tenía que hacerlo. Elizabeth sabía que ahora había tanto que importaba. Tanto por lo que Mary tenía que vivir.

Elizabeth se volvió un instante para buscar a Ambrose. No estaba muy lejos, con su gran mano apoyada en el hombro de Gavin mientras caminaban. Contempló su rostro mientras escuchaba las palabras del gigante de pelo negro. Se volvió hacia María, pero la pesada capa de un alto guerrero le impidió el paso.

"Me alegro de encontrarte por fin, Isabel Bolena". La ropa era francesa, pero la voz innegablemente inglesa. Su mano se aferró al hombro de su jubón.

Elizabeth se soltó de su agarre y saltó hacia atrás, sólo para ver que la daga iba directa a su corazón. Supo inmediatamente que no había saltado lo suficiente.

Cuando la daga centelleó al sol, María se interpuso entre ellas, protegiendo a su hermana del golpe.

La hoja de la daga se deslizó a través de la delgada joven, y el empujón del asesino la depositó en los brazos de Elizabeth.

Cuando las dos hermanas cayeron al suelo, Isabel, aturdida por el ataque, abrazó a María instintivamente.

La calma momentánea que se produjo se vio bruscamente interrumpida por el sonido de gritos y, a continuación, por el estallido de un caos total a su alrededor.

"¡María!" gritó Isabel, apartando la capa de su hermana de la herida. El corte en su vestido era irregular y ancho, y la mancha

oscura de su sangre se extendía rápidamente por el material.

"¡María! Oh, Dios!" Presionó la herida, intentando detener el flujo. Pero al hacerlo, sintió que la cálida sangre de Mary se escurría por la herida del dorso, cubriéndole la mano. "*¡Mary!*"

La joven la miraba a la cara. Estaba consciente, y Elizabeth sólo podía ver paz en su rostro.

"¡No te me vas a morir, María!" Las lágrimas rodaron sin control por el rostro de Isabel, mezclándose con la sangre inocente de su hermana. "¡No puedes morir, Mary! Me has salvado la vida. No puedes abandonarme".

Elizabeth observó cómo las pequeñas y temblorosas manos de su hermana se acercaban a su rostro. "La muerte tuvo que enfrentarse a mí antes de llegar a ti. Abrázame, amor mío. Abrázame".

Llorando, Elizabeth estrechó a su hermana entre sus brazos y se mecieron. Como siempre habían hecho.

"Estoy preparada, Isabel". La voz de María era débil. "Ya es la hora".

"¡No!" sollozó Elizabeth mientras se abrazaban. "Por favor, no te vayas".

"Todo irá bien", susurró María. "Estoy preparada. Pero Jaime..."

"Silencio, Mary", gritó Elizabeth. "Tenemos que llevarte de vuelta al..."

"No hay tiempo para eso, Elizabeth", murmuró Mary. "Mi amor. Protege a Jaime. Mantenla alejada de padre. Mantenla alejada de Enrique. Por favor, prométemelo".

Un espasmo de dolor sacudió el frágil cuerpo de la joven.

"Lo prometo. Por la Virgen Santa, lo prometo. No vayas. No puedes. Por favor".

"Mi amor..."

Los ojos de María se alzaron hacia el cielo, más allá del rostro apesadumbrado de su hermana, e Isabel los vio ensancharse, como sorprendidos, antes de que otra mirada transformara su rostro. Una mirada de alegría, que la iluminaba por dentro.

Y entonces desapareció.

Capítulo Veintiséis

LA CONMOCIÓN por la muerte de María les acompañó a todos.

La barcaza avanzó rápidamente por el Sena hacia París, mientras la campiña francesa, aún húmeda por el aguacero pasajero, brillaba bajo el sol de la tarde.

Ambrosio caminaba por la cubierta, solemne y silencioso. Dejar a Elizabeth sola en el camarote de abajo, ordenando las pertenencias de Mary, le había resultado difícil. Pero ella había sido clara en su petición. Quería que la dejaran sola durante un tiempo. Y él lo respetaba. Elizabeth necesitaba tiempo para llorar la pérdida de su hermana. Había sido difícil, pero él había subido a cubierta. Si ella lo necesitaba, él no estaría lejos.

Habían enterrado a María bajo un cielo amenazador, entre flores silvestres, en la pequeña parcela junto a la iglesia de Santa Magdalena. La misa fúnebre en el interior había sido un asunto sombrío, y la sombría y pétrea imagen de alguna santa -Ambrose se preguntó si sería la propia Santa Magdalena- había supervisado el ritual con un inmutable semblante sombrío. Pero, a pesar de todo, había sido una ceremonia conmovedora, y los tonos claros y vibrantes de los *Oficios de los Difuntos* y del *Te Deum* aún resonaban en la memoria de Ambrosio.

Pero mientras Elizabeth echaba tierra en la tumba de su hermana, Ambrosio se había llenado una vez más de ira por el crimen sin resolver. Cierto, el hombre que había atravesado el corazón de María con una daga yacía muerto, abatido rápidamente por la espada de Gavin. Pero había habido algo más. Cosas que Ambrosio aún no podía comprender. Por muy rastreros que supiera que eran muchos, los caballeros ingleses no tenían fama de desenvainar la espada contra una mujer enferma e indefensa. Ambrosio sólo podía adivinar qué conexión podía existir entre ambos. Pero ni siquiera eso tenía sentido. Si el guerrero muerto hubiera sido el amante de María, Ambrosio seguía sin tener claro por qué el inglés viajaría tan lejos para asesinar a la joven en un despliegue tan público de barbarie. De hecho, ¿por qué asesinarla?

Ambrosio estaba realmente perdido. El asesinato también podía estar relacionado de algún modo con la efímera posición de María como amante del rey Enrique. Pero Ambrosio sabía que no se hablaba de que María tuviera un hijo de Enrique, ni siquiera había circulado un rumor. Pero si poderes invisibles conspiraban para mantenerla

alejada de la corte inglesa, ¿por qué iban a asesinarla cuando sabían que se dirigía a Escocia?

Sin embargo, Ambrosio era muy consciente de otros rumores. Corrían informes por todas partes del nuevo enamoramiento del inquieto rey inglés. Todo el mundo sabía que Enrique se había fijado recientemente en la hija menor de Tomás Bolena, Ana Bolena. Pero aunque esto fuera cierto, el montañés no podía comprender ninguna razón para matar a la hermana mayor.

Ambrosio se quedó mirando la carretera que bordeaba el río. Esa carretera también conducía a París. El barón tenía la idea de que Isabel conocía la respuesta a algunas de sus preguntas. Pero no era el momento de preguntar. Todavía no.

Esta mañana, de pie junto a la tumba de la hermana menor, sólo había podido pensar en Isabel y en su bienestar. María, tan mimada como había sido durante toda su corta existencia, había sido el centro de la vida de la hermana mayor. Ahora, la desolación de Elizabeth estaba grabada en su rostro.

Públicamente, Ambrose tenía que mantener las distancias. Ella se lo había pedido. Por mucho que lo deseara, por mucho que le doliera el corazón tenderle la mano, no podía consolarla en su dolor, no podía abrazarla ni consolarla, eso habría sido impropio.

Había observado su rostro mientras luchaba por ocultar el dolor de su pérdida. Le dolía que Elizabeth no pudiera mostrar su dolor de un modo que hubiera sido natural para ella. Se le apretó el corazón al ver cómo la joven quería ser un hombre. Contra todo pronóstico, la vio contener con éxito la marea de emociones, enterrando la pena que llevaba dentro con sólo una expresión de tristeza en el rostro.

El montañés pasó la palma de la mano por la húmeda barandilla de la barcaza. Estaba harto de este fingimiento. No podía seguir con ello. No después de todo lo que habían compartido en este viaje. No con todo lo que sentían el uno por el otro.

Sí, esperaría. Incluso la ayudaría, si podía, a superar su dolor. Pero entonces llegaría el momento.

Ambrosio volvió resueltamente el rostro hacia la proa de la barca y avanzó. Encontrarían otro camino.

Mientras el barón avanzaba, un movimiento en la cubierta de proa llamó su atención. Una sonrisa triste cruzó su rostro cuando vio que era Jaime, jugando con una bobina de sedal grueso con su gatito.

"Buenos días, muchacha", la saludó con gravedad. Ella lo miró con una tímida sonrisa, pero rápidamente apartó la mirada. Él pudo ver que seguía pensando en todo lo que había ocurrido. Ernesta y Joseph Bardi la habían vigilado de cerca, pero por lo que él sabía, nadie había dedicado realmente tiempo a hablar con la niña sobre la pérdida de su madre.

"¿Y cómo está D'Or esta tarde?"

La niña se limitó a encogerse de hombros.

Ambrosio estudió al tranquilo niño. Se preguntó si Isabel había pensado mucho en dónde pasaría el futuro de Jaime. La corte del rey Enrique parecía imposible, y oyendo lo que sabía de Tomás Bolena, Ambrosio sólo podía suponer que Isabel sería descuartizada antes de permitir que el niño pasara siquiera un momento bajo el cuidado de su padre.

"Ha resultado ser una buena marinera, ¿verdad?" incitó Ambrose, sentándose en la cubierta junto a las pesadas cuerdas. El gatito se encaramó desde el interior de la bobina baja y miró al barón con curiosidad.

"Mi mamá está en el cielo".

Ambrosio contempló la cabeza inclinada del pequeño. Sus palabras eran directas y cargadas de convicción. Observó cómo sus pequeñas manos liberaban las garras del gatito en un esfuerzo poco entusiasta por levantar al animalito.

"Tampoco volverá de visita", continuó Jaime. "Erne dijo que mamá no volverá nunca. Pero también dijo que mamá me quería mucho y que siempre velará por mí".

"Lo que te dijo Ernesta es cierto, Jaime". Ambrosio recogió al animal entre sus grandes manos y la colocó sobre la falda del niño.

Jaime acarició suavemente el pelaje de la inquieta gata, calmando a D'Or en un cómodo ronroneo. "En el cielo se está muy bien, ¿sabes? Las señoras llevan vestidos bonitos y brillantes, y se ríen mucho".

"¿También te lo dijo la signora Baldi?" preguntó Ambrosio con una sonrisa.

"No. Eso lo he averiguado yo sola". Hizo una pausa y enarcó una ceja mirando al cielo. "Recuerdo los días anteriores a que enfermara de verdad. Cuando mamá se ponía un vestido bonito, era feliz. Y en los cuadros del tío Phillipe, los ángeles y los santos siempre llevan vestidos bonitos y brillantes. Así que sé que así es el cielo".

"Todo esto es muy razonable, Jaime -concedió, acercándose y rascando detrás de las orejas del gatito-.

Miró a Ambrose a la cara. "¿Has estado allí?"

"¿Al cielo?"

Ella asintió.

Ambrosio negó con la cabeza. "No, muchacha".

"Yo tampoco". Volvió a mirar a su gatita. "Quizá algún día vaya a visitarla allí".

Ambrosio miró fijamente al niño. "No hay prisa, Jaime".

"¿El tío Phillipe va a ir al cielo?"

"Quizá algún día".

Jaime agarró enseguida la mano del barón. "¡Por favor, dile que no

se vaya!" Las lágrimas salpicaron sus mejillas de inmediato. "No puede ir. No sin mí".

Ambrose levantó a la niña de inmediato y la abrazó con fuerza contra su pecho. La forma en que ella se sintió inmediatamente reconfortada en su abrazo, abrazándole con fuerza a su vez, le hizo sonreír. "No temas, muchacha. No se va a ir a ninguna parte. Tu tía Elizabeth no va a ir a ninguna parte sin ti".

"¡Oh!" La diminuta mano de la niña voló hacia su boca. "I-"

"No te preocupes", susurró con confianza. "No has revelado su secreto".

"Entonces, ¿quién lo hizo?", le susurró ella.

"Lo hizo ella misma. Tu tío... tu tía me lo dijo ella misma".

Jaime le echó los brazos al cuello, abrazándolo con fiereza. "Conoces nuestro secreto. Eso te convierte en familia".

Ambrosio sintió que se le derretía el corazón ante aquella muestra de afecto.

"Sí, mi bonnie. Eso me convierte en familia".

El gran puño volvió a golpear suavemente la puerta de la cabaña. Esta vez oyó las suaves pisadas de la mujer al abrir la puerta. Por fin, pensó. Colgó la pequeña linterna en el gancho de la pared y esperó pacientemente, pero cuando vislumbró su rostro manchado de lágrimas, a Ambrosio casi se le partió el corazón. Pero antes de que pudiera decir una palabra, la puerta volvió a cerrarse sobre él. Instintivamente, empujó la bota contra el marco de la puerta y se abrió paso a hombros.

"No, por favor". Dio un paso atrás. "Ahora no puedo verte. No puedo ver a nadie. Simplemente necesito estar sola. Por favor".

Ambrosio luchó contra su primer impulso: estrecharla entre sus brazos, consolarla en su dolor. Luchó contra su deseo de abrazarla, de prometerle que cuidaría de ella. Luchó contra todo eso, pues temía que acciones como ésas fueran malinterpretadas. Temía que las palabras sobre el futuro sonaran huecas mientras ella luchaba por dejar atrás el pasado. La observó mientras seguía retrocediendo a la turbia luz de la cabaña.

"Llevas mucho tiempo sola aquí abajo, muchacha". El barón miró a su alrededor en busca de velas. Durante dos días había permanecido encerrada en aquella cabaña. Durante dos días había intentado que ella abriera la puerta. Sólo Ernesta Bardi había conseguido acceder, pero la comida que había bajado permanecía intacta. "Elizabeth, ya es hora de que vuelvas a unirte al mundo. Te necesitamos".

Se sentó pesadamente en la dura litera donde Mary había pasado

gran parte de sus últimos días de viaje. "No, no lo sabes", murmuró cabizbaja. "Y necesito más tiempo para recomponerme".

Ambrosio volvió a meter la mano en el estrecho pasadizo para coger el farol y utilizó la vacilante llama para encender varias velas, haciendo retroceder la tenebrosa oscuridad de la cabaña. "No conozco ninguna razón para que te encuentres en mejor estado que los demás. Y, como te he dicho antes, te necesitamos. Jaime, los Balduis. Dios mío, ¡incluso Gavin Kerr!"

"Nadie me necesita". Elizabeth juntó las rodillas contra el pecho. Se sentía fría y vacía por dentro. "Y, por favor, no mientas para hacerme sentir mejor. Sé que lo superaré por mí misma. Supongo que es sólo cuestión de tiempo. ¿No es eso lo que dicen? He oído que el tiempo es el gran sanador".

Ambrose abrió la pequeña ventana de la cabaña con el talón de la mano y retrocedió mientras entraba el aire fresco de la noche. Se llenó los pulmones con la fresca brisa, apoyando su ancha espalda contra la puerta cerrada.

"Elizabeth, dime qué hueles cuando respiras este aire". El Highlander observó cómo la joven levantaba un poco la barbilla. "Dímelo".

El pintor se detuvo un momento. "Huelo los olores nocturnos del río. Huelo el frío limpio del agua, y el tenue olor a pescado que se mezcla con el buen olor de la tierra".

"Y el aroma de las uvas".

Hizo una pausa mientras ella asentía vagamente.

"Ése es el olor de las cosas vivas, Elizabeth. Cosas que crecen". Se acercó a la litera y se sentó junto a ella. "Tú estás viva. Pero ella se ha ido. Ha llegado el momento de que lo aceptes y la dejes marchar. Nunca sabemos cuándo termina nuestro tiempo aquí, pero he visto a mucha gente en mi vida que andaba más muerta que viva. No permitiré que te conviertas en una de ellas".

Apoyó la cabeza en las rodillas para ocultar las lágrimas que rodaban incontrolablemente por su rostro.

"No lo entiendes". Elizabeth cerró los párpados con fuerza. Quería decirle que la daga que arrebató a su hermana la única oportunidad de recuperar la felicidad en su vida estaba destinada a su propio corazón fraudulento. De hecho, se esforzaba por decirle cómo había puesto sus vidas en peligro. Todas sus vidas, incluida la suya. Aquellos asesinos conocían su identidad. La habían rastreado y la habían encontrado. Y volverían a encontrarla. ¿Quién sería la víctima la próxima vez? Se estremeció al pensarlo.

Ambrose le pasó el brazo por el hombro y la atrajo hacia sí. "Puede que no conociera a tu hermana tan bien como debería, pero sé que era una mujer que, quizá por primera vez en su vida, empezaba a apreciar

las cosas que la vida le había traído, en lugar de lamentarse para siempre por las que había perdido. Elizabeth, eso sólo pudo aprenderlo de ti. Ahora mismo te veo escondiéndote, y sé que ésta no es la Elizabeth que tu hermana aprendió por fin a apreciar tanto".

"No me escondo".

"Sí, lo eres. Y sabes que lo eres". Le acarició suavemente la espalda. "Te escondes porque no quieres que el mundo sepa que tienes derecho a llorar. Te escondes porque tienes miedo de admitir quién eres".

Levantó la vista hacia él, mostrando su angustia en los ojos. "Por favor, Ambrosio. No es el momento".

"Pero es así, muchacha", continuó. "Necesitas enfrentarte a la verdad ahora, no en algún momento de un futuro lejano. Ahí fuera, en este mismo momento, unos mensajeros están llevando la noticia de la muerte de tu hermana a la corte inglesa. Y a tu padre".

Le miró alarmada. Su voz era baja y cautelosa. "¿Los has enviado tú?"

"¿A la corte *inglesa?* No, Elizabeth. Yo no". Sostuvo su mano helada entre las suyas. "Pero el hombre que mató a tu hermana era un caballero inglés. Y lo mató un escocés. Ahora, piensa. Ese mercado está lleno de mercaderes de toda Europa. Si no lo hacen los mercaderes ingleses, lo hacen los mercaderes flamencos. Todos ellos saben cuánto dinero se puede ganar transmitiendo información. De hecho, oí el nombre de tu hermana entre la multitud, aunque no sé cómo ocurrió. Pero el hecho de que fuera inglesa, hija de un miembro del consejo del rey, no es poca cosa. Toda Europa conoce el poder y la influencia que ejerce Tomás Bolena en la corte de Enrique".

Elizabeth ya había oído hablar de su padre. Pero siempre había supuesto que él la daría por muerta hacía tiempo. Ahora, un pensamiento que había estado rondando por los rincones de su conciencia pasó a primer plano. "Crees que tiene algo que ver con esto, ¿verdad?"

Ambrose no dijo nada, considerando hasta dónde llevar esto.

"Dime", insistió ella, con voz llana y sin emoción. "¿Qué interés tendría en mí ahora?"

"Su interés sería destruirte, Elizabeth". El Highlander decidió ir hasta el final con esto. Para asustarla. Para hacerla entrar en razón. "Hacerte sufrir por tu rebelión de hace años. Podría sentir que se lo debe a su rey".

"Nunca nos cruzaremos. Me voy a la corte escocesa".

"¡Que está gobernada por la hermana de Enrique, Margarita Tudor!"

Palideció. "Tu reina..."

"¿Consideraría entregarte a tu padre?", preguntó. "Sí, lo haría. No significas nada para ella, Elizabeth. Y lo que es peor, le has mentido. Y

también la has traicionado".

"No he hecho tal cosa. Ni siquiera la conozco".

"Para entonces ya lo habrás hecho". insistió. "Para cuando tu padre llegue a su corte, te habrás presentado ante ella como un hombre, aunque seas en gran medida una mujer. Habrás fingido ser lo que no eres. Para colmo, Margaret Tudor es una mujer supersticiosa. Y tú sabes tan bien como yo cómo funcionan las mentes supersticiosas. Pensará que has hecho todo esto por pura brujería. Para hechizarla, para traerle mala suerte. Ahora que lo pienso mejor, puede que no te entregue".

"¿No lo hará?"

"No, no lo hará. Querría conservar ella misma el placer de quemarte en la hoguera".

"Eres cruel".

"No, muchacha", dijo Ambrose con tristeza. "Es que conozco demasiado bien a mi reina".

Elizabeth sintió que se le hacía un nudo en las tripas al pensar en Jaime. ¿Qué sería del niño si Isabel muriera?

"Quizá no lo sepa", susurró. "Quizá mi padre no encuentre nuestro rastro. Quizá no me reconozca".

Sacudió la cabeza. "¿Qué posibilidades hay de que eso ocurra? En cuanto reciba la noticia de la muerte de Mary, se enterará también de que viajas conmigo. Fingir ser el hermano de Mary durante años es toda la pista que necesitará". La agarró de la barbilla y la miró a los ojos. "Te reconocí, Elizabeth, en cuanto nos conocimos. Tu padre también lo hará".

"¿Qué le pasará a Jaime?"

"Irá a la corte del rey Enrique bajo la custodia de su abuelo, Tomás Bolena. Y eso significará un condado más para tu padre".

Durante aquellos años en Florencia, Elizabeth siempre había considerado que Garnesche era a quien más debían temer. Peter Garnesche había sido el villano del que esconderse. Pero ahora lo sabía: había sido de su padre de quien había estado huyendo todo el tiempo. De hecho, tal vez el cobarde ataque de Troyes había sido organizado por su padre. Por su propia familia.

Era de la tienda de su padre de donde había huido, aquella fatídica noche en el Campo de Paño de Oro. Aquella noche en la que había presenciado un asesinato. Pero tal vez, después de tantos años, Peter Garnesche había borrado todo el suceso de su memoria. Quizá ya no le importaba.

Sin embargo, una cosa era cierta. Ambrosio tenía razón: su padre nunca olvidaría.

Por un momento, Elizabeth consideró la posibilidad de contarle a Ambrosio la traición de Garnesche. Nunca había visto ninguna razón

para contárselo. Nunca había visto ningún propósito en involucrar a Ambrosio en un secreto largamente enterrado sobre un crimen que había ocurrido hacía tantos años. Después de todo, incluso Fray Mateo le había aconsejado que dejara reposar el asunto.

Se quedó mirando la vela encendida. Jaime era lo único que realmente importaba ahora. Elizabeth tenía que tomar la decisión correcta para el niño. De ella dependía hacer lo correcto por Jaime.

"Dime lo que me aconsejas, Ambrosio", dijo ella con sencillez. Sabía que podía confiar en él. Valoraba su juicio. A excepción de su encuentro con el inglés en el Valle Dorado, el montañés lo sabía todo sobre ella. Y sabía que la comprendía.

Ambrosio miró fijamente a los ojos alerta de Isabel.

"Para empezar", dijo con calma, "no puedes seguir sentada en la oscuridad de un barco, llorando a una hermana que se ha ido y que te confió a su pequeño".

"Sí, yo también lo sé". Elizabeth se levantó y caminó hacia la pequeña ventana abierta. El cielo nocturno estaba despejado y podía ver salir la luna a través de una arboleda que llegaba hasta la orilla del río. La barcaza no tardaría en ponerse de nuevo en marcha, en cuanto la luna subiera lo suficiente como para arrojar luz suficiente.

Con la fría luz de la luna bañando su rostro, pensó en la vida que había llevado. Nunca había sido fácil. Pero ahora tendría que continuar con el engaño cuando el precio de ser desenmascarada era tan alto. Ya no era sólo por ella por quien debía temer si la descubrían. Tal vez, para Jaime, lo mejor sería intentar olvidar los últimos cuatro años. Quizá lo mejor fuera convertirse, una vez más, en alguien sin rostro ni nombre, una mujer escondida esta vez en algún remoto rincón del país. La elección estaba clara.

"¿Me aconsejas que vuelva a ser mujer? ¿Que vuelva a ser Isabel Bolena?" Ella se apartó de la ventana y se encaró con él.

"Digo que deberías salir de esta cabaña". Se levantó y cruzó el suelo hacia ella. "Jaime te necesita. Que estés escondida le ha molestado profundamente. Vio a su madre pasar mucho tiempo en esta cabaña antes de morir. Creo que tiene miedo. Cree que también podría perderte a ti. No creo que tenga que decirte lo que siente por ti, pero me ha dicho que ahora quiere que su tío Phillipe sea su mamá".

Ambrosio le secó suavemente las lágrimas que rodaban sin control por su rostro. "Ernesta me dijo que la pequeña depende de ti más de lo que nunca dependió de su madre. Te quiere, muchacha. Y si todo esto significa que debes volver a ser quien realmente eres, entonces quizá debas hacerlo".

Hay que cuidar a Jaime, pensó Isabel.

"Y hay algo más. Significa menos para ti que para mí, pero está Gavin".

"¿Qué?"

"Sí, Elizabeth. Hablo muy en serio. Ahora mismo, ese hombre tiene el espíritu tan quebrantado como después de Flodden. Se culpa de la muerte de tu hermana y ve tu retirada como una prueba de ello".

"Ambrose, nunca pude culparle. Era yo quien debía..."

Ambrosio le cogió la cara entre las manos. "Díselo. Habla con él".

"Sí", dijo ella. "Así lo haré".

El cambio. Ya podía saborear la dulzura y la amargura que conlleva todo cambio. Pero había tenido sus momentos al sol. Había tenido su oportunidad de pintar. Había sentido el resplandor del éxito al hacer lo que más deseaba. Y ahora había llegado el momento de cambiar. Había nuevas páginas que había que pasar.

"Necesito encontrar a Fray Mateo".

Ambrosio enarcó una ceja. "¿Quién?"

"El cura que te vendió el anillo de Enrique en-"

"Me acuerdo de él. El que te ayudó a llegar a Florencia".

"Ambrosio, dejaré de fingir. Pero necesito una forma de mantenernos a Jaime y a mí".

"Elizabeth, yo..."

Poniéndole la mano sobre los labios, acalló sus palabras. "No puedo pedirte más de lo que ya te he pedido, Ambrosio. Fray Mateo ya me ayudó una vez a vender mis cuadros, con otro nombre. Podría hacerlo de nuevo. Jaime y yo podríamos quedarnos en París. Cambiaremos nuestros nombres. Nadie sabrá nuestro paradero ni quiénes somos. No, tal vez sería mejor que nos trasladáramos a uno de los pueblos de las afueras de la ciudad. Así podría criarla con seguridad".

Con brusquedad, le apartó la mano de la boca y la retuvo.

"¡No! No te lo permitiré, Elizabeth".

Se dio cuenta de que estaba enfadado. "Tú mismo acabas de decir que no podemos ir al tribunal escocés después de lo que ha pasado".

"Elizabeth, ¿las cosas que hemos compartido no significan nada para ti?" La agarró por los hombros. "¿De verdad crees que podría marcharme sin más? ¿Dejarte en algún lugar de Francia y olvidarme de ti?"

"Ambrosio, no quiero que hagas nada deshonroso. No quiero verte avergonzado ante tu reina por protegernos. Y tampoco quiero que hagas algo por nosotros simplemente porque es lo honorable. Sé que hombres como tú sacrifican fácilmente su propia felicidad por un sentido del deber".

Le miró directamente a los ojos azul cobalto. Le quemaron el alma con su intensidad. Sabía que le amaba. Odiaba la idea de separarse de él. Incluso ahora sentía el dolor de la nostalgia en el pecho. Pero no iba a dejar que se aferrara a ellos por razones equivocadas. "No

aceptaré tu caridad, Ambrosio. Podemos cuidar de nosotros mismos".

"¡Maldito sea el honor y maldita seas tú, Isabel Bolena! ¿No ves lo que siento por ti? Ya no podía contener las emociones ocultas bajo la superficie, sentimientos que se esforzaban por salir a la luz. "¿No sabes lo que me has hecho? ¿Cómo ha cambiado mi vida desde que nos conocimos en el Campo de Paño de Oro?"

Sus dedos se clavaban en la carne de sus brazos. Pero ella apreciaba este leve dolor. "Sí, te he arruinado".

"No bromees conmigo, maldita sea", gruñó, sacudiéndola una vez con firmeza. Ambrose dejó caer rápidamente las manos a los lados al darse cuenta de lo que estaba haciendo. "Mírame. Me he convertido en un loco de atar. Antes era tranquilo, controlado, ecuánime".

Extendió la mano y se la llevó a la cara, depositando suavemente un beso en su palma. "Me gustas más así".

Sus manos enmarcaron su rostro. Su mirada se clavó en la de ella. "¿Eso es todo lo que admitirás sentir por mí? Elizabeth, creo que desde el día en que nos conocimos, tus ojos te han traicionado. Me quieres tanto como yo te quiero a ti. ¿Estás dispuesta a alejarte, a olvidar?"

Sacudió la cabeza mientras las lágrimas volvían a correr por su rostro. "Simplemente intento hacer lo mejor, Ambrosio. Eso es todo".

"¿Lo mejor para quién, muchacha?", preguntó con dulzura. "¿Lo mejor para Jaime? ¿Lo que crees que es mejor para mí? Olvida lo último, pues lo que acabas de sugerir es tan erróneo como podría serlo. Elizabeth, en esta sala eres tú la que está atada por tu sentido del honor y del deber hacia aquellos que dependen de ti. Colocas a todos por encima de ti. Piensas en todos menos en ti".

Elizabeth se levantó meneando la cabeza. "No, yo..."

"Y además, no intentes hablar como si el 'honor' perteneciera a algún dominio masculino. No mujer, tú eres la prueba viviente de que no es así".

No podía mantenerse alejada de él por más tiempo. Lo rodeó con los brazos, apoyó la cara en su pecho y lo abrazó con fuerza. Necesitaba su fuerza. Necesitaba su amor.

Ambrosio estrechó su cuerpo tembloroso contra el suyo.

"Elizabeth, me ha llevado toda una vida encontrarte y otra vida recuperarte". Besó su suave cabello de ébano. "No sé si percibes esto como algo bueno o malo. Pero debes saber esto, muchacha. No voy a dejarte marchar. Los dos últimos días han sido para mí peores que mil años en el infierno. No quiero volver a pasar por eso. No quiero volver a estar lejos de ti. Jamás. ¿Lo entiendes?"

Le levantó la barbilla y miró en la negrura brillante de sus ojos.

"Te quiero, Elizabeth. Dime que no me dejarás. Que tú..."

Levantó la mano y acalló sus palabras con un beso.

"Nunca pensé que te oiría decir esas palabras", susurró ella,

besándolo una y otra vez. Sus labios no se saciaban de él.

Ambrose le agarró un puñado de pelo y le atrajo la cara hacia atrás, obligándola a mirarle a los ojos. Sus labios se quedaron a un suspiro de los de ella.

"¿Y qué hay de ti, Elizabeth? He esperado tanto como tú".

Elizabeth miró con anhelo la profundidad de sus ojos.

"Te quiero, Ambrosio. Te necesito".

Su simple declaración era todo lo que él necesitaba oír. El agarre de sus musculosos brazos se tensó, su boca descendió. Sus ojos, ardientes de intención, no se apartaron el uno del otro mientras él la atraía hacia la litera.

Ella le necesitaba. Físicamente. Espiritualmente.

La necesitaba como necesitaba cada parte de sí mismo. En lo más profundo de su ser, sabía que debían ser uno, ahora y para siempre. En lo más profundo de su ser, sabía que el cambio ya se había producido.

Mientras el barco se mecía en la inquieta corriente, Elizabeth superó su dolor, volviéndose hacia la vida, hacia el amor. Como supervivientes de un naufragio, hambrientos durante días, se aferraron el uno al otro en una creciente tormenta de amor.

Ambrose la atrajo hacia sí, y su corazón se hizo más fuerte a cada momento que pasaba. Atrapada en el acto de vivir, de amar, Elizabeth apenas sentía que se desprendía del peso de su pena. Pero lo estaba haciendo, y las llamas de su pasión crecieron hasta convertirse en un infierno, sustituyendo la oscuridad de la muerte por el resplandor del ser.

Juntos amaban. Las manos impacientes, las bocas errantes - sintiendo, saboreando- eran dos amantes que se regocijaban en la expresión acelerada de su amor. El resplandor de su amor pronto disipó toda sombra persistente de pérdida.

En el frenético deseo de los amantes, las prendas volaron al suelo. Sin ropa, Ambrosio se colocó encima de ella.

"Cásate conmigo, Elizabeth". Sus manos recorrieron las curvas de sus pechos, las suaves líneas de su vientre. "Dime que te casarás conmigo".

Ella se recostó en la litera, con el cuerpo tembloroso ante sus caricias. Mientras sus labios acariciaban y chupaban los sonrosados pezones, los dedos de él se deslizaban suavemente por los húmedos pliegues de ella, encontrando en su interior el nódulo del deseo, avivando las llamas.

Elizabeth gimió. "Creo que... creo que estaría en el cielo..."

"Un lugar encantador, sin duda, mi amor". Ambrose le pellizcó la mandíbula, le besó el cuello, trazó una línea con la punta de la lengua en los suaves contornos del valle que había entre sus pechos. "No me

hagas esperar más, Elizabeth".

Le tiró del pelo rubio, empujándolo hacia su espalda. Con una sonrisa, el montañés la ayudó a ponerse encima.

"Soy testaruda", gruñó. "Y testaruda. Y testaruda".

Cambió su peso sobre él, moviendo las piernas hasta colocarse a horcajadas sobre él.

"Me encanta eso de ti".

"Soy emocional y de mal genio. Probablemente te volveré loca".

"Puedo vivir con eso". Sus dedos jugaron sobre las líneas de su tierna carne. Su cuerpo era tan perfecto. Ahora la deseaba. Quería sentirse enterrado en su interior. "Y será una mejora respecto a mi estado actual".

Jadeó cuando la levantó sobre él.

"Dímelo, Elizabeth", retumbó, con la voz desgarrada por el deseo. "Dímelo".

"Sí, mi amor". Ella bajó suavemente mientras él entraba en ella. Susurró su respuesta. "Sí, Ambrosio. Me casaré contigo".

Unidos en el abrazo del amor, el ajuste perfecto, bloquearon cualquier espectro de miedo y pérdida. En aquel momento lo único que importaba eran ellos dos. Todo lo que existía era la afinidad de dos corazones y mentes. Dos cuerpos y dos almas. Ya tendrían tiempo -toda una vida juntos- para enfrentarse a los enemigos e intrusos que les esperaban. Pero por ahora, por esta noche, cada uno vivía sólo para el otro, y juntos disfrutaban del resplandor de la plenitud.

Capítulo Veintisiete

GAVIN SE QUEDÓ ATRÁS cuando salieron de París.

Una vez que Isabel salió de su lúgubre aislamiento, el guerrero se recuperó pronto de su dolor por la muerte de María. Pero no acababa de comprender la verdad sobre su amigo Felipe de Anjou.

Con Ambrose de pie detrás de ella, mirando al gigante de pelo negro, Elizabeth le había dicho a Gavin la verdad: que era una mujer. Atónito, el de las Tierras Bajas había sido incapaz de pronunciar palabra. Pero cuando por fin balbuceó que no lo creía y exigió una prueba, Ambrose se le echó al cuello de inmediato.

Y Gavin la había creído.

Zarparon del nuevo y magnífico puerto del rey Francisco, en La Havre, en dirección oeste, rodeando la punta de Cornualles y hacia el norte, a través del mar de Irlanda, hasta Escocia. Los mares del estuario de Solway zarandearon su pequeño barco, pero pronto los viajeros se encontraron abriéndose paso entre los muros de piedra roja de la abadía de Sweetheart y las torres redondas del castillo de Caerlaverock, hasta llegar a las aguas más tranquilas de la pequeña aldea de Gretna. Allí, Isabel y Ambrosio, junto con Jaime, los Balduis y la compañía de soldados del barón, se aseguraron caballos y emprendieron la marcha hacia las colinas situadas al este de Gretna y hacia los verdes y ondulados valles de los Borders.

En el segundo día de cabalgata, descendieron por el valle del río Teviot y siguieron sus centelleantes aguas hacia el este, en dirección a la antigua fortaleza fronteriza del castillo de Roxburgh. Mientras cabalgaban, los ojos de Elizabeth siguieron observando las exuberantes y fértiles tierras de labranza, las amplias extensiones de bosque, los páramos rocosos de las tierras altas. El lugar la impresionaba por su belleza, su naturaleza salvaje, su fuerza. No sabía si alguna vez había visto un cielo tan azul como el que cubría los espacios abiertos que cruzaban.

Para Isabel, las tierras fronterizas entre Escocia e Inglaterra eran un estudio de belleza pastoral. Pequeñas cabañas con tejado de paja se alzaban junto a toscas cabañas de piedra y tepes. Rebaños de ovejas pastaban en las escarpadas colinas, mientras el ganado deambulaba por la orilla cubierta de hierba del río. Mientras cabalgaban, los

granjeros y pescadores se quitaban el sombrero ante el barón que pasaba, y los niños y las doncellas corrían junto a los guerreros, repartiendo pasteles frescos y flores silvestres.

En una ocasión, tras cabalgar entre dos altos salientes rocosos mientras continuaban siguiendo el río, Elizabeth divisó un gran grupo de edificios mientras miraba hacia el sur en la distancia. Era la abadía de Jedburgh, le dijeron, una de las cuatro poderosas abadías de los Borders. Fueron los buenos monjes de allí, le dijo Ambrosio, quienes siglos atrás habían empezado a desarrollar la tierra para uso agrícola, criando sus ovejas y sus cosechas, educando a los granjeros locales y llevando la civilización a un pueblo vagabundo asediado durante mucho tiempo por merodeadores tanto del norte como del sur.

Siempre había sido un lugar difícil para vivir y prosperar, y Ambrosio había sido enviado allí para hacer justicia a los laboriosos y proteger a los oprimidos. Y así lo había hecho. Eso fue cuatro años antes, no mucho después de sus éxitos en el Campo de Paño de Oro. Fue entonces cuando la reina y el consejo de Regencia habían otorgado al montañés el título de Barón de Roxburgh, Lord Protector de las Fronteras.

Finalmente, con el sol de verano poniéndose a sus espaldas y sus propias sombras extendiéndose ante ellos, Ambrosio se inclinó y señaló las torres cuadradas que se alzaban en una alta colina sobre el valle del río. El castillo de Roxburgh.

Iban a casarse en el castillo de Benmore, la fortaleza del clan Macpherson en las Tierras Altas. Ésa era la tradición. Benmore era el lugar donde se habían casado los padres de Ambrosio. Era el lugar donde habían nacido sus hermanos y él. Donde su hermano mayor Alec y su esposa Fiona se habían casado y ahora vivían con sus hijos... cuando no estaban en las Islas Occidentales o en la propia casa ancestral de Fiona, el castillo de Drummond.

Ambrosio había enviado un mensajero a su familia desde París con la noticia.

Elizabeth nunca había estado en las Tierras Altas. Nunca había estado rodeada de muchos miembros de su familia, pero la idea de todo aquello atraía a la joven. Le atraía y la ponía un poco nerviosa. Pero si eso era lo que Ambrose quería, entonces decidió que ella también lo deseaba.

Sin embargo, Ambrosio insistió en que se detuvieran en las Fronteras antes de ir a ninguna parte. Tenían asuntos que atender primero.

Así que mientras los viajeros se acercaban al castillo de Roxburgh,

el barón guerrero pensó en sus planes y en el mejor curso de acción. Tenían mucho que hacer, y Ambrosio quería que Elizabeth y Jaime estuvieran a salvo mientras él se ocupaba de los problemas inmediatos de los que sólo él podía ocuparse.

Primero, pensó con una sonrisa irónica, debía enviar un mensaje a Giovanni de' Medici sobre el artista que nunca recuperaría. Pero sabía que no podía decir la verdad, todavía no. Quizá en algún momento, dentro de unos años, Isabel y él harían una visita al duque florentino. Disfrutaría mucho viendo la expresión de la cara de su amigo.

Además, Ambrosio debía tener en cuenta a la Reina Madre. Ella representaba la más acuciante de las preocupaciones. Aunque el montañés había exagerado deliberadamente ante su amada cuál podría ser la respuesta de la reina Margarita al enterarse del sexo de Isabel, sinceramente no tenía ninguna seguridad real de que la reina no entregara a Isabel -y a Jaime- al siempre fiel consejero de su hermano, Tomás Bolena.

Margaret Tudor podía ser bastante rencorosa y completamente caprichosa, sobre todo si se sentía menospreciada en lo más mínimo o engañada de algún modo. Era una mujer con la que Ambrose sabía que era un error cruzarse. Cuando decidía que quería algo, no se detenía ante nada para conseguirlo. Y quería un pintor. Un pintor florentino.

El Highlander sabía que tendría que verla en persona. Sabía que era la única manera.

"No sabes cuánto siento tener que dejarte sola aquí, amor mío". Acarició las cortas ondas de su pelo, suave como el satén, que se enroscaban alrededor de sus dedos. Cada vez tenía el pelo más largo.

"No estaré sola", susurró ella, sonriendo mientras se tumbaba boca abajo a su lado. "Aparte de las quinientas doce ovejas que he contado desde nuestra ventanita, me dejas con varios centenares de soldados. Estoy segura de que al menos una docena de ellos hablan, y..."

"¡La última vez que conté, sólo había quinientas ovejas!"

"Ah, bueno. Ya sabes cómo son las cosas. Primavera en Escocia, amor y... niños es la palabra, ¿no? Bueno, no hay mucho más que hacer, ¿verdad, cariño?"

"Hmmm. Sí, muchacha. Me gusta cómo suena eso". Ambrose le quitó las mantas de la espalda, dejando al descubierto su suave piel de marfil. Sonrió cuando ella se echó a sus brazos. "Pero esto no me facilita la marcha".

"Se supone que no", susurró ella, acurrucándose más.

Ambrosio la estrechó contra su pecho. Aún no podía acostumbrarse

a la emoción que sentía al tenerla cerca. La forma en que ella se había adueñado de su corazón, como si siempre le hubiera pertenecido, llenándolo hasta que él sentía que podía estallar. A veces, como un mozo de potro salvaje, quería gritar su nombre por todo el valle y escuchar la palabra que le devolvía el eco de las colinas rocosas.

Se sentía tan bien. La observó mientras se mudaba, tomando posesión de su casa y de todos los que vivían en ella. Sí, ellos también la acogieron, la aceptaron como suya, como si siempre hubiera estado allí. Uno de ellos.

Mientras la abrazaba, Ambrosio pensó en el viaje que les esperaba. En medio de todas las incertidumbres que les aguardaban, sabía una cosa con certeza. Sería él quien se sentiría perdido cuando la dejara mañana para ir a Stirling a reunirse con la reina y los demás nobles. Sería él quien sentiría una gran angustia por estar lejos. Era un conocimiento nuevo y extraño para él, pues siempre había vivido viajando. Alisándole el cabello de ébano, la abrazó con fuerza.

Cinco semanas antes, cuando habían llegado al lúgubre y amenazador castillo de Roxburgh, Ambrosio había percibido que Elizabeth se sobresaltaba ante aquella mole de tosca piedra gris. Desde luego, la gigantesca fortificación militar no tenía nada en común con Florencia, aquella animada ciudad de arte y cultura donde había estado viviendo los últimos años. De hecho, los oscuros pasillos, las habitaciones casi vacías y la impregnante actitud de vigilancia constante distaban mucho de su propio pabellón de caza en el linde del bosque, al este de Troyes. Éste era el lugar que nunca había tenido futuro para él. En la frontera con Inglaterra, Roxburgh era simplemente una fortaleza diseñada y fortificada para mantener al mínimo las escaramuzas fronterizas, y era un lugar desde el que los escoceses podrían ofrecer una primera oleada de defensa si los ingleses decidían invadir.

Era un lugar de guerra, un lugar de hombres. Aparte de las lavanderas, ninguna mujer trabajaba en el castillo. Pero Roxburgh ofrecía la distancia de la corte que Ambrosio deseaba para Isabel y Jaime, así que aquí se quedarían por poco tiempo. Así que, en lugar de partir de inmediato hacia la corte, el barón decidió quedarse un tiempo y ayudarla a aclimatarse.

Sin embargo, no había necesitado mucha ayuda de él.

Ambrosio ya lo sabía. Sus hombres la adoraban. Sus sirvientes respetaban y obedecían sus deseos. Ni que decir tiene que él y Jaime la amaban, y que no podía imaginar la vida sin ella. Isabel Bolena tenía un don para todo y para todos.

"Ambrose".

Miró su rostro suave y sobrio. Sus ojos negros brillaban en un rostro de marfil, resplandeciente a la luz de las velas que iluminaban

la habitación.

"Mañana, cuando te vayas..." Sus dedos tamborilearon suavemente sobre el pecho de él. "Erne y yo hemos hablado hoy. Se irá contigo y con Joseph a Edimburgo".

"Creía que te gustaba su compañía", dijo con sorpresa. Sin Ernesta Bardi, Elizabeth estaría sola aquí con Jaime. "Creía que te ayudaba, muchacha".

"Sí, Ambrose. Lo es. Pero... bueno, no puedo permitir que malgaste su vida jugando a ser nuestra niñera".

"¿Habla ahora Isabel Bolena, la mujer que sabe lo que es mejor para todos menos para sí misma?"

"No. No lo es". Le dio una palmada en el pecho. "No te burles de mí, bestia. Te lo digo porque estoy segura de que es lo mejor para ella y para mí".

"¿Cómo es eso?

Hizo una pausa para ordenar sus pensamientos. "Ernesta Bardi es la esposa de un mercader; es una inteligente mujer de negocios por derecho propio. Una persona que ha participado en gran medida en los éxitos de su marido. Y tuvo una vida -una vida plena- con José, sus negocios, sus viajes mucho antes de que María, Jaime y yo entráramos en ella."

"Parece que le ha gustado llenarlo un poco más con vosotros tres".

"Hasta cierto punto puede que sea verdad. Pero ahora, supongo, quiero que sienta que puede volver una vez más a la vida que eligió para sí misma, sin tener que ir detrás de nosotros. Debería sentirse cómoda alejándose de Jaime y de mí, sin temores ni preocupaciones por nuestro bienestar. Me gustaría verla viajando con José y disfrutando del tiempo que les queda juntos. Ya no son más jóvenes, Ambrosio. Y quiero que ella pueda volver de visita cuando lo desee".

"¿Así que los dos lo habéis hablado?"

"Sí".

"¿Y está de acuerdo en que ha llegado el momento de seguir adelante sin ti?"

Elizabeth asintió. "Me costó convencerla. Pero la convencí". Le dio un beso en el pecho. "Erne se alegra mucho por nosotros, ¿sabes? Y ella y Joseph viajarán al castillo de Benmore para nuestra boda".

"¿Ah, sí?"

"Sí, a pesar de todas las historias que hemos oído sobre esos granujas de las Tierras Altas".

"¿Así que has oído historias?", respondió, con una sonrisa irónica en la comisura de los labios.

"Sí, así es. Así que volveremos a vernos todos dentro de poco".

Le peinó el pelo con los dedos. Las sedosas trenzas negras caían sobre el dorso de su mano.

"¿Por qué haces esto, muchacha? ¿Por qué tan pronto? Apenas conoces a nadie en este montón de rocas. ¿Por qué enviarla ahora?"

Le miró fijamente a los ojos. "Porque necesito endurecerme. Y necesito demostrarme algo a mí misma. Eso no puede hacerse con Erne aquí".

"Dime, amor. ¿Qué necesitas demostrar?"

Elizabeth apartó la mirada un momento, antes de volver a mirarlo a la cara. "Necesito saber si puedo adaptarme a esta nueva vida. Funcionar por mí misma. Sin que nadie me mime ni cuide de mí. Desde que llegamos aquí, Erne lo ha hecho todo por mí. En cierto modo, me trata como a Mary le gustaba que la trataran. No importa lo que sea -pequeño o grande, menor o importante-. Siempre está ahí para mí, ayudándome. Preparándome el baño, ayudándome a vestirme, ocupándose de mis comidas".

"Quizá sea la primera ocasión que tiene de demostrarte cuánto te quiere".

"De eso hemos hablado hoy". Elizabeth sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. "Tienes razón. Eso era exactamente lo que intentaba hacer, y más. Siempre ha pensado que, de alguna manera, me he visto privada incluso de pequeños lujos, de simples comodidades de las que debería haber disfrutado durante los últimos años. Así que ahora quiere compensar aquellos tiempos".

Ambrose le secó suavemente una lágrima de la mejilla. "Bueno, llega demasiado tarde. Mi trabajo es darte cosas, amor mío. Sólo las mías".

"No necesito que me mimes, Ambrose". Elizabeth sonrió. "Ernesta me quiere, y yo la quiero a ella. Eso se ha notado hoy más que nunca. Éramos como una madre y una hija, sentadas una junto a la otra, cogidas de la mano, desahogándonos y volviendo a contar historias del pasado. Compartiendo esperanzas para el futuro. Cuando terminamos, estaba segura de mi felicidad. Para ella, eso parecía ser lo único que importaba. Así que aceptó ir".

Vio cómo su rostro se nublaba y fruncía el ceño. "Pero eres infeliz".

"No es verdad". Le cogió los dedos y se los llevó a los labios. "Nunca he sido tan feliz como ahora, contigo. Pero hay algo que me corroe".

"¿Qué pasa?"

Rodó sobre su espalda y miró las oscuras y toscas vigas del techo.

"No sé si todavía puedo funcionar en el papel de mujer".

El montañés se echó a reír.

Se puso de lado y se apoyó en un codo. "Hablo en serio.

"No, muchacha. No puede ser". Sonrió y le tendió la mano, con el dedo recorriendo sus labios carnosos. "Elizabeth, eres una mujer. Toda una mujer".

Sus dedos rozaron su mejilla y acariciaron su garganta de marfil.

"Yo era un hombre. Todo un hombre. Durante cuatro años".

"No. No lo estabas".

Recorriendo las suaves líneas de sus hombros, sus dedos rozaron la piel de la parte superior de sus brazos y se movieron ligeramente hacia el suave orbe de su pecho.

"Yo también", susurró ella, con los ojos nublados por su contacto.

"Eres obstinada, Isabel Bolena".

Su voz era grave y ronca. "Hace tiempo que conocéis esta cualidad, lord Macpherson".

"Sí, lo he hecho". Su boca descendió sobre los labios de ella y la besó con fuerza. "No me quejo. Me encantan tus defectos, mi amor. Puedes quedarte con todos".

Intentó estabilizar la voz tras la conmoción del beso.

"No tengo defectos, sólo talento en abundancia". Observó la sonrisa que se dibujaba en su boca perfecta. "Pero si te ríes de mí una vez más, yo..."

"Sí, muchacha. ¿Qué harás?", bromeó.

"No lo sé. Ella suspiró feliz, acurrucándose de nuevo contra su costado. "Pero dame cuarenta años o así. Ya se me ocurrirá algo".

Elizabeth consideró por un momento lo mucho que le gustaba lo que había entre ellos. Bromeaban, discutían y reían durante horas y horas. Juntos cabalgaban por los valles vecinos, disfrutando del clima de finales de verano; la mayoría de las veces, llevándose a Jaime con ellos. Ambrosio le enseñó la campiña, le habló de la gente de las Tierras Bajas escocesas. Sobre su historia. Sobre sus héroes.

Pero cuando hablaba, sus historias siempre volvían a las Tierras Altas. Cuando hablaba de su hogar -de las cumbres salvajes y escarpadas, de los arroyos que corrían por las montañas y de las tormentas tan feroces y repentinas, de la gente tan libre y tan viva-, Elizabeth podía ver cómo la mirada lejana aparecía en sus ojos. Y le encantó.

A la luz del día, ante los demás habitantes del castillo, se comportaban tan correctamente. Inteligentes, reservados: dos personas refinadas que pronto se casarían.

Pero por la noche, sus vidas adquirían otra dimensión. Enamorados, temerarios. Dos amantes que se necesitaban física y desesperadamente.

"¿Crees que cometo un error? ¿Al enviar lejos a Erne?", susurró. "¿Crees que, una vez que se vaya, tu gente se dará cuenta de mi fachada y me tendrá antipatía?"

"¡Apenas!" Ambrosio la abrazó con fuerza contra su pecho. "¿De verdad crees que puedes caerle mal a alguien, Elizabeth? ¿No ves que todos te quieren? ¿Cómo podría no gustarle a alguien?

Elizabeth frotó su mejilla contra la cálida piel de su pecho. "Es cierto que tus hombres me tratan bien. Pero cuando pienso en el futuro... quiero decir las cosas correctas, Ambrose. Hacer lo correcto. Ser correcta. No quiero ser una decepción para ti delante de tu familia, delante de tus amigos".

"Nunca serás menos que mi mayor tesoro, mi amor. Confía en mí".

"Hay tanto que no sé, tanto que necesito aprender". Levantó la vista y le miró a los ojos. "Quiero encajar. Desesperadamente, quiero pertenecer. Nunca he tenido un verdadero hogar. No uno que importara, antes de esto. Pero ahora importa, Ambrose".

"Tú me perteneces, Elizabeth. Tú me perteneces a mí, y yo a ti. Y siempre has tenido un hogar. Lo hiciste de ti misma... por tu hermana, por Jaime. Los muros de piedra no hacen un hogar. El calor, el amor que llevas en el corazón, eso es lo que lo hace". Le besó el puente de la nariz; sus labios rozaron su mejilla húmeda. "Yo, en cambio, siempre he tenido casas. Demasiadas. Dispersas por todo el continente. Mis amigos se ríen de mí por ellas. Pero nunca me sentí atado a ninguna de ellas. No pude hacer de ninguna de ellas un hogar". Le besó los labios. "Porque no había encontrado mi hogar. Pero ahora lo he encontrado. Te he encontrado a ti, Elizabeth".

Le echaba de menos desesperadamente, y durante dos semanas su mente y su sangre habían estado aceleradas. Casi frenética, a veces sentía como si sólo le quedaran unos instantes para poner en orden su vida y todo lo que la rodeaba.

Ambrosio se había ido hacía dos semanas. Los Bardis se habían ido con él.

Desde el momento en que se habían marchado, Elizabeth había sentido cómo la invadían las emociones. Había que hacer cosas. Dentro. Por fuera.

Robert, el alto y joven guerrero que comandaba el batallón mientras Ambrose viajaba, permanecía de pie detrás de ella, asintiendo con la cabeza mientras ella daba órdenes a los sirvientes aquí, a los soldados allá. Jaime y él la seguían a todas partes. Envió a buscar albañiles, carpinteros. El castillo de Roxburgh sería un lugar distinto cuando regresara Ambrosio. Elizabeth no había concretado todos los detalles, pero la creatividad de su alma echó a volar. Su imaginación se disparó.

Y se movía como si no hubiera mañana. Con frecuencia, los pensamientos sobre su hermana María se agolpaban en su conciencia, y pensaba, preguntándose si sus acciones de ahora eran el resultado de alguna culpa persistente que arrastraba en relación con la muerte de

María. El verdadero asesino que había enviado a los asesinos, la verdadera razón del ataque, eran cosas que aún se desconocían. Pero la verdad de fondo seguía atormentándola: la daga iba dirigida al corazón de Elizabeth, no al de su hermana.

Garnesche permanecía en su memoria tanto como su padre. Incluso cosas tan sencillas como la formación de los hombres en el patio o los movimientos de los soldados que llevaban antorchas por los senderos al atardecer le traían recuerdos del crimen que había visto cometer en una oscura noche en el norte de Francia. Y se preguntaba qué le depararía el mañana. Se preguntaba si habría un mañana.

Mary nunca tuvo la oportunidad de experimentar lo que le depararía el futuro. Pero por violenta que fuera la muerte de su hermana, Isabel lo sabía, María Bolena había muerto en paz con el mundo. Se le había dado una oportunidad, quizá una segunda oportunidad, de devolver a su vida una sensación de armonía, de bondad. Y había aprovechado esa oportunidad con ambas manos.

Mientras Elizabeth permanecía en el centro del caos de renovaciones que se producían a su alrededor, se preguntó si tal vez esa misma bondad era lo que ella también buscaba. Para Jaime, para sí misma y para Ambrosio. Quizá ella también buscaba esa sensación de paz, de serenidad.

"Mi señora". La voz del guerrero era autoritaria y cortante. "Sencillamente, no podéis subir ahí".

"Puedo, Robert. Y lo haré -afirmó Elizabeth mientras se abría paso entre el agitado Highlander. Se volvió hacia Robert al subir el primer escalón. "¿No te ordenó expresamente el barón que te ocuparas de que se cumplieran mis deseos? ¿No le oíste decirlo?"

"Lo hice, milady".

"Muy bien". Elizabeth se volvió y empezó a subir los escalones de dos en dos hacia la habitación superior de la torre.

"Pero espera", gritó el hombre tras un momento de retraso.

Se detuvo y respiró hondo. Tenía que guardar toda su furia para cuando la alcanzara. Ésta era la última torre que quedaba por examinar. Con docenas de obreros trabajando afanosamente en las otras secciones, era natural que quisiera extender el esfuerzo a esta última zona del castillo. Sin embargo, ahora tenía claro lo hábilmente que Robert se las había ingeniado para mantenerla alejada de este rincón del castillo.

El joven guerrero había sido uno de los primeros amigos leales que había encontrado en Roxburgh. Habiéndose formado años atrás como escudero del hermano mayor de Ambrose, Robert había pertenecido a

la familia Macpherson desde la infancia. Por lo que Ambrose le había contado del joven, Elizabeth sabía que Robert era un excelente ejemplo de la devoción y el valor a los que aspiraba todo Highlander.

"Mi señora. Necesito hablar contigo sobre..."

Elizabeth se volvió lentamente y se encaró con él. Aunque estaba dos pasos más abajo, estaban a la altura de sus ojos. "Robert. No has dejado de hablar desde que se fue el barón".

"Sí, milady. Pero esto es importante". El joven se devanó los sesos en busca de algunas ideas. "Se refiere a la época en que el barón se encontraba en la isla de Skye con su hermano, lord Alec".

"¿En Skye?"

"Sí, milady. Cuando lord Ambrose se alojaba en el castillo de Dunvegan. Es un lugar que conserva el clan MacLeod, una fortaleza maravillosa".

Puso los ojos en blanco e irrumpió sin contemplaciones. "Me resulta asombroso, Robert, que cada vez que he intentado venir a esta torre, hayas conseguido entretenerme y distraerme con más historias sobre el pasado de Ambrose. Ha funcionado antes, joven. Pero ahora no funcionará. Estoy al tanto de tus trucos". Giró sobre sus talones y echó a correr rápidamente escaleras arriba.

El joven maldijo en voz baja. ¡Las mujeres Macpherson! ¿Qué les pasaba? Eran todas iguales. Cabezota y obstinada. Lady Elizabeth, Lady Fiona y ahora ésta. Eran perfectamente compatibles.

Elizabeth aceleró el paso al oír que el guerrero volvía a perseguirla. Llegó al rellano, pero él la alcanzó en el último momento, adelantándose a ella y bloqueando la puerta.

"¿Qué pasa ahora?", preguntó impaciente. "Déjame adivinar. Acabas de recordar que no me detuve para la comida del mediodía y, si no como, lord Ambrosio también tendrá tu pellejo por esa transgresión".

El joven se animó enseguida. "¿Cómo lo sabíais, milady? Me has leído el pensamiento".

"Apártate de mi camino, Robert. O si no".

"Es por tu propio bien, Lady Elizabeth. Por favor, escúchame. No querrás exponerte a lo que hay ahí dentro".

Igualó la expresión preocupada del hombre con su propia mirada sardónica. "¿Hay cadáveres por ahí? ¿Es una cámara de tortura?

"Mucho peor", respondió Robert, sacudiendo lentamente la cabeza. "Será mejor que te mantengas alejado".

Le dirigió una mirada amenazadora. "Sabes, por supuesto, que al intentar -con esas ridículas estratagemas- mantenerme fuera de allí, sólo has conseguido picar a fondo mi curiosidad. Robert, ya no me es posible dejar esa puerta cerrada".

Asintió con la cabeza. "Sé que os lo he puesto difícil, milady. Pero

ya ves, no estoy curtido en las costumbres de damas de tanta calidad como tú".

"No me halagues. No funcionará".

El joven guerrero dejó caer la cabeza sobre el pecho. No estaba seguro de hasta qué punto debía llegar para impedir que ella viera lo que había más allá de la puerta. Es cierto que el barón le había ordenado que la mantuviera alejada hasta que él llegara. Pero tenía una idea bastante clara de que la restricción física era lo único que podía mantenerla alejada de la sala de la torre. Y Robert no iba a arriesgarse a ponerle la mano encima a la dama de Lord Ambrose.

"Y no intentes que me compadezca de ti. Eso tampoco funcionará". Cruzó los brazos sobre el pecho. "Ahora apártate".

La miró por última vez. Iba en serio. No habría forma de distraerla. Se hizo a un lado, permitiéndole acercarse a la puerta.

Elizabeth dejó que su mirada pasara de la expresión desolada del guerrero a la cerradura metálica de la puerta. Era una de las dos que había en el castillo. Se acercó un paso. Extendió la mano y agarró el picaporte. Luego respiró hondo. Robert había hecho un buen trabajo. Se detuvo, con los brazos extendidos inmóviles y el corazón latiéndole con fuerza. Escuchó algún ruido. Cualquier señal de vida. ¿Qué se escondía dentro de la cámara? se preguntó. Entonces tiró con fuerza.

La puerta no se movía. Se cerró con llave. Se preparó y volvió a tirar. En vano.

Se volvió despacio, muy despacio, en dirección al joven. "Tráeme la llave, Robert. Ve a buscarla ahora".

Asintió enseguida y bajó rápidamente las escaleras.

"Gracias, gracias, gracias Señor", susurró. No podía imaginar qué se le había metido a Evan Kerr, su segundo al mando, para que cerrara con llave la puerta de la habitación de la torre. Lord Ambrose nunca cerraba con llave aquella puerta, ni la de su alcoba, pero Robert se alegraba de que esta vez lo hubiera hecho. Robert dio tres pasos cada vez y desapareció por la escalera circular. Con un poco de suerte, pensó felizmente, lady Elizabeth no podría encontrarle hasta que lord Ambrose regresara.

Elizabeth lo observó marcharse rápidamente y se volvió de nuevo hacia la puerta. Pensó que el gran ojo de la cerradura podría ofrecer alguna visión. Al mirar por el agujero, apenas podía ver. El polvo y una tela de araña bloqueaban la abertura. Se le ocurrió que no parecía que nadie hubiera utilizado una llave allí dentro desde hacía mucho tiempo. Se enderezó y esta vez agarró el picaporte con las dos manos. El frío del metal la hizo estremecerse. Tiró con fuerza.

Hubo un ceder. La puerta cedió ligeramente. Tiró con más fuerza. El arañazo de la pesada puerta contra el marco produjo un chirrido.

Volvió a tirar con todas sus fuerzas. El fuerte sonido de raspado se

atenuó cuando la puerta de roble oscuro se balanceó pesadamente sobre sus goznes hacia ella. Retrocedió, esperando a que la puerta se detuviera por completo.

El corazón le dio un golpe en el pecho. Miró al frente, hacia la claridad. La luz de la habitación inundó el oscuro rellano donde se encontraba. Vacilante, dio un paso hacia dentro. Y entonces se detuvo.

Era un taller. El taller más hermoso que jamás había visto. A través de ventanas más grandes que las delgadas saeteras de las habitaciones inferiores, la luz del sol se derramaba sobre las paredes de piedra recién encaladas. En un rincón había tres largos y pesados rollos de lienzo. Había bancos y caballetes preparados junto a un brasero. Una estera gruesa y limpia de juncos recién tejidos perfumaba la estancia. Una docena de pequeños barriles de lo que ella sabía que sería óleo, agua y pigmentos se alineaban en una pared. Elizabeth se dio la vuelta, asimilándolo todo a la vez. Se acercó a los rollos de lienzo. Al pasar los dedos por la textura de la tela, supo inmediatamente que era de la mejor calidad. Cada vez más aturdida, la joven se abrió paso entre los barriles de pintura hasta una pared donde una pesada sábana cubría fardos de obras de arte. Puso la mano suavemente sobre el material y retiró la sábana de las hileras de cuadros apilados con tanto cuidado contra la pared. La emoción nubló sus ojos.

La visión del primero desató sus lágrimas. El Campo de Tela de Oro. La segunda versión del que había perdido en el incendio de la tienda de Calais. El que había pintado de memoria en Florencia. El único recuerdo que le quedaba de dónde había empezado todo.

Sus dedos jugaron sobre la representación de Ambrosio en la obra.

"Te quiero", le susurró.

Luego, con cuidado, miró las otras obras que había detrás de la primera.

Eran suyos. Los cuadros que había creído que se habían quedado en Florencia. Estaban todos aquí, en esta habitación. Los había hecho traer para ella.

Oyó ruido de pasos y se volvió enseguida. Era Robert. Su cuerpo llenaba la puerta.

"Milady, necesito hablar con usted".

"Esta habitación", susurró. "Intentaste mantenerme fuera".

"Lo siento, milady. Ésta es tu habitación", dijo en voz baja. "Un regalo de lord Ambrosio para vos. Tus pinturas de Florencia aún no habían llegado cuando él partió hacia la corte. Por eso no te trajo aquí él mismo. Los barriles de materiales que mandó traer acaban de llegar ayer de Edimburgo".

Se movía, con las lágrimas rodando libremente por sus mejillas.

"Es una habitación preciosa".

"Sí, milady. Ésta es la habitación más cálida del castillo en

invierno, con una hermosa vista del valle. Quería que te sintieras como en casa. Quería que tuvieras un lugar donde trabajar. Pero milady..."

"Me encanta este lugar", interrumpió, poniéndose en medio de la habitación y mirando al joven guerrero. "Lo amo".

Robert observó la felicidad que brillaba en el rostro de la joven. No quería perturbarle aquel momento, pero tenía que decirle que la necesitaban abajo.

"Puedes dejarme, Robert", dijo ella con suavidad. "Necesito tiempo para recomponerme. Nadie puede soportar tanta felicidad de golpe".

"Lo siento, milady. Pero hay personas que necesitan hablar contigo".

"¿No pueden esperar?"

Sacudió la cabeza. "Nuestros hombres acaban de escoltarles".

"¿Qué gente?", preguntó ella. "¿Los albañiles de Edimburgo, los que enviaba Ambrosio?"

"No, milady. Vuestro padre".

Capítulo Veintiocho

ELIZABETH ESTABA sin aliento cuando irrumpió en el vestíbulo. Al instante, sus ojos recorrieron la gran sala en busca de la niña. Robert había dicho que su padre, Tomás Bolena, se había quedado hablando con Jaime cuando el guerrero fue tras ella. El resto de los hombres de su padre habían permanecido en el patio exterior de la torre del homenaje, bajo la atenta mirada de los soldados de Ambrosio.

El pánico empezó a invadirla mientras miraba la sala vacía. La sala había estado llena de artesanos y trabajadores hacía una hora, cuando ella y Robert habían salido hacia la torre sur. El polvo de sus esfuerzos aún permanecía en el aire de la sala, difuminando la luz de las altas ventanas. Pero ahora sólo la saludaban el silencio y el vacío.

Entonces, por fin, lo vio en el otro extremo de la gran sala.

Allí estaba sentado, en el sillón de respaldo alto del barón, junto a la inmensa chimenea abierta. En el suelo, a su lado, había una copa de vino. Hablaba en voz baja con la niña. Jaime estaba sentado en la chimenea, a sus pies, jugando con su gatito D'Or y, obviamente, manteniendo la mirada apartada del visitante.

La cabeza de Tomás Bolena giró y se puso en pie al instante.

Con el corazón palpitante, Elizabeth dio un paso hacia él y el niño. Apretó los puños para que no le temblaran las manos. Vio cómo Jaime pasaba corriendo junto al anciano y saltaba alegremente a sus brazos abiertos. El sonido de los pasos de la niña resonó en los altos muros.

Elizabeth se agachó ante la joven y la abrazó con fiereza. "Ve a mi alcoba y quédate allí hasta que vaya a buscarte -susurró a la niña al oído.

Jaime asintió en silencio, pero siguió agarrado a su cuello.

Elizabeth miró los ojos oscuros que reflejaban los suyos. Estaban llenos de miedo, de incertidumbre. "Tengo miedo", susurró la niña. Su voz era tan suave como la caída de una hoja en un fresco día de otoño. "Dice que es mi abuelo".

"Así es", respondió Elizabeth en voz baja.

"Me ha dicho que planea llevarnos lejos. A Inglaterra. Sólo tú y yo. Pero no podemos ir, ¿verdad?"

"No, Jaime. No podemos".

La niña asintió y se inclinó más hacia ella, susurrándole al oído. "No respondí a ninguna de sus preguntas".

"Has hecho lo correcto, amor". Elizabeth pasó las manos por las suaves trenzas negras que caían hasta los hombros de la niña. "Ahora,

vete".

Jaime retiró las manos de su cuello. "¿Cuándo va a volver el barón? Quiero que esté aquí con nosotros".

"Yo también le echo de menos, Jaime".

"No dejaría que nadie nos llevara". Lanzó una rápida mirada por encima del hombro al hombre que esperaba detrás de ella. "Sé que no lo haría".

Elizabeth juntó las manos de la niña y las besó a ambas. "Eso es verdad, amor. Y nadie va a alejarnos de él mientras esté visitando a la reina. No se lo permitiremos. Ahora sigue tu camino".

La joven se puso de puntillas y depositó un beso en la mejilla de Elizabeth antes de salir corriendo del vestíbulo con su gatito pisándole los talones.

Elizabeth no se volvió, sino que permaneció agachada donde estaba hasta que los pasos de Jaime se desvanecieron en los escalones de la puerta del gran salón. Entonces se puso en pie.

Sir Thomas parecía frágil y ligeramente encorvado por la edad. Elizabeth dejó que sus ojos contemplaran al hombre al que había temido y del que había huido tan sólo cuatro años antes. Los años -y las presiones de su vida- habían hecho mella en el hombre. Estaba mucho más delgado de lo que ella lo recordaba. Su cuerpo parecía consumirse y sus hombros se encorvaban como si cargara con un peso enorme. Incluso con este buen tiempo de verano, su padre se había envuelto en una lana fina y gruesa y en un jubón de paño dorado forrado de piel, con una pesada capa que yacía sobre el brazo de la silla. Sus ojos negros estaban fijos en un rostro marcado por profundas líneas de preocupación.

Los ojos de Elizabeth se abrieron de par en par cuando él abrió los brazos. Del mismo modo que ella había abierto los suyos a Jaime.

Sorprendida, le miró sin comprender. Él dio un paso hacia ella, con las manos aún extendidas. Ella sintió una punzada en el pecho. Una pena profunda y antigua brotó de su interior, tan afilada como la hoja verde del narciso cortando hacia arriba el suelo helado de la primavera.

Tantas veces, de niña, lo había deseado, había soñado con el afecto de su padre, con su abrazo abierto. Pero sólo habían sido sueños.

Él dio otro paso hacia ella. Ella luchó contra el impulso de correr hacia él, de buscar ese refugio. ¿Pero refugio de quién? pensó. ¿De quién ha necesitado refugio alguna vez? De este hombre. Entrecerró los ojos. Era este hombre -su propio padre- quien la había alejado, quien la había empujado al límite, al lugar del que ya no había vuelta atrás. Ahora tampoco había vuelta atrás.

Se acercó más.

Por mucho que quisiera retroceder, darse la vuelta y huir de él, se

obligó a permanecer donde estaba. A mantenerse firme.

Elizabeth le miró directamente a los ojos. Buscó allí la verdad, algún recuerdo del motivo de su ira. Pero no había nada. Ningún destello de poder, ningún atisbo de mal genio, ningún fuego de vida. Eran sólo los ojos de un anciano muy cansado.

De repente, no supo qué responder.

Sir Thomas llegó hasta ella.

Elizabeth permaneció en silencio mientras su padre le ponía las manos sobre los hombros y le daba un beso en cada mejilla. Luchó contra el impulso de estremecerse, de retroceder. También luchó contra el impulso contradictorio de corresponder a aquella simple muestra de afecto. Inclinó la cabeza, insegura de lo que quería. Su saludo la había confundido, la había inquietado.

"Me alegra verte, Elizabeth -dijo, tocándole el pelo y midiendo su longitud. Pero su rostro estaba impasible y no hizo ningún comentario más, dejando por fin que sus manos cayeran de los hombros de ella. Tomó entre las suyas las manos de ella, inertes e insensibles.

"No puedo decir lo mismo -susurró ella. Aunque sus manos y su tono eran como el hielo, podía sentir cómo le ardían las mejillas. Aunque ponía cara de piedra, su interior se estremecía. Por primera vez en mucho tiempo, Elizabeth se sintió débil y vulnerable. Y no le gustaba esa sensación.

Apretó con fuerza su mano y la atrajo suavemente hacia la silla donde él había estado sentado cuando ella entró en el vestíbulo. Ella fue.

"No he venido hasta Escocia para pelearme contigo", dijo Sir Thomas.

"Entonces, ¿por qué has venido?"

"He venido en busca de paz, hija".

"¿Paz?", preguntó brevemente. "¿Paz entre quiénes?"

"Entre tú y yo, Elizabeth. Quizá la paz por el bien de Jaime".

Le vio acercarle una silla junto a la suya. Luego le hizo un gesto para que se sentara. En una muestra de continuo desafío, ella se puso de pie junto a la silla.

"Jaime y yo vivíamos en paz. Antes de que llegaras tú".

Sir Thomas la miró un momento y luego se sentó pesadamente en la gran silla de respaldo alto. Sus ojos recorrieron la sala vacía, observando el caos que reinaba. "Ya te ha dejado".

Sintió que el estómago se le ponía tenso al oír sus palabras. "Vamos a casarnos".

"Sí, tu madre y yo también íbamos a casarnos". Su voz vaciló inestablemente. "Pero la abandoné".

"No puedes hacer comparaciones", replicó ella con frialdad. "Tú buscabas el poder, no ella".

Miró vagamente hacia las brasas del pequeño fuego que humeaba en el hogar.

"No tenía nada que dar. Ni dote, ni posición".

"Te dio todo lo que tenía. Su corazón, su amor".

"Sí, eso hizo. Pero esas cosas no me bastaban", susurró. Dirigió su mirada hacia el rostro de ella. "Y no serán suficientes para el escocés".

"Tienes un corazón de piedra", respondió Isabel. "Ambrosio tiene un corazón humano: de carne y hueso, bueno y verdadero".

"Yo soy un hombre. Y él también".

"Eres un monstruo", replicó ella, con la voz encendida. Señaló con la mano su vestimenta. "Simplemente te cubres con telas de oro".

"Tela de Oro", dijo tras una larga pausa, hablando casi para sí mismo. "Donde empezó todo esto".

Cientos de palabras se agolparon a la vez en su cerebro. Había tanto que podía decir. Aquellos dos hombres eran luz y oscuridad, alegría y tristeza, cielo e infierno. Las palabras por sí solas no podían hacer justicia a la hora de diferenciar a estos hombres. Pero Sir Thomas estaba allí sentado, hueco, inexpresivo. Volvió el rostro hacia la gran chimenea.

"Creía que habías venido en son de paz", continuó ella, con voz tranquila una vez más. No iba a exponerle su alma. Decidió controlar su ira, su hostilidad. Primero se enteraría de sus asuntos. "Hace años que no busco tu consejo. Ahora no lo necesito".

"Elizabeth", dijo, contemplando su perfil hasta que sus ojos volvieron a dirigirse a él. "No te culpo por sentirte como te sientes".

Volvió a darse la vuelta y se acercó a la chimenea. Sintió un ligero escalofrío ante el frío que le calaba hasta los huesos. Colocó un tronco sobre las brasas y observó las chispas y las pequeñas llamas que lamían la madera seca. De repente, se estremeció cuando el dolor que había sentido por primera vez hacía tantos años volvió a clavarse en su mejilla llena de cicatrices. De espaldas a él, trazó con el dedo la marca que él le había hecho. Sabía que la cicatriz se había desvanecido, que apenas se notaba. Pero se preguntó por la cicatriz de su corazón. La ira, el dolor que él le había causado. Se preguntó si el tiempo podría atenuar el recuerdo de las fechorías egoístas y odiosas de aquel hombre.

"¿Por qué estás aquí?", preguntó ella, aún de espaldas a él.

"Ya te dije antes que buscaras la paz".

Se levantó y se giró, encarándose a él. "¿Por qué? ¿Por qué ahora, después de tantos años?"

Hizo una pausa y se miró las palmas de las manos abiertas. "Te busqué antes de esto. Pero después de que ardiera tu tienda en el Campo del Paño de Oro, desapareciste por completo".

Se quedó en silencio.

"Quería traerte de vuelta", continuó. "Pero quería que volvieras por razones equivocadas. Envié gente a buscarte. Hice que te buscaran por todas partes. Envié hombres a París, a las casas de todos tus amigos y conocidos. Incluso llegué a fijar una recompensa".

Se quedó mirando a su padre. Éste era más el hombre que ella había conocido.

"Sí, quería recuperarte. Darte una lección. Nada me habría hecho más feliz que arrastrarte hasta Enrique y demostrarle al rey que me importaba más que mi propio hijo".

El silencio en la sala era mortal.

"Pero no pudiste encontrarme", afirmó.

"No, hija. No pude encontrarte". Sir Thomas respiró hondo antes de continuar. "Pero ahora sé que ésa era la voluntad del Señor. Quería que esperara y aprendiera. Algunas lecciones de la vida tardan en llegar".

"¿Y crees que has aprendido alguna lección?"

Sonrió amargamente. "Sí, lo he hecho, Elizabeth. He aprendido de mis hijos".

"Querrás decir de la única que te queda. De Ana".

"No. De las tres. Hijas a las que menosprecié durante la mayor parte de mi vida. Hijas a las que simplemente consideraba bagatelas, en el mejor de los casos mercancía con la que hacer trueques. Para intercambiarlas por mi propia prosperidad, para mejorar mi posición. No, Elizabeth. No sólo he aprendido de Ana. He aprendido mis lecciones de todas vosotras".

Se sentó ante el fuego, observando su mirada lejana.

"Tú fuiste la primera, Elizabeth. Tú, mi muchacha fuerte y de gran espíritu. Tú, que combinabas la bondad y la belleza de tu madre Catherine con mi terquedad y mi empuje. Eras claramente lo mejor de tu madre y de mí, unidos en una sola persona. Y te odiaba por ello. No podía soportarte. Desde que eras un niño pequeño, podía ver a tu madre en ti... y podía verme a mí mismo. Sí, la mejor parte de mí. El bueno y gentil Tomás Bolena que existió una vez, hace mucho tiempo. El hombre que no abandonaría a su verdadero amor ni por todo el oro del mundo. Pero tú eras aún más fuerte que yo. Eras más inteligente. También creías en algo más grande. Algo que yo nunca tuve".

"Y aún me odias. A la persona que fui. La persona que soy".

"No, no, no. Mil veces he gritado en sueños pidiendo perdón. Es verdad. Verás, cada noche, tu madre está conmigo. Ella me persigue, Elizabeth. En mis sueños. Y también en mis horas de vigilia. Sé que nunca podré ser absuelto de los pecados que he cometido. Pecados contra ella. Pecados contra ti, nuestro único hijo. Pero aun así le ruego que te permita perdonarme".

Bajó la mirada. Las brasas ardientes de la tristeza se reflejaban en

sus ojos. Ella no quería ver esa mirada. No podía permitirse compadecerle. No ahora.

"¿Qué podrías haber aprendido de mí?", preguntó ella.

"Tienes una fuerza innegable. Convicción. Eres como el propio fuego: puro e inflexible. Intenté comprometerme... es más, hacer que abandonaras tus principios. Pero te opusiste a mí. Te opusiste a tu rey. Creo que nunca has temido a ningún hombre, sea cual sea su poder o posición". Sacudió la cabeza con admiración. "Eres la mujer más fuerte que he conocido. Estuviste dispuesta a entregar tu inocencia a un escocés antes que ceder un ápice. Me enseñaste una valiosa lección, Elizabeth, sobre el poder del espíritu humano. Después de que me dejaras aquella noche con la cara marcada y ensangrentada, supe que ni siquiera una espada en la garganta o una daga en el corazón podrían convencerte de hacer el mal contra tu voluntad."

Elizabeth recordaba aquella horrible noche como si fuera ayer.

"Demostraste una fuerza como nunca había visto. En hombre o mujer". La voz del anciano apenas era un susurro. "Una fuerza que nunca he tenido".

Sir Thomas se inclinó y apoyó la cabeza en las manos.

"Y luego estaba Mary. Mi lastimosamente joven e inexperta María. No era más que una niña, siempre una niña, mimada y cuidada. Ella fue siempre lo que yo no podía obligarte a ser. Joven, ingenua, maleable. Si tú eres como el fuego, Elizabeth, entonces ella era como la arcilla de la tierra. Tan fácil de moldear a mis propias ambiciones codiciosas. Nunca amé a la madre de María y Ana. Ella no era para mí más que un peldaño hacia una clase mejor de la sociedad. Lo admito sólo con repugnancia hacia mí misma. Y fiel a mi carácter, manipulé a Mary para mis propios fines. Sólo una cara bonita que utilizar y enviar a la cama de Enrique. Y ella fue de buena gana. Hasta cierto punto por la excitación que le producía, supongo. Pero también porque su padre le ordenó que fuera. Nunca me cuestionó. Nunca".

"La rechazaste, padre. No la creíste cuando volvió a ti con la noticia de que estaba embarazada de Enrique".

"Sabía que decía la verdad. Pero una vez más me dejé influir por tu prima, Sarah Exton. Ella y sus artimañas. Como una tonta, dejé que me convenciera de que tendría más poder sobre el rey si enviaba a María de vuelta a Kent, para mantenerla apartada hasta que llegara el bebé. Siempre supe que era hijo de Enrique. No podíamos dejar que desperdiciara una oportunidad de riqueza real. Pero lo que nunca esperé es que huyera".

"¿No sabías que estaba conmigo?"

"Sí, ya nos lo imaginábamos. Después no encontramos ni rastro de ella en la tienda. Ni señal alguna de ella, viva o muerta. Entonces supusimos que así era. Sabíamos que Mary no tenía fuerzas para hacer

nada, ni para ir a ninguna parte, por sí misma. Y más tarde, cuando recibí su carta meses después, lo supimos con certeza".

"¿Una carta?"

"Sí, la carta que me envió tras perder al hijo del rey en el parto".

Isabel mantuvo la mirada fija, luchando contra la oleada de sentimientos que la recorría. Aún recordaba los días posteriores a que María diera a luz a Jaime. Cómo María rechazó al niño por no ser varón. Sin duda encajaba. Enviar una carta a su padre habría sido la forma que habría tenido María de castigarle por hacerla huir de la forma en que lo hizo.

"He tenido momentos, Elizabeth. Momentos oscuros y horribles. Cuando pensaba en los terribles peligros, en la miseria a la que debisteis enfrentaros. Solos. Sin parientes que os ayudaran durante el parto. Pensar que daba a luz a un hijo de sangre real, el hijo que Enrique tanto deseaba. Y luego perder al niño. Y por mi culpa. De nadie más que mía".

La angustia de su voz no era más que un reflejo de la espantosa desesperación que Isabel podía ver en sus ojos.

"Me dio una lección", continuó. "Afrontó su destino como lo hizo. Consideraba a María fácil y débil, pero ahora veo que estaba equivocado". Miró a Elizabeth con suavidad en la expresión. "Se hizo fuerte, supongo, observándote. Ya no eres la arcilla de la tierra, sino la tierra misma".

"María aprendió de sus propias penas, Padre".

"Sí, creo que todos aprendemos así". El rostro de piedra se volvió de nuevo hacia el fuego humeante, pero Elizabeth pudo ver el enrojecimiento de su párpado. "Lloré por su hijo. Y ya no por lo que el niño pudiera aportarme. Lloré la pérdida de mi único nieto. Y en todo ese tiempo nunca supe nada de tu Jaime".

"Jaime". Las palabras se marchitaron en sus labios, y no se atrevió a pronunciar ninguna otra.

"Hasta hoy, no sabía nada de Jaime. Nunca sospeché que María y tú abandonasteis el Campo de Paño de Oro llevando un hijo".

Elizabeth devolvió con firmeza la mirada de su padre.

"El hijo del escocés".

Elizabeth asintió lentamente.

"Qué típico de mi vida, hija. Qué desastre he hecho de todo. Por culpa de mi codicia y ambición egoístas. Mientras lloraba la muerte de uno, me perdía la celebración del nacimiento de otro".

Isabel permaneció en silencio. María había elegido esta forma de actuar. Hasta los últimos momentos de su vida, la joven había querido que su hija se mantuviera a salvo, lejos de la malevolencia insensible de su padre y de su intrigante ambición. Ahora, al enterarse de la carta que María había enviado antes, Isabel estaba aún más segura de

la conveniencia de la decisión. Así lo quería María. No importaba lo que su padre le dijera ahora, así sería.

"Sí, María me dio una lección". El anciano sacudió la cabeza. "Su carta estaba llena de odio, llena de ira. Sólo me culpaba de la pérdida de su hijo. Sé que tenía razón. Lo sabía entonces. Lo sé ahora. Era la misma hija que me había respetado, había seguido mis órdenes y... tal vez incluso me había amado a su manera infantil. Yo me lo busqué. Llevé a Mary a odiarme. Tenía todas las razones. Tú tienes todas las razones".

Elizabeth observó cómo su cuerpo parecía encogerse aún más mientras se recostaba en los profundos cojines del sillón. Era todo tan extraño. Aquellas confesiones, el derramamiento de un alma atormentada. La joven nunca había soñado que llegaría ese momento. Desde luego, no era algo que ella hubiera pedido nunca a su padre. Pero, sin embargo, aquí estaba. Por propia voluntad. Buscándola.

"Vosotros dos os habíais ido, y sentí un desgarro en el corazón que sabía que nunca podría reparar, un dolor desgarrador que sabía que merecía sufrir. Pero sólo soy humano, Elizabeth. Así que me volví hacia Ana. Ella era mi única oportunidad, la única que me quedaba tras la muerte de Sarah Exton".

"¿Madame Exton ha muerto?" repitió Elizabeth. La noticia de la muerte de aquella mujer, a la que había temido y odiado durante tanto tiempo, no le produjo ninguna alegría. Todo parecía tan lejano, como si la infancia de madame Exton y Elizabeth perteneciera a otra vida, a un pasado distante, desconectado de algún modo del presente. De Jaime. De Ambrose.

"Sí. Tuvo una muerte horrible. Un dolor paralizante que la carcomía. Murió acurrucada en un rincón de su habitación, luchando contra nosotros como una loca. Gritando que éramos demonios que venían a llevarse su alma".

Elizabeth se estremeció a pesar suyo.

"Y luego, tras su muerte -continuó Sir Thomas-, fui a ver a Ana. Aún era una niña. Pensé que tal vez podría deshacer el daño que ya había hecho. Pensé que había aprendido lo suficiente de vosotros dos, de los errores que había cometido. Pensé que tenía la respuesta".

"Debió de llorar al verte cambiado".

Su padre se levantó y caminó rígidamente hacia el hogar. El fuego humeante aún desprendía calor, pero él apenas lo sentía. Sacudió la cabeza sin volverse.

"No, hija. He llegado demasiado tarde".

"¿Demasiado tarde para qué? ¿Está enferma?"

Su risa fue corta, carente de toda alegría. "La dolencia de Ana no es del cuerpo, Elizabeth. Es su mente. Su alma misma".

Isabel miró fijamente a su padre cuando éste se volvió y la miró.

Ana era sólo una niña. No podía ser que ella también hubiera contraído la viruela. No podía ser.

"Pareces horrorizada, hija".

"¿Tiene la misma enfermedad que María?", preguntó al fin.

"¿La viruela?" Sir Thomas negó con la cabeza. "No. Bueno, todavía no. Su mal es que se parece demasiado a mí. Su mente está infectada, envenenada con sueños de poder y de cómo lo ejercerá. Incluso a tan tierna edad, Ana ya ha planeado cuidadosamente su duro camino. Sabe lo que quiere y ha sentado las bases para conseguirlo. Ana plantó hace mucho tiempo las asquerosas semillas de sus deseos. Incluso ahora está cuidando sus malas hierbas".

"Me resulta extraño oírte, de entre todas las personas, hablar tan duramente del deseo de tu hija de tener un lugar en la sociedad, padre. ¿Quién eres tú para encontrar defectos en nada de lo que hace?"

Sus miradas se cruzaron, y Sir Thomas miró a su hija. Y luego asintió.

"Sí, tienes razón. No soy nadie. Y es cierto, hija, que he cometido errores. Muchos errores". Suspiró profundamente y se arrastró hacia la silla. Sentándose pesadamente, el viejo diplomático aferró los brazos tallados de la silla y clavó la mirada en el fuego. "Aquí estoy, un anciano. Mientras otros de mi edad se regodean en el cálido amor de sus familias, contentos con la felicidad de sus hijos y sus nietos, aquí estoy sentado, Thomas Bolena, vizconde Rochfort, conde de Ormonde y miembro del consejo del rey, en la silla de otro hombre, en una tierra salvaje y hostil, suplicando perdón a mi hija."

Elizabeth podía ver claramente la angustia del alma de aquel hombre, grabada en cada línea de su rostro.

"Debo vivir la vida que me he labrado, lo sé. Me siento sola y no deseada, y tal vez sea justo. Pero veo que Ana pide lo mismo, y debo actuar. Di la espalda a una mujer a la que amaba, con la que me casé por poder, y luego volví a dar la espalda a los hijos que podrían haberse preocupado por mí. Que podrían haberme amado. El futuro de Ana promete el mismo triste destino. Me ha observado y su alma está corrompida, Elizabeth. Que Dios me ayude, la he ayudado a crear el principio de su propia ruina".

Elizabeth volvió la cara hacia las pequeñas ventanas del vestíbulo. No quería saber esas cosas. La vida de Ana era asunto suyo. La hermana menor nunca había sido de las que pedían ayuda, ni siquiera de niña. Elizabeth sabía que su hermana pequeña era inteligente. Siempre había demostrado una inteligencia que superaba con creces la de María. Pero aunque fuera cierto que Ana había crecido a imagen y semejanza de su padre, tal vez eso fuera bueno. Tal vez fuera necesario un poco de esa dureza para sobrevivir en el mundo de la

corte inglesa.

"Elizabeth", dijo Sir Thomas, llamando de nuevo su atención. "Ana ha decidido casarse con el rey Enrique".

"¿Casarse? Pero si sólo es una niña".

"Tiene casi diecisiete años", respondió.

Los pensamientos de Isabel volvieron a los acontecimientos ocurridos cuatro años antes. María tenía diecisiete años cuando el rey inglés se acostó con ella por primera vez. Aunque era una niña, Ana podía ver el dolor por el que había pasado María. ¿Y el matrimonio? se preguntó. ¿Y el futuro? Isabel sacudió lentamente la cabeza, incrédula.

"Pero el rey ya tiene esposa", argumentó ella.

"Ana se ha propuesto cambiar eso".

"¿Por qué?", gritó. "¿No sabe lo que le hizo a María? ¿No sabe lo enfermo que está y lo poco que valora a las mujeres con las que se acuesta?"

"Los médicos del rey dicen que su viruela está curada".

Una mentira. Eso es todo lo que Elizabeth se atrevió a pensar. Una mentira. "¿Por qué hace esto Ana? ¿Está tomada así con un hombre que le dobla la edad? ¿Le ama?"

"¿Amor?" Sir Thomas se rió. Una risa amarga. "Una vez tuve la suerte de amar. Sí, también de ser amado. Pero lo deseché. Ana ni siquiera ha tenido eso. No le importa nadie más que ella misma. No, hija. Ana no ama a Enrique. Quiere ser reina y nada más. Es el poder, Isabel, lo que anhela tu hermana".

Isabel miró asombrada a su padre. "Pero no pensarás en serio que podría convertirse en reina, ¿verdad? M'lord, estáis lo bastante cerca del rey como para saberlo. ¿Existe la más remota posibilidad de que Ana pudiera triunfar?"

No había ni un atisbo de triunfo, ni siquiera de felicidad, en las palabras del hombre cuando respondió. "Lo conseguirá. Ana tiene éxito en todo lo que se propone. Los zumbidos de la corte ya hablan de anulación. Pero -y escúchame, Elizabeth- yo no quiero saber nada de eso".

Elizabeth le miró dubitativa. "No apruebas su ambición".

"Yo no". Hizo una pausa y luego sacudió la cabeza. "Oh, no intentaré impresionarte con los nuevos escrúpulos que pueda tener respecto al plan de Ana. Es mayor que sus años, Elizabeth, y sabe lo que quiere. Pero lo que no ve es que ella, y todos nosotros, pagaremos un precio. Cree que todo esto no es más que un bonito juego de azar. Puede hacer girar la rueda... y llegar sólo a la cima. No tendrá en cuenta las consecuencias, el potencial de fracaso. Consecuencias que serán pesadas para todos nosotros cuando la rueda vuelva a girar".

Elizabeth apartó los ojos del rostro de su padre y se acercó al

banco que había junto al hogar abierto. Una capa de polvo fino cubría la superficie. Absurdamente, hundió una mano abierta en el polvo y la levantó, examinando la clara huella que habían dejado la palma y los dedos.

Le importaba un bledo la política inglesa y no veía realmente qué efecto podían tener las acciones de Ana en su propio futuro. Isabel no pensaba pisar suelo inglés en lo que le quedaba de vida. Pero aun así, sabía que algo en su corazón añoraba a la hermana menor que ella y María habían dejado atrás en el Campo de Paño de Oro. Bien o mal, Ana seguía siendo su hermana, e Isabel se preocupaba profundamente por su bienestar.

"¿Qué clase de problemas crees que le esperan? ¿No crees que el rey le haría daño?"

"No. Al rey no. Enrique está cautivado por su ingenio y encanto... por ahora". Sir Thomas recogió la copa de vino del suelo, junto a la silla del barón, y bebió profundamente. "Por lo que veo, el rey ya se ha dejado convencer de que su matrimonio con Catalina de Aragón ofendía las leyes de Dios. Después de todo, ella se casó antes que él con su hermano mayor, el príncipe Arturo. ¿La dispensa especial que recibió del Papa? Simplemente el resultado de una maniobra política. Ahora cree que los abortos espontáneos que la reina ha tenido a lo largo de los años han sido una señal. No tiene hijos, Isabel, y ya no cree que Catalina sea capaz de darles uno. Creo que Enrique pretende convertir a Ana en su esposa".

"Entonces, ¿qué es lo que te molesta? Eso sin duda aportará a la familia mucho más prestigio. Mucho más poder. Las mismas cosas por las que tú mismo has trabajado toda tu vida".

"El matrimonio no puede durar. Y si no dura, seguro que Ana lo pagará... de alguna manera".

"¿Cómo es eso?"

"Los que habitan en los pasillos del poder no ceden su lugar tan fácilmente. Todas las viejas familias nobles de Inglaterra se alinearán contra un partido así. Los Polacos, los Courtenay, éstos son los partidarios de la reina Catalina. No olvidarán pronto si la envían a algún convento. Y no olvidarán a la mujer que fue la causa del destierro de la reina. El rey necesita el apoyo de estas familias influyentes; ejercen un gran poder en Inglaterra. Llegará un momento en que Ana será un gran lastre para Enrique, y entonces..."

Elizabeth se quedó inmóvil junto a la mesa, observando cómo su padre se encogía de hombros y apartaba la mirada.

"El cardenal Wolsey, el Lord Canciller", continuó Sir Thomas, acercándose de nuevo al hogar abierto. "Ha hecho saber que si se anula el matrimonio del rey, éste deberá casarse con una de las hermanas del rey francés. Ésa es la única manera de poner fin al

conflicto allí. Wolsey y los nobles no están de acuerdo en muchas cosas, Elizabeth, pero se mantendrán unidos en esto. Tengo amigos en todos los rincones de la corte, hija, y me he enterado de muchas cosas. Lucharán contra la anulación de la reina desde todos los ángulos. Por lo que he oído, la familia Pole incluso ha caído tan bajo como para buscar la ayuda de uno de los secuaces favoritos del rey, un rufián llamado Peter Garnesche. Harán cualquier cosa para disuadir al rey de seguir el camino que parece querer emprender".

Elizabeth se quedó con la mirada perdida, y Sir Thomas miró bruscamente a su hija.

"Sabes de él, ¿verdad?" dijo sir Bolena, mirando fijamente la expresión pálida de Isabel. "Se hizo notar mucho en el Campo de Paño de Oro, hasta que tu escocés le bajó los humos".

"Me acuerdo de él".

"Bueno, el algo acalorado Sir Peter se ha hecho últimamente bastante indispensable para el rey. De hecho, no creo que el rey haya tomado una decisión en los últimos años sin hablarlo antes con Garnesche. Sé que el hombre emplea espías que le suministran información".

"El hombre es un bruto".

"Es interesante que digas eso, Elizabeth. Porque desde su ascenso al poder en la corte, Peter Garnesche nunca se ha mostrado demasiado entusiasmado con nuestra familia. Y ahora, que la atracción del rey por Ana es cada día mayor, no dudo de que se pondrá del lado de las antiguas familias nobles. Nadie le dice al rey Enrique lo que tiene que hacer, pero Garnesche seguramente intentará apartar al rey de Ana".

"¿Eso es todo?" Elizabeth tenía la voz tensa. "¿Eso es todo lo que haría?"

El anciano se encogió de hombros y se sentó. "Ya no lo sé. He descartado a Ana. No me escucha y no quiero formar parte de sus planes. No quiero".

Elizabeth observó cómo Sir Thomas cerraba los ojos y apoyaba pesadamente la cabeza en el respaldo de la silla. Parecía tan viejo y frágil. Cuatro cortos años habían provocado un cambio increíble en aquel hombre. Su mente repasó todo lo que se habían dicho. A pesar de todo el rencor que había existido entre ellos a lo largo de los años, Elizabeth no podía evitar creer las cosas que su padre le había dicho. Intentó hacer memoria, recordar todo lo que había sucedido el triste día en que Mary había recibido el golpe de la daga que iba dirigida a ella. Sir Thomas no podía ser responsable. Ya no tenía motivos para semejante acto. Ella lo sabía en su corazón y en su alma.

Tenía que ser Garnesche. Tenía que serlo. Tal vez, al ver que Ana se acercaba cada vez más al rey, Garnesche empezaba a recelar de la información que pudiera transmitirse al rey a través de Ana.

Información que podría incriminarle.

Elizabeth se estremeció al pensarlo. No había estado en contacto con su hermana Ana en los últimos cuatro años. Pero ahora, con la creciente influencia de Ana, tal vez el caballero inglés temiera un reencuentro entre las dos hermanas.

Ya está, pensó Elizabeth. El perro dormido está despierto y viene a por mí.

Tenía que mantener las distancias a toda costa. Ésa era claramente la mejor opción para Elizabeth.

"¿Eres feliz, Elizabeth?"

"¿Qué?", preguntó ella, despertada de sus pensamientos.

"¿Estás contenta, hija?"

"¿Por qué preguntas ahora? Nunca te has preocupado de esas cosas, padre".

"Eres el único que queda".

"Ana no está muerta".

"Para mí, lo es", murmuró en voz baja. "Jaime y tú sois todo lo que me queda".

Elizabeth vio que los ojos de Sir Thomas brillaban a la luz mortecina. Ahora se sentía diferente a como se había sentido cuando llegó el anciano, pero Elizabeth no iba a dejar que su padre se engañara pensando lo imposible.

"Padre, ni yo ni mi hija volveremos a Inglaterra contigo".

"No tiene por qué ser allí", dijo en voz baja. "Podrías ir a Calais, o a Francia. Yo me ocuparé de tus gastos".

"No me iré", dijo, y su voz adquirió un tono de determinación. "Me quedo. Éste es ahora nuestro hogar. No lo abandonaremos".

Sir Thomas enderezó su cansado cuerpo en la silla. "No he venido aquí para desarraigarte sin motivo. He venido en son de paz. Quiero verte feliz, hija. Todo lo que tengo es tuyo. No quiero que te quedes en este salvaje y desolado confín del mundo sólo porque no tienes otro lugar adonde ir".

"No lo entiendes, padre", respondió ella. "Estoy aquí porque quiero estar aquí. Nadie me ha obligado a ello".

"Pero mírate, Elizabeth. Abandonada en este montón de piedra".

Miró inquisitivamente el rostro de Sir Thomas. En sus ojos, oscurecidos por la edad; en su expresión, entristecida por el remordimiento.

"No me han abandonado aquí, padre. El barón y yo vamos a casarnos". Intentó mantener la calma, aliviar la tensión de su voz mientras respondía a su acusación. "Sé que te cuesta creerlo, pero Ambrose Macpherson me ama... y yo le amo a él. Y nuestro amor no está limitado por la interminable búsqueda de la riqueza mundana, ni por la corrupta política de la ambición."

La miró. "No tienes nada que darle, Elizabeth. Ni dote, ni título. Aunque, si me dejaras, podría..."

"Milord, me quiere a mí. Sólo a mí. Por lo que soy. No por nada de lo que tengo".

"Entonces es mejor hombre que yo".

"Sí, padre", susurró ella. "Mucho mejor".

Elizabeth vio cómo los ojos del anciano se enrojecían y se llenaban de lágrimas. Sir Thomas no hizo ningún esfuerzo por contenerlas, ni por ocultarlas mientras las gotas brillantes rodaban por su rostro enjuto. Miró fijamente al anciano durante un momento, luchando con sus propios sentimientos mientras las emociones de su padre se derramaban libremente bajo la luz mortecina. Tomás Bolena, el mismo hombre que se alejó tan fácil y fríamente de su madre, abandonándola a una vida tan desdichada que sólo el suicidio podía aliviar su dolor. Tomás Bolena, el mismo hombre que envió descaradamente a su propia carne y sangre a vidas de enfermedad y descrédito. Tomás Bolena estaba ahora sentado ante ella. Pero la vida le había mostrado la vileza de sus costumbres. Y él había cambiado.

Elizabeth miró profundamente en su corazón. Sabía que nunca podría ser la hija cariñosa. Sabía que no sentía el cuidado y la preocupación, el respeto y la confianza que un amigo debe sentir por otro. Incluso se preguntó cómo podría honrarle como hombre en el ocaso de sus años.

Pero al contemplar al hombre destrozado, Elizabeth supo que no podía negar la pena que sentía por él. La compasión le oprimía el corazón, despertando en ella una dolorosa pena por un hombre que había malgastado su vida persiguiendo las cosas equivocadas. Y quién sabía qué felicidad había desperdiciado.

Elizabeth caminó hacia él y lo puso en pie. Le rodeó con los brazos y sintió que el dolor de su corazón desaparecía cuando él apoyó la cabeza en su hombro.

Ya se estaba castigando lo suficiente. Ella no aumentaría su sufrimiento.

Capítulo Veintinueve

EL CASTILLO de Benmore era un cielo arrancado del cielo.

Cuando sólo faltaban tres días para la ceremonia nupcial, Elizabeth miraba algo ansiosa por las ventanas de cristal emplomado de su alcoba, con los ojos escrutando a lo lejos las colinas cubiertas de brezo púrpura que rodeaban el amplio valle del río Spey. Las escarpadas Tierras Altas otoñales en las que se hallaba la fortaleza de los Macpherson ofrecían una belleza sobrecogedora, pero incluso a la luz soleada del mediodía, no presentaban a la novia ninguna señal de que se aproximara el novio.

"Volverá a tiempo", afirmó Elizabeth con firmeza a nadie, y añadió con nostalgia: "Pero el mensajero dijo que llegaría hoy".

Con una última mirada hacia el valle, la joven se volvió hacia el espejo, se recogió un mechón de pelo suelto en su alargada trenza y se encaminó hacia la puerta. Lady Elizabeth, la madre de Ambrose, le había asegurado durante el desayuno que, aunque el viaje desde Stirling, donde la reina celebraba la corte, podía ser lento con mal tiempo, estaba segura de que su hijo aparecería en cualquier momento, ahora. Elizabeth sonrió al abrir la pesada puerta de roble. Nunca se había sentido tan bienvenida -más parte de una familia- como desde que llegó a Benmore a los brazos abiertos de los padres de Ambrose, lady Elizabeth y lord Alexander. El hacendado y su esposa los habían acogido a ella y a Jaime como si fueran sus propios hijos perdidos hacía mucho tiempo. De hecho, desde el primer momento en que habían cabalgado por el puente de madera que conducía al patio del castillo, la pequeña Jaime, agarrada a su gatito, había sido tratada como una preciosa princesa que se presentaba a su reino.

Después de todo, el castillo de Benmore era dominio de los hombres. Elizabeth había observado divertida cómo Jaime miraba con los ojos muy abiertos al trío de chiquillos que correteaban alrededor de los caballos de los viajeros.

Ambrose Macpherson era el segundo de tres hijos. El hermano mayor, Alec, estaba casado con Fiona, una mujer cálida y maravillosa que enseguida se hizo amiga de Isabel. Hasta que no pasó una semana, Elizabeth no supo por el sacerdote local que Fiona era también hermanastra del rey. La pareja tenía tres hijos, así como un apuesto pupilo de dieciséis años, Malcolm MacLeod, que acababa de llegar de la isla de Skye para la boda.

Ni que decir tiene que, con todos los chicos de la familia, la

atención y el trato que había estado recibiendo el joven Jaime eran excepcionales. Elizabeth no estaba segura de que la niña estuviera en condiciones de vivir después de tantos mimos.

La joven novia también esperaba con impaciencia la llegada de Ernesta y Joseph Baldi, que nacerían en cualquier momento. Elizabeth estaba impaciente por compartir con Erne algunas de las historias de las experiencias de Jaime en su viaje a las Tierras Altas. Sabía que la anciana estaría encantada de ver lo feliz que se estaba adaptando la niña a su nuevo entorno y a su nueva familia.

Tropezando ligeramente por el pasillo, Elizabeth pensó en lo rápido que habían pasado las semanas desde que ella y su padre habían estado abrazados en el salón parcialmente renovado del castillo de Roxburgh.

Pocos días después, mientras el padre de Isabel se preparaba para partir hacia Londres, un Ambrosio de rostro severo había regresado de la corte escocesa, irrumpiendo en la fortaleza fronteriza como un león que protege a su manada de un intruso sin escrúpulos.

Con poco tiempo para explicar todo lo que había pasado entre ella y sir Thomas, Elizabeth se había sentido complacida, y un poco aliviada, al ver que Ambrose percibía rápidamente el cambio en la relación entre ambos. Observándole con orgullo, la joven estaba segura de que su prometido ponía en juego todas sus dotes diplomáticas al asumir el papel de cordial anfitrión, dando la bienvenida al anciano inglés. Elizabeth estaba convencida de que su padre había traído de Escocia un gran respeto e incluso quizá un atisbo de cariño hacia su futuro yerno, Ambrose Macpherson, el barón de Roxburgh.

Mientras avanzaba por el pasillo hacia el círculo de escaleras, Elizabeth se detuvo y miró por una pequeña ventana que daba al patio. No hacía ni una hora que, en los adoquines de piedra de abajo, había visto a Jaime entretenido con el chico MacLeod, que junto con los muchachos de Fiona había subido varios halcones de los mews.

Dejando que su mirada subiera hacia el gran escudo de armas de los Macpherson, esculpido en el muro de piedra del otro lado del patio, Elizabeth sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas de nuevo al recordar cómo, tras la partida de su padre, le había transmitido a Ambrose la noticia de la carta de María. Y cuando le contó al montañés la historia que le había contado a su padre sobre la filiación de Jaime, Ambrosio la había abrazado ferozmente contra él, diciéndole que juraría por aquella historia hasta que el sol cayera del cielo.

"Te quiero, Elizabeth", había gruñido el gigante rubio. "Ahora Jaime es nuestro. Y por Dios, así seguirá siendo".

Y ella le amaba. Por la Santa Madre, le amaba más que a la vida

misma.

Apartándose una lágrima de la mejilla, Elizabeth se apresuró hacia la escalera y bajó al pasillo de abajo. Llegaba tarde. Probablemente Fiona tenía a los niños preparados y esperándola.

Elizabeth, al llegar, se había encargado de hacer un retrato de los nietos Macpherson como regalo para lady Elizabeth y lord Alexander. Fiona había sido su cómplice desde el principio, reuniendo a todos los niños para varias sesiones en la sala de estar junto a la alcoba de Ambrose.

Al reunir a los niños, Fiona había incluido a Malcolm y Jaime, aunque al principio Elizabeth no había estado segura de si era apropiado que Jaime estuviera allí. Pero Fiona no quería que fuera de otro modo. Conocía bien a los Macpherson y le había dicho a Elizabeth en términos inequívocos que Jaime era su nieta y que ellos tampoco lo permitirían de otro modo.

Saliendo al oscuro vestíbulo, Elizabeth se levantó las faldas y corrió por el pasillo. Al pasar junto a la alcoba de Ambrose, se detuvo al ver la pesada puerta de roble parcialmente abierta.

Acompañado por su hermano Alec, Ambrose se había marchado enseguida a la corte tras llevarlos a Benmore hacía dos semanas. Por lo que le había contado, Elizabeth sabía que aún tenía asuntos pendientes que atender. El primer viaje de Ambrose a la corte se había visto interrumpido por la noticia de la llegada de Tomás Bolena al castillo de Roxburgh. Tras su breve parada en Edimburgo, Ambrosio apenas había llegado a la corte de Stirling cuando le llegó la noticia, y había cabalgado sin demora para volver con ella.

Y por mucho que las horas de Elizabeth desde su llegada hubieran estado llenas de actividades y de preparativos para la boda, le echaba muchísimo de menos.

Elizabeth miró hacia la puerta. Sabiendo que sus aposentos serían suyos después de la boda, dio un paso hacia la habitación. Y entonces, incapaz de contenerse, empujó la puerta. La brillante luz del sol, que entraba por las ventanas abiertas, bañó la habitación y la atrajo de inmediato. Sus ojos recorrieron el fino mobiliario y se detuvieron en la gran cama con dosel que estaba vacía en un extremo de la espaciosa habitación.

Sintió un arrebato de excitación al pensar que podría compartir su cama una vez más. Su cama. Estaba deseando que volviera. Cruzó la habitación y tocó la fina tela de las cortinas de damasco.

Elizabeth se sobresaltó al oír cómo la puerta se abría completamente sobre sus goznes. La figura sonriente entró en la habitación. Había vuelto.

"¡Ambrose!"

Él abrió sus brazos mientras ella corría y se lanzó a ellos. La

levantó en el aire y se abrazaron ferozmente en la puerta abierta. Sólo llevaban quince días separados, pero a Elizabeth le parecía que habían pasado meses desde la última vez que la había abrazado así. La besó hambriento, y ella le devolvió el beso.

"Ya estás aquí". Ella tiró de él de la mano hacia la habitación. Sólo se detuvo lo suficiente para empujar la puerta y dejar caer la pesada barra en su sitio.

"Por fin". La abrazó con fuerza. "Nunca quiero dejarte atrás. Nunca más. A partir de ahora, donde yo vaya, irás tú".

Ella sonrió. "Eso me gusta".

Sus manos enmarcaron su rostro. Sus profundos ojos azules se clavaron en los de ella. "Allá donde iba, allá donde me volvía, te miraba. Tu hermoso rostro, tus brillantes ojos negros estaban siempre ante mí".

"He observado a cada viajero que ha recorrido el camino hacia Benmore. He estudiado cada línea de este valle a través de mi ventana". Se puso de puntillas y lo besó. Al retirarse, sintió que los latidos de su corazón martilleaban en su pecho, que su interior se volvía líquido y fundido. "Estos días han sido los más largos que he conocido, Ambrose".

"¿Y las noches?" Cogiéndola en brazos, Ambrosio llevó a su prometida hasta la cama. "¿También han sido largas?"

Ella asintió con una sonrisa. Le pasó los dedos por el pelo y le miró soñadoramente a los ojos. La sacudida de excitación, el conocimiento de lo que estaba por venir, la hizo estremecerse de alegría. Pero tenía que contener el fuego. Tenían tiempo. Por la lentitud de sus pasos y sus elegantes movimientos, supo que estaba saboreando el momento. Ella tenía que controlar su deseo y hacer lo mismo.

"¿Cuándo has vuelto?", preguntó ella. Podía oír el temblor en su propia voz.

"Hace unos instantes". Acostándola suavemente sobre la cama, estiró su largo cuerpo junto al de ella y la miró anhelante a los ojos. "Te he echado de menos más de lo que hubiera creído posible".

"Yo también te he echado de menos", murmuró ella, apartándole con los dedos los mechones rubios de la cara. "Cada día ha sido más difícil de soportar".

"Espero que mi familia se haya portado bien", gruñó. No pudo apartarse de sus labios tentadores. Su boca descendió sobre la de ella, devorando su intento de respuesta. Los labios de ella se abrieron para recibirlo. La mano de Ambrosio se dirigió a los pechos de ella, y le acarició uno suavemente mientras su rodilla se movía contra la unión de sus piernas. El gemido de placer de ella llegó hasta lo más profundo de él.

De repente, no podía saciarse de ella. Se le puso dura. Podría

tomarla en ese instante. Pero, como siempre, quería disfrutarlo, llevarla a ese exquisito momento de placer. Se apartó para mirarla. Bajo el escote redondo de su vestido de lana de cordero color malva, los lazos del cuello de una blusa de lino blanco atrajeron su atención, y Ambrosio alargó suavemente la mano y tiró de ellos.

"Tu familia", susurró Elizabeth. Su mano entró en contacto con su piel desnuda. "Han sido ángeles".

Mirándole fijamente, sintió el deseo de volver a capturar su boca. Pero esos pensamientos se olvidaron rápidamente cuando Ambrose bajó los labios por su barbilla y por la piel de su garganta, ahora expuesta.

"Sigue hablando", susurró. "Cuéntame".

Se le escapó un jadeo cuando él enterró suavemente la cara en su cuello. Elizabeth agarró el tartán que cruzaba su espalda mientras Ambrose le cogía el lóbulo de la oreja entre los labios. Su cálido aliento en su oreja provocó nuevos estremecimientos en ella, e involuntariamente su cuerpo se arqueó aún **más** contra el de él. Sus dedos bajaron más y más hasta llegar a su falda. Empezó a tirar de él hacia arriba.

"Sí, son perfectos", ronroneó. "Simplemente perfectas".

"Me vuelves loco, mujer. Te deseo".

Al oír los pasos de alguien que pasaba por el pasillo, Elizabeth gritó en voz baja, repentinamente alarmada. "Ambrose, no podemos. Tendremos a toda tu familia aporreando la puerta dentro de unos momentos. Todos querrán verte, ahora que has llegado".

La sujetó.

"No, muchacha", respondió el montañés, rozando con los labios la suave piel de marfil de su pecho recién expuesto. "Mi padre ha salido a cazar, y mi madre ha cabalgado con Cook para elegir exactamente lo que serviremos en un próximo banquete nupcial".

Retiró la cara y le sonrió.

"Nadie nos vio llegar, aparte de Fiona".

"Pero Fiona te vio".

"Sí. Y sabiendo lo que mi hermano Alec siente por su angelito -y ella por él-, probablemente ya estén encerrados en su cámara, ajenos a los sucesos de este mundo".

"Me gusta mucho", susurró Elizabeth mientras volvía a acurrucarse en su abrazo. "Ahora sé por qué la llaman el Ángel de Skye. Creo que nunca he conocido a una persona tan amable, tan gentil y tan hermosa como ella".

"Ya lo he hecho".

Ella le miró fijamente.

"Tú, mi bonita muchacha", respondió mirándola a los ojos. "Eres igual de amable, gentil y hermosa. Mucho más, diría yo".

"Te quiero, Ambrosio". Elizabeth le abrazó con fuerza. "¿Cómo he podido vivir sin ti?"

Le susurró su respuesta suavemente al oído. "No me importa pensar en el pasado, amor mío. Sólo en nuestro maravilloso futuro... y en la próxima hora o dos".

Con la punta de la lengua, el montañés trazó una línea a lo largo de la piel de su aterciopelada mandíbula hasta los labios que esperaban, reclamando finalmente su boca. Sus manos bajaron y le subieron las faldas por encima de las caderas.

"Estuve pensando en esto todo el camino de vuelta desde Stirling".

"Entonces debió de ser un viaje duro", susurró sonriendo. "Muy duro".

Elizabeth sintió de nuevo la oleada del deseo en bruto que se hinchaba en su interior. Sus labios respondieron a los de él, al calor que corría por sus venas. Cualquier discreción que quedara en su interior se disipó como la bruma matutina. De hecho, el pleno sol del deseo irrumpió temerariamente. Abrió las piernas cuando él se movió entre ellas.

Los sentidos de Elizabeth se llenaron de él. Su olor, su sabor, la presión cálida y palpitante de su cuerpo contra el de ella. Dios, cómo le echaba de menos. Cómo le amaba. Cómo lo deseaba.

"Una hora o dos". Ella gimió mientras él entraba en ella. "Pero Ambrose, eso es toda la tarde".

"Hmmm". Se impulsó sobre las manos **mientras se dirigía** al centro mismo de ella. "¿Qué vamos a hacer con todo ese tiempo?"

Elizabeth sonrió soñadoramente mientras lo abrazaba con fuerza y se entregaba a las olas de placer que se avecinaban.

El sol de la tarde bañaba a los dos amantes con una luz dorada, y Elizabeth estaba cómodamente recostada sobre el gigante rubio. Tenía la barbilla apoyada en el pecho de él, y Ambrose le pasaba suavemente las manos por las suaves ondas de su pelo desatado. La sedosa cabellera negra le llegaba hasta los hombros. Sus dedos recorrieron el ceño fruncido que se dibujaba en su frente. Sonrió.

"No te burles de mí, Ambrosio".

"Nunca me burlaría de ti, muchacha", le aseguró, pero el brillo de sus ojos desmintió sus palabras.

"Te estás burlando de mí". Ella apoyó la cabeza en su pecho, apartando la mirada.

La puso boca arriba de inmediato y se apoyó en un codo junto a ella.

"Elizabeth -dijo seriamente-, no entiendo qué es lo que te asusta. Eso es todo".

"No tengo miedo", le espetó.

"Ah, eso sí que es más propio de mi Elizabeth".

"Sólo... bueno, un poco nerviosa", continuó en un tono más suave. "Y quizá un poco aprensiva, preocupada y tal vez..." Giró los ojos hacia la ventana. "Muy bien, tengo miedo". Una lágrima se le escapó por el rabillo del ojo y cayó sobre el colchón relleno de plumón.

"Pero, ¿por qué, muchacha?", preguntó él, perplejo. "Elizabeth, piensa ahora. Has pintado en el taller del maestro Miguel Ángel. Has recibido los elogios de Giovanni de' Medici, quizá el mayor mecenas de las artes que ha conocido el mundo. Has pintado al rey de Francia, por el amor de Dios. Los líderes de Europa reconocen tu talento. ¿Por qué deberías temer un trabajo tan... mundano?"

"Ambrose, no es el trabajo en sí lo que me molesta".

"¿Entonces qué?"

"La reina", soltó, volviendo la mirada hacia él. "La reina Margarita".

Se detuvo y la miró con dulzura. Mientras reflexionaba, sus dedos trazaron la línea de su mandíbula.

"¿No es esto lo que has querido? ¿Pintar para ella? ¿Ser reconocida por el mundo como mujer, además de como la artista que eres?"

Sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. "Sabes que eso es lo que quiero. Pero lo que temo es lo que no sé: a qué podría tener que renunciar a cambio". Le cogió la mano cuando él le apartó una lágrima y le puso la palma fría contra la cara. "Ahora soy feliz, Ambrosio. Teniéndoos a ti y a Jaime. Los dos lo sois todo para mí. No renunciaré a esta felicidad por ningún sueño que pudiera haber albergado en el pasado. Os quiero demasiado como para tirar por la borda lo que tengo por un fugaz momento de fama".

"Y yo también te quiero, Elizabeth". El montañés se inclinó y depositó un beso en sus suaves labios. "Lo que te dije antes, cuando viajábamos por Francia, sobre que Margaret pensaba que podías ser una bruja..."

"Lo sé. Lo sé. Sólo intentabas asustarme. Esa parte no me asusta".

Ambrosio la miró a los hermosos ojos.

"Si no quieres seguir adelante con el viaje al castillo de Stirling y pintar al rey y al resto de la familia real, me parece bien, muchacha. Pero recuerda esto. La reina no te exigirá ningún precio. Te presentas ante la reina de Escocia como Elizabeth Bolena Macpherson, artista de talento y esposa de su valioso servidor. Le he traído tu obra. Lo ha visto y le encanta. Te quiere en Stirling, pues al convertirte en miembro de su círculo, aportas un elemento añadido de estilo a la corte escocesa. Una elegancia, un refinamiento continental. Para ella, el hecho de que seas una mujer -aunque con un enorme talento otorgado por Dios- sólo lo mejora. Añade un poco de notoriedad a su reputación. Ahora Margarita puede reírse de los demás gobernantes de Europa y decir: "Sois todos tontos. Tengo a mi lado a la pintora con

más talento de todas... y es una mujer'. Elizabeth, si alguna vez has tenido la oportunidad de demostrar abiertamente tu talento artístico, es en su corte, amor mío".

Elizabeth miró a Ambrosio, pero su rostro seguía ensombrecido.

"Pero Ambrosio, es hermana de Enrique, el rey de Inglaterra".

"Sí, lo es. ¿Qué hay ahí?"

"Es un bruto".

"Bueno, muchacha, en muchos aspectos Margaret también es una bruta. Pero tú te criaste con tus hermanos, una condición, por cierto, que Henry y Margaret no compartían. Aunque las tres estuvisteis expuestas a las mismas condiciones mientras crecíais, cada una de vosotras, ya adultas, tomó su propio camino. Tú, María y la joven Ana. ¿Sois las tres la misma persona?"

Sacudió la cabeza. "Pero lo que temo es que me entregue a los ingleses. Que me envíe de vuelta a Inglaterra, separándome de ti y de Jaime, por lo que hice hace cuatro años. Por desobedecer la orden del rey Enrique".

Ambrosio le acarició el pelo. "Es la reina de Escocia, mi amor. Sus lazos con su hermano son escasos. Enviarte de vuelta sería una traición de la clase más vil. Nunca trataría a un invitado de forma tan inhóspita".

El barón hizo una pausa antes de continuar.

"Y lo que es más, muchacha. No creo que me extralimite al decir que ella nunca se arriesgaría a la ira de los leales clanes de las Tierras Altas enviando a uno de los suyos al sur". Su mirada era firme y cálida. "Y ahora eres uno de los nuestros".

Elizabeth le cogió la mano y Ambrosio se llevó los dedos a los labios.

"Entonces... entonces crees que debería ir".

"Tú no, muchacha", respondió con energía. "Iremos. Es decir, si quieres hacerlo".

Elizabeth podía sentir la emoción creciendo en su interior. Sus pinturas siempre le habían presentado un camino hacia una vida nueva y diferente. Al hacer lo que amaba, al practicar su oficio, se había visto obligada a perder su identidad. Se había visto obligada a vivir la vida de otro. Por eso, cuando Ambrose le había dicho que aún podría pintar a la familia real escocesa, había retrocedido asustada.

Elizabeth no quería volver a ser otra persona. Era una mujer. Quería seguir siendo una mujer.

Felipe de Anjou estaba muerto. Isabel Bolena estaba viva.

"Sí que quiero ir, Ambrosio. Quiero".

Capítulo Treinta

POR DÉCIMA VEZ en el día, Elizabeth dobló la carta por las costuras y la colocó sobre la mesa.

Mirando el cristal plateado, contempló a la hermosa mujer que le devolvía la mirada. Nunca había habido tantos días de felicidad, de alegría.

Al otro lado de la ventana abierta, oía a la multitud en la calle, las campanas sonando a lo lejos. El aire de la tarde otoñal era fresco y desprendía el olor del cordero asándose en el fuego. El aroma empezaba a hacerle la boca agua.

Se sentó en silencio, sus ojos contemplando el vientre plano que pronto mostraría el tesoro que llevaba dentro. Se rió en silencio. Su hijo. Suyo y de Ambrosio. Una hermana o un hermano para Jaime.

Y ahora, para rematar toda esta alegría, iba a conocer por fin a su hermana Ana. Hoy, aquí, en esta sala de trabajo, entre estas paredes.

"Sigue trabajando", se incitó a sí misma en voz alta. "El tiempo no pasará más rápido si te sientas a esperar".

Se levantó del taburete de tres patas y volvió a la lona.

Una semana después de que Elizabeth y Ambrose se hubieran casado, había llegado la carta. La carta de Ana. La había leído una y otra vez.

Ana, la joven que ella y María habían dejado atrás hacía tantos años, había escrito con el corazón lleno de amor. Sus palabras no eran las de la persona de la que había hablado su padre. No, se trataba de una joven que comprendía el dolor de la separación, el dolor vacío de la soledad. Ana escribió sobre lo mucho que anhelaba volver a ver a la única hermana que le quedaba, su amada Isabel. Escribió sobre las pruebas de la vida en la corte inglesa. Escribió sobre María. Cada vez que Isabel había recorrido el texto de la carta, había sentido que su corazón se hinchaba de emoción ante la triste lírica de las palabras de su hermana.

La carta había terminado con la sincera decepción de Ana por no poder asistir a la boda de Isabel, pero le había pedido alguna oportunidad de encontrarse -de reunirse-, aunque sólo fuera por unos momentos. Ana le había dicho que estaba segura de que le concederían permiso para ir a visitar la corte de la hermana del rey Enrique.

Si tan sólo, querida hermana, pudieras viajar a Stirling...

Elizabeth había respondido enseguida. Por supuesto que podían

reunirse en Stirling. En la nueva casa de los Macpherson. Bajo las murallas del castillo de la reina Margarita, donde Isabel sería presentada en la corte.

Los pinceles de Elizabeth volaban sobre el lienzo que tenía ante sí. Los ojos negros y traviesos, la mano pálida y tendida, los últimos momentos que recordaba del tiempo que pasó con la enérgica hermanita. Elizabeth esperaba que a Ana le gustara el retrato. Había sido difícil hacer un cuadro tan detallado sólo de memoria. Pero Elizabeth sabía que era importante que su hermana viera la vívida imagen, y tal vez conociera los pensamientos que la hermana mayor, incluso a través del paso del tiempo y la distancia, había conservado de la joven.

Ambrose había llevado a Elizabeth y al pequeño Jaime a Stirling hacía más de un mes. Isabel había sido presentada en la corte y, para su sorpresa y consternación, se había encontrado, tras pasar algún tiempo en compañía de la reina, aceptando e incluso respetando a Margarita como la fuerte superviviente que era aquella mujer. Enviada lejos a los trece años para casarse con el rey Jaime IV de Escocia, Margarita -según ella misma admitía, no era más que una niña mimada- se había sentido infeliz y perdida durante mucho tiempo. Una extraña en tierra extranjera.

Pero la rueda giratoria de la Fortuna pronto enseñaría a la joven las duras lecciones de la vida. Viuda a los veinticuatro años, abandonada en un país salvaje y a menudo bárbaro en medio del pandemónium social y político tras la muerte de su marido en el Campo de Flodden, Margarita Tudor había aprendido rápidamente las habilidades necesarias para sobrevivir.

Isabel colocó el cepillo con los demás en la taza y se limpió la mano con el trapo que había sobre la mesa auxiliar. Todos los temores que había albergado antes de llegar a la corte pronto se habían desvanecido tras sus primeros encuentros con la reina. Ambrosio había tenido razón en todo lo que había dicho. Isabel podía ver claramente que Margarita se consideraba una mecenas, una gran y generosa benefactora de las artes y de los artistas. Pero lo que más sorprendía a Elizabeth de la reina sólo se le ocurrió al observar a la gente que rodeaba a Margarita. La reina era la benefactora de las mujeres inteligentes. Mujeres cultas y de logros. Las que tomaban sus vidas y sus destinos en sus propias manos. Mujeres como la propia Margarita. Mujeres como Isabel. Las supervivientes, las fuertes.

Entonces, ayer por la tarde, el hombre enviado por Ana había llegado con la noticia de su llegada para el próximo mediodía.

Aunque lo había hecho ella misma, Isabel deseaba ahora no haber despedido a Ambrosio y Jaime esta mañana. Le había dicho a Ambrosio que quería saludar a su hermana a solas, tener la

oportunidad de renovar su vínculo de amor fraternal antes de presentar a Ana a su marido y a su hija. Pero también había algo más. El frío húmedo de la ansiedad había empezado a calar en los huesos de Elizabeth. Aunque su padre había creído de buena gana que Jaime era hijo de su hija mayor, Elizabeth no podía estar segura de que Ana creyera lo mismo.

Incluso de niña, Ana había sido inteligente más allá de su edad, y ahora Isabel era consciente de un temor persistente a que su hermana descubriera la verdad. Al fin y al cabo, Jaime era hijo de Enrique, y con los sueños que Ana tenía de convertirse en reina, Isabel se preocupaba ahora por lo que podría significar para la ambiciosa joven el descubrimiento de la verdadera identidad de Jaime.

Había sido difícil persuadir a Ambrosio para que fuera. No quería separarse de ella, sobre todo, como decía en broma, en su débil estado. Finalmente, tras mucho engatusarla, había accedido a regañadientes a llevar a Jaime a dar un paseo de medio día y volver a la hora de la cena. Pero eso era todo. Isabel sabía que no podría sonsacarle ni un momento más, y se conformó alegremente con su compromiso. De hecho, desde que se habían casado, el montañés había sido fiel a su palabra: no la había dejado sola más de un día.

Elizabeth sonrió y dio un pequeño suspiro, pensando en el amor que compartían. La vida era una dicha en los brazos de Ambrose Macpherson.

El cuadro estaba terminado. Elizabeth dio un paso atrás y examinó el retrato con ojo crítico. Era un buen trabajo. Y la representación de la joven captaba con éxito la esencia misma de lo que ella recordaba de Ana. Pero el escenario en el que había colocado a la muchacha era puramente producto de su propia imaginación.

Isabel representó a Ana de pie ante la alta plataforma de un altar ornamentado. Iba vestida con una toga de terciopelo carmesí, adornada con armiño, y un rico manto de terciopelo púrpura, también ribeteado con tiras de armiño. Una corona dorada con un casquete de perlas y piedras cubría su cabello negro azabache. El rostro de Ana contenía toda la vitalidad de una joven, pero sus vestiduras conjuraban la imagen de una reina. En efecto, en el alto asiento real que había ante ella estaba sentado Enrique. Isabel sonrió ante su representación del rey inglés. El hombre parecía envejecido y corpulento, y los brazos de Ana se extendían hacia el rey en un gesto de confiada súplica.

La semejanza de Enrique era probablemente suficiente para una decapitación, pensó Isabel, si alguna vez se atrevía a volver a pisar suelo inglés.

La suave llamada a la puerta congeló a Elizabeth en su sitio. Se limpió las palmas de las manos mojadas en la falda y llamó en voz

baja a su portero para que entrara.

Observó con expectación cómo la pesada puerta se abría parcialmente. En lugar de la expresión seria del anciano sirviente, el rostro brillante de uno de los sirvientes más jóvenes se asomó al interior.

"Están aquí, mi señora".

Antes de que Elizabeth pudiera decir una palabra, la puerta se abrió por completo y entró una joven alta y elegantemente vestida. Elizabeth la reconoció enseguida.

Dando los breves pasos para ir a su encuentro, Elizabeth abrazó con fuerza a su hermana, recogiendo entre sus brazos a la hermosa criatura. "Oh, Anne mía. Ya estás aquí. Por fin estás aquí".

La pintora sintió que los brazos de su hermana se movían a su alrededor, pero también sintió algo más.

Elizabeth sintió hielo. Una frialdad tan sólida y palpable como el hielo. Y lo sintió al instante. Lo sintió en el momento en que la tocó. Sorprendida y momentáneamente confusa, Elizabeth se apartó, luchando por ocultar su decepción. Había esperado que Ana tuviera algún parecido con María. Su hermana había sido cariñosa, tierna. Mary devolvía el afecto como respiraba el aire. Siempre fue natural, formaba parte de ella.

Elizabeth se dio cuenta al instante de que se había equivocado. Que se había equivocado al esperar tanto. No podía traer de vuelta a María en Ana. Cada una de ellas tenía sus propios rasgos individuales que la hacían distinta. Ana no era María.

Elizabeth observó cómo su hermana se zafaba rígidamente de sus brazos. Luego, la mujer más joven se volvió hacia la sirvienta de Elizabeth, que la miraba boquiabierta. "Déjanos".

La sirvienta asintió apresuradamente y retrocedió de inmediato, cerrando la puerta al retirarse.

Elizabeth contempló cómo la dura sonrisa que parecía esculpida en el rostro de Ana se desvanecía rápidamente. Demasiado rápido. Se preguntó por qué la joven se había sentido obligada a fingir tanta alegría. Permaneció en silencio, algo asombrada por la dureza de los brillantes ojos negros que se clavaban en los suyos.

La mirada de Ana no era de afecto fraternal.

Finalmente, la mujer más joven se apartó de Elizabeth y se desabrochó la capa de viaje que llevaba. Ahora Isabel podía apreciar plenamente el brillante vestido escarlata que Ana llevaba debajo. Unas mangas de seda entretejidas con finos hilos de oro salían a la moda de unas largas aberturas en los brazos de la prenda, llamando la atención de Elizabeth.

La hermana mayor observó en silencio cómo Ana enderezaba y esponjaba las mangas, asegurándose de que las líneas de cada una se

veían adecuadamente.

"Estás preciosa con este vestido, Anne. Has crecido tanto. Tan refinada, tan perfecta". Elizabeth sonrió inconscientemente. Apenas era la niña que había visto la última vez. "Y llevas el paño de oro. El del rey inglés..."

"Es lo menos caro que me regala Enrique, Elizabeth". Casi se burló de su hermana. "¿Cómo podría rechazarle?"

Elizabeth se mordió la lengua. Aquél no era el saludo ni la mujer que ella esperaba. De nuevo se limitó a observar cómo la joven recorría la habitación, estudiando cada mueble, cada baratija a la vista.

"No está mal, para casarse con un escocés". Se volvió hacia Elizabeth y esbozó una media sonrisa sarcástica. "Veo que te ha ido bien. Sin duda es lo mejor que puede ofrecer este salvaje lugar, por si sirve de algo. Pero dime, querida hermana, ¿qué tuviste que hacer para que se casara contigo?"

Elizabeth miró fijamente a su hermana, acumulando su ira.

"No lo que estás haciendo para conseguir que Henry se case contigo". Desviando la mirada, Isabel se dirigió rápidamente hacia el cuadro en el que había estado trabajando. El lienzo daba la espalda a Ana. Que la condenaran si le enseñaba a la mocosa lo que había hecho por ella. Cogió una lona blanca de la mesa y la arrojó sobre el cuadro.

"Temperamento, temperamento. Veo que no ha cambiado mucho después de tantos años". Caminó despreocupadamente hacia Elizabeth con pasos torpes, balanceando exageradamente las caderas de un lado a otro. "Veo que sigo sin ser digna de ver tu trabajo. Sigues pensando que puedes ocultarme cosas, ¿verdad?"

Elizabeth hizo una pausa. Había empezado mal el encuentro. Ana había entrado por la puerta y Elizabeth había empezado a juzgarla. Se reprendió en silencio. Debía dar una oportunidad a su hermana menor.

"Lo siento, Ana", dijo en voz baja. "No pretendía ser tan inhóspita. Quizá podríamos empezar de nuevo".

"¿Tú y yo? ¿Empezar de nuevo?" La joven estaba de pie frente a ella, en el centro de la habitación, con una risa corta y sin alegría. "Yo ni me molestaría".

"¿Por qué estás aquí, Ana? preguntó Elizabeth brevemente. "Debe de haber sido un largo viaje para ti".

Sonrió. "Para pagarte, hermana querida, todas tus bondades del pasado".

"No me debes nada".

"¡Ja!" Ana volvió a reír, fuerte y sin alegría. "Bueno, en algo estamos de acuerdo".

"¿Entonces?" Elizabeth sintió que se ponía nerviosa cuando la joven

se acercó. Los grandes ojos negros de su hermana estaban clavados en ella, y Ana parecía un animal dispuesto a abalanzarse.

"Como te dije antes, he venido aquí para recompensarte". Se detuvo en el lado opuesto de la lona cubierta que los separaba. "Pero tienes razón, Elizabeth. No te debo nada. Eres tú quien me debe a mí. Así que he venido a cobrar". De repente, Ana alargó la mano y tiró de la sábana, descubriendo el lienzo mientras se movía junto a su hermana. Sus ojos recorrieron el cuadro.

La risa de la joven hizo que Elizabeth se encogiera. Era una risa fría y hueca. No oía ningún timbre de emoción, sólo un vacío que reverberaba por toda la habitación.

"He oído a la gente hablar de tu talento". Ana metió la mano en la taza que había sobre la mesita y cogió uno de los pinceles de Elizabeth. Sin dudarlo, lo sumergió en la pintura de la paleta de su hermana. "Es cierto, tienes talento para el arte".

Ana pinchó el cuadro con el pincel y, al oír el grito ahogado de Isabel, se volvió y dedicó a su hermana otra sonrisa malévola mientras continuaba. "Pero estás ciega, querida hermana. Ciega, ciega, ciega. Y simple".

Isabel contempló horrorizada cómo Ana cubría con una pincelada tras otra, con amplias marcas negras, el retrato de Enrique sentado en la silla.

"Verás, si tuvieras algo de ingenio, me habrías representado sentado en la silla, y a ese patético anciano de pie con las manos extendidas en señal de súplica".

"No puedes controlar el mundo con una pincelada, Ana". Elizabeth alargó la mano y cogió el pincel de las manos de su hermana. Anne lo soltó sin forcejear y volvió a dirigir su atención hacia la habitación.

"Sí, puedo". Sonrió mirando hacia atrás. "Yo, a diferencia de ti, Elizabeth, vivo en el mundo real. Es cierto, no soy en absoluto como tú y Mary, ¿sabes? Soy inteligente. Utilizo mi cerebro. Observo, planifico y luego ejecuto. Y a veces, sólo por deporte, busco los puntos débiles de la gente y luego los aplasto. Mira lo que te hice. Una carta suave y desgarradora. Sabía que eso era todo lo que hacía falta para que te reunieras conmigo. Y funcionó".

Elizabeth escrutó el rostro de su hermana en busca de algún rasgo reconocible. En busca de algún indicio de sentimiento familiar que pudiera conectarlas.

Somos hermanas, pensó. Hermanas. No tienes que mentir, fingir, para verme. Pero tras oír a Ana, Elizabeth sintió que se retraía. No quería tratar con aquella joven a nivel personal. A ningún nivel.

"Este rey inglés es un gran tonto", susurró Isabel. "¿Cómo puede él -o cualquiera- estar tan ciego como para enamorarse de ti?"

"Tienes mucha razón, hermana". Ana se dio la vuelta. "Es un gran

tonto. Del mejor tipo, uno real. Le he observado durante años. Desde que entré en el círculo de su corte, he visto cómo nos trata. Las caras nuevas. Las nuevas amantes. Cada nueva mujer **cayendo** en la cama con el arrogante lascivo. Una tras otra se van. Él descarga su lujuria en ellas, y luego se van. Fuera de su vista y permanentemente fuera de su mente. Henry es repugnante, Elizabeth, como todos los demás. El cerebro de ese hombre está en su bragueta".

Al sentarse en el alto taburete de tres patas frente al espejo, Ana Bolena se subió las faldas por encima de los tobillos. Al contemplar el reflejo, levantó los ojos y sonrió a su hermana en el cristal. "Te contaré un pequeño secreto, hermana querida. Nunca, jamás, dejo que me toque. Ni dulces caricias, ni tiernas caricias. Nada. Y después de seis meses de esta lenta tortura, está loco por mí. Se está volviendo loco de deseo".

"¿Por qué no se lleva a otro?"

"Oh, sí que lo sabe. Ya lo sé. Pero, mi querida y dulce Elizabeth, esas chicas no son más que sustitutas mías". Lanzó una mirada a su hermana. "Es verdad".

Elizabeth volvió a echar la lona sobre el cuadro y se acercó a la ventana. Las calles bullían de actividad, pues los obreros que volvían a casa se mezclaban con los vendedores ambulantes. Una mujer que vendía aves de corral llamó a la multitud que pasaba y levantó dos pollos vivos.

Elizabeth deseaba que su hermana no hubiera venido nunca. Sus ojos recorrieron la calle. Se alegró de que Ambrosio y Jaime aún no hubieran regresado. Se sentía avergonzada. Avergonzada de presentar a Ana a su marido como la hermana "cariñosa" que había supuesto que era.

"Sé que le gustaba Mary", continuó Ana. "Utilizó su cuerpo y luego la echó. Y luego te deseó a ti, pero huiste. *Eres* simple, Elizabeth. Podrías haber tenido al hombre más poderoso del mundo a tu entera disposición, si lo hubieras manejado correctamente, pero huiste".

Elizabeth se volvió para mirar a su hermana.

"Pero yo", continuó Ana, que no quería que la interrumpieran. "Fui tras él. Utilicé mi encanto, mi ingenio. Después de vosotros dos, supe que le gustaba nuestro aspecto, nuestras complexiones. Enrique es muy exigente en esas cuestiones, ya lo sabes. Así que, a medida que fui creciendo, aprendí a convertirme en depredadora, y él en la presa".

Volviendo a mirarse en el espejo, se apartó un mechón suelto de pelo negro azabache detrás de las orejas. "Utilicé la seducción. Fingí que le deseaba. Y... le di una idea de lo que estaba por venir".

Soltó una sonora carcajada. "Vivir en la corte tiene tantas ventajas. Tantas oportunidades de darle una rápida ojeada a mis encantos de doncella. Sí. Mostrarle la curva de un pecho, la forma de una pierna

descubierta... y luego ocultarlo. Qué placer quedarme allí de pie, dejarle ver, dejarle babear. Ver cómo el tonto se empalma. Y luego ruborizarse, retroceder. Qué placer incomparable decir, cuando se acerca: "Después de nuestra boda, mi gran oso. Debemos guardar algo para nuestra noche de bodas, amor'. Entonces me retiro: mi "honor" preservado, sus deseos lascivos provocados aún más".

"Es un juego peligroso el que juegas, Ana. ¿Qué va a impedir que te lleve contra tu voluntad?"

"Ah, Elizabeth, ¿crees que soy tonta? No lo hará", dijo convencida. "Le he convencido de que hay algo místico en los sentimientos que hay entre nosotros. Cree que hay algo casi 'sagrado' en mí. Y es bastante supersticioso, ¿sabes? Le he convencido de que la reina Catalina no puede darle un hijo porque el cielo ha desaprobado su matrimonio. Una vez incluso le insinué que había oído voces. Voces angélicas que me decían que su matrimonio con Catalina es una unión injuriosa e incestuosa entre un hombre y la viuda de su hermano, y que el reinado de los Tudor acabará con Enrique a causa de ello. He pasado muchas horas predicándole el valor de la virtud y la suma importancia de mi inocencia en la noche de bodas. Y él me cree, Elizabeth. Me cree".

"Ana, piensa un momento en lo que estás haciendo. ¿Qué crees que ocurrirá si no puedes darle el heredero que busca?"

"No hay duda", dijo ella con desdén. "Cuando sea reina, lo haré".

Elizabeth observó a Ana mientras se miraba en el espejo. En aquel momento fugaz y desprevenido, parecía la niña inocente que Elizabeth recordaba. Lo que le hubiera ocurrido alguna vez, Elizabeth no lo sabía. Pero ésta no era la joven que había esperado hoy.

"¿También te dijeron eso tus "voces", Ana? ¿Que le darías un hijo?"

"Estoy cansada de esta discusión", respondió ella con pereza. Luego, apartándose bruscamente del espejo, Ana se levantó y giró, con el rostro duro y burlón.

"Y esto me lleva de nuevo al motivo de mi visita de hoy".

"Pensé que era el amor fraternal lo que te había traído aquí. La 'soledad', como tan ingeniosamente expresas en tu carta".

La expresión de la joven se enfrió, su rostro palideció ante las palabras de Elizabeth. "No, eso lo superé hace años; de hecho, no mucho después de que me abandonaran mis propias hermanas".

Entonces, por primera vez desde que Ana entró por la puerta, Elizabeth vio un atisbo de dolor en los ojos de su hermana.

"*Tuvimos* que dejarte, Ana".

"Tú... me abandonaste. Me dejaste atrás". Susurró las palabras, y sus ojos adoptaron una mirada lejana, como si se estuviera recordando a sí misma lo que había sucedido. "En un momento tuve una familia, hermanas mayores a las que admiraba. Hermanas a las que quería.

Hermanas que creía que me querían. Y al momento siguiente, me encontré rechazada, apartada, olvidada".

Elizabeth dio un paso hacia ella. "Dios mío, Anne. Ésa no es la manera..."

"Basta", le ordenó. "Guarda tus mentiras y tu aliento. Los necesitarás dentro de unos momentos".

"Pero tienes que escucharme. La razón por la que Mary y yo huimos..."

"María y tú", repitió. Escúchate. Mary y tú. Siempre fuisteis sólo Mary y tú". Tomó aire y se volvió hacia la ventana. "Sólo os importabais el uno al otro y a nadie más. Compartías tu afecto, tu tiempo, tus secretos con ella. Pero yo también era tu hermana. ¿Qué hiciste alguna vez por mí?"

"Tenías mi amor. Todo lo que sentí por Mary, lo sentí por ti. Todo lo que hice por Mary, lo hice por ti. En cuanto a mis cuadros, eras demasiado joven para que te enseñara mi trabajo". Elizabeth sintió que la tristeza se apoderaba de su corazón. Ella había sido la razón. Ella misma. Ella era la responsable de que Anne se convirtiera en la mujer que había llegado a ser. "Eras fuerte, Anne. Eras una niña inteligente. A veces podía parecer que prestaba más atención a Mary, pero era porque ella lo necesitaba. Era débil en muchos aspectos".

"De pie en el Campo de Tela de Oro, con un infierno de tiendas ardiendo a mi alrededor, yo también necesitaba a alguien". Ana apuñaló rápidamente una lágrima que se escapó, apartándola de su pálida mejilla. "Corriste hacia la tienda en llamas. Te vi. Llevabas la ropa del fraile. Corrí hacia ti. Emocionado. Aliviado. Pero llamaste a María. Sólo a María. Luego me quedé mirando. Luchaste contra las llamas, luchaste contra la gente por la única hermana que te importaba. Yo me quedé allí, asustada... sola". Ana se volvió bruscamente hacia Elizabeth, mirándola de frente. "Entonces desaparecisteis. Tú y Mary, las dos. Me abandonasteis para siempre. Ni una palabra, ni un mensaje, ni una despedida".

Elizabeth se movió rápidamente por el suelo hacia Ana y le cogió las manos inertes y heladas.

"Tuve que huir, Anne. Me estaban siguiendo. No tenía otra opción. Pero abandonar aquel lugar, el Valle Dorado, como lo hicimos, apenas sabíamos qué iba a ser de nosotros. Todo ante nosotros era tan incierto".

Elizabeth contempló el rostro abatido de su hermana. ¿Cómo podía explicar unos temores que ahora le parecían tan lejanos?

"Reunirme contigo, contarte todo lo que había ocurrido, todo lo que estaba ocurriendo, habría significado poner tu vida en peligro. Te quería demasiado. No podía hacerte eso. Y al llevar a María..." Elizabeth hizo una pausa. "María había contraído la viruela y, además,

estaba encinta. El hijo del rey Enrique. Había acudido a padre, pero sintió que le había dado la espalda, que no la ayudaría".

Ana apartó las manos de las de Isabel y dio un paso atrás. "Sir Thomas me lo explicó todo. Yo era una niña, pero aun así me lo explicó todo".

"¿Qué te ha dicho?"

"Que huiste desafiando directamente al rey. Que para fastidiar a la familia no quisiste convertirte en la amante de Enrique. Que te llevaste a María, pues la querías más. Y que yo me quedé atrás porque no era nada para ti. Para ninguno de los dos. Me dijo lo que yo ya sabía, que no me querían".

"Eso era mentira", soltó Elizabeth. "Es cierto que no quería ir a la cama de Henry. No quería que mi cuerpo fuera vendido por mi propio padre. Pero no te dejé porque te quisiera menos".

"Es demasiado tarde para esto". gritó Ana con angustia, empezando a retroceder hacia la puerta. "Tuve que aprender, Elizabeth. Tuve que aprender pronto que no tenía a nadie. Nadie que se preocupara por mí".

"Me preocupé por ti. Créeme, Ana. Dijiste que me habías visto junto a los fuegos. ¿Viste mi cara? ¿La cara ensangrentada que me había dado nuestro padre?"

Elizabeth se echó el pelo hacia atrás y mostró a su hermana la cicatriz aún visible de su mejilla. Por la mirada de Ana, supo que se acordaba.

"Aquella noche -continuó Elizabeth-, en aquel campo, mi mundo se derrumbó. Pasé de ser golpeada por mi propio padre a presenciar un vil acto de traición y luego un asesinato. Fui perseguida y casi violada por el mismo bruto que cometió el asesinato. El mismo que hizo quemar mi tienda. El mismo que luego me persiguió como si fuera un animal".

"Es demasiado tarde, Elizabeth", susurró Ana al llegar a la puerta. Apoyó la mano en el pestillo. "Es demasiado tarde para dar explicaciones. La suerte está echada. Es hora de que pagues".

Elizabeth se puso en pie, con una mano tendida hacia su hermana. No sabía a qué se refería Ana, pero un frío vacío en la boca del estómago le decía que había algo más allá de la pesada puerta de roble. No obstante, tenía que intentar que su hermana la escuchara, que comprendiera.

"Huí del Campo de Paño de Oro sin mediar palabra por culpa de un hombre, Ana". Dio un paso hacia su hermana menor. "El mismo hombre que me persiguió años después en Troyes. El mismo hombre responsable de la muerte de María. Yo era quien debía morir allí, Ana, pero María se interpuso en el camino del cuchillo".

Ana se quedó en la puerta, en silencio, asimilando cada palabra.

"Quiero que sepas la verdad. Es hora de que oigas lo que no pude decirte en aquel campo". Isabel dio otro paso hacia su hermana. "Había traicionado a su rey. Luego asesinó al Lord Condestable francés, el único hombre que podía revelar su traición. Pero había un testigo. Yo era la testigo. Desde entonces me persigue. Matar a María... no fue suficiente. Me quiere a mí. Y ahora he oído que se interpone en tu camino".

"Garnesche", murmuró Ana.

"Sí, sir Peter Garnesche", repitió Isabel. "Ana, debes utilizar todo lo que te he dicho para amenazarle con la ruina. I... No puedo deshacer lo que se ha hecho, pero si casarte con Enrique es lo que más deseas, si ése es el objetivo que buscas, entonces, por todos los medios, utiliza la verdad para mantener a raya a Garnesche. Pero debes tener cuidado; es un demonio, un asesino tan despiadado como jamás haya pisado la tierra".

Ana bajó la mirada hacia sus manos, luego sus ojos subieron muy lentamente hasta encontrarse con los de Elizabeth. "Pero verás, ya he encontrado la manera de tratar con ese hombre. Ya no representa ningún problema para mí".

"¿No?"

Ana negó con la cabeza. "Ya te he dicho que tuve que aprender pronto, Elizabeth".

Los ojos de Elizabeth se clavaron en los nudillos de Ana, blancos por su agarre del pestillo de la puerta.

"He hecho un pacto con él". Ana abrió la puerta lentamente sobre sus goznes. "Quiero a Henry. Se apartará de mi camino para que pueda tenerlo. Garnesche te quiere a ti, Elizabeth. Así que, a cambio, yo me apartaré de su camino para que pueda tenerte. Así de simple. Al menos me debes eso".

La puerta estaba ahora completamente abierta, y Elizabeth contempló horrorizada cómo el gigantesco inglés entraba en la habitación.

"Fue... muy esclarecedor... verte, hermana". Los ojos de Ana estaban turbados, pero su voz era clara. "Esta vez, sin embargo, soy yo quien debe marcharse".

Capítulo Treinta Y Uno

PETER GARNESCHE SE REGODEÓ, con los ojos llenos de malicia, cuando la pesada puerta de roble se cerró tras la partida de Ana.

Elizabeth retrocedió inconscientemente, alejándose de la puerta, y sus ojos escrutaron la habitación en busca de algo que pudiera utilizar para protegerse. No veía nada que pudiera ser eficaz para luchar contra el gigante. Elizabeth había sido traicionada y ahora estaba a merced del villano. Miró el rostro moreno del caballero, los ojos que siempre insinuaban locura.

El rostro de Elizabeth se endureció. Aunque sus entrañas se estremecían de miedo, estaba decidida a no demostrarlo. Le pasara lo que le pasara, nunca le daría a aquel animal la satisfacción de ver el terror que llevaba dentro.

"Fuera", ordenó, con voz ronca y enérgica. "Fuera de mi casa".

"Siempre el luchador", se mofó Garnesche. "No he venido hasta aquí sólo para marcharme".

"Un paso más y una casa llena de hombres atravesará esa puerta".

Con aire casi pausado, Garnesche sacó una daga de su cinturón y la tendió ante él. La afilada punta apuntaba directamente a su garganta. "Tu portero fue el único hombre que pude encontrar. Y estoy bastante seguro de que no entrará".

Contemplando la sonrisa malvada que había en su rostro, Elizabeth se esforzó por ocultar el escalofrío que le recorrió el cuerpo. Había sido una tonta confiada, y las palabras de Garnesche infundieron terror en su corazón. Aquí, en medio de la bulliciosa ciudad, en la casa no había soldados, nadie que la protegiera. Y, después de todo, no había esperado una traición de tal magnitud.

"¿Qué quieres de mí?", exigió con dureza.

"No mucho". Se acercó un paso. "Sólo tu silencio".

Retrocedió alrededor del caballete que sostenía el lienzo, trazando un amplio radio para mantener la mayor distancia posible entre ellos.

"Pero eso no será suficiente, ¿verdad?"

"No, no lo hará. Pero no hay silencio como el de los muertos, ya lo sabes".

"Eres más tonta de lo que pensaba". Colocando una mano detrás de ella, Elizabeth cogió subrepticiamente una pequeña espátula de la desordenada mesa. Sabía que estaba desafilado, pero lo sujetó con fuerza, ocultándolo entre los pliegues de la falda. "Crees que puedes matarme y luego largarte".

"Eso es exactamente lo que pretendo hacer". Continuó acercándose a ella.

"Entonces más te valdría clavarte esa daga en tu propio corazón ahora mismo, porque estás como muerto. Ambrosio te matará. Vengará mi muerte con una furia que el mundo jamás ha visto. Y tu nombre pasará a la infamia, pues grabará en tu corazón los nombres de María y del Lord Condestable y de todos los demás a los que has asesinado a sangre fría."

El miedo que parpadeó en el fondo de sus ojos fue momentáneo, pero Elizabeth lo vio. Sin embargo, la vacilación del gigante duró poco. Una sonrisa retorcida volvió a dibujarse en sus rasgos depravados.

"Ah, qué miedo me das". Avanzando hacia ella, tiró a un lado el caballete y el lienzo. Ahora nada se interponía entre ellos. "Pero ahora mismo, este momento exquisito es para lo que he venido a Escocia".

Elizabeth miró aterrorizada a su alrededor. No tenía adónde ir. Retrocedió hasta chocar contra la pared.

"Mientras cabalgábamos hacia el norte, imaginé que sería una muerte rápida. Un fuerte giro del cuello o tal vez un rápido tajo en tu bonita garganta". Se acercó más. "Pero estar aquí contigo ahora me trae ciertos... anhelos".

Elizabeth observó con asombro cómo el hombre se desabrochaba rápidamente el cinturón que ceñía su jubón. Todavía con la daga en la mano, dejó caer al suelo la espada envainada.

"He esperado este momento durante mucho tiempo, Elizabeth. Ahora sé que es realmente la razón por la que vine yo mismo a este país dejado de la mano de Dios, en lugar de enviar a uno de mis hombres. Tenía que ser así. No vine yo mismo a Troyes. Por eso no moriste allí como había planeado. Sí, ya he reflexionado sobre esto muchas veces. Viendo, en mi mente, el momento en que te derribo a la fuerza. Escuchar tus gritos. Sentir tus fuertes y apretadas piernas luchando contra mi entrada. El momento en que introduzco mi vástago profundamente dentro de ti".

"Nunca fue el asesinato que presencié lo que te llevó tras de mí. Fue esta enfermedad tuya. Esta loca lujuria por alguien que nunca podrías tener".

Garnesche se echó a reír. "Eres muy perspicaz, milady". Ella se movió rápidamente hacia un lado cuando las manos de él la alcanzaron. Volvió a retroceder cuando él se acercó con firmeza. "Pero no es locura. Es un sueño. Llámalo visión".

Elizabeth levantó el taburete de tres patas con una mano y se lo lanzó a la cabeza. Él se agachó, esquivándolo con facilidad.

"Lo he visto muchas veces. Puedo verlo ahora. Una y otra vez conduciendo mi cuerpo dentro de ti, hasta que tus gritos se conviertan

en gemidos, y vierta mi semilla dentro de ti. Y entonces yaces en mis brazos y me suplicas más".

"Yo moriré primero".

"En eso casi tienes razón, Elizabeth. Pues como suplicas, te daré más. Y ése será tu deseo de muerte. Atrapada en mis brazos, con mi pene dentro de ti, rodearé tu cuello con mis dedos. Tu tierno cuello de marfil. Y en breve, cuando te oiga gritar pidiendo liberación, apretaré tu tráquea. Cada vez más fuerte, apretando y hundiendo hasta que no sepas si gritar para liberarte o para respirar. Pero no conseguirás ni lo uno ni lo otro".

Su mano salió disparada como un rayo y la agarró por la muñeca. Llevó hacia él el cuerpo de ella, que se resistía, y volvió a sonreír.

"Estás enfermo". Con la otra mano, Elizabeth le asestó una fuerte puñalada en la muñeca. El cuchillo desafilado se rompió por la empuñadura, y la hoja cayó al suelo con estrépito, pero el golpe fue suficiente para que el caballero la soltara, bramando de dolor al hacerlo. Elizabeth corrió hacia la ventana. Estaba muy por encima de la calle, pero era una oportunidad.

Garnesche la siguió lentamente, con los ojos encendidos de locura.

"Apoyaré todo mi peso sobre tu cuerpo moribundo, y te hundirás en la oscuridad, mirándome a la cara, sintiéndome dentro de ti. ¡Morirás viendo mi rostro! Sólo el mío!"

Elizabeth abrió la ventana de cristal emplomado con tanta fuerza que se estrelló contra la pared de la habitación, haciendo añicos fragmentos de cristal a su alrededor. La violencia del choque lo detuvo un instante, el tiempo suficiente para que ella recogiera una pequeña tira de plomo de la que sobresalía un trozo de cristal dentado. Garnesche se detuvo y miró el arma improvisada.

"Ambrosio te dará caza", susurró. "Te hará sufrir una muerte lenta e insoportable".

"Nadie sabrá nunca que fui yo". Miró a su alrededor, hacia los juncos y los barriles de aceite. "Porque cuando acabe contigo, tu cuerpo arderá como lo hizo tu añorado Lord Condestable. Hasta el día de hoy, nadie sabe qué le ocurrió a aquel estúpido arrogante. Aquella noche en el Campo de Paño de Oro, simplemente desapareció. Y cuando esta casa arda en llamas, tú también desaparecerás".

Garnesche estaba de espaldas a la puerta, pero la oyó abrirse tan rápido como Elizabeth la vio. Girando, el caballero inglés clavó la daga en el pecho de Ambrose con un solo movimiento, y el arma encontró su blanco, hundiéndose profundamente en el pecho del montañés justo por debajo del hombro.

Elizabeth gritó mientras Ambrose retrocedía tambaleándose contra la pesada jamba de roble, con la punta de la espada arrastrándose por el suelo.

Peter Garnesche saltó triunfante hacia el lugar donde había dejado caer su cinturón y sacó su larga espada de la vaina. Mientras el inglés avanzaba por la habitación, Ambrosio se enderezó, con la empuñadura de la daga aún sobresaliendo de su pecho.

"Vamos, malnacido asqueroso", desafió el Highlander. "Ya es hora de que este mundo se libre de ti".

El inglés hizo una pausa y los dos gigantes se miraron.

"Lo único que lamento de haberte matado, Macpherson", se mofó Garnesche, "es que no tendrás el placer de verme tomar a tu mujer".

"Entonces ahórrate tus lamentaciones, Garnesche, porque no eres lo bastante hombre para cumplir ninguna de las dos cosas".

Con un rugido, el inglés blandió su gran espada y las chispas estallaron al chocar acero contra acero. Con un brazo flácido al costado, Ambrose empujó a su enemigo hacia atrás, haciéndole tambalearse por el suelo.

Siguiéndole tan deprisa como pudo, el Highlander giró con fuerza, su larga espada arqueándose a través del aire cargado. De nuevo llovió una lluvia de chispas cuando la marca de Ambrose martilleó el arma de Garnesche.

El inglés se tambaleó bajo el golpe, pero cuando caía, Garnesche dio una patada con su bota, barriendo los pies del montañés de debajo de él. Con un ruido nauseabundo, el hombro herido de Ambrose cayó al suelo, y en un instante el inglés se cernió sobre él.

La malevolencia rivalizaba con el triunfo en el rostro del bruto, y éste desenvainó su espada para acabar con el escocés caído.

"Qué placer...", empezó.

Elizabeth saltó a la espalda de Garnesche, le agarró del pelo y tiró de él hacia atrás mientras le asestaba un tajo con todas sus fuerzas en el cuello. Pero la cabeza del inglés se echó hacia delante y el fragmento de cristal sólo le dio en un lado de la cara, abriéndole un tajo en el pómulo moreno.

Alargando la mano hacia atrás, el gigante arrancó a la mujer de su espalda, arrojándola como un trapo por la habitación.

Pero Isabel había dado tiempo suficiente a Ambrosio, y el guerrero se puso en pie de un salto.

Garnesche volvió su rostro ensangrentado hacia el Highlander y, con un grito, levantó su arma para golpear. Pero Ambrose giró de nuevo, con su espada cortando hacia las costillas del loco, y esta vez su espada dio en el blanco, cortando el propio aliento del rugido del inglés.

Antes de que el cuerpo de Garnesche dejara de crisparse, Elizabeth estaba al lado de Ambrose. Sentó suavemente al guerrero contra la pared, se arrodilló junto a él, le retiró la daga del hombro y apretó con fuerza la palma de la mano contra la herida.

"¿Estás herida?" susurró Ambrose, agarrándola de la mano, buscando en su rostro alguna marca de herida.

"No me ha pasado nada, amor mío. Pero tú... estás sangrando".

Se llevó los dedos de ella a los labios mientras se acercaba y le secaba las lágrimas que rodaban libremente por su rostro.

"Un pequeño corte, muchacha. Eso es todo. He sobrevivido a cosas mucho peores que ésta. "Ambrose sonrió débilmente.

"Lo siento, Ambrosio. Lo siento mucho".

"Calla, muchacha", susurró.

"Nunca te lo había dicho. Debería haberlo hecho. Creía que se había acabado. Pero no fue así. Vino a por mí. En Calais, en el Campo de Paño de Oro, en Troyes, en el mercado, y ahora aquí".

"Garnesche".

"Mató al Lord Condestable, y yo fui testigo de ello. Huía de la tienda de mi padre y me topé con Garnesche y el Lord Condestable hablando de traición. Le vi asesinar al Lord Condestable a sangre fría. Y él sabía que yo lo había visto. Así que vino a por mí. Lo siento mucho, amor mío. Todo esto no habría ocurrido si yo..."

"No, Elizabeth". Ambrose intentó alisarle el pelo. "Puedes contármelo todo más tarde. Pero recuerda esto: nada de lo que ha ocurrido aquí ha sido culpa tuya. Garnesche era un loco. Y ahora está muerto".

Ambrosio sonrió. "Y estoy orgulloso de ti. Tienes el valor de un Highlander. La forma en que luchaste. Me salvaste la vida".

Ella le besó los labios. "No, tú salvaste los míos. Fui una tonta antes cuando te pedí que te fueras. No quiero volver a estar en ningún sitio sin ti. Jamás".

"Es una promesa". Sus profundos ojos azules se clavaron en los de ella. "Te quiero, Elizabeth Macpherson. Y yo también siento por lo que has pasado".

"No lo hagas, Ambrosio", respondió Isabel, acariciándole el rostro. "Sólo doy gracias a la Virgen por haber vuelto cuando lo hiciste".

"Jaime y yo estábamos subiendo la colina hacia la ciudad cuando tu hermana salió cabalgando bajo una bandera blanca, a la cabeza de una tropa de soldados ingleses".

"¿Te ha visto?"

"Sí. Nos estaba buscando".

Elizabeth le miró fijamente.

"Me dijo que tu vida corría peligro. Que Garnesche te tenía aquí en la punta de su espada. Me suplicó que me diera prisa. Y luego se marchó cabalgando como si el diablo la persiguiera".

Elizabeth escuchó atentamente cada una de sus palabras. Momentos. Unos instantes más habrían significado una muerte segura para ella. Ana. Su hermana había ido tras Ambrose. Después de

haberla traicionado.

¿Un cambio de opinión? se preguntó.

"¿Dijo algo más?" preguntó Elizabeth en voz baja.

"Sí, de hecho, lo hizo. Me dijo: 'Dile que la he perdonado. Y dile que espero que algún día ella también me perdone'".

Capítulo Treinta Y Dos

Castillo de Benmore, Tierras Altas de Escocia
Junio de 1525

LOS HIGHLANDERS CARGARON con gritos salvajes por los adoquines del patio del castillo, con las espadas en alto.

En el extremo más alejado, la reina guerrera y su guardia oficial se mantuvieron firmes, sin cambiar su expresión temeraria ante la temeraria carga.

"Majestad", dijo Malcolm MacLeod, volviéndose hacia la niña que estaba a su lado completamente armada con su propia espada de madera. "¿Me concederíais el honor de prescindir de esta horda de rufianes y granujas?"

"Sí, lord Malcolm", asintió Jaime con severidad. "Pero son mis primos, no lo olvides. Así que perdónales la vida cuando puedas".

Mientras los alborotadores bandidos se arremolinaban a su alrededor, Malcolm, de dieciséis años, alzó al más pequeño sobre su hombro y se enfrentó a los otros dos con exageradas demostraciones de habilidad con la espada.

Finalmente, después de que su guardia hubiera sometido a los asaltantes y estuviera tumbada sobre ellos, la reina Jaime se acercó y colocó la punta de su espada sobre el pecho de su primo mayor, Alejandro.

"Ríndete, villano".

"Nunca".

Malcolm apretó con más fuerza al niño de ocho años, dando al guerrero la oportunidad de rendirse con honor.

"Me rindo", jadeó Alexander. "Pero la próxima vez, nos quedamos con el gigante".

"Tal vez, canalla. Pero antes prométeme que renunciarás a tus planes de enviar a mi hermanito a las mazmorras, y te permitiremos vivir". Su voz era autoritaria.

El joven asintió a regañadientes. "Sí, le dejaremos en paz".

"¿Para siempre?"

"Hasta que el bairn pueda llevar una espada. Pero eso es todo. Ésa es nuestra última oferta".

Los ojos de Jaime se dirigieron a Malcolm, interrogantes. Le guiñó un ojo disimuladamente.

"Aceptamos vuestra oferta, lord Alejandro", anunció. "Y podéis

conservar vuestras posesiones en nombre del rey".

Ambrosio se colocó detrás de Elizabeth y la cogió en brazos junto con el bebé. Sonrió, observando al diminuto infante que succionaba suavemente un puño cerrado.

Siguiendo la mirada de Isabel, el orgulloso padre contempló cómo los ejércitos en lucha se desenredaban en el patio de abajo.

"¿Otra victoria para la reina?", preguntó.

"Sí", susurró Elizabeth, sonriendo. "Con la ayuda de su heroico caballero".

Ambrosio depositó con ternura un beso en la sedosa piel de su cuello. Ella se acurrucó más contra él.

"Jaime va a echar de menos a Malcolm cuando vuelva a San Andrés", observó Elizabeth en voz baja, viendo a los dos cruzar el patio. La cabeza de la muchacha ni siquiera llegaba a la cintura del joven guerrero, pero le cogía la mano como si le perteneciera.

"Su educación en San Andrés es sólo un primer paso para él", respondió Ambrose. "Al muchacho le esperan grandes retos".

Elizabeth se giró en los brazos de su marido y lo miró a los profundos ojos azules. "Como todos", suspiró feliz.

Ambrosio se inclinó y depositó un suave beso en el cabello negro y sedoso de su hijo dormido. Luego, volviendo de nuevo su atención hacia la madre, juntó sus labios levantados con los suyos.

Era el hombre más feliz del mundo. La estrechó entre sus brazos y le susurró palabras de amor. Ella respondió con fervor.

Los ruidos del bebé que se movía entre ellos interrumpieron su momento juntos, y los dos se rieron cuando el niño estiró sus diminutos dedos hacia arriba, hacia sus caras.

El sol que brillaba sobre el escudo de piedra tallada de los Macpherson atrajo la mirada de la joven madre hacia la ventana, y sintió a su alrededor el amor y la fuerza de la familia que ahora era la suya. Entonces, sus ojos viajaron hacia el cielo, y el corazón de Elizabeth se hinchó de una felicidad tan infinitamente vasta, tan infinitamente profunda, como el azul cristalino del cielo despejado de las Highlands.

Epílogo

Palacio de Greenwich, 1533

ANA BOLENA, reina de Inglaterra, acurrucó al niño pelirrojo contra sí y, respirando hondo, saludó con la cabeza a los médicos y al lord chambelán. La enorme puerta de sus aposentos se abrió y el rey condujo a su Consejo Privado a la sala.

Sin decir palabra, Henry se acercó a la cama y se sentó junto a la madre y el niño. Su rostro corpulento se dobló en una sonrisa irónica mientras introducía un dedo carnoso en los pliegues de la suave envoltura del bebé.

El rey no levantó la vista hacia el rostro de Ana, pero ella apenas esperaba que lo hiciera, teniendo en cuenta su decepción.

"Bueno, Annie", gruñó. "Supongo que el viento debía de ser del sur, ¿eh?"

"Es una chica sana, Henry".

"Sí. Tiene la coloración de mi madre".

"Quizá la próxima vez".

El comentario de Ana quedó inconcluso cuando el rey Enrique se levantó bruscamente de la cama.

"Tenemos un país que mantener", declaró el rey en pocas palabras. "Os visitaremos más tarde".

Cuando el rey llegó a la puerta, le asaltó un pensamiento, y se volvió hacia la cama, con su séquito dispersándose ante él.

"Si quieres que consideremos algún nombre, Ana, dínoslo". Sin decir una palabra más, la monarca salió por la puerta.

Ana observó, con el rostro enmascarado, cómo se despejaba la sala. Asintiendo al Lord Chambelán cuando se dio la vuelta para marcharse, Ana miró al niño que tenía en brazos. Contemplando los mechones de pelo rojo, la carita redonda y la piel casi translúcida, la madre se maravilló ante la niña dormida, tan pacífica e inconsciente del mundo en el que acababa de entrar.

Acurrucándola aún más, la reina miró desafiante hacia la puerta cerrada.

"Un viento del sur, en efecto", susurró amargamente. Los ojos de Ana bajaron de nuevo hacia su bebé. "Escúchame, pequeña, y aprende esto ahora. Te dirán que es un mundo de hombres. Pero anímate, no temas nada. Llevarás el nombre de una gran mujer. Llevarás su espíritu".

En 1558, Isabel I, resplandeciente con su vestido de paño de oro, ascendió al trono de Gran Bretaña. Durante el medio siglo siguiente, forjaría la gloriosa era de Sidney y Spenser, Jonson y Shakespeare, y al final daría su nombre a la edad de oro de Inglaterra.

Gracias por dedicar tu tiempo a leer *Corazón de Oro*. Si te ha gustado, por favor, díselo a tus amigos o publica una breve reseña.

No dejes de buscar *La Belleza de la Niebla,* la tercera entrega de la Trilogía de los Hermanos Macpherson.

Nota del autor

Después de escribir nuestra primera novela, *El Cardo y la Rosa*, aprendimos de los lectores que estaban tan implicados en nuestros personajes como nosotros. Celia Muir, Colin Campbell y Alec Macpherson vivían y respiraban por ellos.

Como muchos de vosotros sabéis, desde aquella primera historia, hemos creado un vasto mundo interconectado de historias que abarcan siglos. Si te interesan las historias que han crecido orgánicamente a lo largo de los años, echa un vistazo a la siguiente lista. Encontrarás a Gavin Kerr en **Fuego**, al pequeño Jaime (ya crecido) en **Los Pretendidos**, junto con historias de toda la familia de Ambrose, empezando por sus padres en **Una Boda de Verano**.

Si te interesa seguir al Clan Macpherson y más aventuras en las Tierras Altas escocesas, aquí tienes la lista completa de la serie:

Una Boda de Verano: la precuela de todos los cuentos de la serie Macpherson. Alexander Macpherson, el patriarca de la familia, encuentra a su pareja en Elizabeth Hay.

El Cardo y la Rosa - Mientras aún perdura el humo de la batalla del Campo de Flodden, se presentan Colin Campbell y Celia Muir, una mujer-guerrera que tiene en sus manos el destino de Escocia. Esta historia está en la lista de "Los mejores romances históricos de todos los tiempos". *El Cardo y la Rosa* presenta a Alec Macpherson, hijo mayor de Alexander y Elizabeth.

Ángel de Skye - Alec Macpherson ha servido al rey Jaime con su espada. Ahora daría hasta su alma por proteger a Fiona Drummond del pasado que la persigue y de la intriga que podría cambiar el futuro de Escocia.

Corazón de Oro - Ambrose, el hermano menor de Alec, segundo hijo de la familia Macpherson, siente un ardiente deseo por Isabel Bolena, la exquisita hija natural de un diplomático inglés. Pero el odiado rey inglés también la desea, y no se detendrá ante nada para tenerla. Ambrose fue presentado en **Ángel de Skye**.

La Belleza de la Niebla - A John, el hermano menor de los Macpherson, se le ha encomendado traer a casa a la prometida de su joven rey, pero en el camino rescata a la misteriosa María, a la deriva en el mar.

Los Pretendidos - Malcolm MacLeod, pupilo de Alec Macpherson en **El Ángel de Skye**, y Jaime Macpherson, hija de María Bolena (**Corazón de Oro**), tienen que encontrar el camino de vuelta a Escocia

desde las mazmorras del rey Tudor.

Fuego - Gavin Kerr, introducido en **Corazón de Oro**, descubre que el castillo que le han adjudicado encierra más de lo que espera: el "fantasma" de la anterior propietaria, Joanna MacInnes, que recorre las torres incendiadas y los pasadizos secretos.

Tess y el Highlander (Finalista del Premio RITA©) - Colin Macpherson, el hijo menor de Alec y Fiona (**Ángel de Skye**), llega a una remota isla de la costa de Escocia, donde encuentra a una joven solitaria, Tess Lindsay.

Trilogía del Tesoro de las Tierras Altas:

La Soñadora - Cuando su difunto padre fue tachado de traidor al rey, Catherine Percy encuentra refugio en Escocia. Pero un caso de confusión de identidad la pone en una situación comprometida con John Stewart, el conde de Athol (**Fuego**).

La Encantadora - La sensata Laura Percy (la segunda hermana de los Percy) se refugia en las Tierras Altas, pero cuando es secuestrada por William Ross, el temible Laird de Blackfearn, todos sus planes bien trazados se desbaratan.

The Firestarter - Adrianne Percy (la menor de las hermanas Percy) está escondida en las Islas Occidentales, a salvo de los enemigos de su familia, hasta que sus hermanas envían a Wyntoun MacLean para que la devuelva a las Tierras Altas. Colin Campbell y Celia Muir (**El Cardo y la Rosa**) hacen su aparición en este emocionante final de trilogía.

La Trilogía de la Reliquia Escocesa:

Mucho Ruido y Pocas Nueces Sobre los Highlanders - Alexander y James Macpherson, los dos hijos mayores de Alec y Fiona (**Ángel de Skye**), se encuentran con más problemas de los que esperaban. Alexander quiere recuperar a su novia fugitiva, pero un secreto mortal del pasado de Kenna Mackay ha salido a la luz y un villano despiadado se está acercando.

Domar al Highlander (Finalista del premio RITA©) - Innes Munro tiene la capacidad de leer el pasado de una persona con sólo tocarla. Conall Sinclair, el conde de Caithness, lleva cicatrices cortesía de los captores ingleses. Ambos se resisten a dejar que el otro se acerque, pero ninguno puede negar su creciente atracción.

Tempestad en las Highlands - Miranda MacDonnell naufraga en la mítica Isla de los Muertos con el notorio corsario Halcón Negro. Alexander Macpherson y Kenna Mackay (**Mucho Ruido y Pocas Nueces Sobre los Highlanders**) desempeñan un papel importante, y Gillie el Hada (**La Firestarter**) aparece en la novela mientras busca a su familia perdida.

Amor y Caos - Una divertidísima adaptación medieval de *Arsénico*

y Encaje Viejo, ambientada en parte en las Islas Occidentales, con la aparición de Alec y Fiona (*Ángel de Skye*).

Si te ha gustado *Corazón de oro,* por favor, deja una reseña. No olvides suscribirte para recibir noticias y actualizaciones y seguirnos en BookBub.

Also by May McGoldrick, Jan Coffey & Nik James

NOVELS BY MAY McGOLDRICK

16th Century Highlander Novels

A Midsummer Wedding *(novella)*

The Thistle and the Rose

Macpherson Brothers Trilogy

Angel of Skye (Book 1)

Heart of Gold (Book 2)

Beauty of the Mist (Book 3)

Macpherson Trilogy (Box Set)

The Intended

Flame

Tess and the Highlander

Highland Treasure Trilogy

The Dreamer (Book 1)

The Enchantress (Book 2)

The Firebrand (Book 3)

Highland Treasure Trilogy Box Set

Scottish Relic Trilogy

Much Ado About Highlanders (Book 1)

Taming the Highlander (Book 2)

Tempest in the Highlands (Book 3)

Scottish Relic Trilogy Box Set

Love and Mayhem

18th Century Novels

Secret Vows

The Promise (Pennington Family)

The Rebel

Secret Vows Box Set

Scottish Dream Trilogy (Pennington Family)

Borrowed Dreams (Book 1)

Captured Dreams (Book 2)

Dreams of Destiny (Book 3)

Scottish Dream Trilogy Box Set

Regency and 19th Century Novels

Pennington Regency-Era Series

Romancing the Scot

It Happened in the Highlands

Sweet Home Highland Christmas *(novella)*

Sleepless in Scotland

Dearest Millie *(novella)*

How to Ditch a Duke *(novella)*

A Prince in the Pantry *(novella)*

Royal Highlander Series

Highland Crown

Highland Jewel

Highland Sword

Ghost of the Thames

Contemporary Romance & Fantasy

Jane Austen CANNOT Marry

Erase Me

Tropical Kiss

Aquarian

Thanksgiving in Connecticut

Made in Heaven

NONFICTION

Marriage of Minds: Collaborative Writing

Step Write Up: Writing Exercises for 21st Century

NOVELS BY JAN COFFEY

Romantic Suspense & Mystery

Trust Me Once

Twice Burned

Triple Threat

Fourth Victim

Five in a Row

Silent Waters

Cross Wired

The Janus Effect

The Puppet Master

Blind Eye

Road Kill

Mercy (novella)

When the Mirror Cracks

Omid's Shadow

Erase Me

NOVELS BY NIK JAMES

Caleb Marlowe Westerns

High Country Justice

Bullets and Silver

The Winter Road

Silver Trail Christmas

Sobre el autor

Nikoo y Jim McGoldrick, autores superventas del *USA Today,* han creado más de cincuenta novelas trepidantes y llenas de conflictos, junto con dos obras de no ficción, bajo los seudónimos de May McGoldrick, Jan Coffey y Nik James.

Estas populares y prolíficas autoras escriben novelas románticas históricas, de suspense, misterio, westerns históricos y novelas para jóvenes adultos. Han sido finalistas del Premio Rita en cuatro ocasiones y han ganado numerosos galardones por sus obras, como el Premio Daphne DuMaurier a la Excelencia, el Medallón Will Rogers, el Premio de los Revisores de la revista *Romantic Times*, tres Premios Golden Leaf de la NJRW, dos Medallones Holt y el Premio del Club de Prensa de Connecticut a la Mejor Ficción. Su obra está incluida en la colección Biblioteca de Cultura Popular del Museo Nacional de Escocia.